nacionalismo y lucha de clases (1905-1917)

ber borojov

introducción y compilación de josé luis najenson

traducción de stella mastrángelo

revisión de josé aricó

BIBLIOTECA José María Aricó

83 CUADERNOS DE PASADO Y PRESENTE

primera edición, 1979
©ediciones de pasado y presente, s.r.l.
impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
av. cerro del agua 248, méxico 20, d.f.

ISBN 968-23-0974-3

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

MARXISMO Y CUESTIÓN NACIONAL EN EL PENSAMIENTO DE BOROJOV *por* JOSÉ LUIS NAJENSON 7

BER BOROJOV

ESCRITOS SOBRE NACIONALISMO Y LUCHA DE CLASES. 1905-1917

NOTA DEL COMPILADOR 55

LOS INTERESES DE CLASE Y LA CUESTIÓN NACIONAL 57

La bilateral distribución de la humanidad, 57; la humanidad está dividida en sociedades, 58; condiciones de producción, 58; la lucha nacional, 61; pueblos y naciones, 63; nacionalismo, 65; nacionalismo y territorio, 66; advenimiento del nacionalismo, 67; nacionalismo y conciencia de clase, 71; el nacionalismo de los grandes terratenientes, 73; el nacionalismo de la alta burguesía, 75; el nacionalismo en la clase media y pequeña burguesía, 76; el nacionalismo del proletariado, 79; resumen, 83

NUESTRA PLATAFORMA 88

I. Carácter del problema nacional judío, 83; II. El nacionalismo de la gran burguesía, 92; III. El nacionalismo de la burguesía media, 94; IV. El nacionalismo de la pequeña burguesía y de las masas proletarizantes judías, 96; V. El nacionalismo del proletariado judío, 106; VI. La ideología nacional del Bund, 116; VII. La ideología nacional de los sionistas socialistas (SS), 122; VIII. La ideología nacional de los vozrodzenies, 136; IX. La ideología nacional del proletariado, 157.

LA CONCENTRACIÓN ANTISIONISTA

Formas de la concentración, 172; la lucha por la hegemonía en el judaísmo moderno, 177

DIFICULTADES DEL POALE-SIONISMO (SIONISMO OBRERO) 184

ANTISEMITISMO JUDÍO 190

DESVALIMIENTO NACIONAL Y AUTOSUFICIENCIA NACIONAL 198

EL NACIONALISMO Y LA GUERRA MUNDIAL 203

EL JUBILEO DEL MOVIMIENTO OBRERO JUDÍO 208

REMINISCENCIAS 215

EL DESARROLLO ECONÓMICO DEL PUEBLO JUDÍO 221

AARÓN LIEBERMAN: PADRE DEL SOCIALISMO JUDÍO 235

JOSÉ LUIS NAJENSON

MARXISMO Y CUESTIÓN NACIONAL EN EL PENSAMIENTO DE BOROJOV

1. BER BOROJOV: EL MARXISTA OLVIDADO

Remedando una frase de Carlyle sobre Cromwell, Isaac Deutscher escribió en el prefacio de *El profeta desarmado* que —como biógrafo de Trotski— había tenido que sacarlo "de bajo una montaña de perros muertos, una enorme carga de calumnias y olvido".[1] En el caso de Borojov también ha habido calumnias, pero fundamentalmente olvido, una inmensa montaña de olvido que dura casi tres cuartos de siglo. A excepción de la relativamente pequeña audiencia marxista judía, la obra de Borojov permaneció ignorada para tres generaciones de revolucionarios, incluso para aquellos que, como él, entendieron la lucha de liberación nacional como una forma de la lucha de clases. No es éste el lugar para intentar una explicación de ese olvido, pero en todo caso, podemos afirmar que no se debió a un factor de tipo lingüístico, ya que las más importantes obras teóricas y políticas de Borojov fueron escritas y publicadas en ruso antes que en idish o hebreo, y sus partidarios en Europa y América las editaron en diversos idiomas. En realidad, se trató de un "olvido ideológico": al principio por la predominancia de una visión "cosmopolita" del problema nacional en el movimiento marxista —especialmente por influencia de Kautsky— que restaba importancia histórica y estratégica a la cuestión nacional, mientras propugnaba una asimilación de las minorías nacionales, aun las oprimidas, y su absorción por las mayorías. Por otra parte, el "autonomismo culturalista" inspirado en la obra del socialdemócrata austriaco Otto Bauer, y adoptado por un sector de los mencheviques y todo el Bund, que soslayaba la base material del problema nacional enfatizando los aspectos lingüísticos y culturales, tampoco prestó atención a la obra de Borojov. Más tarde, durante las décadas del "culto a la personalidad", sufrió el "olvido" sistemático como cualquier otro pensamiento que no fuese el de José Stalin. La difusión ma-

[1] Isaac Deutscher, *Trotsky: el profeta desarmado*, México, Era, 1968, p. 9.

siva y el desmedido elogio que recibieron los más bien rudimentarios trabajos de este último sobre el problema[2] oscurecieron incluso los aportes práctico-políticos de Lenin acerca del principio de autodeterminación de las naciones.[3]

Borojov critica tanto al cosmopolitismo de Kautsky como a la postura de "autonomía cultural" del Bund, considerando que ninguno desarrolla un enfoque realmente materialista histórico de la cuestión nacional. El primero, por asociar dogmáticamente todo tipo de interés nacional exclusivamente con la burguesía, ignorando los intereses nacionales del proletariado de las naciones oprimidas (lo que no impedirá a Kautsky y otros teóricos de la II Internacional asumir luego posiciones colonialistas y probélicas en la primera guerra mundial). El segundo, por no considerar los fundamentos materiales y clasistas del problema nacional, entendiéndolo fundamentalmente como un problema superestructural.

El primer trabajo de Borojov sobre la cuestión nacional, escrito casi una década antes de las *Notas críticas* de Lenin y que el citado opúsculo de Stalin, intenta una explicación marxista de la lucha nacional en términos de lucha de clases.[4] Su enfoque está basado en el concepto de "condiciones de producción", que Borojov encuentra en la obra de Marx desarrollándolo, y en el análisis de los diferentes intereses nacionales de las clases en el modo de producción capitalista.

El punto de partida de Borojov es, por un lado, que el conflicto nacional constituye un conflicto de clase y que el carácter del nacionalismo en cada caso depende de qué clase lo esgrime, es decir, de sus intereses específicamente "nacionales" de clase. Por otro, el conflicto nacional es una lucha entre naciones opresoras y oprimidas, y el carácter del nacionalismo depende también del tipo de nación a la que pertenece la clase en cada caso. Así, el nacionalismo del proletariado de una nación oprimida tendrá un signo político contrapuesto al de la burguesía de una nación opresora. Y, asimismo, uno muy diferente al del proletariado de una nación opresora. Los intereses nacionales de clase están en relación fundamentalmente, no con los valores, las ideas o la cultura (con las que lo están sólo en segundo grado) sino con lo que Borojov llama "la base material de las condiciones de producción", o sea el territorio. Para el proletariado el territorio nacional es su "base estratégica": su "lugar de trabajo y de lucha de clases". Sin la seguridad de esta base estratégica la lucha del proletariado no afecta esencialmente en su "materialidad" el poder de la clase dominante, por más combativa que sea su actitud (éste fue el caso del Bund, primer partido obrero de Rusia y Polonia). Por eso, para Borojov, la "primera tarea" del proletariado de las naciones oprimidas es la liberación nacional, como requisito necesario para el logro de su revolución social. Aún más, de las enseñanzas de Borojov se infiere que, en la fase imperialista del capitalismo, en las naciones oprimidas, el proletariado (no ya la burguesía) constituye la única clase capaz de liderar la lucha por la liberación nacional.

[2] Véase *El marxismo y el problema nacional* (1913).

[3] Véase *Notas críticas sobre la cuestión nacional* (1913) y *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación* (1914).

[4] Cf. *infra* Ber Borojov, *Los intereses de clase y la cuestión nacional* (1905).

En el desarrollo de su planteamiento sobre la "cuestión judía" que él veía como una cuestión nacional, si bien muy especial, Borojov necesitó construir el marco de referencia para una teoría marxista de la cuestión nacional en general, y desde el ángulo de las naciones oprimidas. Es por eso que aunque la mayor parte de su copiosa producción literaria (con relación a la brevedad de su vida) está básicamente dedicada al tratamiento de la cuestión judía desde una perspectiva materialista histórica, el análisis de la cuestión nacional es un tema genéticamente anterior a éste y recurrente en la evolución de su obra.

Pero en ambos casos, no se trata sólo de una profunda reflexión teórica, sino que surge de su propia práctica política con obreros ucranianos y, fundamentalmente, entre el proletariado judío del Palio o zona obligada de residencia; esos obreros, como dijera Lenin, "que gimen bajo el peso de un doble yugo: como obreros y como judíos".[5] De dicha praxis y de su aguda percepción histórica de la desesperanzada lucha obrera en la más oprimida y "anormal" de las naciones del Imperio zarista, se nutre lo que, en nuestra opinión, es la más sugerente interpretación marxista de la cuestión nacional en aquella generación de gigantes revolucionarios.

La mayor parte de la selección que estamos presentando por primera vez —en cierto modo— a la amplia audiencia de habla hispana, vio la luz en medio de la lucha revolucionaria de 1905, en Rusia. En una hora de prueba para el movimiento marxista ruso, se abocaba a algunos de los temas más sensitivos de aquella compleja arena política: nación y clase, nacionalismo y conciencia de clase, liberación nacional y lucha de clases, nacionalismo

[5] V. I. Lenin, *Proyecto de ley sobre la igualdad de derechos de las nacionalidades* (1914), en *Obras completas*, t. XX, Buenos Aires, Cartago, 1960, p. 170.

e internacionalismo proletario. Borojov, el creador del nacionalismo proletario, no subordinó sin embargo la lucha de clases a la lucha nacional, al contrario, siempre proclamó la primacía de la primera. Sólo en el caso de las *naciones oprimidas* entendió la lucha por la liberación nacional como una etapa ineludible de la lucha de clases, y le dio un lugar privilegiado en el "programa mínimo" de sus partidos obreros revolucionarios. Pero, en el "programa máximo", la meta no podía ser otra que la transformación revolucionaria de la sociedad y la consecución del socialismo. En este sentido, para Borojov, el "nacionalismo real": "el que no oculta la conciencia de clase", se encuentra sólo en "la clase más progresista, en el proletariado organizado y revolucionario de una nación oprimida".[6] Cuando la liberación nacional se ha consumado, entonces, se ha cumplido ya la meta del nacionalismo real y en su lugar "renace en forma clara una sana estructura de lucha de clases".[7] En la dura y doble lucha de las clases explotadas de las naciones oprimidas, víctimas de la rapiña imperial y de sus propias clases privilegiadas, la obra de Borojov, y particularmente sus tesis sobre la cuestión nacional, pueden servir como inspiración e instrumento de análisis. La amplitud de estas últimas, como contribución a una teoría marxista general de la cuestión nacional, permite la confrontación de diferentes situaciones de conflicto nacional. Y aunque algunos de sus puntos estarán necesariamente obsoletos después de setenta años, como aproximación sistemática, como núcleo posible de una —aún por hacerse— teoría marxista contemporánea de la nación y el nacionalismo, creemos que todavía sigue siendo vigente. El atractivo y la frescura que el pensamiento de Borojov puede tener para los marxistas de nuestros días se debe no sólo a su originalidad y poder de convicción, sino al hecho de que aquellos "temas sensitivos" en torno a la conciencia y a la lucha nacional y de clase siguen siendo tan candentes como en 1905 o más aún. Hoy como ayer, podríamos afirmar con Borojov: "Para nosotros, el problema nacional es un objeto presente; lo que ocurrirá cien años después —que las naciones subsistan o que se unifiquen todas— es algo que no podemos prever. Hoy en día el problema existe."[8] También desde la atalaya de nuestro tiempo histórico podríamos, con sobrado derecho, ratificar la afirmación profética de Borojov (quien muere prematuramente en diciembre de 1917),

[6] Cf. *infra* Ber Borojov, *Los intereses de clase y la cuestión nacional*, p. 47. En adelante citaremos sólo *Los intereses de clase*.
[7] *Ibid.*
[8] *Ibid.*, p. 42.

en cuanto a que la destrucción de las diferencias de clase no necesariamente implica la destrucción de las diferencias y privilegios nacionales.

Si el recuerdo es la otra faz del olvido, la publicación de esta antología es el mejor homenaje que puede rendirse al luchador de 1905.

Dov Ber Borojov nació el 21 de junio de 1881 cerca de Poltava, Ucrania, en una familia de judíos iluministas y se crió en esta última ciudad, que hacia finales del siglo se había convertido en un foco de revolucionarios exiliados por el gobierno zarista. En 1900 Borojov se afilió al Partido socialdemócrata ruso, actuando como líder y agitador político. Aproximadamente un año después fue expulsado del mismo por sus críticas y dudas acerca del enfoque sobre la cuestión nacional. Tomó parte en la revolución de 1905 y en los grupos judíos obreros de autodefensa contra las "Centurias negras" y la policía del zar. En 1906, fue uno de los fundadores del "Partido obrero socialdemócrata judío Poale Sión", al que dedicó en adelante lo mejor de su esfuerzo político. La plataforma del partido, conocida como *Nuestra plataforma*, es básicamente obra suya y constituye, con *Los intereses de clase y la cuestión nacional*, la base del pensamiento borojovista sobre dicha cuestión. La noche en que el gobierno zarista disolvió la primera Duma, Borojov fue arrestado junto a muchos otros obreros e intelectuales ucranianos, entre los que organizó en la cárcel una "universidad popular" para propagar el marxismo y discutir la cuestión nacional. Escapando de la prisión, se refugió por un tiempo en Minsk pero, perseguido constantemente por la policía, se vio obligado a abandonar Rusia como tantos otros revolucionarios hacia fines de 1907. Luego de un exilio de diez años por Europa y Estados Unidos, dedicado permanentemente a la actividad política y la producción científica, regresó a Rusia a poco del estallido de la Revolución de febrero. Después de la Revolución de octubre su partido lo eligió como representante para varias convenciones inminentes de las nacionalidades de toda Rusia, en conexión con la nueva situación política. Pero una repentina enfermedad causó su muerte prematura el 17 de diciembre de 1917, a la temprana edad de 36 años.

Las enseñanzas de Borojov, en el momento de su muerte, constituían ya una ideología arraigada entre no pocos grupos de jóvenes judíos marxistas-nacionalistas a través del mundo. Después de su desaparición, el partido que había fundado se dividió en un ala izquierdista y otra moderada (Segunda internacional). En la organización madre, el Poale Sión ruso, la gran mayoría perma-

neció en la izquierda. Muchos de ellos habían ya cooperado con los bolcheviques desde antes de la Revolución de febrero y siguieron colaborando lado a lado con ellos en la transformación revolucionaria del país. Muchos se unieron al Ejército rojo como unidades y brigadas especiales "Borojov". Algunos incluso planearon la formación de un Ejército rojo judío para expulsar a las tropas imperialistas británicas de Palestina. Pero como en varios otros órdenes de la vida social, la tolerancia política y la actitud crítica revolucionaria cesaron en la Unión Soviética hacia 1928. Hasta entonces, el Poale Sión de izquierda fue no sólo tolerado sino oficialmente reconocido como una organización comunista autónoma con su propia prensa y movimiento juvenil. Desde aquel decisivo año sus comités fueron cerrados para siempre. Gran parte de sus líderes y miembros figuraron luego entre los ejecutados, desaparecidos y exiliados políticos, durante los tristemente célebres juicios de los años treinta, que prácticamente eliminaron la vieja camada bolchevique revolucionaria.

2. LAS CATEGORÍAS MARXISTAS DE BOROJOV PARA EL ANÁLISIS DE LA CUESTIÓN NACIONAL

El tratamiento de la cuestión nacional, y en particular la cuestión judía como una cuestión nacional en términos materalista-históricos, es claramente la mayor contribución de Borojov al pensamiento marxista. La parte más importante de su trabajo está dedicada a estos problemas y en ciertos tópicos puede ser considerado como pionero entre los marxistas rusos. Ya que nuestro propósito principal es analizar la teoría borojovista de la cuestión nacional, más que su teoría de la cuestión judía debemos recurrir en primer término a su temprana obra, ya mencionada: *Los intereses de clase y la cuestión nacional.* Es en este trabajo donde Borojov intentó sentar las bases de una teoría materialista de la cuestión nacional en términos generales, y por eso no se trata aquí el problema judío en particular. Contiene las proposiciones fundamentales de la teoría borojovista sobre la cuestión nacional y provee los conceptos básicos para el encuadre teórico que usó. Esta obra apareció en un momento clave en el desarrollo del pensamiento de Borojov, del movimiento obrero ruso y judío-ruso y de las ideologías nacionales y judías. Nos referiremos también a algunas obras posteriores, donde Borojov aplica o desarrolla estas tesis establecidas en la primera obra fundamental. Sin duda, ésta constituyó la base teórica para la plataforma y el programa político de su partido. *Nuestra plataforma* fue en una considerable medida una aplicación directa de estas tesis al específico contexto judío-ruso. Por lo que en este análisis del uso que hace Borojov de categorías marxistas para la cuestión nacional, sólo nos referiremos a la cuestión judía cuando sea necesario para la comprensión del desarrollo de los respectivos conceptos. Aparte de las fuentes básicas que hemos mencionado, las referencias de Borojov a la cuestión nacional están dispersas a lo largo de su obra. Tenía planeado escribir un estudio exhaustivo sobre este tema, pero su muerte prematura le impidió llevarlo a cabo.

Cuando Borojov intenta dilucidar los fundamentos de la cuestión nacional, recurre en primera instancia al supuesto marxista fundamental del condicionamiento material de la vida social. Su primera pregunta es "¿Cómo explicarlo en lenguaje materialista, sin ninguna desviación antimaterialista como suele ocurrir en ciertos 'marxistas'* y buscando las causas fundamentales de toda manifestación social en la vida económica-material?"[9] En este sentido, Borojov vuelve al proceso histórico de producción en busca de categorías y de factores explicativos que puedan ayudarlo a construir una teoría "materialista" de la cuestión nacional. Sus principales fuentes teóricas fueron las obras de Marx y Engels, que junto a la teoría de la lucha de clases contienen, según Borojov, la base para una teoría de la lucha nacional.

El punto de partida de Borojov fue el concepto marxista de "relaciones de producción". Su obra básica sobre la cuestión nacional comienza con una cita del famoso Prefacio de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política,* donde este concepto está definido en detalle. Borojov reconoce la calidad estructural de estas relaciones que advienen debido a la producción, siendo la "base sobre la que se desenvuelve todo el 'orden social' "[10] en todas las sociedades y acepta la premisa marxista de que la "historia de la sociedad es la historia de la lucha de clases".[11]

Pero junto a la división en clases que afecta a la humanidad en general y a cada sociedad en particular, Borojov remarca que la humanidad está también "dividida en diferentes sociedades" o como las llama a menudo "organismos socio-económicos".[12] Su

* Alusión a la postura culturalista del Bund sobre la cuestión nacional.

[9] Borojov, *Los intereses de clase,* p. 12.

[10] *Ibid.,* pp. 11-12.

[11] *Ibid.,* p. 19.

[12] "Organismos socioeconómicos", más frecuentemente llamados en la terminología marxista "formación económicosocial" o "formación social".

problema es cómo aplicar en términos marxistas el porqué de esta división societal de la humanidad, que para él es el nudo de la cuestión nacional. En sus propias palabras, "¿Pero de dónde proviene la diversidad de sociedades, que, al fin y al cabo, es la causa principal de toda la cuestión nacional, de los conflictos nacionales, de la opresión nacional, de la liberación nacional (principal objetivo para el proletariado de una nación oprimida)? ¿En qué terreno se manifiesta la diversidad y cuál es la consecuencia de una teoría correctamente planteada?"[13]

Condiciones de producción

Respondiendo a esta pregunta, Borojov lleva a cabo el retorno teórico al proceso de producción, arriba mencionado, y encuentra el concepto básico que constituye su punto de partida para la construcción de una teoría materialista de la cuestión nacional en las "condiciones de producción".[14] Borojov afirma que en el proceso de producción surgen diversas relaciones de producción, pero la producción en sí misma "tiene lugar en ciertas condiciones que son diferentes en distintos lugares".[15] Borojov comparte la premisa marxista básica de que las relaciones de producción son independientes del deseo del hombre, y que el carácter de estas relaciones depende del desarrollo de las fuerzas de producción. Pero para él, el desarrollo de las fuerzas de producción "*tiene* siempre lugar en ciertas condiciones naturales e históricas diversas, lo cual hace que estructuras económicas sean diferentes en distintos grupos".[16] El desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción influyen a su vez el estado de las condiciones de producción en una formación social particular. Por lo que, aunque Borojov aceptaba el carácter determinante del desarrollo de las fuerzas productivas, no veía esta determinación como "absoluta" ni le asignaba este atributo a las condiciones de producción que estaban también en un proceso permanente de desarrollo y cambio. Más bien entendía que había una relación dialéctica entre las dos últimas y las relaciones de producción o la estructura económica de una sociedad particular.

¿Cuáles eran estas condiciones de producción? En términos sustantivos Borojov reconocía tres tipos de condiciones de producción: geográficas, antropológicas e históricas.[17] Pero plantea también dos clasificaciones nominales: las "naturales" e "históricas", como hemos visto en los párrafos mencionados, y las condiciones de producción "materiales" y "no-materiales" (o "espirituales").

Entre las condiciones naturales de producción Borojov incluye las "físico-climáticas", las "geográficas" y las "antropológicas", que están fuera del propio contexto social. Las dos primeras apuntan a las condiciones geológicas y geomorfológicas del territorio y la última se refiere a las características étnicas, bioantropológicas y demográficas de la población.

Las condiciones históricas de producción eran para Borojov aquellas condiciones que se creaban a través del propio proceso de producción durante el desarrollo histórico de una sociedad particular, considerada en un momento definido de este desarrollo. Las condiciones históricas incluyen a ambas, las generadas dentro de una formación social individual y las impuestas por otras formaciones sociales, exteriores a ella. Las condiciones históricas de producción no son expresables "como un todo", sino por medio de un síntesis histórica; si bien esta síntesis puede reflejar las tendencias más "permanentes" en el desarrollo histórico de una formación social dada. Por ejemplo, la extraterritorialidad milenaria, la migración compulsiva y la inevitable concentración urbana, que fueron condiciones históricas esenciales de la vida de producción judía en la Diáspora.

Borojov divide las condiciones históricas de producción en dos subtipos: "internas" que surgen dentro de un definido organismo socioeconómico y "externas", que surgen a través de las relaciones de esa sociedad con otros organismos socioeconómicos (v.g., en el caso de una opresión nacional). Mientras que las condiciones naturales de producción y, hasta cierto punto, las antropológicas, parecen ser genéticamente "anteriores" al propio proceso de producción, las condiciones históricas sólo aparecen junto con el proceso productivo. Sobre el problema de la predominancia entre ambos tipos de condiciones, Borojov comparte las premisas evolucionistas comunes al medio marxista de su época:

> De las enunciadas condiciones de producción influyeron más que nada, a comienzos de la historia, las condiciones naturales, no sociales. Pero en el ulterior desarrollo, a medida que el hombre ha ido adquiriendo la supremacía sobre la naturaleza, ocurrió lo mismo con las condiciones.

[13] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 13.
[14] *Ibid.*, p. 13.
[15] *Ibid.*, p. 13.
[16] *Ibid.*, pp. 13-14.
[17] *Ibid.*, p. 14.

Cada vez más las condiciones sociales, históricas, van adquiriendo una mayor influencia que las no sociales, las naturales.[18]

La diferenciación entre condiciones de producción materiales y espirituales fue concebida por Borojov en términos de tangibilidad y de posibilidad de expropiación. Borojov las compara con los medios de producción, que también pueden ser materiales o espirituales, o sea, aquellas que pueden y aquellas que no pueden ser expropiadas.[19] Pero mientras los medios de producción constituyen la posesión de una clase en particular, fundamentalmente la clase dominante, las condiciones de producción son las mismas para todo el organismo socioeconómico, para toda la sociedad.

Según Borojov, "las condiciones naturales son el territorio y todos los productos de la cultura material creada por el hombre [...]". A las condiciones espirituales pertenecen los "idiomas, tradiciones, costumbres, concepciones del mundo".[20] Incluía también entre las condiciones materiales a las condiciones naturales en general y entre las condiciones espirituales a las condiciones materiales e históricas en general. Siendo las condiciones materiales "el territorio y todos los productos de la cultura material", podemos inferir que para Borojov las condiciones materiales eran en parte naturales y en parte históricas. Las condiciones materiales-históricas eran aquellas que fueron creadas durante el proceso productivo, tales como puertos, acueductos, ferrocarriles, etc. La *Weltanschauung* o "visión del mundo", considerada como una condición de producción, puede ser entendida en términos de aquellos contenidos comunes de la ideología dominante, compartidos por todas las clases o al menos las clases fundamentales en una formación social particular. Por ejemplo, entre el patrón y el obrero existe una fuerte ligazón técnica, una ligazón de lenguaje y también ciertos elementos culturales, en alguna medida compartidos a pesar del antagonismo de sus ideologías de clase.

Ahora bien, para Borojov el territorio no es solamente "la más importante de las condiciones materiales de producción", sino también "la base sobre la que se encuentran todas las otras condiciones de producción".[21] Más aún, en el territorio están combinadas todas las otras condiciones de producción. En el primer capítulo de *Nuestra plataforma*, Borojov se refiere al territorio en los siguientes términos: "La condición más general de la producción, que contiene y sirve de base a todas las condiciones internas, es el territorio sobre el que vive el grupo social."

[18] *Ibid.*, p. 14.
[19] *Ibid.*, p. 18.
[20] *Ibid.*, p. 18.
[21] *Ibid.*, p. 22.

Desde esta perspectiva podemos ver la complementariedad entre los diferentes tipos de condiciones de producción y su relación con el problema nacional; porque, según Borojov, el territorio es también "la base positiva de toda existencia nacional propia".[22]

Las referencias a Marx y Engels

De acuerdo a Borojov, Engels reconocía todas estas condiciones de producción (en su famosa segunda carta en el *Socialistischer Akademiker*). Ésta fue la carta del 25 de enero de 1894 al socialdemócrata alemán H. Starkenburg. Respondiendo a la primera pregunta hecha por Starkenburg sobre las condiciones económicas como causas determinantes de la historia, Engels afirma que en adición a "toda la técnica de la producción y del transporte" en la denominación de "condiciones económicas" están incluidas la "base geográfica sobre la cual operan y los restos de etapas anteriores del desarrollo económico, así como el 'ambiente' externo que circunda a esta forma social".[23] Nuevamente, respondiendo a la segunda pregunta sobre el rol de las razas y de las personalidades históricas, Engels consideraba a la raza como un factor económico.

Borojov cita también el tercer tomo de *El capital* como una de sus fuentes para las condiciones de producción. El párrafo que cita está en la sexta parte, capítulo XLVII ("Génesis de la renta capitalista del suelo") en el parágrafo dedicado a la "renta en trabajo":

> Esto no impide que la misma base económica —la misma con arreglo a las condiciones principales—, en virtud de incontables diferentes circunstancias empíricas, condiciones naturales, relaciones raciales, influencias históricas operantes desde el exterior, etc., pueda presentar infinitas variaciones y matices en sus manifestaciones, las que sólo resultan comprensibles mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas.[24]

El punto enfatizado por Borojov es que "una misma base económica (que es "una sola y la misma" según sus principales condiciones) puede desarrollarse de distintas maneras, puede tener diversas modificaciones por distintas condiciones reales, condiciones

[22] Borojov, *Nuestra plataforma*, p. 61.
[23] En Marx y Engels, *Epistolario*, México, Grijalbo, 1971, p. 85.
[24] K. Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, 1979, t. III/8, p. 1007.

naturales, relaciones raciales e influencia histórica que presionan sobre ella desde el exterior".[25]

Por lo tanto, él infiere que "un mismo esquema del desarrollo de las fuerzas de producción puede adoptar diversas formas, según la diversidad en las condiciones de producción".[26] Comentando la frase de Marx sobre las influencias históricas externas, Borojov afirma que esto implica el reconocimiento de distintas entidades sociales que son en cierta medida totalidades en sí mismas, esto es, "unidades relativamente separadas".[27] Hablando de las influencias externas dice Borojov que Marx por esta frase reconoce implícitamente "la separación relativa de las sociedades actuales". Ahora bien, esta relativa distribución de entidades sociales sólo puede ser explicada básicamente, para Borojov, mediante la combinación entre los diferentes niveles de desarrollo de las fuerzas productivas y la relativa distinción en las condiciones bajo las cuales cada entidad social tiene que desarrollar su vida de producción. Como vimos, él llama a estas entidades sociales organismos socioeconómicos y considera la relativa distinción y separación entre ellos como estando en relación inversa al desarrollo de sus fuerzas productivas. Es decir, a menor desarrollo de estas últimas, mayor diferenciación y separación entre las formaciones sociales, en general; y viceversa, a mayor desarrollo de aquéllas, menor diferenciación y separación de las formaciones sociales, en general. En otras palabras, al mismo tiempo que se desarrollaban las fuerzas productivas en el proceso histórico, disminuía la relativa diversificación y aumentaba la independencia entre las formaciones sociales; aun cuando dicha diferenciación-separación relativa era todavía bastante profunda en las sociedades modernas y esté aún vigente, considerablemente, en las contemporáneas, a la luz de estas consideraciones Borojov reconocía una doble división social de la humanidad:

> I. Los grupos en que la humanidad se divide según la diferencia en las condiciones de la relativamente separada producción, reciben el nombre de sociedades, organismos social económicos (Estado, familias, pueblos, naciones). II. Los grupos en que se divide la sociedad según su diferente participación en el proceso de producción, según su diferente relación con los medios de producción, se llaman clases (castas, capas, etcétera).[28]

[25] D. B. Borojov, *Los intereses de clase y la cuestión nacional*, p. 14.
[26] *Ibid.*, p. 14.
[27] *Ibid.*, p. 15.
[28] *Ibid.*, p. 16.

Como ha podido apreciarse, Borojov ya había encontrado en los escritos de Marx y Engels, si bien de manera dispersa y sin sistematizar, el concepto de condiciones de producción y sus variedades. Pero había entrevisto también la posibilidad teórica de insertar este concepto, una vez desarrollado, en el contexto de las categorías marxistas básicas tales como fuerzas de producción, clases sociales, formación económico-social, etcétera.

Condiciones de producción, relaciones de producción, fuerzas de producción

Para Borojov el problema nacional está íntimamente conectado con el problema social, o más bien, es una de las formas asumidas por el problema social. Por lo que la doble manifestación del conflicto social, la lucha de clases y la lucha nacional, debe ser vinculada, teóricamente, al nivel de los factores explicativos básicos que emergen en torno al proceso productivo. La lucha de clases surge de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las relaciones de producción (o sea, cuando el estado de las relaciones de producción es ya inadecuado, anacrónico y no se adapta a las exigencias del desarrollo de la producción). Lo mismo es verdad en esencia para la lucha nacional; las diferencias radican en el segundo término de la contradicción: "el estado de las condiciones de producción". Es decir, la lucha nacional surge cuando el desarrollo de las fuerzas productivas de una nación o nacionalidad (generalmente una formación social nacional o una minoría nacional en una formación social "bi o multinacional") entra en conflicto con el estado de las condiciones de producción. Equivalentemente, la lucha nacional aparece cuando las condiciones de producción existentes no son ya compatibles con el desarrollo de las fuerzas productivas en una formación social dada. En las propias palabras de Borojov:

> [...]La situación en un medio de condiciones materiales de producción puede ser más cómoda que la situación en el medio de otras condiciones materiales de producción; y entonces se produce una puja que tiene carácter igual al que hemos señalado respecto de la lucha de clases. Esta controversia da como resultado la lucha entre enteras unidades sociales. Y hasta no es indispensable que las condiciones sean distintas en cuanto a su comodidad, porque por cómoda que sea la situación de una sociedad dada, en medio de sus habituales condiciones de producción puede no obstante ansiar un cambio en su producción, un incremento de su suma de energía y, para ello, necesita, ampliando la atmósfera de sus condiciones de producción, conquistar condiciones ajenas.

Y tenemos las mismas manifestaciones: unos ansían conquistar, otros buscan defender. Frente a nosotros tiene lugar una lucha nacional.[29]

Pero todo conflicto de clases para Borojov está conectado básicamente con el nivel material, económico y estructural de la realidad social. Por lo que "ninguna lucha se realiza por cosas espirituales" sino por cosas "materiales" y finalmente "por la posesión material de las clases", "por la posesión de los medios de producción". Lo mismo sucede con la lucha nacional. A pesar del hecho de que la lucha nacional, así como la lucha de clases, asume generalmente la forma de un conflicto ideológico, no se sostiene por la apropiación de objetivos espirituales e intangibles. Sino que "la lucha nacional, asimismo, se realiza por la posesión material de las unidades sociales", esto es, las condiciones materiales de producción. En esta perspectiva Borojov relaciona ambas formas de lucha, la lucha de clase y la lucha nacional, que corresponde a las unidades sociales básicas en que está dividida la humanidad: clases y formaciones sociales. Pero mientras que la propiedad de los medios de producción concierne a las clases, especialmente las clases dominantes, las condiciones de producción son el patrimonio de la formación social como un todo. Más aún, la continuidad de cada formación social, según Borojov, reside en su "control" sobre las condiciones de producción.

Condiciones de producción y clase social

Una sociedad o formación social (v.g., una formación social nacional) es para Borojov un grupo social que se desarrolla bajo las mismas condiciones de producción; por lo que las condiciones de producción son comunes a todas las clases de dicha sociedad. Sin embargo, los intereses de las diferentes clases en la producción, esto es, sus intereses de clase, son diferentes y antagónicos (especialmente a nivel de las clases fundamentales) de acuerdo a su participación en el modo de producción y su relación con los medios de producción. Asimismo los intereses nacionales de las diferentes clases de una nación son diferentes y sólo en ciertos casos particulares —debido a ciertas condiciones históricas (v.g., opresión nacional)— puede coincidir el carácter de los intereses nacionales de todas las clases o de algunas de ellas. Borojov niega la existencia de intereses nacionales abstractos, comunes a todas las clases. Para él, cada clase tiene sus propios intereses nacionales que entran en contradicción con los intereses nacionales de las

[29] *Ibid.*, p. 17.

otras clases, de la misma manera como sucede con los otros intereses de clase. Más aún, de acuerdo a él cada sociedad ha desarrollado lo que él llama "formas de presentación de sus bienes (patrimonio). Son la unidad política y las instituciones políticas, la lengua, la educación nacional y el propio nacionalismo".[30]

El objeto de estos intereses nacionales de clase son los recursos materiales de la nación, esto es, las condiciones materiales de su vida de producción. Por lo tanto, cada clase social tiene intereses diferentes respecto a la "base" de sus condiciones de producción, así como con respecto a sus instrumentos de presentación. A la luz de esto último, el problema nacional y los movimientos nacionales no están por encima de las clases sociales sino que están siempre relacionados con una o más de ellas. De acuerdo a Borojov, el conflicto nacional surge para una clase social "no porque las fuerzas productivas de todo el pueblo han entrado en contradicción con las condiciones de producción imperantes, sino porque el desarrollo de las fuerzas productivas de tal o cual clase entran en contradicción con las condiciones de producción de todo su grupo nacional".[31] Sobre la base de estos diferentes intereses nacionales aparecen varios "tipos clasistas" del problema nacional y el nacionalismo, correspondientes a las diferentes clases de una sociedad dada y, podemos decir, a diferentes sociedades de acuerdo al carácter de sus clases dominantes.

Extraterritorialidad y condiciones de producción

A la luz del concepto de condiciones de producción, la razón principal de la anomalía de los pueblos extraterritoriales (v.g., el pueblo judío) reside en la falta de la condición básica de producción: el territorio —como ya hemos mencionado, para Borojov el territorio era la "base positiva" de toda existencia nacional independiente, y el pueblo judío no tenía esta base positiva. Los dispersos grupos hebreos debieron adaptarse a condiciones de producción naturales e históricas ajenas. En esta adaptación, los pueblos extraterritoriales, que generalmente constituyen minorías nacionales, pueden perder sus características nacionales, asimilándose a la vida social de los países en que se han asentado. Cuando estos pueblos no logran integrarse totalmente a las sociedades "huéspedes", como sucedía (y aún sucede en ciertos casos) con el pueblo judío, se debe, según Borojov, a factores estructurales mate-

[30] *Ibid.*, p. 22.
[31] Borojov, *Nuestra plataforma*, p. 67.

BIBLIOTECA SIGLO VEINTIUNO

riales, más que a causas espirituales. Aun cuando Borojov no subestima la influencia de elementos superestructurales internos (religión, cultura tradicional), como marxista rechaza la concepción idealista en boga a comienzos del siglo, de que la sobrevivencia judía en la diáspora se debía en gran medida a la acción de fuerzas espirituales internas (Dubnow, Ajad Haam). Borojov, en cambio, entendía el proceso de la historia judía en la Diáspora fundamentalmente como el resultado de contradicciones económicas y sociales. Él veía en los altibajos de la odisea judía en la diáspora la acción recíproca de dos factores contradictorios: "asimilación y aislamiento". Faltándole una economía nacional propia, el pueblo judío era aceptado en forma relativa cuando era funcional a la vida productiva de esa nación; esto es, mientras los judíos desempeñaban una función específica no ejercida aún por la población nativa estimulando el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero en general no tenían acceso a las funciones sociales ya ocupadas por la población nativa. El pueblo "extraterritorial" por antonomasia solamente era tolerado en el comercio y en "las 'ramas últimas' del proceso productivo".[32] Las expulsiones y persecuciones sistemáticas ocurrieron, de acuerdo a Borojov, fundamentalmente cuando la función social de la producción que ocupaban los judíos era requerida por nuevos sectores de la población nativa. Así, el factor aislante funcionaba cuando el desarrollo de las fuerzas judías de producción entraban en contradicción con las condiciones externas de producción. Este factor aislante constituía, para Borojov, la base "negativa" de la existencia nacional judía.

El "control" sobre las condiciones de producción

Borojov hacía una distinción entre *propiedad* de los medios de producción, que concierne a la clase, y *posesión* de las condiciones de producción, que concierne al organismo socioeconómico o formación social como un todo. También distinguía la propiedad de los medios de producción y la dominación o control sobre las condiciones de producción, esto es, del territorio y de las otras condiciones materiales de producción que contiene el territorio. Para dar un ejemplo actual, la penetración imperialista en un país de menor desarrollo no implica necesariamente la propiedad de sus medios de producción. Un poder imperialista puede en cambio dominar o controlar las condiciones de producción

[32] *Ibid.*, p. 66.

de un país dependiente (las fronteras territoriales, el sistema de comunicaciones y transportes, la riqueza del subsuelo, etc.). Al respecto, Borojov también consideraba el aspecto internacional del control sobre las condiciones de producción o como él la llamaba "la explotación nacional" (explotación entre naciones). Reconocía claramente el impacto de la expansión imperialista en la proliferación de los conflictos nacionales:

> La raíz de la cuestión nacional está en el choque recíproco de los relativamente separados organismos social-económicos. La cuestión nacional se expresa en las manifestaciones de la competencia nacional.
>
> La competencia nacional [...] es resultado de las economías capitalistas que, al desarrollarse, tienen indispensablemente la tendencia a ensancharse.[33]

Borojov consideraba también que la explotación y opresión nacional profundizaba los conflictos sociales en una sociedad dada cuando las "condiciones de producción coincidían con las relaciones de producción", es decir, "cuando la línea de la división nacional de dos grupos coincide con la línea de la división de clase".[34] En este sentido, Borojov menciona los siguientes casos: la situación entre los terratenientes alemanes y los campesinos letones en el Mar Báltico, entre los polacos y los rutenios en Galitzia, entre los ingleses e irlandeses y entre los capitalistas ingleses y los burócratas en la India, por un lado, y los campesinos y obreros hindúes, por otro.

Pero Borojov no desarrolla el problema del control de las condiciones de producción en el contexto de una formación social particular. No clarifica suficientemente el rol de la clase dominante en el control de las condiciones de producción de su propia sociedad. Aun cuando él reconoce que el gobierno está siempre en manos de la clase más poderosa, enfatiza más bien el aspecto externo del control de las condiciones nacionales de producción, esto es, la opresión nacional por una nación extranjera. No obstante, el concepto de control es muy significativo y puede ser especialmente interesante cuando es aplicado a la clase dominante, ya sea en referencia a su propia formación social o a otras sociedades, como en el caso de conflictos internacionales o imperialistas. Ya que aquí se sugiere que solamente la clase dominante tiene control "real" —excepto en una coyuntura revolucionaria— de los recursos nacionales: las fronteras, la tierra fiscal, los ferrocarriles, los puertos vitales, etc.; en suma, del territorio nacional

[33] D. B. Borojov, *Los intereses de clase y la cuestión nacional*, p. 44.
[34] D. B. Borojov, *Nuestra plataforma*, p. 63.

en términos geoeconómicos, geopolíticos y militares. Los intereses nacionales de las clases gobernantes son siempre predominantes, así como su visión nacional, no solamente porque sus ideologías son las ideologías dominantes, sino también y fundamentalmente, porque ellos tienen el control sobre las condiciones de producción en sus propias sociedades y, en el caso de una expansión imperialista, en las sociedades dependientes. En el análisis de ciertas coyunturas políticas el concepto de control puede ser muy útil: un ejemplo sería el caso de un estallido revolucionario donde la clase dominante ha perdido sus medios de producción (fábricas, manufacturas, propiedades, etc.)[35] pero ha mantenido ciertas condiciones de producción estratégicas, como instalaciones militares, nudos de comunicación, el sistema de transporte, etc. El concepto de control puede referirse no sólo a las estrictas condiciones materiales de producción, sino también a las ideológicas (v.g., los recursos ideológicos del estado). La clase dominante generalmente tiene control de la prensa oficial, la propaganda oficial, las principales publicaciones, el sistema educativo, etc. Estos elementos constituyen los recursos ideológicos del estado, en el sentido de que ellos difunden y mantienen, con la mediación y a menudo los fondos del estado, la ideología de la o las clases que tienen el poder del estado. Ahora bien, estos recursos ideológicos del estado constituyen una condición de producción, en el sentido de que contribuyen a reproducir el sistema existente de producción a través de la reproducción de la ideología dominante.

Las fuentes marxistas de las condiciones de producción

Además de las citas elegidas por Borojov del tercer tomo de *El capital,* hay también algunas referencias interesantes sobre este tema en el primer tomo. En el capítulo XIV de la sección quinta, concerniente al plusvalor absoluto y relativo, Marx se refiere a un conjunto de condiciones "naturales" que influyen sobre la producción social y la productividad del trabajo:

> Prescindiendo de la figura más o menos desarrollada de la producción social, la productividad del trabajo *queda ligada a condiciones naturales. En su totalidad, éstas son reducibles a la naturaleza del hombre mismo —como raza, etcétera— y a la naturaleza que lo rodea. Las condiciones naturales exteriores se dividen, desde el punto de vista económi-*

[35] En este caso la tierra es referida como medio de producción pero su significado aquí es completamente distinto al de "territorio" —la condición básica de la producción— aun cuando el objeto material es el mismo.

> *co, en dos grandes fases*: riqueza natural en medios de subsistencia, esto es, fertilidad del suelo, aguas con abundancia de peces, etc. y riqueza natural en medios de trabajo, como buenas caídas de agua, ríos navegables, madera, metales, carbón, etc. En los comienzos de la civilización el primer tipo de riqueza es el decisivo; una vez alcanzado un nivel superior de desarrollo, lo es el segundo. Compárese, por ejemplo, a Inglaterra con la India o, en el mundo antiguo, a Atenas y Corinto con los países ribereños del Mar Negro.[36]

Estas condiciones pueden ser expresadas en términos de los tipos de Borojov, "geográficas" (concernientes a la naturaleza que lo rodea) y "antropológicas" ("reducibles a la naturaleza del mismo hombre —como raza, etc."). Más aún, Marx ofrece una clasificación adecuada de las condiciones naturales exteriores o geográficas. Más adelante en el mismo capítulo, Marx menciona nuevamente las condiciones físicas en referencia al plusvalor del trabajo. También ofrece un claro ejemplo de cómo ciertas condiciones naturales de producción favorecen el surgimiento de ciertos modos de producción, por ejemplo, el propio capitalismo:

> Una vez presupuesta la producción capitalista, y si las demás circunstancias se mantienen iguales y la jornada laboral tiene una extensión dada, la magnitud del plustrabajo variará con *las condiciones naturales del trabajo, y en especial con la fertilidad del suelo.* Pero de ninguna manera se infiere de ello, a la inversa, que el suelo más fértil sea el más apropiado para el crecimiento del modo capitalista de producción. Éste supone el dominio del hombre sobre la naturaleza. Una naturaleza demasiado pródiga "lo lleva de la mano como a un niño en andaderas". No convierte al desarrollo del hombre mismo en necesidad natural. *No es el clima tropical, con su vegetación lujuriante, la patria del capital, sino la zona templada.* No es la fertilidad absoluta del suelo sino su diferenciación, la diversidad de sus productos naturales, lo que constituye el fundamento natural de la división social del trabajo *y acicatea al hombre, mediante el cambio de las circunstancias naturales en que vive, para que diversifique sus propias necesidades, facultades, medios de trabajo y modos de trabajar.*[37]

En el capítulo sobre el proceso de trabajo al comienzo de la tercera parte de *El capital,* Marx incluye entre los objetos que son usados como medios del proceso de trabajo "en un sentido amplio" ciertas "condiciones materiales" necesarias:

> *En un sentido amplio,* el proceso laboral cuenta entre sus medios —ade-

[36] K. Marx, *El capital,* edic. cit., I/2, pp. 621-622.
[37] *Ibid.,* pp. 622-623.

más de las cosas que median la acción del trabajo sobre su objeto, y que sirven por ende de una u otra manera como vehículos de la actividad— *con las condiciones objetivas* requeridas en general para que el proceso acontezca. *No se incorporan directamente al proceso, pero sin ellas éste no puede efectuarse o sólo puede realizarse de manera imperfecta. El medio de trabajo general de esta categoría es, una vez más, la tierra misma, pues brinda al trabajador el* locus standi *(lugar donde estar)* y *a su proceso el campo de acción (field of employment).* Medios de trabajo de este tipo, *ya mediados por el trabajo,* son por ejemplo los locales en que se labora, los canales, caminos, etcétera.[38]

Este párrafo es sumamente significativo, no sólo porque probablemente inspiró la categoría de Borojov de "condiciones materiales de producción", sino también, y fundamentalmente, porque se refiere a la tierra en una forma similar a la que Borojov entiende al "territorio", la condición básica de producción. Esto es, como un *locus standi* y como un *field of employment* para los trabajadores. Borojov le agrega a estos atributos del territorio el de poder ser un objeto de la lucha de clases y nacional, y una base estratégica para la lucha de clase del proletariado. Más aún, Marx remarca que estas condiciones, aun cuando sean necesarias, no entran directamente al proceso (de producción), quedando fuera de éste, en carácter de meras condiciones. Por último, los ejemplos que provee Marx ("locales en que se labora, canales, caminos, etc.") corresponden a los "elementos de la cultura" material de Borojov (dentro de las condiciones materiales) y ellos están también "mediados por el trabajo".

En la 4a. sección del primer capítulo concerniente al carácter fetichista de la mercancía, Marx se refiere a las "categorías" de la economía burguesa como formas mentales, aceptadas por la sociedad, en las que las relaciones de producción de un régimen social capitalista se expresan a sí mismas:

Formas semejantes constituyen precisamente las *categorías de la economía burguesa. Se trata de formas del pensar socialmente válidas, y por tanto objetivas, para las relaciones de producción que caracterizan ese modo de producción social históricamente determinado: la producción de mercancías.* Todo el misticismo del mundo de las mercancías, toda la magia y la fantasmagoría que nimban los productos del trabajo fundados en la producción de mercancías, se esfuma de inmediato cuando emprendemos camino hacia otras formas de producción.[39]

[38] *Ibid.*, p. 219.
[39] *Ibid.*, p. 93.

Estas categorías exclusivamente capitalistas de las "formas de pensar", que constituyen un arraigado patrón cultural y un elemento común de las ideologías burguesas, corresponde al tipo de condiciones espirituales del esquema de Borojov.

En la sección cuarta, en el capítulo titulado "Maquinaria y gran industria", Marx se refiere a ciertas condiciones generales del proceso social de producción:

pero la revolución en el modo de producción de la industria y la agricultura hizo necesaria también, sobre todo, una revolución en las condiciones *generales* del proceso social de producción, esto es, de los *medios de comunicación y de transporte.*[40]

Estas condiciones pueden ser incluidas, de acuerdo a la clasificación de Borojov, en el tipo de condiciones de producción materiales-históricas (v.g., ferrocarriles, acueductos, puertos, etc.). Más aún, en el mismo párrafo Marx explica cómo el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas, primero en el período manufacturero y luego en el estado industrial, entra en contradicción con estas condiciones generales de producción (medios de comunicación y transporte) y determina un cambio revolucionario en su carácter.

Volviendo al tercer tomo de *El capital,* podemos ver, en el mismo capítulo que contiene el párrafo citado por Borojov ("Génesis de la renta capitalista del suelo"), otras dos referencias a las condiciones de producción:

Lo que la diferencia [a la comunidad de producción autónoma] de la economía esclavista o de plantación es que en ésta el esclavo trabaja *con condiciones de producción ajenas, y no en forma autónoma.*

En todos los casos es la relación directa entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos —relación ésta cuya forma eventual siempre corresponde naturalmente a determinada fase de desarrollo del modo de trabajo y, por ende, a la fuerza productiva social— donde encontraremos el secreto más íntimo, el fundamento oculto de toda la estructura social, y por consiguiente también de la forma política que presenta la relación de soberanía y dependencia, en suma, de la forma específica del estado existente en cada caso.[41]

Aquí pareciera que Marx usa la palabra "condiciones" de producción como incluyendo los medios de producción, pero en el sentido de que incorpora la totalidad de los medios de produc-

[40] *Ibid.*, p. 467.
[41] K. Marx, *El capital,* cit., III/8, p. 1007.

ción, esto es, los medios de producción como un todo, en cuanto condicionan la producción.

De este análisis de *El capital* puede inferirse que, aunque Marx no define en términos precisos el concepto de condiciones de producción, lo usa en el sentido de todas las circunstancias naturales y materiales, así como sociales e históricas, bajo las cuales el proceso de producción social se realiza y es, en cierta medida, condicionado. Además, a pesar de que Marx no trabaja este concepto con la misma profundidad que otras categorías básicas como fuerzas productivas, medios de producción y relaciones de producción, no identifica las condiciones de producción con ninguna de estas categorías. Por otro lado, muchos de los conceptos marxistas más vitales como clase social, formación social, modo de producción o los términos arriba mencionados, no fueron nunca definidos exhaustivamente por Marx. Esto es, no fueron definidos en estrictos términos formales, aunque sí fueron desarrollados, fueron insertados en el contexto teorético del pensamiento de Marx; fueron utilizados como categorías para la construcción de hipótesis, la formulación de contradicciones o en la investigación de hechos históricos. En este sentido, lo que estos conceptos pierden en precisión formal lo ganan en su capacidad dialéctica para la explicación de la vida social. Lo mismo pasa con el término condiciones de producción. Marx no desarrolla este concepto, pero está presente en su pensamiento. Marx crea el término y lo usa en sus obras principales, como ya lo hemos visto. Borojov toma el concepto de *El capital* y lo aplica primero al problema de la diferenciación entre las formaciones socioeconómicas, y luego al problema nacional. Visto desde esta perspectiva constituye un desarrollo original pero asimismo fiel del marxismo, en ese campo.

3. LAS CATEGORÍAS "NACIONALES" DE BOROJOV PARA EL ANÁLISIS DE LA CUESTIÓN NACIONAL[42]

Pueblo y nación, dos conceptos dinámicos

Así como para la definición de condiciones de producción Borojov recurre a la comparación con el concepto de Marx de rela-

[42] Por categorías "nacionales" indicamos aquellos conceptos que Borojov no extrajo de las fuentes marxistas pero que fueron elaboradas en los términos del marco teórico y la metodología materialista histórica de Borojov.

ciones de producción, para la definición de nación recurre al concepto de clase en Marx.

Para Borojov el término "clase" en los trabajos de Marx tiene al menos dos significados: "por un lado, Marx considera clase a todo grupo que se diferencia de los demás grupos de la misma sociedad, según su participación en la forma de producción".[43] Por otro lado, "no considera clase a cualquier grupo que ocupa una situación diferenciada en el modo de producción, sino al grupo que ya alcanzó la etapa de autoconciencia y que ya actuó en la arena política con intereses y reclamaciones claramente expresados".

Borojov sustenta esta afirmación con algunas citas de la *Miseria de la filosofía* de Marx, tomadas de la edición francesa de 1847 (*Misère de la philosophie*).[44] Borojov se refiere a la distinción hecha por Marx entre clase "en sí" y clase "para sí" o sea, entre una clase como categoría socioeconómica en relación a otras clases y grupos sociales y una clase en términos de conciencia y praxis política. En este sentido, siguiendo a Marx, Borojov entendió ambos conceptos como una alusión a etapas diferentes aunque sucesivas en el desarrollo de las clases sociales.

En un sentido similar pero refiriéndose a formaciones sociales o sociedades enteras, Borojov distinguía entre los términos *pueblo* y *nación*, denotando momentos decisivos en la evolución de una formación social dada. El primer término apunta a "una unidad social", en tanto "relativamente apartada respecto de otras sociedades";[45] el segundo adquiere significado "cuando constituye una sociedad para sí". Por lo que el elemento distintivo para Borojov es el surgimiento de una autoconciencia en toda la sociedad, una conciencia de su nacionalidad. Esto no implicaría una diferenciación formal entre ambos conceptos. Por el contrario, ellos expresan dos estadios en un proceso histórico de desarrollo, donde la transformación de pueblo en nación ocurre en la última y superior etapa de este proceso. Asimismo, como la formación de una clase "para sí" implica necesariamente la mediación de cierto tipo de lucha de clases, la formación de una nación (y de la conciencia nacional) implica necesariamente la mediación de alguna forma de lucha nacional.

[43] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 19.

[44] En la edición original en ruso de *Los intereses de clase y la cuestión nacional*, estas citas están en francés y así fueron transcritas en la versión hebrea *Miljemet ha-máamadot ve-ha- shéelah ha leumit*, en *Ktavim* [Obras], ed. Levite y Ben Nahum, Tel Aviv, 1955, vol. 1, pp. 158-159.

[45] Borojov, *Los intereses de clase y la cuestión nacional*, p. 19.

De la misma manera que la evolución de una clase "en sí" a una clase "para sí" sólo puede ser entendida en el contexto de las *relaciones de producción* vigentes en una sociedad dada, la transición de toda una sociedad del nivel de pueblo a nación sólo puede ser comprendida, para Borojov, en el contexto de las *condiciones de producción* existentes. Esto es así porque Borojov concibe la "relativa separación" entre todas las sociedades como determinadas por distintos desarrollos históricos bajo condiciones de producción diferentes. En este sentido él definió los conceptos de pueblo y nación: "Una sociedad que advino en las mismas condiciones de producción es comúnmente llamada pueblo: y la misma sociedad que además está unida por la conciencia de la integración de sus miembros individuales, la que proviene de un común pasado histórico, se denomina comúnmente, 'nación'."

Esta conciencia nacional no es el factor determinante en la formación de una nación sino el producto de una evolución histórica enraizado en una vida común de producción bajo condiciones de producción comunes. También aquí Borojov expresa el principio marxista básico de que la conciencia no es la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. Para él la vida social bajo las mismas relaciones de producción generalmente lleva al desarrollo de una solidaridad de clase y, como la vida implica siempre praxis y lucha, lleva a la conciencia de clase. De la misma manera, en una sociedad dada, "la vida en las mismas condiciones de producción, cuando las condiciones son armónicas[46] para los miembros de una sociedad, despiertan la conciencia nacional y el sentimiento de integración nacional".[47] Por lo tanto Borojov entiende la nación como un tipo particular de formación social, que surgió en las últimas etapas del desarrollo de las fuerzas productivas. La existencia de la nación como una unidad social relativamente separada se basa en la influencia de condiciones comunes, aunque cambiantes, de su vida de producción, que se desarrollan a través de un pasado histórico común. La situación de pertenencia a la nación así como las condiciones de producción comunes (territorio, lenguaje, etc.) son percibidas por los miembros de una sociedad como algo ligado con su pasado común.

[46] Borojov quiere indicar en este caso aquellas condiciones de producción que maximizan la identificación de los miembros individuales de una formación social con las propias condiciones.

[47] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 21.

Nacionalismo: una doble definición

Borojov define el concepto de nacionalismo a través de dos puntos de vista complementarios. Por un lado, se refiere al mencionado "sentimiento de parentesco" o "integración que se crea por el común pasado histórico (y la raíz del pasado común se encuentra en las condiciones iguales de producción)". Por otro lado, puede ser concebido como "una tendencia a defender los intereses nacionales, que de uno o de otro modo se vinculan con la base de las condiciones de producción, es decir, con el territorio, y con sus formas de preservación".[48] En ambos casos, ya sea como un sentimiento nacional o en términos de intereses, el nacionalismo se expresa a sí mismo en la superestructura ideológica de una formación social. Se expresa a sí mismo *como* ideología; o sea, llega a ser manifiesto *a través* de contenidos ideológicos: ideas, símbolos, mitos, etc., que pertenecen a las ideologías de clase en un sociedad nacional dada.

La noción de intereses nacionales es el punto clave en la segunda aproximación, y Borojov siempre lo usa en relación a las clases sociales, en ambos sentidos de la palabra, en que cada nación se divide. Por lo que, mientras el sentimiento de integración nacional puede ser común a todos los miembros de una nación, los intereses nacionales son diferentes, dependiendo de la pertenencia a las distintas clases sociales:

> En la vida de producción ocupan diferentes situaciones; su lugar en las relaciones de producción no es igual. Las condiciones tampoco pueden tener para ellos el mismo significado; la relación es diferente hacia el patrimonio nacional.

La conclusión necesaria que sigue a esta afirmación es una de las tesis más sugestivas y desafiantes de Borojov:

> no existen intereses nacionales abstractos y comunes a todas las clases sociales, cada clase tiene sus propios intereses nacionales, que son diferentes a los de las demás clases. El problema nacional y los movimientos nacionales no se elevan por encima de las clases sociales, sino que son propios de una o de algunas de ellas.[49]

[48] *Ibid.*, p. 22. Se mencionó previamente que Borojov ofrecía algunos ejemplos de los instrumentos para la preservación de los recursos nacionales: "unidad política", "instituciones políticas", "lenguaje", "educación nacional" y el "nacionalismo" propiamente dicho.

[49] Borojov, *Nuestra plataforma*, p. 67.

Borojov niega la existencia de intereses nacionales abstractos comunes a todas las clases, considerando que ni la lucha nacional ni la lucha de clases "se realiza por cosas espirituales sino por ciertas cosas materiales".[50] Por lo tanto, de la misma manera que "la lucha de clases se realiza por la posesión material de las clases; por la posesión de los medios de producción [...] la lucha nacional se realiza por la posesión material de las unidades sociales". Y esto es así a pesar del hecho de que la lucha entre clases y naciones se "realiza bajo la bandera de valores espirituales".

En este sentido, Borojov remarca que "el nacionalismo, en última instancia, siempre tiene relación con el patrimonio material de la nación". En las palabras de Borojov, significa las condiciones materiales de la vida de producción cuya base, la más importante de las condiciones materiales de producción, es el territorio. El territorio, además, "es la base sobre la que se encuentran todas las otras condiciones de producción y sirve para atraer todas las influencias exteriores". Asimismo constituye "la condición más general de la producción, que contiene y sirve de base a todas las condiciones internas".[51] Así, de acuerdo con los diferentes intereses nacionales de clase respecto de las condiciones nacionales de la vida de producción, esto es, de acuerdo con el carácter y el objeto de cada interés de clase respecto del territorio, las otras condiciones de producción materiales y los instrumentos para la preservación de los recursos nacionales, emergen "diferentes tipos de nacionalismos".[52] En suma, debido a la diversidad de los intereses nacionales de clase surgen diferentes tipos de nacionalismos clasistas, ya que tales intereses se encuentran en distintas partes del patrimonio nacional, y por eso corresponden a diferentes nacionalismos.

Además del factor de clase, Borojov reconocía otras variables que contribuían a la diversificación de los tipos de nacionalismo: "los intereses nacionales pueden ser internos y externos, pueden ser conservadores o progresistas, agresivos o defensivos". Veremos luego la contribución de Borojov respecto de estos diferentes tipos de nacionalismos clasistas. Por el momento, es suficiente anotar que el segundo enfoque, basado en los diferentes intereses nacionales de las clases sociales de una nación, fue el que de hecho Borojov usó en términos de análisis político. Esto constituyó una de sus ideas más originales, concebida en una fecha tan temprana

[50] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 17.
[51] Borojov, *Nuestra plataforma*, p. 61.
[52] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 22.

como 1905, por la que intenta explicar la cuestión nacional en función de intereses de clase y de lucha de clases. A esto él le llamó las bases clasistas de la cuestión nacional.

El otro enfoque sobre el nacionalismo es perceptible en su perspectiva histórica. Resulta interesante que ambos enfoques apuntan hacia los factores explicativos del nacionalismo, en términos de condiciones de producción, desarrollo histórico e intereses de clase, más que a sus efectos, esto es, a la expresión ideológica. La doble definición de Borojov del nacionalismo hace hincapié en las categorías explicativas materialistas e históricas, lo que muestra un intento de ir más allá que las definiciones basadas en aspectos puramente superestructurales (ideológicos), o de aquellas que asociaban el nacionalismo solamente con la clase y la ideología burguesas.

Nacionalismo y desarrollo histórico

Las categorías de nación y nacionalismo no pueden ser completamente entendidas en el contexto del pensamiento de Borojov, a menos que agreguemos la dimensión histórica a sus definiciones conceptuales. Borojov concebía la formación de las naciones como un proceso histórico que coincidía, en Europa Occidental, con el desarrollo del capital y el surgimiento de la burguesía como la clase dominante en la sociedad. El comienzo de este proceso estaba conectado para él con el desarrollo del capital comercial, y su clímax con la consolidación de las grandes monarquías: "[...] cuando en el seno del orden feudal empezó a desarrollarse el capital comercial, empezaron a crearse nacionalidades [...] y con la ayuda de capital propio nació 'la reunión del país', se formaron grandes monarquías".[53] Más aún, Borojov entendía el nacionalismo como un producto, así como una característica, del desarrollo de la sociedad burguesa: "El nacionalismo es un producto de la sociedad burguesa; advino junto con ella; primó durante todo el tiempo de su hegemonía; es preciso tenerlo en cuenta lo mismo que a todas las manifestaciones de la sociedad burguesa".[54] Para Borojov las formaciones sociales que surgieron antes del desarrollo del capitalismo fueron solamente pueblos. Las condiciones de producción de las unidades sociales feudales no eran suficientemente unificadas para llegar a ser nacionales, y no puede haber nacionalismo donde las condiciones de producción no proveen la

[53] *Ibid.*, p. 28.
[54] *Ibid.*, p. 24.

necesaria unidad interna de una formación social y su relativa separación de otras sociedades.

Para Borojov el nacionalismo antiguo, es decir, el que existía en sociedades precapitalistas, era fundamentalmente de una naturaleza política: "[...] y esporádicamente afloraba cada tanto, cuando las relaciones exteriores entre los pueblos se veían fuertemente agudizadas. El nacionalismo florecía y moría junto con las grandes guerras, y las mismas guerras no se realizaban por intereses nacionales ni eran nacionales".[55] Aquí puede verse la aplicación de su doble definición de nacionalismo, porque solamente las clases de las formaciones sociales burguesas poseen intereses nacionales reales, esto es, intereses de clase respecto de las condiciones materiales de producción, que devienen nacionales. Junto al desarrollo de las clases fundamentales de la sociedad burguesa surgen gradualmente las naciones, el nacionalismo y la cuestión nacional. Según Borojov, el desarrollo del capitalismo provoca dos contradicciones básicas en la vida de producción. Por un lado, las fuerzas de producción, debido a su desarrollo creciente, ya no son compatibles con las *relaciones de producción* feudales, que devienen obsoletas. Por otro lado, el desarrollo de estas fuerzas de producción capitalistas ya no es compatible con las arcaicas *condiciones de producción* feudales, cuyas formaciones sociales atomizadas y autosuficientes impiden el desarrollo del capitalismo. Al respecto, el nacionalismo está asociado, para Borojov, con una de las condiciones necesarias de la forma capitalista de producción, la libertad de movimiento: "El comercio y la industria sólo crecen en libertad de competencia, vale decir, cuando existe la libertad de trasladar los capitales y las mercancías y crear un mercado para ellos. Y el trabajador también debe estar libre y libremente utilizar su fuerza de trabajo, o sea que debe poder moverse con libertad. Solamente así puede crearse el plusvalor, savia vital del capital".[56] Borojov consideraba la libertad de movimiento como "la primera y la más importante de todas las libertades", para el desarrollo del capitalismo. Pero ésta dependía, como las demás condiciones, de la base de las condiciones de producción —el territorio— que en este caso debía ser un territorio libre dentro de fronteras definidas y relativamente seguras. Ya que en el desarrollo de la sociedad burguesa un territorio libre no era solamente la base material de todas las condiciones de producción, sino también el prerrequisito para la emergencia de la libertad

[55] *Ibid.*, p. 23.
[56] *Ibid.*, p. 24.

de movimiento. La libre movilidad del trabajo y de las mercancías requiere apriori un territorio libre, y Borojov anota que "en esto hallamos el interés que movió a la burguesía a luchar por la liberación del país. Y la lucha se hizo antes que nada para liberar cierto territorio, que tiene ciertas fronteras". Era ante todo necesario liberar aquellas áreas en las cuales se hablaba un lenguaje común. Luego otra condición de producción preexistente, el lenguaje, fue también "liberada" en el sentido de que llegó a ser el lenguaje de una entidad social más amplia, superando el provincialismo feudal. Fue necesario también, para la burguesía, liberar a la población de los territorios libres de las leyes feudales, pactos y patrones culturales que obstruían la libertad de movimiento.

De esta manera, en el proceso de llegar a ser la clase dominante de un nuevo modo de producción, la burguesía necesitaba y creaba un nuevo tipo de formación social —de índole nacional— y "los pueblos europeos se transformaron en naciones". Durante el mismo proceso se desarrolló una conciencia nacional entre las masas de los nuevos países, basada en el ya mencionado sentimiento de parentesco e identificación con las condiciones comunes de su vida de producción. Sin embargo, esta conciencia nacional al nivel de las masas llegó a ser completa sólo a través de la lucha por la emancipación nacional, liberada por las burguesías occidentales. La burguesía revolucionaria unió a todas las clases de la sociedad feudal contra la clase dominante, y en este sentido su nacionalismo fue, como dice Borojov, "un nacionalismo verdaderamente combativo y progresista".

Ahora podemos volver a las dos contradicciones básicas que ya mencionamos: fuerza de producción/relaciones de producción y fuerzas de producción/condiciones de producción. De acuerdo a Borojov, la primera contradicción generalmente "provocó un problema social que se resuelve con la liberación de la clase oprimida".

La segunda contradicción, en general, "provoca un problema nacional y sólo se resuelve por la liberación de la nación oprimida". Ambas contradicciones se ponen claramente de manifiesto con la emergencia del capitalismo en Europa occidental. En la primera contradicción, la burguesía, la más joven de las clases oprimidas, tomó la iniciativa y el liderazgo para superarla y llegó a ser la clase políticamente dominante después de la Revolución francesa. La segunda contradicción reúne a todas las clases oprimidas de la última etapa de la sociedad feudal, que ya había llegado a ser una nación. Durante la Revolución francesa, estas clases eran conscientes de ser una nación oprimida, o sea, una

nacionalidad común, que había sido oprimida por la antigua clase dominante y el *ancien règime*: "Nació la creencia de que existe una supuesta armonía nacional común, en cuanto a los intereses; y sólo las clases dominantes de la época estaban excluidas de la supuesta armonía". Es en este sentido que puede entenderse la afirmación de Borojov de que el nacionalismo "no apareció en la política exterior de las clases dominantes, sino en la política interna de las clases oprimidas". Por lo tanto, para Borojov el nacionalismo aparece en la esfera de la política externa solamente cuando la burguesía toma el poder del estado llegando a ser la clase dominante. En este tenor es también posible comprender por qué la burguesía fue tan profundamente nacionalista y por qué su nacionalismo fue, al comienzo, una bandera de cambio y de libertad, que agrupó a las otras clases oprimidas de las formaciones sociales en transición hacia la sociedad capitalista. Los intereses nacionales burgueses fueron los más influyentes de los intereses nacionales de clase en el proceso histórico que nacionalizó, o sea que "hizo nacional", las condiciones de producción. Consecuentemente la burguesía fue el principal agente y portador del nacionalismo como ideología. El nacionalismo fue tal vez la articulación clave de la ideología burguesa y una de las armas políticas más poderosas que usó la joven burguesía en su lucha de clases contra los remanentes de la aristocracia feudal. Por lo que antes y durante las primeras revoluciones burguesas en Europa occidental, el nacionalismo fue un componente de la ideología revolucionaria de la clase revolucionaria. Y es bajo esta perspectiva que podemos entender la siguiente afirmación, un tanto críptica de Borojov: "desde sus primeros pasos el nacionalismo no tiene relación alguna con las tradiciones".

El nacionalismo es por tanto independiente de las tradiciones del orden feudal, las tradiciones que apoyan la dominación de las viejas clases y la permanencia de sus privilegios, así como de la estrechez de sus horizontes económicos y geográfico-políticos.

Junto con el desarrollo del nacionalismo burgués, surgió, según Borojov, su contraparte dialéctica: el cosmopolitismo burgués o universalismo. A esto lo considera también como otro componente de la ideología revolucionaria burguesa, expresada en la búsqueda de "hacer feliz a toda la humanidad; y esperaba borrar del mundo entero al feudalismo". Él consideraba que las interpretaciones de sus contemporáneos sobre la Revolución francesa tomaban en cuenta el aspecto cosmopolita más que el nacionalista de la ideología revolucionaria, enfatizando asimismo la filosofía racionalista, iluminista y jacobina. Por el contrario, Borojov resalta

el aspecto nacionalista de la ideología burguesa revolucionaria, como una manera de balancear el otro énfasis. Esto no significa que Borojov subestimara la dimensión cosmopolita de la ideología burguesa. Para él, el espíritu cosmopolita o universalista promovido por la burguesía revolucionaria de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX fue coincidente con el nacionalismo progresista y fue también un producto del desarrollo capitalista, que abrió todas las fronteras brindando la base para tal nacionalismo. Pero el nacionalismo burgués que estaba contra la tradición, antes y durante la revolución, "se tornó una tradición" después de la revolución. O sea que el nacionalismo progresista de la burguesía revolucionaria devino en componente de la ideología dominante cuando la burguesía se transformó en la clase dirigente, volviéndose paulatinamente reaccionario.

Después de las revoluciones burguesas en Europa occidental, la nueva forma de lucha de clases, surgida a lo largo del proceso de formación de las naciones, se consolidó como la más importante a través de la contradicción burguesía/proletariado que pasó a ser la fundamental del modo de producción vigente: "[...] se vio que la nación era un conglomerado de varias clases. Una vez recuperado el patrimonio nacional, procedieron a repartirse la riqueza. Y con gran violencia se desató la lucha de clases". Resumiendo este acápite podemos concluir, hasta aquí, que: 1] Borojov ve al nacionalismo como un producto histórico del desarrollo del capitalismo y de la sociedad burguesa, o sea, como un producto del desarrollo de las fuerzas capitalistas de producción, que entraron en conflicto con las condiciones de producción preexistentes. En este sentido, no podría haber un verdadero nacionalismo en las sociedades precapitalistas. 2] Él visualiza al nacionalismo, inicialmente, como la expresión de los intereses de clase tanto de la burguesía revolucionaria como de la burguesía cuando se transforma en la clase dominante. El nacionalismo fue gradualmente una función ideológica de la dominación de clase de la burguesía sobre las otras clases de cada nación y un apoyo ideológico para la expansión capitalista. Lo anterior es válido para los primeros países de Europa occidental que adoptaron el capitalismo, formando así estados nacionales (por ejemplo, Inglaterra, Francia, Alemania), y que correspondía al primer estadio en la línea principal de evolución de las formaciones sociales capitalistas. Es claro que Borojov se refiere aquí a las primeras formaciones sociales nacionales de la etapa monopolista del capitalismo en Europa occidental y, de hecho, a las primeras formaciones sociales nacionales en la historia del capitalismo como un todo. Esto constituye para Bo-

rojov el origen histórico del nacionalismo, pero este último puede asumir, y de hecho asume diferentes líneas de desarrollo cuando las naciones viven bajo condiciones de producción anómalas, por ejemplo, en el caso de las naciones oprimidas o extraterritoriales.

Aun cuando los intereses nacionales de clase de la burguesía fueron predominantes en la formación y desarrollo del nacionalismo, no fueron los únicos intereses que entraron en juego. Las otras clases de la sociedad burguesa (especialmente la otra clase antagónica fundamental, el proletariado) generan también intereses nacionales de clase diferentes, aunque indubitables: "Y hablando desde el punto de vista proletario debemos decir: el proletariado tiene una relación directa hacia el nacionalismo, hacia el patrimonio nacional, hacia el territorio". Las otras clases sociales, y especialmente el proletariado, tienden a desarrollar tipos diferentes de nacionalismo en relación a sus intereses de clase", ya que el proletariado tiene participación en la producción, está interesado en las condiciones de producción; debe haber un cierto tipo de nacionalismo proletario, y en verdad lo hay".

A través del último punto llegamos al aspecto final de la concepción de Borojov sobre el nacionalismo: las bases clasistas de la cuestión nacional.

4. LAS BASES CLASISTAS DE LA CUESTIÓN NACIONAL

Conciencia de clase vs. conciencia nacional

Antes de analizar los diversos tipos de nacionalismos correspondientes a las diferentes clases sociales de la sociedad burguesa, es necesario tratar uno de los elementos más esenciales de la teoría borojovista sobre la cuestión nacional: la contradicción entre conciencia de clase y conciencia nacional. Esto puede ser analizado a través de los siguientes puntos de referencia: 1] Las condiciones de producción literalmente "condicionan", en un cierto grado, el nivel de conciencia de clase en las distintas clases y, por lo tanto, el estado de la lucha de clases en una sociedad dada: "[...] las condiciones normales de producción desnacionalizan al pueblo y atemperan la conciencia nacional; pero, por el contrario, cuando falta cualquier parte de patrimonio nacional y son más limitadas sus formas de preservación, los intereses de la nación se tornan armónicos, la conciencia nacional se fortalece y agranda".[57]

[57] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 28.

Consecuentemente, cuando las condiciones de producción son normales el antagonismo de clase se agudiza; cuando son anómalas el conflicto de clase se suaviza. Por condiciones "anormales" o "anómalas" de producción, Borojov entiende, por ejemplo, la situación en que "[...] faltan o están reducidos el territorio y sus formas de protección; tolerancia política, libertad de lenguas, y de desarrollo cultural".[58] La anomalía en las condiciones de producción puede ser referida, por lo tanto, a las naciones y pueblos oprimidos en términos de dos situaciones básicas: *a*] los pueblos y naciones subyugados y colonizados por las potencias imperialistas; *b*] los pueblos y naciones de los países desarrollados y dependientes que, aunque no sean colonias en el sentido estricto de la palabra, están obstaculizados en el libre usufructo de sus condiciones de producción, o sus medios de preservación, por la intervención económica, política y militar del imperialismo. Entre las naciones oprimidas están también incluidas, por definición, las naciones extraterritoriales.

2] Las clases dominantes de las naciones opresoras, así como de las oprimidas, manipulan en términos ideológicos la contradicción arriba mencionada para oscurecer la conciencia de clase de aquellas clases que ellas explotan. Pero a pesar de su propaganda nacionalista, ellas no tienen de hecho tendencias nacionales, o, en las palabras de Borojov, "las clases dominantes no son nacionales, sino nacionalistas".[59] Todo movimiento social o político que está en contacto con y enraizado en las condiciones de producción de una sociedad determinada, puede ser nacional o nacionalista: "Toda propaganda, todo movimiento arraigado en el carácter de las condiciones de producción de una sociedad es llamado nacionalista cuando oscurece la conciencia de clase y civil de sus miembros, cuando éstos ignoran la estructura de clase y el antagonismo de los intereses". El término *nacional* tiene exactamente un significado opuesto, es decir cuando la estructura, la conciencia y el conflicto de clase no permanecen "ocultos". O sea que, "en esencia, el proceso de liberación no es nacionalista, sino nacional".[60] En el proceso de emancipación nacional la polarización de clase se hace manifiesta y los protagonistas principales "son siempre los sectores progresistas del pueblo y de la intelectualidad". Para Borojov todo oscurecimiento de la conciencia,

[58] *Ibid.*, p. 48.
[59] *Ibid.*, p. 29.
[60] *Ibid.*, p. 47.

ya sea la conciencia de clase en general o la conciencia nacional de las naciones oprimidas, es necesariamente reaccionario. Cualquier intento de llevar a cabo una agitación política de corte nacionalista "[...] allí donde una nación se encuentra en condiciones normales, o donde esa propaganda pretende demostrar que los intereses son más amplios y armónicos de lo que en realidad ocurre",[61] es visto por él como un intento de oscurecer la conciencia de clase en las clases oprimidas de esa nación. Por el contrario, Borojov reconoce que en ciertos momentos históricos "[...] los individuos de una nación —que comprensiblemente se encuentran en condiciones anormales de producción— son empero armónicos desde cualquier punto de vista". Un ejemplo visible lo constituye la nación puertorriqueña, tanto la que mora en la isla como sus miembros dispersos. Esto es válido también para el caso de aquellas minorías nacionales cuyas condiciones de producción son anómalas, como los chicanos en los EE. UU. Por lo tanto, el nacionalismo de las naciones y minorías nacionales oprimidas asume un carácter diferente del que manifiestan las naciones opresoras. Mientras este último es siempre reaccionario, el primero puede ser progresista al nivel de las clases oprimidas y su intelectualidad orgánica. "Entre los elementos progresistas de una nación oprimida se desenvuelve el nacionalismo real: no sueña con la conservación de las tradiciones, no las añora, no se engaña con la supuesta unidad de la nación, comprende claramente la estructura de clases de la sociedad y no esconde ni ignora los intereses reales de nadie."[62] Según Borojov, el objetivo básico de este tipo de nacionalismo real que "no oculta la conciencia de clase", es el logro de la emancipación real de la nación oprimida a través de la normalización de sus condiciones de producción.[63] Pero para él, la clase más progresista de las naciones capitalistas, oprimidas y opresoras, es el proletariado revolucionario y organizado. Y el proletariado revolucionario de una nación oprimida "se expresa en las exigencias (nacionales) claramente formuladas en su programa mínimo". Estas demandas están dirigidas a asegurar, a través de la normalización de las condiciones de producción nacionales, una base normal para la consecución del programa máximo del proletariado: la revolución social.

[61] *Ibid.*, p. 28.
[62] *Ibid.*, p. 47.
[63] En el caso de una nación territorial, la normalización de las condiciones de producción, para Borojov, con la normalización de las relaciones de producción, esto es, de la estructura de clases anómala.

3] Tomando en cuenta el desarrollo histórico del nacionalismo burgués, delineado en el capítulo anterior, se podría afirmar que fue primero nacional y luego nacionalista. El nacionalismo burgués fue nacional cuando lo impulsaba la burguesía naciente para unir a todas las clases oprimidas contra la clase dirigente feudal, constituyendo así un factor en la formación de la propia conciencia de clase de la burguesía revolucionaria y una bandera de lucha. El nacionalismo burgués se transformó en nacionalista cuando la burguesía necesitó ocultar su dominación de clase sobre el proletariado y las otras clases oprimidas. Entonces funcionó como un instrumento ideológico, en el sentido de distorsión y falsa conciencia de la realidad.

De lo anteriormente expuesto, se puede extraer la siguiente afirmación: los movimientos de liberación nacional sólo pueden ser dirigidos por las clases oprimidas de las naciones oprimidas y sus intelectuales orgánicos. En este sentido la burguesía dirigió los primeros movimientos de liberación nacional en Europa occidental, cuando aún era un clase oprimida, en una incipiente nación oprimida, ambas bajo la clase feudal dirigente.[64] Pero cuando la burguesía se transformó en la clase dirigente del estado nacional, sólo pudo liderar o promover movimientos nacionalistas en provecho de sus propios intereses de dominación de clase. Es por eso que, de acuerdo con Borojov, esta tarea pertenece básicamente al "proletariado revolucionario y organizado"[65] de toda nación oprimida y debe ser incluida en el programa mínimo de todo partido obrero revolucionario en tales naciones. Pero una vez que la liberación nacional ha sido realizada en una nación oprimida, el objeto del nacionalismo real ha sido básicamente logrado. Entonces: "...en lugar de la anterior solidaridad de los intereses nacionales durante ciertos procesos de liberación —una solidaridad forzada y anormal— renace en forma clara una estructura de lucha de clases". En este sentido político-estratégico y programático debe entenderse la ya mencionada aseveración de Borojov de que la primera tarea del proletariado de las naciones oprimidas es la liberación nacional. Contrariamente, toda expresión ideológica de nacionalismo por cualquier clase social en las naciones opresoras o en aquellas que, sin serlo, viven bajo condiciones de producción normales (especialmente a partir de la fase imperialista del capi-

[64] De la misma manera que la burguesía aparece como clase social antes que se consolide el modo de producción capitalista, la nación existía antes del establecimiento de los estados nacionales.
[65] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 47.

talismo) son, para Borojov, necesariamente nacionalistas, es decir, de carácter reaccionario.

Los intereses nacionales de clase en el modo de producción capitalista

De acuerdo con su concepción del nacionalismo en términos de intereses de clase, Borojov señala que "no existen intereses nacionales abstractos y comunes a todas las clases sociales".[66] Por el contrario, "cada clase tiene sus propios intereses nacionales que son diferentes a los de las demás clases". En este sentido la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las condiciones de producción no es la misma para todas las clases, sino que cada clase sufre esta contradicción de una manera específica. De ahí la variedad de tipos de nacionalismos en relación a las diferentes clases sociales de la sociedad burguesa.

El análisis que hace Borojov de los intereses nacionales de clase o, en concordancia con su definición, del nacionalismo de las diferentes clases sociales en la sociedad capitalista, incluye también los intereses nacionales de clase de los grandes terratenientes. Ellos ocuparon una posición transicional en el desarrollo histórico del capitalismo occidental, siendo el remanente de un modo de producción anterior. En este proceso perdieron en gran medida su poder económico así como su poder político, al menos en Europa occidental. Pero en algunos países atrasados preservaron una parte considerable de su propiedad y su control político apoyándose en el estado; por ejemplo, en Rusia, donde la gran nobleza y los terratenientes necesitaban del poder de la monarquía zarista para mantener sus privilegios. Su ingreso provenía de la renta de la tierra y su principal preocupación era, por lo tanto, conservar sus dominios. "El territorio les es valioso sólo en la medida en que les sirva como suelo que da renta. Su nacionalismo es, principalmente, un nacionalismo telúrico."[67] Pero este nacionalismo fue, en cierto sentido, "prestado"; la clase terrateniente nunca tuvo sus propios ideales de una "misión nacional". Ellos tomaron esta idea de sus antiguos enemigos de clase, la burguesía, levantando la bandera nacional en su carácter más chauvinista. Otra característica de este tipo de nacionalismo es su fidelidad a las tradiciones. A diferencia del nacionalismo burgués que no guardaba relación con las tradiciones, el de los terratenientes acumuló las tradiciones forjadas durante el período pre-capitalista. Más aún, Borojov consideraba que este nacionalismo es "fuera de la nación dada, comúnmente agresivo y muy amigo del militarismo [...] dentro de la nación es conservador y tiene como objetivo principal la defensa de todas las bases existentes". En los países donde el poder económico y político está completamente en manos de la burguesía y los terratenientes carecen de poder efectivo, su nacionalismo se manifiesta claramente en actos reaccionarios e impotentes. Un ejemplo de ello sería la situación política de Francia antes de la primera guerra mundial.

A la clase dominante en la fase imperialista del capitalismo Borojov la llama "gran burguesía". Sus intereses nacionales de clase no estaban relacionados con las tradiciones, con el mercado nacional interno o el lenguaje nacional: "Sueña con el poder universal de su capital nacional." En otras palabras, "para el gran capital, el territorio y sus fronteras tienen el valor de un punto de apoyo para conquistar el mercado mundial". Aun cuando la burguesía imperialista está lejos de las tradiciones y del orgullo nacional, los usa para ocultar sus verdaderos intereses de clase, justificando así ideológicamente su expansión imperialista.

Con respecto a la pequeña burguesía Borojov señala: "el territorio les significa un mercado de consumo"; consecuentemente, sus fronteras coinciden con los límites del lenguaje nacional. De ahí que la expresión ideológica de su nacionalismo enfatiza el lenguaje nacional, la cultura nacional y la educación. Según Borojov, los ideólogos de esta clase emplean la misma fraseología que los terratenientes y tienen otra similitud con ellos: "ocupan la posición intermedia entre las dos clases principales de la sociedad y tienen la inclinación ingenua de creer que están por encima de todas las controversias, disidencias o discrepancias de clase". La principal bandera pequeñoburguesa es ley y orden. Ellos temen todo levantamiento social y se ligan desesperadamente a cualquier propiedad que tengan, por pequeña que sea. Más aún, ellos proveen un terreno de cultivo excelente para prejuicios y supersticiones nacionalistas y raciales. Siendo además su situación de clase bastante incierta, porque con el desarrollo del imperialismo un sector considerable se transformó en proletariado y unos pocos de ellos lograron un lugar en la burguesía media. Una parte de sus miembros apoyaron la política chauvinista de los terratenientes o los reclamos imperialistas de la gran burguesía, mientras los intelectuales de esta clase, que estaban interesados principalmente en la cultura nacional (maestros, historiadores, escritores, artistas, etc.), eran liberales e incluso radicales: "Entre ellos está muy

[66] Borojov, *Nuestra plataforma*, p. 67.
[67] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 30.

arraigado el reconocimiento del derecho de autodeterminación de cada nación", e incluso sus elementos más progresistas reconocían la estructura clasista de la sociedad y asumían posiciones proletarias.

En cuanto a los intereses nacionales de clase del proletariado, Borojov advierte que "no hay que seguir el error comúnmente difundido de creer que el proletariado no tiene relación alguna con el patrimonio nacional y que, por lo mismo, carece de sentimientos e intereses nacionales. Ninguna clase social se encuentra al margen de las condiciones de producción y, por supuesto, para el proletariado tiene un valor muy importante el estado de esas condiciones". El territorio, base de las condiciones de producción, tiene vital importancia también para el proletariado, constituye su lugar de trabajo y lucha de clases: en tanto un obrero no ocupe un lugar, no puede realizar su lucha.

Los trabajadores a menudo compiten entre ellos por el empleo. Al respecto Borojov cita la obra de Marx *Miseria de la filosofía*:

> La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa del salario, este interés común a todos ellos frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia [...] Por lo tanto la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia general a los capitalistas.[68]

Borojov destaca que, por ejemplo, en el caso de un gran flujo de inmigrantes de otros países que "provocan el descenso del salario, son molestados demasiado los intereses del obrero más culto, y no puede permanecer indiferente".[69] Más aún, los obreros tienen intereses culturales de lenguaje, educación y literatura que son valiosos como medios para desarrollar la conciencia de clase, aunque esta conciencia de clase "no se nutre mayormente de la cultura, sino de los procesos de lucha". Pero la lucha de clases, para Borojov, puede sólo ser efectiva cuando los obreros ocupan sus lugares de trabajo o pueden eventualmente controlarlos. Por lo tanto, corresponde a su propio interés de clase proteger estas posiciones estratégicas en la lucha. El problema nacional para el proletariado está directamente ligado al lugar de trabajo y lucha (la base estratégica). Éste es el sentido del territorio para el proletariado, pero en tanto el lugar nacional de trabajo no está asegurado (por ejemplo, en las naciones oprimidas) la lucha

[68] K. Marx, *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1978, p. 157.
[69] Borojov, *Los intereses de clase*, p. 38.

nacional adquiere una urgencia inmediata como forma de la lucha de clases.

La teoría de Borojov sobre los diferentes intereses nacionales de clase está referida al modo de producción capitalista en general, y sin adscribirse a ninguna formación socioeconómica en particular. Analiza los intereses nacionales de las dos clases fundamentales del modo de producción capitalista, el proletariado y la burguesía, así como los de las otras clases de la sociedad burguesa. Pero al mismo tiempo, Borojov examina los intereses nacionales de clase en términos de la polarización entre las clases opresoras y oprimidas del capitalismo. Consecuentemente también incluye entre las clases opresoras los residuos de la clase dominante anterior (los grandes terratenientes), que comparten, en alguna medida, la riqueza nacional y ocasionalmente el poder político en el estado capitalista. Asimismo los grandes terratenientes desarrollan, bajo la presión de las circustancias históricas, tanto intereses nacionales como una ideología nacionalista. Borojov no incluye, sin embargo, ninguna proposición acerca de los intereses nacionales del campesinado. Pareciera que Borojov no involucra al campesinado porque implícitamente sigue a Marx en la consideración de las tres grandes clases para el análisis de la sociedad burguesa. En el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx dice:

> Estudio el sistema de la economía burguesa por este orden: *capital, propiedad del suelo, trabajo asalariado*; estado, comercio exterior, mercado mundial. Bajo los tres primeros títulos, *investigo las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa*; la conexión entre los tres títulos restantes salta a la vista.[70]

En todo caso, esto no implica que no sea posible aplicar la teoría de Borojov como un todo para el análisis de los intereses nacionales del campesinado. A juzgar por la afirmación de Borojov ya mencionada, de que todas las clases están afectadas por las condiciones de producción, él no niega la inclusión del campesinado dentro de la cuestión nacional. A pesar del aislamiento crónico del campesinado, que a menudo obstaculiza la formación de una conciencia nacional, en la actualidad se hace indispensable incluirlo en todo análisis del problema nacional. E incluso sería posible aplicar el modelo de Borojov al campesinado, especial-

[70] K. Marx, *Prólogo* a *Contribución a la crítica de la economía política*, en Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 1, México, 1978, p. 75.

mente si uno está tratando con naciones oprimidas en países atrasados, donde los campesinos no sólo constituyen una clase fuerte y numerosa, sino también una de las fuerzas sociales básicas. El campesinado, en tanto clase de las naciones oprimidas, tiene, a nuestro juicio, un interés muy claro respecto de la base de sus condiciones de producción; el territorio nacional constituye, para esta clase, *un medio de subsistencia*. Todas las guerras campesinas de todas las épocas fueron motivadas por la necesidad de tierra, y esta ligazón ancestral es la base de cualquier nacionalismo campesino posible. Por lo tanto, el nacionalismo del campesinado sería como el del gran terrateniente, "un nacionalismo de la tierra" pero de signo contrario a aquél. Asimismo, el nacionalismo campesino sería también, en cierto modo, ideológicamente "prestado". Pero, a diferencia de la ideología nacionalista de los terratenientes, puede ser a veces influido por el proletariado mediante la experiencia compartida de la praxis, de la lucha de clases, y llegar a ser *nacional* a través del combate común por la liberación nacional en las naciones oprimidas. Cuando el nacionalismo del campesinado no está conectado con dicha lucha por la liberación nacional, o bien queda atrapado en las redes de la ideología nacionalista de las clases dominantes, o no supera la etapa del mero *regionalismo*.

5. A MODO DE EPÍLOGO

Como hemos podido apreciar, el marxista judeo-ruso Ber Borojov, virtualmente desconocido en el medio socialdemócrata no judío de su tiempo y prácticamente ignorado por los marxistas contemporáneos, formuló —por primera vez en Rusia— los fundamentos de una teoría marxista sistemática de la problemática nacional, que fue también una de las primeras y más originales de Europa. Además de Marx y Engels, cuyas fragmentarias pero inspiradas ideas sobre el tema no fueron nunca sistematizadas en un cuerpo orgánico de teoría, el único predecesor real de Borojov fuera de Rusia, en cuanto a un tratamiento realmente materialista e histórico del tema, fue Karl Kautsky, con el que difería sustancialmente.

Antes de 1905, ninguno de los marxistas rusos produjo una teoría original de la nación, el nacionalismo y la lucha nacional basada en los principios y métodos del materialismo histórico. Como se ha señalado, las primeras contribuciones positivas sobre

la cuestión nacional de Lenin y Stalin fueron publicadas sólo en 1913, en vísperas de la primera guerra mundial, cuando la cuestión nacional llegó a ser un asunto de importancia fundamental dentro de los círculos marxistas de la escena política rusa. Lenin mismo reconoció que recién cuando el nacionalismo apareció como un componente ideológico, no sólo del liberalismo burgués, sino también para varios socialdemócratas "nacionales" (es decir no gran-rusos), los marxistas prestaron muy poca atención a la cuestión nacional.[71] Por otro lado, una considerable parte de la literatura concerniente a la cuestión nacional producida por las dos primeras generaciones de socialdemócratas europeos y rusos fue generada para fundamentar consideraciones estratégico-tácticas, más que por objetivos específicos de investigación social e histórica. Fue principalmente la presión de problemas político-organizacionales lo que compelió a algunos intelectuales marxistas a teorizar acerca de la cuestión nacional, de otro modo considerada mayormente como un estigma de la ideología burguesa.

Antes de 1905, básicamente tres autores marxistas europeos —aparte de los fundadores del materialismo histórico— dedicaron cierto esfuerzo y continuidad al desarrollo de la cuestión nacional: Karl Kautsky, Karl Renner y Rosa Luxemburg. Varios trabajos de esta última, entre 1894 y 1905,[72] fueron referidos a la cuestión nacional en relación al movimiento obrero polaco. Siendo contraria, entonces, a la independencia de Polonia, sostenía que el Imperio zarista, incluyendo a Polonia, llegaría a ser un gran estado capitalista que daría lugar a la formación de un proletariado más vigoroso desde el punto de vista internacional. Renner visualizaba la cuestión nacional principalmente desde una perspectiva jurídica complementando de esta manera el posterior y más detallado estudio de su compatriota Otto Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*.[73] Bauer entendía dicha cuestión fundamentalmente como un problema cultural extraterritorial excepto, paradójicamente, para los judíos, el pueblo extraterritorial por excelencia. Su famoso libro arriba mencionado ejerció posteriormente una notable influencia entre los mencheviques rusos y los bundistas judíos de Rusia y Polonia, que

[71] V. I. Lenin, *Notas críticas sobre el problema nacional*, en *Obras completas*, cit., t. XX, p. 11.

[72] Cf. Georges Haupt *et al.*, *Les marxistes et la question nationale 1848, 1914*, París, Maspero, 1974.

[73] Hay ed. en español, Otto Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1979.

adoptaron la teoría de la autonomía cultural nacional, fuertemente criticada por Borojov, así como por Lenin, Kautsky y otros socialdemócratas. No obstante, a pesar de dichas críticas, dirigidas a su carácter esencialmente culturalista, constituyó un intento de teorización orgánica sobre la cuestión nacional, si bien fue escrita después del trabajo básico de Borojov sobre la materia (*Los intereses de clase y la cuestión nacional,* 1905) y desde un enfoque completamente distinto.[74]

Además de Marx y Engels, Kautsky es la única autoridad marxista citada por Borojov en su tratamiento de la cuestión nacional. Pero la concepción de Kautsky sobre esta última, aunque basada en supuestos materialistas, era insuficiente para Borojov. Si bien reconoció la contribución de Kautsky en la materia, le criticó su creencia de que en la fase imperialista del capitalismo el nacionalismo fuese un anacronismo, de importancia decreciente en la vida social. Borojov argumentaba que mediante la teoría de Kautsky no era posible explicar por qué el sistema capitalista en su fase expansiva era funcional a la intensificación de la lucha nacional y al desarrollo de los movimientos nacionales; mientras, al mismo tiempo, adquiría un carácter internacional, involucrando, cada vez más, económicamente, a las distintas sociedades, destruyendo todas las fronteras y minimizando las diferencias entre los diversos pueblos y naciones. Como hemos visto, para él la explicación no residía sólo en el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, sino en su contradicción con las preexistentes condiciones de producción, concepto básico, este último, de su teoría sobre la problemática nacional. En todo caso, la teoría de Kautsky sobre la cuestión nacional culminó en 1917 con su obra *Die Befreigung der Nationen* [La liberación de las naciones][75] que constituyó mayormente una crítica de la posición de Bauer. Desde el comienzo, la concepción de Borojov sobre la nación y el nacionalismo difirió completamente de la de ambos y la originalidad de su enfoque debe ser remarcado.

Siendo, como ya se ha señalado, los escritos y la actividad política de Borojov prácticamente desconocidos fuera de los círcu-

[74] Es interesante señalar que aún en 1914, en su artículo *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación,* Lenin reconocía la existencia de solamente dos teorías marxistas acerca de la cuestión nacional: la de Bauer-Renner, llamada por él "psicológica", y la de Kautsky, que él denominaba "histórico-económica"; esta última fue rechazada por el propio Lenin en el transcurso de ese mismo año (V. I. Lenin, *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación,* en *Obras completas,* cit., t. XX, pp. 393-394).

[75] Cf. Georges Haupt *et al., op. cit.,* p. 113.

los políticos judíos —y eso vale también para su propio tiempo— su teoría de la cuestión nacional ha sido prácticamente ignorada por los estudiosos no judíos; aparte de un pequeñísimo grupo de especialistas. Y esto fue así, a pesar de su gran influencia en la formación y el desarrollo de los modernos partidos judíos de izquierda, tanto en la diáspora como en Israel. La principal razón de esta omisión debe buscarse no tanto en los prejuicios dogmáticos que algunas veces han afectado al pensamiento marxista, como en el pronunciado aislamiento político que caracterizó a la comunidad judía en la Rusia zarista. Aun los líderes e ideólogos del Bund, el único partido obrero judío relativamente conocido en el Imperio, permanecieron virtualmente ignorados por la mayoría de los marxistas.

Las únicas excepciones fueron aquellos pocos que habían tenido la fortuna histórica de haber sido criticados por Lenin u otros socialdemócratas famosos, como V. Medern y F. Libman. Y aunque estos últimos ejercieron una influencia considerablemente menor que Borojov en las generaciones judías subsecuentes, sus nombres y algunos fragmentos de sus escritos al menos permanecieron en las polémicas de algunos de los principales marxistas rusos. Ninguna mención, sin embargo, se encuentra en esos trabajos acerca de Borojov y su teoría de la nación y el nacionalismo. Este carácter marginal de la arena política judío-rusa determinó también la sistemática omisión ulterior de Borojov y su obra de las recopilaciones no judías de fuentes y comentarios marxistas, en torno a la cuestión nacional.[76]

En cuanto al surgimiento de la teoría de Borojov sobre la nación y el nacionalismo, debemos tomar en cuenta, como uno de los factores intervinientes, la coyuntura política de 1905 en Rusia. El estallido revolucionario, actuando sobre las fuerzas sociales judías y las condiciones de su vida de producción, constituyó el contexto sociopolítico más favorable para la generación del pensamiento borojovista, tanto de su temprana teoría marxista de la cuestión nacional como —en relación a la cuestión judía— de la primera síntesis orgánica de marxismo y nacionalismo en la Rusia zarista. Otro factor importante lo constituyó la doble contradicción entre la extrema miseria de las masas judías en el Palio de residencia y el carácter extremo de su opresión nacional bajo los zares, por un lado; y la elevada conciencia de clase,

[76] Una de las últimas y relativamente más inclusivas antologías sobre el tratamiento marxista de la cuestión nacional, la ya citada de Georges Haupt, no incluye ni menciona los trabajos de Borojov.

combatividad y radicalismo del proletariado judío, así como su carácter extraterritorial y la debilidad intrínseca de su inserción socioeconómica en la vida rusa, por el otro.

Así como los primeros socialdemócratas europeos que se dedicaron a la cuestión nacional (Kautsky, Luxemburg, Renner, Bauer) vivieron en estados multinacionales o pertenecieron a una minoría nacional, Borojov fue un judío ruso, actuando en un medio judío relativamente independiente. El carácter extraterritorial del pueblo judío, su singularidad histórica, las anomalías socioeconómicas de la vida judía en Rusia y la experiencia de esas anomalías, dotaron a Borojov con el conocimiento de la excepción histórica para la formulación de la teoría general. De la nación y las condiciones anormales de producción por antonomasia, Borojov infirió las condiciones normales de producción y las contradicciones básicas de la vida y la lucha nacional como lucha de clases. De las premisas de la nación errante y sin tierra, él extrajo la noción de territorio como la base material de las condiciones de producción. De la —sin esperanza— lucha nacional y de clase del proletariado judío en la Rusia zarista, él extrapoló la existencia e importancia de los intereses nacionales de clase para el proletariado y las otras clases de la sociedad capitalista, que es la base de su concepción clasista de la cuestión nacional.

Ahora bien, ¿en qué aspectos de su teoría de la cuestión nacional reside la originalidad de Borojov? En primer lugar, su intento de construir una teoría realmente materialista histórica de la cuestión nacional, de acuerdo con las premisas marxistas, superando la explicación unilateralmente superestructural, que constituía un lugar común a principios de siglo, aun entre autores marxistas (por ejemplo, la concepción culturalista de Bauer, Renner y el Bund). Pero al mismo tiempo, la teoría de Borojov no era dogmáticamente determinista al punto de negar la influencia de factores culturales e ideológicos. Como se ha visto, él incluía la tradición cultural de una nación como una de sus condiciones de producción, aunque el énfasis explicativo de su teoría reside en el territorio en tanto base material de las condiciones de producción y los intereses nacionales de clase conectados con dicha base. Al respecto, Borojov prefigura la concepción territorial de Lenin de la autodeterminación de las naciones, aunque no hubo contacto entre ellos.

En segundo lugar, a través de la categoría de condiciones de producción, Borojov relaciona la cuestión nacional con la cuestión del origen y diferenciación de las formaciones sociales con-

siderando las formaciones sociales nacionales, ya sean uni o multinacionales, como las formas básicamente asumidas por las formaciones sociales en el modo de producción capitalista, Borojov conecta la teoría de la nación con la teoría más general de las formaciones sociales. La contradicción entre las condiciones de producción existentes y el desarrollo de las fuerzas productivas era, para Borojov, tan general como la contradicción básica establecida por Marx entre las relaciones de producción existentes y el desarrollo de las fuerzas productivas. De la misma manera que la última constituye la llave para entender el conflicto de clase, para Borojov la anterior sería la clave para comprender el conflicto nacional. Pero al mismo tiempo Borojov asume que esta contradicción puede contribuir a explicar, también, por qué la humanidad está dividida en diferentes sociedades globales relativamente diferenciadas, así como la otra ayuda a explicar por qué está dividida en diferentes clases.

En tercer lugar, Borojov descubre el aspecto clasista de la cuestión nacional que complementa su visión territorial materialista. Atribuyendo diferentes intereses nacionales a las diferentes clases de la sociedad capitalista —incluyendo el proletariado— Borojov niega otro lugar común de su época, o sea que la clase obrera no tiene intereses nacionales y que el nacionalismo es siempre una característica de la burguesía. Más aún, la atribución de intereses nacionales de clase a las diferentes clases de la sociedad capitalista provee a Borojov de un modelo general con el que puede analizar la situación de las naciones oprimidas. Su comprensión de los movimientos de liberación nacional y el rol del proletariado en ellos, en un momento tan temprano como 1905, también deriva de esta perspectiva.

Finalmente, puede decirse que las teorías de Borojov continúan siendo en gran parte relevantes, especialmente en una coyuntura histórica en que la cuestión nacional, lejos de desaparecer, está más viva que nunca.

BER BOROJOV

ESCRITOS SOBRE NACIONALISMO Y LUCHA DE CLASES
1905-1917

NOTA DEL COMPILADOR

Los textos de Ber Borojov incorporados en la presente recopilación fueron tomados de las fuentes que indicamos a continuación:

1. *Los intereses de clase y la cuestión nacional* fue publicado por primera vez en ruso, en el semanario judío *Yevreskaya Yizn*, San Petersburgo, diciembre de 1905, bajo el título de *Las bases clasistas de la cuestión nacional*. En 1906 fue traducido al idisch y publicado en folleto aparte por el Poale-Zion de Vilna. Desde entonces el ensayo fue reeditado varias veces en lengua idisch, y en esta versión fue conocido por las masas judías del Imperio zarista. Las ediciones en ruso e idisch constituyeron la base para su traducción y publicación en varios idiomas europeos occidentales; y de la versión rusa se ha publicado una edición revisada en hebreo, *Milhemet ba-maamadot ve-ha shelak ha-leumit*, incluida en sus obras completas en curso de publicación por una central kibutziana-obrera, "Hakibutz Hameuchad" Ve-Siffriath Poalim, y de la que ya aparecieron tres tomos (Tel Aviv, 1955, 1958 y 1966). La versión en español incluida en el presente volumen fue también traducida del idisch y tomada de *Ber Borojov: su vida y su obra*, Buenos Aires. Biblioteca Borojovista "Dror", s.f. pp. 99-146.

2. *Nuestra plataforma*, escrita en su mayor parte en la cárcel y el exilio, fue inicialmente publicada en ruso, en los periódicos *Yevreskaya Rabochaya Cronika* [Crónica obrera judía], núms. 1, 2 y 3, abril-junio de 1906 en Poltava, y *Molot* [Martillo], núm. 2, julio de 1906, en Simferopol. En 1907 fue editada en la revista idisch *Forverts* [Adelante], en Vilna. Desde entonces la primera traducción completa a un idioma occidental fue la versión en español publicada en Buenos Aires por la Editorial Pueblo Judío, en 1951. De esta versión se han tomado los capítulos I-VIII y parte del IX incluidos en nuestra recopilación.

3. *La concentración anti-zionista* fue publicada en la revista rusa *Razvest*, en 1911. La versión en español fue tomada de *Ber Borojov: su vida y su obra*, cit., pp. 55-78.

4. *El desarrollo económico del pueblo judío* fue publicado en 1916 como una serie de artículos en el semanario idisch *Der Yiddisher Kaempfer*, de Nueva York. La versión en español fue tomada de *Ber Borojov: su vida y su obra*, cit., pp. 79-98.

El resto de los trabajos incluyen la respectiva nota bibliográfica donde

se aclara fuente y fecha de publicación. Todos fueron traducidos de la recopilación en inglés de los escritos de Borojov: *Nationalism and the class struggle. A marxian approach to the Jewish problem. Selected writings by Ber Borojob,* Moshe Cohen (ed.), Nueva York, Poale Zion-Seire Zion of America and Young Poale Zion Alliance of America, 1937.

LOS INTERESES DE CLASE Y LA CUESTIÓN NACIONAL

LA BILATERAL DISTRIBUCIÓN DE LA HUMANIDAD

En el famoso prólogo a su libro *Contribución a la crítica de la economía política,* dice Marx: "En la producción entre los hombres se elaboran ciertas relaciones. Estas relaciones son necesarias para la producción y no dependen de la voluntad humana. Estas relaciones, las relaciones de producción, se adaptan generalmente al grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción."

Para vivir, los hombres deben producir. Para producir, en cierta medida deben reunir sus fuerzas. Por su existencia el hombre no lucha solo contra la naturaleza. La historia no conoce al hombre que viva fuera de toda sociedad. Cada uno, en la producción, tiene algo que ver con algún otro y, de esa manera, el segundo depende del primero y del tercero, y así sucesivamente. Mas cuando se tiene algo que ver con alguna cierta persona, significa que se tiene cierta relación con respecto a él. Cuando los hombres deben vivir y viven socialmente en forma gregaria, significa que entre ellos se elaboran ciertas relaciones. Estas relaciones advienen debido a la producción. Marx asimismo las llama *relaciones de producción.*

Las relaciones de producción de una determinada sociedad —por ejemplo China, Francia— o, para decirlo más exactamente, la comunidad de las relaciones de producción de una cierta sociedad, constituyen en efecto la estructura económica de la sociedad. La estructura económica es la base sobre la que se desenvuelve todo el "orden social", el orden de una sociedad dada.

Pero cuando decimos *cada sociedad,* eso ya implica la existencia de *varias* sociedades. Y estas sociedades naturalmente *difieren* en algo una de las otras. De lo contrario, no hablaríamos de una burguesía inglesa y de la burguesía alemana, de un proletariado norteamericano y de un proletariado ruso, que algo siempre tienen que ver uno con el otro. (Una con tarifas impositivas, la otra con leyes contra inmigrantes.) Hablaríamos, en ese caso, de la humanidad, o, por lo menos, de la humanidad civilizada, y nada más. Pero tanto alemanes como franceses, los rusos o los ingleses son parte de la humanidad y, si se quiere, parte de la sociedad

civilizada. Difieren unos de otros. Arribamos por lo tanto a una nueva conclusión:

LA HUMANIDAD ESTÁ DIVIDIDA EN SOCIEDADES

Esto es, sin duda, una cosa conocida. Sólo un loco podría negarlo. La cuestión, empero, es cómo explicar la *causa* que engendra esa división de la humanidad. Es cierto que hay muchas explicaciones: algunas hablan de "ideas nacionales", de una "esencia verdaderamente rusa" de un "espíritu realmente alemán", de "judaísmo", etc. Pero el problema esencial es: ¿Cómo explicarlo en lenguaje materialista, sin ninguna desviación antimaterialista (como suele ocurrir en ciertos "marxistas") y buscando las causas fundamentales de toda manifestación social en la vida económico-material?

De dónde proviene la división en clases, ya lo sabemos. Sabemos que no todos los miembros de la sociedad están en una y la misma situación con respecto a las relaciones de producción. Diversas partes o grupos de la sociedad tienen distintas participaciones en el modo de producción, por ejemplo en las formas feudal o capitalista. Diversos grupos tienen relaciones diversas con respecto a los medios de producción. Unos pueden ser los empresarios; los otros trabajadores; los terceros, campesinos, etc. Los grupos que difieren de esta manera constituyen las *diversas clases.*

Toda sociedad está dividida en clases. Pero de dónde proviene la diversidad de *sociedades,* que, al fin y al cabo, es la causa principal de toda la cuestión nacional, de los conflictos nacionales, de la opresión nacional, de la liberación nacional (principal objetivo para el proletariado de una nación oprimida). ¿En qué terreno se manifiesta la diversidad y cuál es la consecuencia de una teoría correctamente planteada?

CONDICIONES DE PRODUCCIÓN

A esto contestamos: existen las *condiciones de producción.* Hemos dicho que, para vivir, los hombres deben producir. Para producir, elaboran entre sí determinadas relaciones de producción.

Pero la producción tiene lugar en ciertas condiciones, que son diferentes en distintos lugares.

Citando a Marx, ya hemos dicho que el carácter de las relaciones de producción no depende de la voluntad humana, ni del ingenio del hombre ni del azar. El carácter de las relaciones de producción depende del estado de las fuerzas productivas; y su desarrollo depende en primer término de las condiciones naturales en que el hombre tiene que luchar por su existencia.

El estado de las fuerzas de producción depende, antes que nada, del medio geográfico; y los medios geográficos son, como se sabe, profundamente variados.

Esto ocurre con las fuerzas de producción. La producción en general y el desarrollo de la producción tienen siempre lugar en ciertas condiciones naturales e históricas *diversas,* lo cual hace que las estructuras económicas sean diferentes en distintos grupos.

Las condiciones de producción son muy diversificadas: en primer lugar están las condiciones físico-climáticas, geográficas; en segundo lugar, las condiciones antropológicas de la raza; en el tercero, las condiciones históricas, internas, que se forjan en el seno de un cierto grupo humano, y externas, o sea condiciones que se manifiestan en las relaciones sociales con sus vecinos. Estos últimos tipos de condiciones de producción fueron creados en el proceso de producción pero tienen una indudable influencia independiente.

Todas estas condiciones las reconoce Engels en su segunda carta de *El académico socialista.* Señala allí que, en la cantidad de factores que hacen diversa la economía, se incluye también el medio geográfico, la raza, y hasta la persona humana que, históricamente, en su lugar se configuró distinta que en otro.

En la tercera parte de *El capital,* Marx también dice: "una misma base económica (que es 'una sola y la misma' según sus principales condiciones) puede desarrollarse de distintas maneras, puede tener diversas modificaciones por distintas condiciones reales, condiciones naturales, relaciones raciales e influencia histórica que presionan sobre ella desde el exterior". Vemos entonces que, como lo reconocen los propios maestros del materialismo histórico, un mismo esquema del desarrollo de las fuerzas de producción puede adoptar diversas formas, según la diversidad en las condiciones de producción. (Estas condiciones de producción, como todo lo que hay en el mundo, por supuesto, no son completamente independientes. Se desarrollan y modifican, pueden aun verse nuevamente influidos por las fuerzas productivas y las relaciones de producción que, en un principio, nacieron de ellas mismas.)

De las enunciadas condiciones de producción influyeron más que nada, a comienzos de la historia, las condiciones naturales, no sociales. Pero en el ulterior desarrollo, a medida que el hombre ha ido adquiriendo la supremacía sobre la naturaleza, ocurrió lo mismo con las condiciones. Cada vez más las condiciones sociales, históricas, van adquiriendo una mayor influencia que las no sociales, las naturales.

En este concepto de "condiciones de producción" tenemos un firme punto de partida para construir una teoría puramente materialista de la cuestión nacional. En él se apoya la teoría, la fundamentación de la lucha nacional.

Sólo por precisión científica debemos, empero, agregar una nueva explicación.

En las citas de Marx arriba presentadas, se habla de influencias históricas que presionan desde afuera. Cuando decimos desde "afuera" damos a entender que la cosa influida está apartada de la otra. Vale decir que tiene una vida interior y otra exterior. ¿Pero acaso existe algo absolutamente apartado? No; ninguna cosa en el mundo está completamente, en forma absoluta, apartada de otra. Pero con todo, hablamos de algo apartado; cada uno, en la vida general, sabe que la humanidad todavía debe ser considerada una comunidad, una suma de determinadas unidades que, en cierta medida, están apartadas. Cada uno, por ejemplo, sabe y comprende que, en cierta medida, las masas populares francesas están separadas de las masas populares alemanas, etc. Desde el punto de vista científico se habla muchas veces de diversas cosas que, si bien en alguna medida están ligadas entre sí, son sin embargo consideradas como separadas. ¿Por qué es así?

Porque, como ya hemos dicho, separadas en *cierta medida* hay muchas manifestaciones. Pero no completamente. Sólo *relativamente* están separadas. Repetimos y subrayamos, para que no surjan malos entendidos: *relativamente*. La humanidad, todavía hoy en día, debe ser considerada como un todo de unidades relativamente separadas. Y, naturalmente, si se habla de tales unidades relativamente separadas, puede también hablarse de relaciones *internas* y *externas*. Marx, cuando habla de "influencias externas", reconoce implícitamente la separación relativa de las sociedades actuales.

¿Pero qué cosa crea la relativa separación de la vida social de un grupo determinado de modo que podamos considerarla como en algo diferenciado? ¿De qué manera tenemos derecho a considerar que Inglaterra es algo *diferente* de Francia, si sabemos que

ambas tienen una *igual* forma capitalista de producción? Podemos hablar, y lo hacemos, de una *separación relativa* de grupos sociales, *nada más que porque hay una relativa separación de las condiciones de producción en las que elaboran su vida esos grupos*.

Muchas veces a un grupo así se le llama "organismo social económico". Cuanto más crecen las fuerzas de producción, las relaciones entre los hombres se hacen más estrechas tanto en el seno del organismo social económico dado, como fuera de él. El organismo, por lo mismo, se hace menos y menos separado. Cosa similar ocurre con los organismos vecinos. No cabe duda de que el crecimiento de las fuerzas de producción, si no conduce a un acrisolamiento de los organismos en que la humanidad se divide, por lo menos lleva a su acercamiento. Pero el crecimiento mismo de las fuerzas productivas tiene lugar en las condiciones de producción de una comunidad dada, condiciones que están relativamente apartadas.

Arribamos entonces a la fundamentación y explicación de los dos siguientes agrupamientos de la humanidad:

I. Los grupos en que la humanidad se divide según la diferencia en las condiciones de la relativamente separada producción reciben el nombre de sociedades, organismos social económicos (estado, familias, pueblos, naciones).

II. Los grupos en que se divide la sociedad según su diferente participación en el proceso de producción, según su diferente relación con los medios de producción, se llaman clases (castas, capas, etcétera).

LA LUCHA NACIONAL

Si ya hemos determinado la causa que engendra la división de la humanidad en sociedades, podremos pasar a fundamentar la lucha nacional y señalar en qué terreno se produce.

Sabemos qué es lo que promueve la lucha de clases. La situación de diferentes clases en el modo de producción es diversa. La situación de una clase puede ser mejor o peor, más cómoda o menos cómoda que la de otra. El anhelo de los integrantes de la sociedad de ocupar o conquistar una situación de mayor privilegio, o de conservar la ya alcanzada, adquiere expresión en la lucha de clases.

La lucha de clases alcanza el carácter de un problema social allí donde se produce un *conflicto* (un choque) *entre el desarro-*

llo de las fuerzas de producción y el estado de las relaciones de producción, o sea, cuando el estado de las relaciones de producción es ya inadecuado, anacrónico, y no se adapta a las exigencias del desarrollo de la producción.

Lo mismo ocurre con la lucha nacional: la situación en un medio de condiciones materiales de producción puede ser más cómoda que la situación en el medio de otras condiciones materiales de producción; y entonces se produce una puja que tiene carácter igual al que hemos señalado respecto de la lucha de clases. Esta controversia da como resultado la lucha entre enteras unidades sociales.

Y hasta no es indispensable que las condiciones sean distintas en cuanto a su comodidad, porque por cómoda que sea la situación de una sociedad dada en medio de sus habituales condiciones de producción, puede no obstante ansiar un cambio en su producción, un incremento de su suma de energía y, para ello, necesita, ampliando la esfera de sus condiciones de producción, conquistar condiciones ajenas. Y tenemos las mismas manifestaciones: Unos ansían conquistar, otros buscar defender. *Frente a nosotros tiene lugar una lucha nacional.*

Hemos señalado, por consiguiente, dos bases de donde surge la lucha de unidades sociales. Con palabras más sencillas: se produce cuando el desarrollo de las fuerzas de producción requiere que las fuerzas de producción sean mejores, más cómodas o más amplias, puesto que el estado anterior de las condiciones de producción no se adapta al ulterior desarrollo de la producción. El problema nacional en consecuencia debe ser subrayado como un *conflicto entre el desarrollo de las fuerzas de producción y el estado de las condiciones de producción.*

Pero cada manifestación social se relaciona, en primer término, con los elementos materiales-económicos de la vida social. Ninguna lucha se realiza por cosas "espirituales" sino por ciertas cosas materiales. *La lucha de clases no tiene lugar por la posesión de los medios "espirituales" de trabajo sino por medios bien materiales. Lo mismo sucede con la lucha nacional.*

La lucha de clases se realiza por la posesión material de las clases; por la posesión de los medios de producción. Los medios de producción pueden ser materiales y espirituales. Llámase medio material aquel que puede ser quitado: máquinas por ejemplo. Medio espiritual, en cambio, se denomina el que no puede ser expropiado: por ejemplo, las prácticas técnicas, la destreza, etc. La lucha entre dos clases no se realiza por el dominio de los medios espirituales, sino por la posesión de los medios materiales de trabajo, aun cuando muchas veces suele adoptar la forma de ideologías espirituales y culturales.

La lucha nacional, asimismo, *se realiza por la posesión material de las unidades sociales.* El patrimonio de la sociedad es la posesión de las condiciones de producción. Las condiciones de producción, asimismo, pueden ser materiales o "espirituales" (condiciones no quitables). Las condiciones naturales son el territorio y todos los productos de la cultura material creada por los hombres, principalmente las condiciones "materiales" de producción. A las condiciones espirituales pertenecen: idiomas, tradiciones, costumbres, concepciones del mundo; en pocas palabras: las *condiciones "históricas" de producción.* La lucha entre unidades sociales, la lucha nacional, no se lleva a cabo por la posesión de los bienes espirituales, sino de los bienes materiales, aun cuando muchas veces la lucha se realiza bajo la bandera de valores espirituales.

El nacionalismo siempre se relaciona con la posesión material de la nación, aun cuando exteriormente disponga de diversos disfraces. Pero, antes que nada, tratemos de definir qué entendemos por "nacionalismo". El concepto "nacionalismo", cuestión nacional, se vincula con el concepto de "nación". Por lo mismo, debemos explicar primeramente qué entendemos con el concepto "nación".

PUEBLOS Y NACIONES

Las expresiones "pueblo" y "nación" sirven para indicar distintas situaciones o etapas de desarrollo en la vida de una cierta sociedad. Tomemos, por ejemplo, la palabra "clase": bien se sabe que el concepto de clase que usó Marx en sus investigaciones, más que claro es muy complicado; por un lado, Marx considera clase a todo grupo que se diferencia de los demás grupos de la misma sociedad, según su participación en la forma de producción. En ese sentido, Marx y Engels también recalcaron que la historia de la sociedad es la historia de la lucha de clases.

Pero también encontramos en Marx palabras que demuestran que utilizaba un concepto distinto, mucho más condensado, sobre el término "clase": no considera clase a cualquier grupo que ocupa una situación diferenciada en el modo de producción, sino al grupo que ya alcanzó la etapa de autoconciencia y que ya actuó en la arena política con intereses y reclamaciones claramente

expresados. Los dos significados de la sola y misma palabra "clase", en Marx, se pueden, por ejemplo, encontrar en su libro *Miseria de la filosofía.* En efecto allí se lee: "En un orden donde ya no haya clases ni contradicciones de clase..." En este párrafo el término clase se usa en el primero de los dos aspectos arriba señalados. Algo antes dice: "En la medida que el proletariado todavía no se desarrolló suficientemente como para denominarse clase, la propia lucha entre el proletariado con la burguesía carece de carácter político." O más adelante puede verse: "Las diferentes fases históricas que atravesó la burguesía, empezando por la comunidad urbana hasta alcanzar el grado de clase...". Aquí, por el contrario, ya nos encontramos con el concepto "clase" en el segundo aspecto. Marx plantea la diferencia entre los dos grados del grupo: primero, cuando el grupo es clase nada más que en relación con los otros grupos; segundo, cuando ya se apresta a la lucha política y se transforma en clase *para sí.*

Una unidad social también se encuentra en esos dos grados: primero, cuando aparece como unidad relativamente apartada respecto de otras sociedades; segundo, cuando constituye una sociedad para sí. En este aspecto, los que investigan tal manifestación social —vale decir, la vida de las sociedades— se encuentran en mejor situación que los que se ocupan del problema de clases.

Cuando se quiere señalar la situación de un grupo que ocupa un peculiar lugar en el modo de producción e indicar si todavía se encuentra en un período previo a su autoconciencia, o si ya está impregnado de autoconciencia, sólo se dispone de una palabra: "clase". Y de ello deviene toda la complicación: en vez de haber dos términos para las dos expresiones, hay uno solo. En cambio, para los grupos que surgieron de distintas condiciones de producción, hay dos términos para definir sus dos estapas:

Una sociedad que advino en las mismas condiciones de producción es comúnmente llamada pueblo; y la misma sociedad que además está unida por la conciencia de la integración de sus miembros individuales, la que proviene de un común pasado histórico, se denomina comúnmente nación.

De esto se desprende que un pueblo se torna nación sólo en una etapa superior de su desarrollo. Más adelante nos referiremos a cuándo los pueblos adoptaron el carácter de naciones. Mientras tanto, pasaremos a explicar el concepto "nacionalismo".

NACIONALISMO

La psiquis de cada persona se adapta, en una o en otra forma, a las condiciones en que vive su grupo. De esta manera se elabora una psicología de grupo, se elaboran rasgos determinados de un carácter de grupo.

Una mirada profunda y aguda sabrá encontrar en esos rasgos la relación hacia las condiciones materiales de la vida de producción, hacia un determinado tipo o modo de producción y hacia una suma determinada de sus condiciones. La relación, muchas veces, puede estar disimulada.

Además, también los individuos de cada grupo —sea una sociedad o una clase— tienen en general rasgos muy similares. Sin embargo, ello no significa que la similitud sea un síntoma de que sus intereses son realmente iguales o solidarios. Y, aunque sea igualdad de intereses, no siempre existe la conciencia de ello.

Hay grupos cuyos individuos pueden no tener intereses iguales, porque discrepan y chocan por sus contradicciones internas. Y grupos que tienen verdaderamente intereses iguales, armónicos, no llegan tan fácilmente a la conciencia de la igualdad: para que tal conciencia se forme, es indispensable un tiempo más o menos prolongado.

Pero en los grupos así armónicamente constituidos, gracias a que sus individuos se adaptan de una manera a la vida circundante, *finalmente* también se crea la *conciencia* de su armonía. En conclusión: gracias a que el grupo vive en particulares y también armónicas condiciones de producción o relaciones de producción, se crea alguna vez, además del carácter de grupo, también la conciencia de grupo. Todas las emociones (sentimientos, etc.) que se manifiestan por la conciencia, promueven en último término lo que se conoce como sentimiento de vecindad o parentesco.

La vida en las mismas relaciones de producción, cuando las relaciones son armónicas para los individuos del grupo, le despierta la conciencia de clase, y el sentimiento de fraternidad de clase.

La vida en las mismas condiciones de producción, cuando las condiciones son armónicas para los miembros de una sociedad, despiertan la conciencia nacional y el sentimiento de integración nacional.

Esta integración es sentida por las personas como ligada a su pasado común. Naturalmente, no significa todavía que tengan un antiguo pasado común. A veces, la antigüedad del pasado común no es más que una cosa ideada.

El sentimiento de integración que se crea por el común pasado histórico (y la raíz del pasado común se encuentra en las condiciones iguales de producción) es el denominado nacionalismo.

NACIONALISMO Y TERRITORIO

Ya hemos dicho que el nacionalismo, en última instancia, siempre tiene relación con el patrimonio material de la nación. ¿Qué significa, empero, *patrimonio material de la nación*?

En general, como lo hemos indicado más arriba, los bienes de una sociedad son las condiciones de su vida de producción. Las condiciones se clasifican en materiales y espirituales. *La más importante de las condiciones materiales de producción es el territorio. El territorio, además, es la base sobre la que se encuentran todas las otras condiciones de producción y sirve para atraer todas las influencias exteriores.*

Además, en todo lo que puede, cada nacionalidad tiene también formas de preservación de sus bienes. Son la unidad política y las instituciones políticas, la lengua, la educación nacional y el propio nacionalismo.

Pero algo hay que recordar: la nación, pese a todo, está dividida en clases (en las dos acepciones del término). En la vida de producción ocupan diferentes situaciones; su lugar en las relaciones de producción no es igual. Las condiciones tampoco pueden tener para ellos el mismo significado: la relación es diferente hacia el patrimonio nacional. El punto de gravedad de sus intereses se encuentra en distintas partes de ese patrimonio, y por eso tienen diferentes "nacionalismos". Si formalmente llamáramos nacionalismo a una tendencia a defender los intereses nacionales, que de uno o de otro modo se vinculan con la base de las condiciones de producción, es decir, con el territorio, y con sus formas de preservación, tendríamos entonces que, por la diferenciación de los mismos intereses nacionales, hay también diferentes tipos de nacionalismo.

Los intereses nacionales pueden ser internos y externos, pueden ser conservadores o progresistas, agresivos o defensivos. Todo esto, naturalmente, provoca ciertas modificaciones en el nacionalismo.

ADVENIMIENTO DEL NACIONALISMO

No puede haber nacionalismo allí donde las condiciones de producción no están aún nacionalizadas, es decir allí donde la relativamente apartada sociedad no se delimitó del exterior y consolidó en el interior.

Pero deben satisfacerse *esas* dos condiciones: *delimitación del exterior y consolidación en el interior*. El orden feudal sólo satisfizo la primera condición: sólo delimitó las diferentes sociedades una de la otra. Pero no ligó a sus individuos con una estrecha vinculación interna. La época feudal no sabía de una unidad armónica en las condiciones de producción; sólo conocía "pueblos". Por lo mismo, tampoco sabía de nacionalismo ni de problemas nacionales.

El nacionalismo antiguo tenía un carácter puramente político y esporádicamente afloraba cada tanto, cuando las relaciones exteriores entre los pueblos se veían fuertemente agudizadas. El nacionalismo florecía y moría junto con las grandes guerras, y las mismas guerras no se realizaban por intereses nacionales ni eran nacionales.

Pero cuando en el seno del orden feudal empezó a desarrollarse el capital comercial, empezaron a crearse nacionalidades; el nacionalismo pasó del exterior al interior; en vez de ser como antes, puramente transitorio y casual, empezó a aflorar repetida y constantemente. Y recién pasado al interior, se hizo nacional. El desarrollo del capital desconcertó paulatinamente las bases del orden anterior y, con la ayuda de capital propio, nació "la reunión del país"; se formaron grandes monarquías. Se plantea la pregunta: ¿Qué interés agitaba al movimiento que nacionalizó las condiciones de producción social?

Más adelante hablaremos de esta cuestión; ahora, sólo queremos señalar lo siguiente: el primer portador del pensamiento nacional —la burguesía (tanto comercial como industrial)— que en su tiempo fue tan pujante y progresista, luchó enérgicamente contra el viejo régimen y creó un mundo nuevo. No podía ser, por supuesto, la defensora de bases tradicionales: *desde sus primeros pasos el nacionalismo no tiene relación alguna con las tradiciones.*

Terriblemente superficiales e ignorantes son los que desprecian al nacionalismo como cosa anacrónica, como cosa reaccionaria o tradicional. El nacionalismo es un producto de la sociedad burguesa; advino junto con ella; privó durante todo el tiempo de su hegemonía; es preciso tenerlo en cuenta lo mismo que a todas las manifestaciones de la sociedad burguesa. Y hablando

desde el punto de vista proletario, debemos decir: el proletariado tiene una relación directa hacia el nacionalismo, hacia el patrimonio nacional, hacia el territorio. Ya que el proletariado tiene participación en la producción, está interesado en las condiciones de producción; debe haber un cierto tipo de nacionalismo proletario, y en verdad lo hay.

Una general y necesaria condición para que prosiga la forma capitalista de producción es la libertad. El comercio y la industria sólo crecen en libertad de competencia, vale decir, cuando existe la libertad de trasladar los capitales y las mercancías y crear un mercado para ellos. Y el trabajador también debe estar libre y libremente utilizar su fuerza de trabajo, o sea que debe poder moverse con libertad. Solamente así puede crearse el plusvalor, savia vital del capital.

La libertad de viajar, de moverse en general, es la primera y la más importante de todas las libertades. Sin ella, todas las otras libertades carecen de valor. Y es también la primera condición de la producción capitalista.

Para la migración y el tráfico, naturalmente debe existir el territorio. Un viaje libre, una libre travesía necesita tener "a priori" un libre territorio. En esto hallamos el interés que movió a la burguesía a luchar por la liberación del país.

Y la lucha se hizo antes que nada para liberar cierto territorio, que tiene ciertas fronteras. Las fronteras terminaban allí donde cesaba de imperar una lengua determinada. Porque en los primeros tiempos, cuando la economía burguesa se desarrolló, nadie podía pensar en la supresión de estas fronteras. Y, antes que otra cosa, era necesario librar al tránsito el territorio en el que reinaba la lengua dada.

Era necesario libertar a la población del territorio y expulsar los resabios feudales que cubrían al país como densa red, y dificultaban la libertad de tránsito. La burguesía entonces *creó un relativamente apartado organismo social, lo liberó de la hegemonia feudal y armonizó las bases de su producción.* En esto radicaba la causa de su nacionalismo. Además liberó a toda la población. Se unificó con todos los sectores contra uno solo: contra los "señores" de entonces. Eso estimuló y fortaleció su nacionalismo verdaderamente combativo y progresista.

De esta manera, con el tiempo, los pueblos europeos se transformaron en naciones.

Elaboraron en su seno la conciencia nacional; los individuos de la nación se impregnaron del sentimiento de copertenencia, sobre el terreno del pasado histórico común (en lenguaje materialista: en el terreno de las condiciones comunes de su vida de producción). Los pueblos que estaban interesados en crear su patrimonio común comprendieron que tal patrimonio estaba entre ellos pero había que arrancarlo de manos del feudalismo dominante. Por eso les nació el amor a su territorio: al hogar, la patria, la base común de las condiciones de producción. Les nació el amor por las formas propias de preservación; comenzaron a cultivar su lengua y soñaron con un estado realmente nacional.

(Junto con este progreso del nacionalismo, en la combativa burguesía nacía también una tendencia cosmopolita, o, más bien, universalista. Buscaba hacer feliz a toda la humanidad; esperaba borrar del mundo entero el feudalismo. Las guerras mundiales de Napoleón no tenían metas nacionalistas; no hubo síntomas siquiera de que haya querido oprimir nacionalidades ajenas, extirpar sus idiomas o equiparar sus tradiciones y costumbres. No; la joven burguesía daba un testamento sincero a las peculiaridades de los pueblos oprimidos. Napoleón quería fortalecer su influencia personal y esparcirla por el mundo entero. Pero no hizo ningún acto para asimilar a los pueblos derrotados. Por el contrario: sólo se limitó a cambiar la dinastía reinante y permitió la independencia a cada pueblo. En las guerras, Napoleón solía apoyarse en las poblaciones oprimidas cuando combatía a sus opresores. [Hasta existen datos según los cuales planeaba devolver Palestina a los judíos.] Mas la ola nacionalista que se desató sobre Europa borró finalmente también este síntoma de cosmopolitismo que Napoleón puso de manifiesto.)

Pero después de la revolución se vio con claridad el desmembramiento de la sociedad; se vio que la nación era un conglomerado de varias clases. Una vez recuperado el patrimonio nacional, procedieron a repartirse la riqueza. Y con gran violencia se desató la lucha de clases. La armonía y la solidaridad de que antes se hablaba se desvanecieron como el humo. El principio esencial de la política "—el pueblo"— resultó ser una ficción, algo nada concreto. "Nuestro" hogar, "nuestro" país, "nuestra" lengua, "nuestra" cultura, todas las condiciones de la vida de producción siguieron siendo, es cierto, un patrimonio nacional. Pero dejó de creerse que fuera el patrimonio común de todos los individuos de la nación. Y también perdió su forma aguda de esencial conciencia de integración, de copertenencia en el terreno del pasado histórico común. Perdida la forma aguda que tenía, dejó de ser un sentimiento ardiente y siguió siendo nada más que un resabio sobrevivido: *se tornó una tradición.*

Estamos hablando de naciones libres, que a nadie oprimen y que por nadie son oprimidas; de naciones que viven en condiciones de producción normales. En ellas, el sentimiento de integración y la conciencia de integración o copertenencia se transformó en una tradición, en una evocación histórica. Y la vida coadyuvó para ello. Las condiciones materiales de vida, que despertaron el antagonismo de clases, hicieron muy a un lado a esta tradición y no le permitieron tener ninguna influencia institucional. Cada clase ocupaba su posición social y, desde su punto de vista clasista, tenía apego por una parte del patrimonio nacional, la parte con la que se relacionaba.

Entre los pueblos libres, que a nadie oprimen y por nadie son oprimidos, no existe el medio donde choquen los intereses nacionales; vale decir, que no hay un lugar en las condiciones de producción donde sean afectados los armónicos intereses comunes de todos los individuos de la nación: entre ellos no existe un "nacionalismo" virulento. Sólo se manifiesta en tenues sentimientos de simpatía, por así decirlo, de "amor por lo propio". Este mismo "amor" puede conducir a que en *condiciones excesivamente iguales* una persona "ayudará al propio" preferentemente y con más placer que al "ajeno". (Decimos en "condiciones excesivamente iguales", porque cuando la solidaridad real pesa más en el platillo "ajeno" de la balanza, se desvanece en un solo momento todo el nacionalismo. Por ejemplo: la fuerza del nacionalismo holandés puede ponerse de manifiesto en que el patrono holandés ayudará preferentemente a un holandés indigente, antes que a un belga. Pero, en todos los casos, le será más cercano el conservador belga que el socialista holandés. Con la cuestión nacional y el nacionalismo como manifestaciones de mucha importancia social, tienen muy poco que ver esos simples sentimientos nacionalistas.)

Entre diferentes clases de naciones libres, puede sin embargo haber, a veces, un nacionalismo más universal y exuberante. Pero de cualquier modo no es más que potencial, contenido, que en la primera oportunidad propicia manifiesta en forma aguda su discrepancia.

Pero siempre es preciso tener bien presente: esa oportunidad sólo puede ser propicia cuando peligra el patrimonio nacional, y, sobre todo, el patrimonio nacional material. Y cuando el peligro también amenace los intereses de clase de alguna parte. Porque el centro de gravedad de las naciones libres no se encuentra en su existencia nacional —puesto que sus condiciones de producción, al fin de cuentas, son bastante normales— sino en su estructura de clase, en las relaciones que se crean en los marcos del

propio proceso de producción. En tanto no se ven amenazados los intereses nacionales de alguna clase, la propaganda del nacionalismo oscurece antes que nada la conciencia de clase y, por lo mismo, es perniciosa.

Pero, por supuesto, cuando las condiciones de la vida de producción en una cierta nación se ven colocadas en situación anormal, el nacionalismo ya tiene un carácter bien distinto.

NACIONALISMO Y CONCIENCIA DE CLASE

Es preciso saber en general que las anomalías en las condiciones de producción repercuten perniciosamente en las propias condiciones de producción, en la estructura de clase. Es un hecho conocido que las condiciones normales de producción posibilitan la agudización de las contradicciones de clase; las anormales, en cambio, las atenúan. Al mismo tiempo, las condiciones normales de producción desnacionalizan al pueblo y atemperan la conciencia nacional; pero, por el contrario, cuando falta cualquier parte del patrimonio nacional y son más limitadas sus formas de preservación, los intereses de la nación se tornan armónicos, la conciencia nacional se fortalece y agranda. Por eso existe entre la conciencia de clase y la conciencia nacional un cierto antagonismo en todas las épocas, y la una procura sobreponerse a la otra. A veces sucede que los individuos de una nación —que comprensiblemente se encuentran en condiciones anormales de producción— son empero armónicos desde cualquier punto de vista; los destemplados ideólogos clasistas ignoran sin embargo los intereses nacionales que también son importantes para su clase. Oscurecen por ello la conciencia nacional que, precisamente en ese caso, no debería ser oscurecida, puesto que tal cosa *resulta perniciosa también para los intereses de su clase.* El mismo alboroto provoca también la propaganda nacionalista allí donde una nación se encuentra en condiciones normales, o donde esa propaganda pretende "demostrar" que los intereses son más amplios y armónicos de lo que en realidad ocurre. En este último caso, el nacionalismo oscurece la conciencia de clase. Y esto, naturalmente, resulta perjudicial para toda la nación, porque no pone de manifiesto correctamente las reales relaciones de los grupos; lo que suele motivar el autoengaño, el palabrerío hueco y la escasa visión social.

El oscurecimiento de la conciencia es siempre pernicioso: así provenga de una demagogia clasista o nacional, así signifique la

tergiversación de intereses nacionales o de clase. Que se comprenda mal la verdadera situación de las condiciones de producción, o de las relaciones de producción: una u otra cosa es siempre reaccionaria.

Las clases dominantes de naciones libres, y también de naciones oprimidas, se valen del antagonismo básico que existe entre la conciencia nacional y la de clase y, a veces, están inclinadas a realizar una prístina propaganda nacionalista con el objeto de oscurecer la conciencia de clase de sus subordinados. Pero esa manifestación no nos debe engañar y no debemos creer que las clases dominantes tienen ellas mismas tendencias nacionales. En todo caso, las clases dominantes no son nacionales, sino nacionalistas.

Toda propaganda, todo movimiento arraigado en el carácter de las condiciones de producción de una sociedad es llamado nacionalista cuando oscurece la conciencia de clase y civil de sus miembros, cuando éstos ignoran la estructura de clase y el antagonismo de los intereses. Pero cuando no entorpecen ni ocultan la estructura de clase de la sociedad, la propaganda o el movimiento es denominado nacional.

El "espíritu nacional", toda suerte de "sustancias cultural-históricas", todas las tradiciones infladas son los mejores velos para ese ocultamiento. De tales cosas están siempre densamente impregnadas las arengas nacionalistas. Las innumerables frases huecas, los lugares comunes que están llenos de estos o de parecidos conceptos, no son nacionales sino nacionalistas.

En conclusión: una persona que piensa nacionalísticamente, teniendo en cuenta el hecho de que hay un carácter nacional común, está por lo mismo inclinada a olvidar las diferencias sociales de los individuos que integran la totalidad de la nación. Pero un hombre que piensa nacionalmente, cuando reconoce que existe un tal carácter nacional, que se creó en el medio de las condiciones comunes de producción, comprende sin embargo:

1] Que los rasgos de ese carácter nacional, del tipo nacional-cultural, son muy difíciles de determinar; están demasiado diseminados.

2] Que en el seno de cualquier nacionalidad dada afloran en cada clase sus diferentes rasgos característicos, los que son mucho más prominentes y se pueden determinar perfectamente.

Por último, la persona que piensa nacionalísticamente sostiene que todos los miembros de la nación deben ser nacionalistas; hace del nacionalismo y del patriotismo un deber sagrado. Pero la persona que piensa nacionalmente no ve nada de malo en el

hecho de que algunas clases de la sociedad estén enteramente libres de nacionalismo, mientras que las otras entienden el nacionalismo, cada uno a su manera, según sus diferentes intereses de clase.

Trataremos en seguida de caracterizar los diversos tipos de nacionalismo en distintas clases sociales.

EL NACIONALISMO DE LOS GRANDES TERRATENIENTES

Los grandes terratenientes son la clase que vive de la renta. En parte, claro está, viven del beneficio que les rinden sus capitales. Pero la fuente principal de sus ingresos es la renta de la tierra y ello motiva que más que nada aprecien lo inmobilario, el patrimonio de la tierra. El territorio les es valioso sólo en la medida en que les sirva como suelo que da renta. Su nacionalismo es, principalmente, un nacionalismo telúrico. Sólo puede sentirse amenazado cuando cualquier país vecino piense en conquistar la tierra misma, porque de esta manera los terratenientes pierden la posibilidad de obtener sus ganancias. Los terratenientes en verdad están muy lejos de interesarse en el hecho de que la tierra también sirve a otras clases de nación como mercado nacional, y poco les importa que un pueblo foráneo, capitalistas extraños pensaran quitarle a su burguesía el mercado que les representa el territorio. Sólo otros intereses laterales llevan empero a esta clase a interesarse con ello.

La posición de la clase terrateniente en el desarrollo histórico es una posición de transición. Esta clase se "capitaliza" rápidamente en la actualidad y está siendo colocada en nuevas relaciones respecto al patrimonio nacional y sus formas de preservación. Pero no es todo. ¿Qué son, en efecto, los terratenientes? Son un resabio del feudalismo, de un orden al que el desarrollo condenó a desaparecer. Los terratenientes perdieron su poder económico y, cada vez más, también se les quita el poder político que en algunas partes mantienen todavía. Esto, precisamente esto, explica su nacionalismo, que asume proporciones sencillamente chovinistas.

En los lugares más atrasados, donde la clase terrateniente en cierta medida subsiste, se halla más cerca que otros del poder estatal. Pero el estado actual es un estado de clase. Los intereses de partes distintas en el estado son diferentes. Por supuesto la dominación no está en manos de todos los grupos de la sociedad.

El poder estatal, más estrechamente que nada está ligado a alguna clase. Pero en tanto le es posible, el gobierno procura apoyarse en la atención de toda la población sin diferencia de clases. Para conservar su influencia, pretende ocupar un lugar entre todas las clases. Pero para alcanzar tal posición es preciso enarbolar una bandera que esté por encima de todos los choques en el organismo estatal. Esta bandera es el nacionalismo, la idea nacional.

Lo mismo hacen los terratenientes en los lugares donde ostentan aún, como hemos señalado, el poder político.

A raíz de eso, advertimos una extraña manifestación: los propios feudales, que otrora no tuvieron ningún concepto de la "idea nacional", de la "misión nacional", son hoy sus más ardorosos adeptos. En verdad, fueron enterados de esa idea por sus ex enemigos: la burguesía. Esta paradoja sólo se explica por el hecho de que están inclinados a ocupar una posición pretendidamente por encima de todas las clases. Para no despertar el descontento de la población subordinada se interesan en todo lo que tiene aspecto de valor nacional común y se esmeran por defenderlo y encandilar de tal modo a los habitantes. De allí se desprende por qué los grandes terratenientes son tan fogosos defensores del honor nacional y tan susceptibles en el sentido nacional. Son, por así decirlo, el sempiterno material explosivo del nacionalismo. Siempre están dispuestos a estallar ante el menor atropello.

El nacionalismo de los terratenientes tiene aún otra "virtud": entre ellos permanece todavía el acervo de las tradiciones que se fueron acumulando durante la época feudal. Aunque el nacionalismo, como hemos visto, no tuvo esencialmente en sus comienzos nada de común con las tradiciones (en la época cuando advino y se difundió) entre los terratenientes, empero, el nacionalismo se confunde en una espesa maraña con las tradiciones (y precisamente por los terratenientes, como representantes del poder político saltan a la vista, los espectadores ingenuos creen que, en verdad, nacionalismo y tradición son una y la misma cosa. Una conclusión tan superficial no debe enorgullecer mucho a las personas que piensan de esa manera. Todo lo que se diga sobre que el nacionalismo es tradicional, sólo es cierto respecto a los terratenientes y muchos de sus ideólogos. Claro que este nacionalismo es, fuera de la nación dada, eminentemente agresivo y muy amigo del militarismo. Es cierto que dentro de la nación es conservador y tiene como objetivo principal la defensa de todas las bases existentes. Es cierto que los representantes de este nacionalismo acusan a toda insatisfacción de los oprimidos como manifestación antinacional, como "traición". Es cierto que este nacionalismo

quiere atenuar toda diferencia entre enemigo "interno" y "externo" y acusa al primero como aliado del segundo, como tránsfuga, traidor, etcétera).

En los países donde el poder está en manos de la burguesía, y los terratenientes están alejados del gobierno, el nacionalismo tradicional de los terratenientes se pone de manifiesto en actos reaccionarios e impotentes. Al mismo tiempo que se acerca su inminente final, siembran su triste camino con escándalos no menos tristes. Un "nacionalismo" semejante encontramos en Francia. Por la cantidad de escándalos es siempre posible calcular los días que aún les resta por vivir.

EL NACIONALISMO DE LA ALTA BURGUESÍA

El gran capital, empero, poco sabe de tradiciones, como ya lo hemos señalado varias veces. De antemano podemos decir que si es nacionalista, su nacionalismo está muy lejos de cualquier relación con las tradiciones. Con el mercado interno nacional y con el idioma —con el idioma nacional que prima en el mercado—, el gran capital se vincula muy poco. El gran capital trascendió hace ya mucho las estrechas fronteras del mercado nacional y los límites lingüísticos; ahora, con la cabeza erguida pasea por el inmenso mercado mundial. Cuando coloca sus mercancías, la alta burguesía no integra el medio donde está difundida la lengua nacional, porque no tiene relación directa con el consumidor. El consumidor no habla con el fabricante, sino con el tendero. El fabricante, incluso, no necesita conocer otra lengua que su idioma materno. Después de todo, tiene empleados, corresponsales y contadores que se comunican por él con el extranjero.

Menos que el gran industrial se relaciona con el mercado local el financista, el capitalista del dinero, quien ejerce influencia sobre toda la economía de la actualidad. La alta burguesía, entonces, no lleva una política nacional interna: sueña con el poder universal de su capital nacional. Querría echar del mercado mundial a todos los capitales "foráneos", para obtener mayores beneficios. Y para esto, necesita tener una buena flota, un buen ejército. Pero de cosas tan "delicadas" como el "espíritu cultural nacional", etc., quiere saber muy poco. Mucho más cercanas al corazón le son las bombas, las municiones, los acorazados. Los problemas de idioma y educación nacional le interesan muy poco. Más le preocupa el presupuesto del ejército y la flota. Pero para

tener preponderancia en eso, es imprescindible contar con el poder político. La base real del poder político es, como en general se comprende, el territorio.

Para el gran capital, el territorio y sus fronteras tienen el valor de un punto de apoyo para conquistar el mercado mundial.

Entre la intelectualidad casi no hay ideólogos que se ocupen de la alta burguesía, que se preocupen por describir la tendencia de su vida, salvo la cotidiana prensa poderosa. Esta última, la prensa, no selecciona mucho cuando busca medios para la desmoralización chovinista. Los conceptos con que le llena la mente al público, los toma de lo primero que le viene a mano. Hasta se vale de tradiciones de los terratenientes, con tal de llenar columnas. Pero, repetimos, este grupo, representado por la alta burguesía con su peculiar nacionalismo, está lejos de las tradiciones aun cuando sea la clase dominante en los tiempos actuales. Todos los juramentos procuradores del nacionalismo podrían recordarlo. Esto desvanece la impresión corriente de que nacionalismo-tradiciones-dominio son una y la misma cosa.

EL NACIONALISMO EN LA CLASE MEDIA Y PEQUEÑA BURGUESÍA

Ahora hablaremos de la clase media y pequeña burguesía. Para este sector, el territorio ya no tiene el valor de una extensión de suelo, como ocurre con los terratenientes; en cambio, *el territorio les significa un mercado de consumo*. Los límites de este mercado coinciden, naturalmente, con el lugar donde termina la hegemonía de la lengua nacional. El consumidor más próximo está obligado a utilizar el mismo idioma que el más próximo vendedor. De eso se desprende que el propietario medio esté interesado de que en su idioma hable el mayor número de personas. El nacionalismo de esta burguesía extrae toda su savia de los intereses del mercado nacional. Por lo mismo, es el apoyo principal —naturalmente no el único— de la política que traba la libertad de lenguas extranjeras. Esta burguesía ve la esencia del nacionalismo en la lengua y todo lo que se vincula con la lengua: cultura tradicional, educación, etcétera.

A veces sucede que los grandes terratenientes de alguna nación dominante quieren ocupar la tierra en donde vive un pueblo oprimido y, por lo tanto, aspiran a asimilar la tierra. Se cubren entonces con el disfraz de portadores de cultura, asfixian la lengua de la nación que quieren asimilar, dificultan su educación.

La clase media y pequeñoburguesa es siempre el mejor aliado de los terratenientes en esta cruzada, es siempre el leal "luchador" por la misión "cultural". Para convencerse de esto, basta recordar los hechos de la política asimilatoria en la Silesia prusiana.

Los ideólogos de esta clase recurren a la misma fraseología que los terratenientes. Asimismo se distinguen por algo similar a los terratenientes: ocupan la posición intermedia entre las dos clases principales de la sociedad y tienen la inclinación ingenua de creer que están por encima de todas las controversias, disidencias o discrepancias de clase.

En el fondo, le tienen un miedo terrible a cualquier conmoción social, puesto que ello les significaría la amenaza de un quebranto, de tornarse pobretones. Su dios es el orden; su enemigo mortal es la rebelión. Se aferran con uñas y dientes al minúsculo patrimonio que aún les queda y tiemblan pensando que lo pueden perder. Por eso son los sostenedores del "orden" y la "ley" y están dispuestos a apoyar con fuego todo orden existente. Y, en general, son sempiternos resentidos, hombres que se hallan en camino al empobrecimiento y que no pueden luchar por su porvenir, que no se animan a mirarlo de frente.

Y cualquier cosa más o menos fuera de lo habitual, extraña, la confunden de inmediato con rebeliones, intrigas, recelos. Su mentalidad oscura y restringida no les permite sobreponerse a la rutina cotidiana.

En semejantes condiciones hallaron muy bien refugio todas las supersticiones y los prejuicios nacionalistas. La estrecha cabeza del pequeñoburgués está siempre ocupada por el "nosotros" y el "ellos", con lo "propio" y lo "ajeno". Y, además, se trata de una clase cuyos integrantes individuales están siempre en conflicto entre sí, debido a la competencia, y uno está dispuesto a ahogar al otro. No existe un punto general donde confluyan sus intereses de clase; entre ellos no hay lugar para una coincidencia de clase; por lo mismo, empero, les aflora con mucha más fuerza la autoconciencia nacional. Este grupo también se crea sus "ideales", pero no es ahora el momento de referirnos a ello.

Para nosotros es importante el hecho de que la clase media y pequeñoburguesa, estando enormemente interesada en apoyar su mercado interno, apuntaba directamente la política chovinista interna y externa de los terratenientes. Tan lastimoso nacionalismo no desempeña papel independiente. Cuando pierda su aliado fuerte —los terratenientes— sucumbirá por completo. Cuanto más se desclasa esta gran masa aburguesada, cuanto más una parte

ingresa al proletariado y el resto a la alta burguesía, tanto más se aproxima el final de este tipo de nacionalismo.

Algunos grupos de la intelectualidad de clase media y pequeña burguesía, que se ocupan de la cultura nacional —maestros, historiadores, escritores, artistas, cantantes— se sienten inclinados a una forma sosegada de un nacionalismo honrado, dignamente "cultural". Entre ellos está muy arraigado el reconocimiento del derecho de autodeterminación de cada nación. No sueñan con aniquilar a todos los otros pueblos. No quieren fagocitar a nadie. En la política interna, son liberales; a veces, hasta radicales. Lo mismo también practican con respecto a otros pueblos, pero, sin embargo, aman más lo "propio" que lo "ajeno", les resultan más agradables las evocaciones de la cultura "propia". No tienen altanería nacional, pero saben cuidar el orgullo nacional.

Los intelectualmente más desarrollados y progresistas no niegan la estructura clasista de la sociedad. Pero se interesan poco en ello, porque no les atrae la lucha o el tumulto. En su seno se anquilosaron las primeras manifestaciones del nacionalismo burgués de la época prerrevolucionaria. Entre ellos se conservan como congeladas las viejas tradiciones socialdemócratas. (Como ya hemos indicado, este tipo de nacionalismo se llama "espiritual". Pero no es lo mismo que el pretendido nacionalismo "espiritual" de los terratenientes. Los terratenientes y la masa aburguesada que se arrastra tras ellos anegan con frases altisonantes de ficciones culturales nacionales, sin considerar su contenido. Pero los ideólogos pequeñoburgueses lo hacen al revés. Creen, es cierto, profundamente en esas ficciones; y, por lo mismo, no las analizan críticamente sino en forma dogmática. Y crean distintas y curiosas teorías nacionalistas.)

Hasta ahora hemos considerado el nacionalismo de las clases dominantes. Como ya vimos, es un nacionalismo multicolor. Naturalmente resulta muy difícil delimitar los ideales nacionales que tienen los terratenientes, la alta burguesía, la clase media y pequeña burguesía porque no es posible separarlos ni siquiera en el aspecto económico. Existen infinitas formas de transición que aproximan un tipo de nacionalismo al otro, y para la mirada no experta se confunde en una sola unidad. Pero la concepción materialista de la historia nos enseña a discriminar en todas partes entre los sectores fundamentales y las variaciones; nos enseña a desmenuzar lo que es a simple vista parece algo único y coherente.

EL NACIONALISMO DEL PROLETARIADO

No hay que seguir el error comúnmente difundido de creer que el proletariado no tiene relación alguna con el patrimonio nacional y que, por lo mismo, carece de sentimientos e intereses nacionales. *Ninguna clase social se encuentra al margen de las condiciones de producción y, por supuesto, para el proletariado tiene un valor muy importante el estado de esas condiciones.* Olvidemos las peligrosas sandeces y tonterías muy en boga entre el público progresista acerca de este problema. Si la base general y reserva de las condiciones de producción, el territorio, tiene para los terratenientes el valor de una propiedad telúrica y de un punto de apoyo para su poder político; si para la burguesía significa el punto de apoyo para conquistar el mercado mundial; si para las clases medias de la sociedad tiene el valor de un mercado de consumo; y si las formas de preservación del patrimonio nacional tienen para cada una de esas clases su significado decisivo, *el territorio también tiene su valor para el proletariado, tiene el valor de un lugar de trabajo.* Las formas de preservación para él tienen un valor decisivo.

El trabajador, aunque fuera mil veces un "desnacionalizado" (como los agitadores demagogos lo pretenden asegurar) necesita comer; y, para eso, más que otros, necesita trabajar. La desocupación le significa algo nada agradable. Señalaremos que hasta el mismo Marx reconoció que existe la competencia entre los obreros, una competencia por el lugar de trabajo. (Para reafirmar este aserto, aconsejamos leer con atención las últimas páginas de *Miseria de la filosofía.*) Entre los obreros menos cultos la cosa hasta llega a peleas entre operarios urbanos y supernumerarios, aunque sean del mismo país. Entre trabajadores más cultos, hay sentimientos de competencia más elevados y refinados. Ellos, naturalmente, no se pelearán con obreros supernumerarios, pero cuando afluyen emigrantes ajenos y provocan el descenso del salario, son molestados demasiado los intereses del obrero más culto, y no puede permanecer indiferente.

Las personas cuya capacidad de razonar está completamente intoxicada por las sandeces partidistas, por la agitación vulgar, se sentirían heridas en sus principios más sagrados cuando se les planteara los hechos que confirman nuestras palabras. ¿Pero necesitamos acaso ejemplos más elocuentes que el que nos da el diario de Volmar, en Munich, que se apresura a armar un escándalo cada vez que los empresarios privados u oficiales de Baviera contratan a obreros italianos, en vez de alemanes? Y Volmar, al fin

de cuentas, está al frente de un partido. Es cierto que se trata de un revisionista, pero, en la convención partidista de Jena, es un *Gennose* [compañero] muy aceptado. Lo mismo sucede si consideramos la política de los gobiernos australianos respecto de los inmigrantes. Parece ser claro que las limitaciones a la inmigración no se hacen en interés del capital, sino en el de los obreros.

El ejemplo de los gobiernos de Melbourne es más convincente y claro que el de los gobiernos inglés y estadounidense. En Australia y Nueva Zelandia los trabajadores tenían mucha influencia en la política inglesa, pero en los Estados Unidos casi ninguna. Los obreros en los dos últimos países hasta están muy interesados de que el ingreso de obreros se limite; pero si las demás clases influyentes no apoyaran en este caso a los obreros, no podrían con sus propias fuerzas imponer las leyes inmigratorias. Allá están interesados en limitar el ingreso de inmigrantes:

a] La pequeña burguesía comercial e industrial, pues gran parte de los inmigrantes que no pueden ganar su sustento en las fábricas se ven obligados a entregarse al comercio y a la artesanía, con lo cual resultan factores de competencia para esos tenderos y artesanos.

b] Los empresarios grandes y medianos, que sufren por la competencia, ya que una gran parte de operarios en ciertos establecimientos están compuestos por inmigrantes; de no ser por la inmigración, esta competencia no se crearía.

c] Los desocupados y los obreros no calificados que sufren más agudamente la afluencia de los inmigrantes desocupados. El que las trade-unions hayan protestado contra la ley de inmigración no significa nada, pues las trade-unions están compuestas por obreros calificados y seguros. De la población obrera inglesa total son la minoría, y los intereses de un grupito privilegiado no pueden confundirse con los intereses de toda la masa obrera.

Y qué decir del comportamiento del proletariado norteamericano con respecto a los culíes chinos: se conocen bien los brutales atentados contra obreros chinos. Todos los teóricos de partidos ya empiezan a sentirse inclinados a considerar la cuestión nacional; advierten ya que este maldito problema no le puede ser ajeno al proletariado. Pero el punto donde antes que nada el obrero puede sentirse afectado por la cuestión nacional es el territorio, el lugar de trabajo.

Hay muchos otros intereses obreros que tienen relación con eso: son los intereses culturales, lingüísticos, es el territorio, educacionales, literarios. Todo eso tiene valor como medio para desarrollar la conciencia de clase. Pero el desarrollo de la conciencia

de clase no se nutre mayormente de la "cultura", sino de los procesos de lucha.

Pero la lucha sólo puede tener lugar allí donde el obrero trabaja, es decir, donde ya ocupa un cierto lugar; y cuanto más débil es su situación, tanto menos campo tiene para su lucha planificada. *En tanto un obrero no ocupó un lugar, no puede realizar su lucha.* Por lo mismo, está en su directo interés al velar por su lugar.

De cualquier lado que miremos el problema nacional para ver en qué forma existe para el proletariado —aunque sólo arribemos a las necesidades culturales— llegaremos no obstante siempre a la base material, es decir, al problema del *lugar de trabajo y lucha (la base estratégica), que significa el territorio para el proletariado.*

No está en el espíritu materialista que los "bundistas" ignoren la base material del problema nacional proletario. Todo su sentido se reduce a la cultura como medio para desarrollar la conciencia de clase, o a preocuparse por la lucha sin prestar atención a las consideraciones del plan de lucha y trabajo. Esto es un desatino. En todo caso, el materialismo histórico no debe encontrar el real contenido de una cuestión social en la cultura; no lo entendió así el Bund y en ello radica su principal error. Éste es el mejor síntoma de su inconsecuencia.

El problema del trabajo no sólo tiene un valor puramente clasista, sino también nacional; el obrero inglés no tiene que proteger su lugar contra la presión del capitalista, sino contra el obrero inmigrado al país. Podemos afirmar por consiguiente que, en tanto el lugar nacional de trabajo no está asegurado, el problema nacional sobrepasa al problema puramente obrero. En tanto los obreros de una nación dada no aseguran aún su lugar, el problema del trabajo tiene para ellos un valor más candente que el de la lucha.

De ello se desprende:

1. Las masas en proceso de proletarización, que recién empezaron a buscar trabajo, en general, no son capaces de adquirir conciencia de clase y son de tendencia exclusivamente nacionalista.

2. Entre el mismo proletariado culto la conciencia de clase se oscurece mucho por la conciencia nacional, en los casos cuando el proletariado está inclinado a defender su lugar nacional de trabajo.

La continua inmigración de obreros extranjeros a Inglaterra y Estados Unidos y el peligro que ellos implican para el lugar

de trabajo inglés o norteamericano, agudizan fuertemente la conciencia nacional de los trabajadores locales. Éste es uno de los principales motivos por los que allí el movimiento obrero no salió aún de los marcos del trade-unionismo.

Los marxistas ortodoxos dogmáticos no pudieron explicar hasta ahora el extraño atraso del proletariado inglés y estadounidense. Y este hecho les molesta en verdad. Pero lo cierto es que tal cosa no se relaciona con las relaciones de producción. Y por eso, no lo saben explicar. Para comprenderlo, será necesario analizar las condiciones inglesas y norteamericanas de la vida de producción. Más sincera y profundamente hay que tratar al problema nacional, y es preciso renunciar de una vez por todas a los prejuicios vulgares. Y, por último, deberá comprenderse que la conciencia de clase no podrá desarrollarse normalmente allí donde no se resolvió aún la cuestión nacional, en cualquier forma que exista.

Los investigadores que ignoran el papel de las condiciones de producción, que se ocupan exclusivamente de las relaciones de producción, no son capaces de comprender el problema nacional. No podrá resultarles menos que un secreto indescifrable la siguiente contradicción de la economía capitalista: por un lado se muestra como internacionalista, destruye todas las limitaciones de origen y de pueblos, destroza todas las tradiciones; por el otro, empero, ella misma fortalece la autoconciencia nacional. ¿Cómo es posible que en momentos cuando las sociedades se aproximan económicamente una a la otra, cuando su distanciamiento relativo se desvanece, se agudice la cuestión nacional y se desarrollen los movimientos nacionales? Éste es un problema que, cuando el historiador materialista no lo resuelve y en cambio lo elude, tiene que provocarle una maraña de contradicciones.

Karl Kautsky intentó ya varias veces resolver el problema, pero siempre se mantuvo al margen de su concepción materialista del mundo. Pero hay que confesar que en una serie de artículos que escribió sobre la cuestión nacional se aproxima lentamente a la teoría que desarrollamos en el presente trabajo. Y con esta teoría, también resulta clara la respuesta al problema arriba señalado. Cuando tomemos en cuenta que la humanidad está dividida en grupos, que viven en relativamente separadas y distanciadas comunidades y condiciones de producción, comprenderemos que la propia tendencia a ensancharse del capital, gracias a su desarrollo inmanente, debe forzosamente provocar roces entre esos grupos relativamente separados. Una parte de la señalada contradicción es la causa; las otras partes son las consecuencias. Se trata de una de las contradicciones que caracterizan la economía actual.

Hemos explicado que la cuestión nacional, como asimismo la transformación de los pueblos en naciones, es un resultado de la forma capitalista de producción. De ello podría extraerse la conclusión de que la lucha nacional debe desaparecer junto con la lucha de clases. Pero arribar a esto sería extremadamente prematuro.

El investigador serio, asimismo, debe considerar más osada y prematura aún la afirmación de que junto con las diferencias de clase desaparecerán también las diferencias nacionales. No nos detendremos en la cuestión, pues la consideramos superflua en estos momentos. En general, se trata de algo muy indefinido y no es posible darle una respuesta categórica. Para nosotros, el problema nacional es un objetivo presente; lo que ocurrirá cien años después —que las naciones subsistan o que se unifiquen todas— es algo que no podemos prever. Hoy en día el problema existe.

Hemos señalado, en consecuencia, los aspectos clasistas más prominentes y visibles de la cuestión nacional. Ahora, intentaremos destacar su aspecto general en algunos rasgos esenciales.

RESUMEN

En el transcurso de la época feudal, los grupos humanos luchando por su existencia, en distintas comunidades relativamente separadas por sus condiciones de producción, se transformaron en distintos pueblos. La fisonomía y el carácter de cada grupo tienen rasgos relativamente definidos.

Pero en el seno de la economía feudal se desarrolló el capitalismo, y por su crecimiento se produjo en la vida de producción una doble contradicción material y económica: dado el nivel superior de su desarrollo, las fuerzas productivas, por un lado, dejaron de ser adecuadas para las anquilosadas relaciones de producción feudales; por el otro, las fuerzas productivas en proceso de capitalización ya no se adaptaban al anquilosado sistema de las condiciones de producción, puesto que el orden feudal despedazó los pueblos y sus territorios con innumerables trabas que dificultaban enormemente el desarrollo capitalista.

En general, toda contradicción entre las fuerzas productivas y y las relaciones de producción provoca un problema social que se resuelve con la liberación de la clase oprimida. La contradic-

ción de esta especie, que advino en los albores del desarrollo capitalista, fue más que nada sentida por la burguesía, la tercera clase, y ella, la burguesía, asumió la iniciativa de aniquilarla. Logró su meta con la Gran revolución francesa.

Toda contradicción de la segunda especie, es decir, nacida entre las fuerzas productivas cuando bregan por desarrollarse y las condiciones de producción que dificultan ese desarrollo, provoca un problema nacional y sólo se resuelve por la liberación de la nación oprimida. Esta especie de contradicción, que advino en los albores del desarrollo capitalista, se hizo sentir a todas las clases oprimidas de la sociedad de otrora. Gracias a eso, todas las clases oprimidas en tiempos de la Revolución francesa se sentían una sola nación, oprimida por las capas "superiores". Nació la creencia de que existe una supuesta armonía nacional común, en cuanto a los intereses; y sólo las clases dominantes de la época estaban excluidas de esa supuesta armonía. Fue cuando apareció el nacionalismo en el sentido actual de la palabra.

El desarrollo de la economía capitalista creó por consiguiente el fundamento sobre el que se elaboró la conciencia de integración, en base al pasado histórico común, es decir en base a las comunes condiciones de la vida de producción. En síntesis: el nacionalismo. El desarrollo transformó los pueblos de antes en las modernas naciones.

El nacionalismo, entonces, no apareció en la política exterior de las clases dominantes, sino en la política interna de las clases oprimidas. Recién más tarde, el nacionalismo, en el sentido actual de la palabra, fue trasladado a la política exterior: eso ocurrió cuando advino la cuestión nacional.

En seguida después que el incrementado capital dominó a los señoríos feudales, se advirtió que la ampliación de sus fuerzas productivas se veía molestada no por la situación de las condiciones de producción dentro de las relativamente separadas sociedades, sino por la misma separación relativa de las diferentes condiciones de producción. Cada sociedad, bregando naturalmente por ensanchar las esferas de sus condiciones de producción, choca con las sociedades vecinas que le ofrecen resistencia. El desarrollo de la economía capitalista, por consiguiente, pone en el orden del día la cuestión nacional en el sentido actual de la palabra.

La raíz de la cuestión nacional está en el choque recíproco de los relativamente separados organismos social-económicos. La cuestión nacional se expresa en las manifestaciones de la competencia nacional.

La competencia nacional no surge por alguna maldad egoísta de las clases dominantes. Es resultado de las economías capitalistas que, al desarrollarse, tienen indispensablemente la tendencia a ensancharse.

Sobre la base de esa competencia se crean, entre los hombres interesados en ella, ciertos sentimientos y emociones. Y porque su raíz se encuentra profundamente en la vida económica, la gente imbuida de esos sentimientos cree que ellos, los sentimientos, están libres de toda vinculación con la vida material. No advierten la profunda base económica de los sentimientos y pierden la posibilidad de motivarlos. Creen, en cambio, que son sentimientos puros, sagrados y que están lejos de todo "materialismo".

En este terreno crecen y se ramifican las más curiosas y complicadas ideologías nacionalistas. Y, debido al antagonismo principista que existe entre la conciencia de clase y la conciencia nacional, tienden a oscurecer la primera y a atemperarla.

La economía capitalista trajo aparejada la cuestión nacional no sólo para la burguesía, sino para todas las clases de la sociedad, porque todas están confundidas de una o de otra manera en la competencia nacional. Para todas tienen un cierto valor una u otra parte del territorio, como base para las condiciones de producción.

Entre los pueblos libres, que no oprimen a nadie y que por nadie son oprimidos, el nacionalismo se encuentra en situación de energía potencial o contenido. Pero en la primera oportunidad propicia la energía pasa a un estado cinético, influyente. Antes que nadie, pierden su equilibrio las clases dominantes. Ellas tienen siempre —y no puede ser de otra manera— la tendencia a conquistar el mercado mundial o a ampliar el mercado interno de consumo. En esos momentos, cuando el equilibrio se pierde, se desatan los sentimientos nacionalistas que, hasta entonces, se mantenían tranquilos y pasivos. Cuando el nacionalismo brota de la tendencia a ensanchar el mercado propio, adopta un carácter agresivo, conscientemente combativo. Recurre para ello a la política de conquista y a la asimilación por la violencia.

Pero el anhelo del proletariado a ampliar su mercado y lugar de trabajo no puede expresarse en una política de conquista. El proletariado y las masas en proceso de proletarización no tienen, como se sabe, una influencia directa en la política internacional. Su único medio de ensanchar el lugar de trabajo, es la pacífica emigración a países extranjeros.

Y las masas de emigrantes, que extraviadas andan por el mundo en busca de trabajo, no introducen política nacional. El obrero

errante, que se ve desalojado de su esfera de condiciones de producción, no se siente ligado profundamente a su hogar. Y de no ser por razones laterales, de no ser por tradiciones de educación o por el parentesco con los que se quedaron en el viejo hogar, en el trabajador emigrante ni se advertirán los tenues síntomas de amor al terruño que a veces se despiertan todavía en él.

Distinto ocurre, empero, con el proletariado de los países hacia donde afluyen los emigrantes. En éstos ya se ve el anhelo de conservar para sí el lugar de trabajo y, junto con eso, se fortalece la autoconciencia nacional. En el proletariado de una nación libre, ello asume el agudamente combativo y defensivo carácter anti-inmigratorio; en mayor medida la cosa se advierte en el comportamiento y los sentimientos de las masas locales en proceso de proletarización, porque más aún que el proletariado están interesados en que su lugar de trabajo no sea tocado.

Vemos, consecuentemente, en primer término, que para el proletariado la cuestión nacional coincide esencialmente con el problema de emigración e inmigración; en eso se exterioriza el carácter localista del nacionalismo proletario. En segundo lugar, se comprueba que, entre pueblos libres, por nadie oprimidos, el nacionalismo tiene múltiples formas, pues siempre depende de quien lo esgrime: si son las clases dominantes o si son los oprimidos.

Con mucha más claridad se advierte el nacionalismo en los pueblos oprimidos. Ellos, los pueblos oprimidos, siempre se encuentran en su vida de producción sufriendo condiciones anormales, como lo hemos señalado más arriba, en el caso cuando faltan o están reducidos el territorio y sus formas de protección: soberanía política, libertad de lenguas y de desarrollo cultural. Esas condiciones anormales tornan armónicos los intereses para los integrantes de la nación. Debido a la presión exterior, que dificulta y desorganiza la influencia de las condiciones de producción, estas condiciones y la propia lucha de clases son trabadas en su desarrollo, porque se ve dificultado el camino correcto de la forma de producción. Los antagonismos de clase se ven anormalmente atemperados, y la solidaridad nacional adquiere una fuerza cada vez mayor.

Aparte de que los intereses particulares de cada clase individual se ven dificultados por la presión exterior; aparte de que la burguesía se ve presionada en el mercado y al proletariado le falta la libertad de dominar su lugar, la presión se deja sentir para todos los individuos de la nación, y todos sienten y comprenden que la presión es nacional, que proviene de una nación foránea y que está dirigida contra su nacionalidad, como tal. La lengua, por

ejemplo, adquiere en ese caso un significado muy superior al valor de un simple medio de defensa de un mercado. Cuando la libertad idiomática es avasallada, el oprimido se aferra cada vez más al idioma. En resumen: para un pueblo oprimido su problema nacional se desvía grandemente de la vinculación que tiene con su base, con las condiciones materiales de la vida de producción. Las necesidades culturales obtienen un valor independiente y todos los miembros de la nación están interesados en la libertad de autodeterminación nacional.

Sólo durante la lucha por la liberación nacional se pone de manifiesto la estructura de clase y la psiquis clasista. Los grupos del pueblo oprimido más ligados a las tradiciones son los sectores de la burguesía media y pequeña. Sobre todo los sectores "espirituales" y los terratenientes. Los expertos y campeones de la educación y la literatura nacionales, maestros, escritores, etc., pintan también su tradicionalismo con colores nacionales. Pero los principales luchadores por la liberación nacional son siempre los sectores progresistas del pueblo y de la intelectualidad. Cuando estos sectores están bastante desarrollados, cuando ellos mismos ya se liberaron de los marcos estrechos del tradicionalismo, su nacionalismo adquiere también un carácter puro y real. En esencia, el proceso de liberación no es nacionalista, sino nacional. Y entre los elementos progresistas de una nación oprimida se desenvuelve el nacionalismo real: no sueña con la conservación de las tradiciones, no las añora, no se engaña con la supuesta unidad de la nación, comprende claramente la estructura de clases de la sociedad y no esconde ni ignora los intereses reales de nadie. Su meta es la liberación real, la normalización de sus condiciones y relaciones de producción.

El nacionalismo real, por consiguiente, es el que no oculta la conciencia de clase; se encuentra solo entre los elementos progresistas de las naciones oprimidas. En la clase más progresista, en el proletariado organizado y revolucionario de una nación oprimida, su nacionalismo real se expresa en las exigencias claramente formuladas en su progreso mínimo, y que tienen la explícitamente señalada meta de conseguir, con el restablecimiento de la nación en condiciones normales de producción, un lugar normal de trabajo y lucha para el proletariado.

Cuando esta meta se alcanza está cumplida la finalidad del nacionalismo real. En lugar de la anterior solidaridad de los intereses nacionales durante ciertos procesos de liberación —una solidaridad forzada y anormal— renace en forma clara una sana estructura de lucha de clases.

NUESTRA PLATAFORMA

I. CARÁCTER DEL PROBLEMA NACIONAL JUDÍO

Según la definición general del análisis científico, el problema nacional es un producto del conflicto entre el *grado de desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las condiciones de producción* de un grupo social determinado. En la mayoría de los casos, este conflicto se produce por el choque de las fuerzas productivas con las condiciones de producción *externas* en las que actúa dicho grupo. La condición más general de la producción, que contiene y sirve de base a todas las condiciones *internas*, es el territorio sobre el que vive el grupo social. El territorio es, pues, la base *positiva* de toda existencia nacional propia.

Los pueblos extraterritoriales carecen de esta base positiva. Al adaptarse a las condiciones naturales e históricas del ambiente nacional ajeno en el que viven, están expuestos a la pérdida de las características peculiares de su existencia nacional asimilándose a la vida social circundante. Pero, si no obstante ello, logran conservar algunas de sus peculiaridades nacionales, este fenómeno se explica por la presión de las fuerzas externas que dificultan y entorpecen su asimilación. En la vida de estos pueblos actúan dos factores diametralmente opuestos: el factor *asimilador* —fruto de la tendencia a adaptarse al ambiente—, y el factor *aislador* —que trata de impedirla. El segundo de estos factores constituye la base *negativa* de la existencia nacional.

En la vida de los pueblos territoriales, la cohesión nacional de sus miembros se asienta sobre la *propiedad material nacional* de los mismos, o sea, sobre el territorio y sobre el conjunto de las condiciones materiales de producción que éste encierra. Una nación territorial es dueña de una economía nacional propia, y constituye una unidad económica dentro de la cual actúa y se desarrollan sus fuerzas productivas. Cuando, en su proceso de desarrollo, estas fuerzas entran en contradicción con los marcos ya demasiado estrechos de sus condiciones productivas, se produce un conflicto nacional provocado por la necesidad de ampliar la esfera de sus condiciones de producción, o sea, por la necesidad de apoderarse de una esfera ajena.

La política nacional de este grupo asume entonces un carácter agresivo. Pero cuando, por el contrario, las fuerzas productivas sufren la penetración de elementos extraños en la esfera de sus condiciones de producción, créase para el grupo un conflicto nacional, provocado por la necesidad de defender dicha esfera. La política nacional del mismo asume, en este caso, un carácter defensivo. Tal como los conflictos sociales entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las *relaciones* de producción se manifiestan concretamente en la lucha de clases, así también hallan su expresión en la lucha nacional los conflictos entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las *condiciones* de producción. Pero, mientras los conflictos sociales se producen *dentro* de organismos social-económicos determinados, los conflictos nacionales *rebasan* los marcos de los mismos. Se sobreentiende que no nos referimos aquí a organismos completamente aislados, sino a cuerpos económicos *relativamente* separados, y que las relaciones entre estos últimos, que se multiplican continuamente en la sociedad capitalista, nos autorizan a hablar no sólo de la existencia de economías nacionales sino también de una economía mundial.

Existe, sin embargo, una diferencia importante entre el conflicto nacional y el social. Mientras que la lucha de clases crece sobre el terreno de la *explotación* económica, y la competencia en el marco del grupo asume solamente un carácter individual sin crear conflictos sociales; mientras que el *contenido* del problema social es el de la explotación de clase, y la competencia económica constituye sólo un *fenómeno* social pero no un *problema* social —la lucha nacional crece, en cambio, sobre el terreno de la *competencia* entre los grupos nacionales, y la explotación nacional constituye corrientemente sólo un fenómeno lateral que no da lugar a problemas sociales de importancia. Solamente en un caso la explotación nacional se eleva a la altura de un agudo problema social, y es cuando dos grupos nacionales forman parte de un mismo organismo económico representando a dos clases sociales distintas. La explotación nacional sólo agudiza los antagonismos sociales cuando las *condiciones* de producción coinciden con las *relaciones* de producción, o sea, cuando la línea de la división nacional de dos grupos coincide con la línea de la división de clase. Tal situación existe, por ejemplo, entre los terratenientes alemanes y los campesinos letones, en el Báltico; entre los polacos y rutenos, en Galitzia; entre los británicos e irlandeses, en Irlanda; entre los capitalistas y burócratas ingleses en la India, por un lado, y los campesinos y obreros hindúes, por el otro.

En todos estos ejemplos, el contenido esencial del conflicto es la explotación nacional, pero a ella se agrega también la competencia económica entre los distintos grupos nacionales. La explotación nacional no se diferencia del fenómeno de la explotación de clase, estando ambas regidas por las mismas leyes económicas. Encontramos aquí la explotación de clase corriente, con la diferencia de que las clases contendientes pertenecen a nacionalidades distintas. Los británicos desalojaron a los irlandeses de sus tierras en la misma forma como lo hicieron con sus propios "hermanos de sangre y de religión", los obreros y campesinos ingleses; sólo que la situación de los irlandeses era mucho más desamparada y precaria que la de estos últimos. Y lo mismo puede decirse sobre los barones bálticos y los terratenientes polacos con respecto a sus propios connacionales.

La competencia nacional se diferencia, no obstante, de la competencia individual corriente. Ésta estimula el desarrollo de las fuerzas productivas antagónicas de la economía capitalista que avanza, paralelamente, a la anarquía en la producción y a la libertad de competencia. La competencia individual, al estimular el desarrollo de las fuerzas de producción capitalista, socava al mismo tiempo los cimientos sobre los que se apoya la sociedad capitalista. No así la competencia nacional. Ésta dificulta la concurrencia individual, y actúa como un monopolio. En la Rusia zarista, por ejemplo, el judío podría competir libremente con el ruso nativo, pero éste, apoyándose en la competencia nacional, está en condición de anular la competencia individual de cada judío. La competencia nacional, como todo factor que obstaculiza la libertad de la competencia individual, dificulta el desarrollo de la economía capitalista, prolongando su período de maduración y su decadencia. La competencia nacional no constituye una simple lucha entre dos grupos: corrientemente, es la tendencia de una nación a apoderarse de la base material de otra, desplazándola de sus posiciones económicas y eliminando su poder de competencia.

La competencia nacional se libra siempre por la propiedad material de las naciones, y sólo cuando éstas poseen una propiedad semejante y se apoyan en la misma, tienen perspectivas para salir triunfantes de la lucha. Sin ella, y, particularmente, sin un territorio, están condenadas al fracaso. En la competencia entre dos naciones territoriales, la más fuerte tiende siempre a desalojar a la más débil de su propiedad material. Distinta es la competencia entre una nación territorial y una nación extraterritorial: aquí, la primera tiende a desalojar a la segunda de la esfera de

su propiedad material, negándole el uso de la misma y condenándola a la asfixia económica. La nación extraterritorial, al carecer de base material propia, no puede desarrollar sus fuerzas poductivas sin tomar como base una propiedad ajena.

Para penetrar en la esfera de una propiedad ajena, el grupo extraterritorial se ve obligado a adaptarse a las condiciones de vida del pueblo "nativo", sin que éste, a su vez, le permita ocupar una posición en la esfera de sus actividades. Esto conduce, como ya lo señaláramos, a una lucha entre el factor asimilador y el factor aislador en la vida de los pueblos extraterritoriales, los cuales, al carecer de una base material propia, se ven obligados a convertirse en meros apéndices de organismos social-económicos ajenos.

El factor aislador es el que precipita en estos pueblos el conflicto nacional. Mientras son "útiles" a la sociedad en que viven, o sea, mientras desempeñan una función específica no ejercida aun por la población "nativa" y que estimula el desarrollo de sus fuerzas productivas, los elementos "extranjeros" son tolerados y explotados por los pueblos territoriales vecinos. Pero, cuando en su proceso de desarrollo, las fuerzas de producción "nativas" alcanzan una etapa en la que ya pueden desempeñar por sí solas las funciones antes ejercidas por las fuerzas "extranjeras", éstas se convierten en un obstáculo para el desarrollo del pueblo "nativo"; la presencia de ese grupo constituye un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas del pueblo "nativo". Los extranjeros se tornan superfluos y se comienza a expulsarlos. Como los extranjeros no poseen propiedad nacional material sobre la cual puedan apoyarse en el proceso de competencia, pierden tras sí terreno económico. La nación extraterritorial disfruta, pues, de una tranquilidad relativa, sólo cuando es explotada nacionalmente, pero desde el momento en que la explotación es remplazada por la competencia nacional, pierde tras suyo sus posiciones económicas. Durante el período de la explotación, los "extranjeros" penetran en las posiciones no ocupadas todavía por la población "nativa", siendo su aislamiento incompleto. Estas posiciones son, casi siempre, las conocidas como "ramas últimas" del proceso productivo —intercambio de productos—, siéndoles imposible el acceso a los así llamados "estadios básicos" de la producción, que comprenden: la técnica agrícola, la fabricación de materiales e instrumentos de producción, etc.[1] Pero cuando se

[1] B. Bauer distingue las diversas fases del proceso productivo según su alejamiento progresivo del consumo. Así, por ejemplo, en la producción de ar-

produce la competencia del pueblo "nativo", la nación extraterritorial es aislada completamente, estallando un conflicto entre sus fuerzas productivas —que exigen una adaptación al ambiente— y las condiciones de producción externas, que la impiden. El ejemplo clásico de un grupo extraterritorial semejante, carente de base propia y expuesto a una competencia despiadada, lo constituye el pueblo judío.

Para comprender más profundamente el carácter del problema nacional judío, es preciso tener en cuenta que el conflicto nacional está, casi siempre, ligado al problema social, y que las cuestiones nacionales y sociales se complementan y confunden mutuamente. No existen intereses nacionales abstractos y comunes a todas las clases sociales. Cada clase tiene sus propios intereses nacionales, que son diferentes a los de las demás clases. El problema nacional y los movimientos nacionales no se elevan por encima de las clases sociales, sino que son propios de una o de algunas de ellas. El conflicto nacional se produce para esta o aquella clase, no porque las fuerzas productivas de *todo el pueblo* han entrado en contradicción con las condiciones de producción imperantes, sino porque el desarrollo de las fuerzas productivas de *tal* o *cual clase* entran en contradicción con las condiciones de producción de todo su grupo nacional. De aquí la gran variedad de *tipos clasistas del problema nacional,* de la ideología nacional, y de los movimientos nacionales. Y, por último, no hay que olvidar que entre los judíos —por carecer de una clase campesina— sólo se han desarrollado las clases de tipo "urbano": la grande, mediana, y pequeña burguesía; las masas proletarizantes, y el proletariado.

II. EL NACIONALISMO DE LA GRAN BURGUESÍA

La gran burguesía no está vinculada, generalmente, a la estrecha esfera de la producción y del mercado nacionales, siéndole ajeno el nacionalismo en la acepción verdadera de la palabra. Es de carácter cosmopolita, y su nacionalismo no encuentra lugar dentro del estrecho marco del mercado interno. El conflicto nacional es, para ella, el resultado de su afán de conquistar un lugar en el

tículos de cuero, la primera fase es la de la ganadería, siguiéndole sucesivamente el desollado del cuero, la producción cueril y la fabricación del calzado. Es sabido que los judíos participan poco en las primeras fases y mucho en las últimas.

mercado mundial. De ahí que su nacionalismo sea, a la vez, cosmopolita e imperialista. Es natural que la realidad judía no puede despertar esperanzas imperialistas en la gran burguesía judía: en el campo judío todavía no crecen estas hierbas; pero, por ello, es de fuerte inclinación asimiladora y no sufre, casi, el aislamiento. De no ser por los "pobres judíos orientales"* que tan obstinadamente hacen recordar sobre su existencia —ora por la emigración, ora por los pogromes— ya hace tiempo que se hubiera olvidado del incómodo problema judío. Es cierto que los grandes capitalistas judíos del este europeo, que están expuestos más directamente a la presión del desamparo jurídico, se interesan un poco por este desafortunado problema. Pero, para los grandes potentados judíos de la Europa occidental, el mismo no constituye sino un lastre inútil y desagradable. Y, sin embargo, les resulta imposible huir de la presencia de las "pobres masas orientales". Puesto que la gran burguesía judía hubiera deseado ardientemente perder su propia individualidad nacional, asimilándose por completo a la gran burguesía "nativa", se muestra hipersensible a toda manifestación de antisemitismo, observando, con verdadero espanto, cualquier fenómeno capaz de propagar al movimiento antisemita por el mundo entero. Si el antisemitismo sólo fuera el pasatiempo de algunos maniáticos y psicópatas de la ralea de Drumont y Lüger* no sería peligroso. Pero se halla arraigado hondamente en las masas populares, y se nutre de la insatisfacción social de las capas retrasadas del pueblo, condensando una peligrosa reserva de odio antijudío. El antisemitismo se convierte en un movimiento político y se hace peligroso. La judeofobia se alimenta de la competencia nacional entre la pequeña burguesía y las masas desocupadas judías, por un lado, y las cristianas, por el otro. Su veneno alcanza tanto al judío pobre y desamparado, como al poderoso Rotschild, quien comprende perfectamente cuál es la causa de todas sus desgracias: las desamparadas masas judías. Y el plutócrata judío aborrece a estas masas, sin que el antisemitismo le permita olvidar el lejano parentesco que lo vincula a las mismas.

* Los judíos occidentales de Alemania, Francia e Inglaterra, donde a causa del desarrollo económico de esos países la asimilación tuvo un enorme auge, llamaban así a los judíos de Polonia, Rusia, y de los demás países de Europa oriental. [E]

* Drumont: director del periódico francés *Livre Parole,* que inició la difamación antisemita en el proceso Dreyfus. Lüger: burgomaestre de Viena, perteneciente al Partido socialcristiano, fundador del antisemitismo culto a principios de siglo. [E.]

¡Pobre gran burgués judío!: *Zwei Seelen wohnen, ach, in seiner Brust* [Dos almas moran, ¡ay!, en su pecho]: el alma de un orgulloso europeo, y el alma de un tutor obligado de sus desgraciados hermanos orientales. De no ser por el antisemitismo imperante en el mundo, fácil le sería desentenderse de la creciente ola de dolor judío que fluye desde el este europeo, abriéndose camino por las principales ciudades de la Europa occidental. Pero, dejarla librada a su propia suerte, significaría orientar hacia sí el torrente del odio antijudío. Y ésto es, precisamente, lo que teme el plutócrata judío. No le queda, pues, más remedio que interesarse, aun cuando de mal grado, en el problema judío, convertirse en filántropo, y juntar limosnas para los "pobres hermanos necesitados". La gran burguesía judía se interesa en el problema judio como solución para los demás pero no para sí misma. Ella desconoce este problema y lo comprende muy poco. Su relación hacia el mismo es semejante a la relación de un tutor obligado hacia parientes indeseables. Su aspiración máxima: librarse cuanto antes de este problema y de los parientes indeseables.

III. EL NACIONALISMO DE LA BURGUESÍA MEDIA

La burguesía media está vinculada mucho más estrechamente a las demás capas del pueblo judío, que la gran burguesía. Para ella, y para la pequeña burguesía, el problema nacional es, en primer lugar, el problema del mercado interno, el cual está relacionado con el idioma nacional y con todo lo que conocemos bajo el nombre de "cultura espiritual": literatura, educación, etc. En los pueblos territoriales, la pequeña burguesía y la burguesía media constituyen los sostenes principales del nacionalismo "cultural", en todas sus formas y expresiones. En los pueblos extraterritoriales, como el pueblo judío, estas dos capas sociales, al carecer de un territorio y de un mercado propio, están expuestas a la influencia del factor asimilador. Pero, debido a la competencia nacional creciente que contra ellas libra la población "nativa", caen también bajo la influencia del factor aislador: en los países atrasados, por la implantación de severas leyes de excepción antijudías; y en los países democrático-burgueses, por el imperio de un boicot social espontáneo, que se torna cada vez más consciente y organizado, y que alcanza al judío burgués en todos los campos de la actividad humana: el comercio, la industria, la "vida social", y la prensa.

Con el fortalecimiento del capitalismo se acrecientan, también, los procesos de la democratización política y de la competencia nacional. Algunos publicistas bien intencionados, acostumbrados a escribir sobre el problema judío, contemplan generalmente sólo uno de los dos procesos simultáneos: el de la democratización política, que elimina de las legislaciones "escritas" las discriminaciones antijudías, suavizando algunas manifestaciones tan violentas de la judeofobia como la de los pogromes. Los optimistas no comprenden que el antisemitismo está estrechamente ligado con el desarrollo de la economía capitalista, y que se enfrentan con un régimen burgués pleno de contradicciones. Pero, pasan completamente por alto el proceso sincrónico de la competencia nacional, que acrecienta el odio antijudío en el campo de las "leyes no escritas", haciéndola más consciente y organizando el boicot social contra los judíos, al punto de hacer inocua la lucha de la burguesía judía.

Este aislamiento que afecta, principalmente, al médico, al comerciante, al industrial y al periodista judíos, constituye para ellos una condición de producción que traba el libre desarrollo de sus fuerzas productivas, planteándoles el problema nacional. Esto explica su interés, más o menos directo, por el problema judío, si bien su nacionalismo es de carácter típicamente burgués. La burguesía media, al carecer de una base firme para su lucha por el mercado, se halla inclinada hacia una existencia política independiente y hacia un Estado judío, dentro del cual podrá desempeñar una función directiva. En los países de antisemitismo desembozado, en los cuales sufre con mayor rigor la presión del desamparo jurídico judío, lucha enérgicamente por los derechos nacionales y civiles de su pueblo. Por otro lado, sufre en forma directa las necesidades de las amplias masas del pueblo judío, y por ello se muestra más inclinada a una política nacional judía. Pero, en la medida en que logra conservar intactas sus posiciones económicas, y en la medida en que el boicot aún no ha socavado su bienestar material, el centro de gravedad de los intereses de la burguesía media sigue centrado en la diáspora, sus necesidades personales se hallan fuera de la esfera nacional judía, y aún no maduró para ella el conflicto entre sus intereses económicos y las condiciones de producción restrictivas de la vida judía. En una palabra: mientras la burguesía media conserva su carácter de tal, se halla relativamente alejada del problema judío. Es verdad que éste continúa siendo causa de algunas molestias, pero todavía no ha alcanzado un grado de gravedad suficiente como para despertar en ella la voluntad de modificar sustancialmente

sus condiciones de vida. La energía nacional de la burguesía media puede ser aprovechada, parcialmente, en un esfuerzo de rehabilitación de la vida judía, pero no puede servir de base para un movimiento de emancipación nacional. No debemos olvidar tampoco el carácter reaccionario y la incapacidad de la burguesía media para realizar una obra social, seria y permanente. Sin la ayuda de otras capas progresivas del pueblo, ella es impotente para crear los elementos determinantes de los grandes cambios sociales e históricos, y para aportar nuevas formas a los elementos ya existentes. La política nacional independiente de la burguesía media tiene más visos de pasatiempo, que de una actividad social seria y responsable.

IV. EL NACIONALISMO DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA Y DE LAS MASAS PROLETARIZANTES JUDÍAS

En los marcos de nuestro análisis, podemos colocar bajo una misma rúbrica a la pequeña burguesía y a las masas proletarizantes judías. Debido a toda una serie de circunstancias históricas, esta capa incluye en su seno a la inmensa mayoría del pueblo judío. Para nosotros, sionistas proletarios, ella es doblemente interesante: en primer lugar, porque el proletariado judío recién acaba de liberarse de la compacta masa de la pequeña burguesía siendo difícil comprender al primero sin analizar previamente al cuerpo que le dio origen; y, en segundo lugar, porque la pequeña burguesía y las masas proletarizantes judías forman la materia prima con la cual los procesos inmanentes* de la dinámica judía, en regulación consciente y organizada, levantarán el edificio de la futura economía nacional.

Todo el peso agobiador de la competencia nacional, del desamparo jurídico judío, del aislamiento, y del boicot social espontáneo y organizado, recae sobre los hombros de la pequeña burguesía judía. Además del desalojo y de la ruina económica, que constituyen fenómenos comunes a toda burguesía dentro del régimen capitalista, se agrega en el caso de la pequeña burguesía judía su incapacidad para resistir los embates de la competencia nacional, por lo que es arruinada más rápida y radicalmente que

* *Inmanente* es la traducción de la palabra *Stijia* utilizada por Borojov. Stijia es de origen griego y significa un estallido de la naturaleza que no puede ser detenido por la razón, la máquina o cualquier otra acción humana. (La erupción de un volcán, un tifón, etcétera.)

la pequeña burguesía de cualquier otro pueblo. Se crea la necesidad de proletarizarse, pero esta necesidad no puede ser satisfecha, ni desde un punto de vista cuantitativo ni desde un punto de vista cualitativo. La economía capitalista no puede, en general, prosperar y desarrollarse sin la ayuda de un "ejército de reserva"; pero la pequeña burguesía judía suministra a este "ejército" un porcentaje de obreros muy superior a los de otros pueblos. Si dividiéramos la producción mundial en dos grupos: uno, dedicado a la elaboración de instrumentos de producción, y el otro a la fabricación de bienes de consumo, comprobaríamos que el capital judío se halla invertido, principalmente, en el intercambio de mercancías o de dinero, y en la medida en que lo está también en la producción, sólo lo está en los medios de consumo. Bajo la presión de la rivalidad nacional entre las masas proletarizantes en demanda de trabajo, el obrero judío sólo encuentra ocupación en las empresas de capital judío: la judeofobia de los patrones y obreros gentiles elimina, prácticamente, la mano de obra judía de los talleres y empresas no judías.

Además del boicot social, tanto espontáneo como organizado, existen otros factores inmanentes que contribuyen a inhabilitar al obrero judío en su competencia con el obrero gentil, en demanda de trabajo. Las masas proletarizantes judías son, en su mayoría, de procedencia urbana, en tanto que sus competidores no-judíos son de procedencia campesina, lo que les confiere a éstas una situación ventajosa frente a los obreros judíos: músculos fuertes, exigencias escasas, y la posibilidad de conformarse con salarios reducidos, aun cuando más no fuera que por el solo hecho de resultarle más barata la vivienda, la vestimenta y la alimentación que, a veces, obtiene "gratuitamente" de la hacienda abandonada en el campo. El obrero judío, en cambio, procedente de la ciudad y habituado a una vida no-proletaria, se orienta más fácilmente que el obrero gentil en el laberinto de los problemas sociales, y entra antes que él en lucha contra sus patrones, en defensa de sus intereses de clase. A ello agrégase otro factor, típicamente judío: al obrero judío le resulta difícil desacostumbrarse de su tradicional descanso sabático. Y, finalmente, el obrero judío carece de una preparación técnica y profesional adecuada. Pero, todas estas características constituyen sólo factores secundarios: el factor principal y permanente es la competencia nacional. Esta competencia se deja sentir también en los países de desarrollo capitalista avanzado, hacia los cuales se ven obligados a emigrar las masas proletarizantes judías, en de-

manda de trabajo. En América, Inglaterra, o Sudáfrica, estas masas vuelven a tropezar con la presencia de compactos grupos de inmigrantes no-judíos, los cuales siguen aventajándolas física y técnicamente. La mano de obra judía vuelve a colocarse al servicio del capital judío; con la maduración de los conflictos nacionales, se agudiza nuevamente la competencia nacional que da lugar a la aparición de un boicot social organizado y consciente, que a su vez se manifiesta en la promulgación de leyes restrictivas a la inmigración. Tanto en América como en Gran Bretaña se observa un incremento del antisemitismo, con todas sus características y consecuencias reaccionarias. El capital judío, presionado por la competencia nacional, se convierte en el único empleador de la mano de obra judía, y la necesidad de proletarización de las amplias masas judías no es satisfecha desde un punto de vista cuantitativo.

Pero, esta necesidad tampoco es satisfecha cualitativamente. Y ello, por una razón muy sencilla: el capital judío se halla invertido casi exclusivamente en la producción de los bienes de consumo, donde prevalece el trabajo por temporada y a destajo, con sus pequeños talleres y su gran explotación, y donde no se conoce el trabajo mecanizado. La exclusión del trabajo judío de la industria pesada y mecanizada se ha convertido en un fenómeno tan difundido, que ha llegado a inculcar en los obreros gentiles la creencia de que dichas ramas son de su monopolio exclusivo. Los choques ocurridos recientemente entre obreros judíos y gentiles en Bialistok constituyen uno de los muchos ejemplos que encontraron eco en las columnas de la prensa.

Para la pequeña burguesía judía, en proceso de pauperización, el problema nacional consiste en la búsqueda de un mercado que la libere del terrible aislamiento que la persigue por el mundo entero. El problema nacional es, para ella, una cuestión de vida o muerte que la arranca de sus antiguos lugares de residencia para transportarla, por mares y océanos, hacia nuevos horizontes. Pero, tampoco en ellos encuentra satisfacción a sus necesidades: es arruinada nuevamente, hundida en la miseria, y se ve obligada a ofrecer su fuerza de trabajo al mercado, engrosando las filas de las masas proletarizantes. Mas la competencia nacional sólo le permite la proletarización en los estadios *más inferiores* del proceso productivo, o sea, en la elaboración de los bienes de consumo y en la manufactura. Esto da lugar a un conflicto nacional entre la necesidad de la pequeña burguesía y de las masas proletarizantes de hallar un lugar para el libre desarrollo de sus fuerzas productivas, y la imposibilidad de satisfacerla por la presión de

las condiciones de producción externas. El problema nacional de la pequeña burguesía se expresa, pues, en la búsqueda de un mercado nacional propio y en la defensa de todo lo vinculado al mismo: idioma, educación nacional, "cultura espiritual", etc. Pero, en esencia, no se trata sino de un problema de emigración. Este contenido emigratorio del problema nacional se manifiesta claramente en las masas proletarizantes judías, carentes de territorio y, por consiguiente, de un lugar de trabajo propio.

Las masas proletarizantes judías y, en parte, también la pequeña burguesía judía, no sólo sienten al problema judío en sus manifestaciones más violentas, sino que lo propagan también por el mundo entero y crean un problema judío allí donde antes no existía. Las masas judías transfieren el problema judío a los países inmigratorios, sembrando sus semillas en los países de tránsito en los cuales, a veces, se ven obligados a detenerse sin poder seguir adelante. Este peregrinaje judío, sumado a la rápida pauperización de las masas de la pequeña burguesía judía, en sus antiguos y nuevos lugares de residencia, convierte al problema judío en un problema de contornos mundiales, tanto para la sociedad judía como para la no-judía de la que forman parte aunque no puedan arraigarse en ella, y a cuya solución se ven abocados no sólo los grandes plutócratas judíos, sino también las fuerzas políticas de las naciones civilizadas. Mientras exista en el mundo la pequeña burguesía y el "lumpen-proletariado" desocupado —remanentes del pasado que no han logrado adaptarse a las poderosas tendencias del presente; capas social y psicológicamente desorganizadas, que encierran en sus entrañas los gérmenes del caos y de la descomposición—, seguirá existiendo también el populacho vulgar, que imprime a todas las cosas su propio sello de anarquía y de reacción. Cuando estas fuerzas son libradas a su propia suerte, sólo traen a la vida social, anarquía y desorganización. Los elementos progresistas y las fuerzas gobernantes de la sociedad, se ven obligados a estar siempre alertas para evitar que la pequeña burguesía y el "lumpen-proletariado" puedan ocasionar daños irreparables. Pero estos rudimentos anacrónicos del pasado, estos productos desmoralizados del conflicto entre el capitalismo y el régimen del feudalismo, introducen también en la solución del problema judío, sus rasgos característicos. Los pogromes y otras formas de reacción primitivas y caóticas: tales son sus métodos de solución preferidos; métodos, que si bien no logran alcanzar su objetivo, sirven, sin embargo, para envenenar la vida judía y para provocar la aparición de fenómenos enfermizos en la vida política y social de la sociedad circundante. Este

populacho vulgar e ignorante, educado sobre las contradicciones de la economía capitalista y sobre los antagonismos entre ésta y las formas de producción precedentes, es igual en todas partes: en Bakú y en Londres, en Kishiniev y en Nueva York, en Nueva Orleáns y en Berlín, en Tokio y en Melbourne, en San Francisco y en Viena. Siempre y por doquier, su método es el mismo: matanza y violencia. En Rusia y Galitzia, la matanza de judíos; en el Cáucaso, el asesinato de armenios; en los EE.UU., la masacre de chinos y de negros. En este populacho se apoyan los aventureros políticos de la ralea de Napoleón III y todas las fuerzas oscurantistas de las formaciones sociales decadentes.

Esta energía oscurantista del populacho internacional, diligentemente cultivada por el régimen decadente, constituye una amenaza constante al orden y la tranquilidad de los países democráticos. Pero, mientras sigan existiendo la pequeña burguesía y las masas proletarizantes; mientras siga librándose una competencia nacional entre éstas y las capas judías correspondientes, o sea, mientras siga imperando el régimen capitalista, será inevitable el empleo de métodos tan antisociales como los utilizados en la solución del problema judío por los elementos más oscurantistas de la sociedad, bajo la dirección de la burguesía media y de la intelectualidad chauvinista. Sin embargo, los países democrático-burgueses no pueden tolerar el empleo de métodos semejantes, en la solución de sus problemas vitales.

La democratización del estado burgués no está en condiciones de eliminar los pogromes, pero éstos se tornan cada vez más incómodos para la misma sociedad circundante. Las matanzas no pueden ser toleradas por los gobiernos burgueses que valoran, en grado sumo, la ley y el orden, en los intereses del desarrollo ininterrumpido del capitalismo, si bien no siempre logran asegurar su imperio efectivo. Los desórdenes callejeros y los escándalos públicos no coinciden con los intereses de la burguesía gobernante. Ellos tampoco sirven a los intereses de la oposición proletaria, porque entorpecen el curso normal de la vida política. En una palabra: en los países democráticos, tanto la burguesía gobernante como el proletariado revolucionario están interesados por igual en la solución planificada y metódica de los distintos problemas sociales, y también del problema judío. Pero los remanentes sociales reaccionarios, engendrados por el capitalismo, plantean siempre en forma caótica el problema judío y el problema nacional, en general. Esto, sumado a las consecuencias directas de la pauperización y del peregrinaje judío, convierten al problema judío

en un problema internacional en cuya solución están interesados también los pueblos circundantes.

Pero, ¿en qué dirección debe buscarse la solución? Mientras el problema judío estuvo circunscrito únicamente a los países feudales, no existieron aquellos factores capaces de agudizar el conflicto e impulsarlo hacia una solución. Estos factores son: el aislamiento absoluto, el peregrinaje típicamente judío, y el creciente interés mundial en la solución del problema judío. Todos estos factores son de reciente aparición y se hallan vinculados, estrechamente, al desarrollo de la economía capitalista. En estas circunstancias es imposible buscar una solución en la asimilación, en la que tanta gente confía todavía. Por paradójico que parezca, es absolutamente cierto el aserto de que las perspectivas asimiladoras eran mucho menos utópicas en la Edad Media que en la época actual. Durante la Edad Media, el aislamiento judío no fue tan completo como lo es hoy en día, y a pesar de hallarse los judíos alejados de los procesos básicos de la producción, desempeñaron funciones económicas importantes que estimularon el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad circundante, siendo "útiles" a la misma. En aquella época, todo el mundo civilizado era su mercado nacional. Más tarde, con la aparición del capitalismo mercantil, los judíos fueron expulsados de sus lugares de residencia, pero esto no ocurrió en todos los lugares a un mismo tiempo. Cuando la competencia nacional de la pequeña burguesía "nativa" expulsaba a los judíos de un sitio, éstos emigraban a otro país, donde volvían a ser "útiles", o sea, donde podían caer nuevamente bajo la presión de la explotación nacional. En esta forma, pasando de la esfera de la competencia nacional a la de la explotación nacional, los judíos fueron desplazándose gradualmente del occidente al oriente europeo.

Solamente durante el primer período del naciente capitalismo industrial dominó fuertemente en la vida judía el factor asimilador. La revolución industrial derribó las murallas del gueto, arrojando a los judíos al ancho campo de la libre competencia. La época del choque decisivo entre el capitalismo y el feudalismo, fue también el período de oro de la asimilación judía. Pero poco después hizo su aparición un correctivo implacable a la libre competencia individual: la competencia nacional, y el factor asimilador tuvo que dejar su lugar al factor aislador. Todos los asimiladores judíos son, en esencia, utópicos, y nadan contra las corrientes reales de la dinámica judía. La creciente competencia nacional no asimila al judío sino, por el contrario, lo nacionaliza; unifica las dispersas partes del pueblo judío, fortalece

su conciencia nacional, y agudiza el problema judío en todo el mundo. Paralelamente, con el desarrollo de las fuerzas nacionales internas, la creciente competencia nacional provoca el interés mundial por una solución planificada del problema judío.

La causa fundamental de estos procesos, que hallan su expresión en el peregrinaje judío, es la competencia nacional. Un análisis detenido de las tendencias de este peregrinaje nos proporcionará una visión más exacta de las perspectivas del futuro desarrollo de la dinámica judía.

La emigración, al transportar al judío a un país nuevo a cuyas condiciones no está acostumbrado, no soluciona por sí sola el problema judío. Por esta razón, la emigración judía, lo mismo que toda otra emigración nacional, se ha visto obligada a desarrollar inmanentemente una forma de adaptación especial, consistente en la concentración de las masas inmigrantes. Esta concentración facilita el proceso de la adaptación a las nuevas condiciones, pero acelera al mismo tiempo la aparición de la competencia nacional en los países inmigratorios. Si el gran número de inmigrantes judíos concentrado en las ciudades de Nueva York, Filadelfia y Chicago, se hubiera dispersado por todo el territorio de los Estados Unidos, sería dudosa la aparición de la competencia nacional; pero, al mismo tiempo, sería problemática la posibilidad de subsistencia de los judíos como tales en aquel país. Las contradicciones externas de la inmigración judía —el conflicto entre las costumbres cultivadas en los antiguos lugares de residencia, y las condiciones imperantes en los nuevos países inmigratorios— determinan la necesidad de concentrarse. Pero, esta concentración encierra una doble contradicción interna: en primer lugar, la concentración, que tiende a facilitar la adaptación a las nuevas condiciones, pone en actividad al factor aislador, que lo impide; y, en segundo lugar, los inmigrantes que buscan en la nueva tierra un acceso a formas de producción superiores, al concentrarse en las grandes ciudades y transportar a ellas las antiguas costumbres económicas, se condenan a seguir aferrados a los estadios últimos del proceso productivo, la manufactura y la elaboración de bienes de consumo, quedando insatisfecha, cuantitativa y cualitativamente, la necesidad de proletarizarse y de desarrollar las propias fuerzas productivas.

Las contradicciones inherentes a este proceso hacen insatisfactorias las antiguas formas de adaptación y las limitan, detienen la concentración en algunos lugares y provocan la emigración y concentración en nuevos lugares, conduciendo hacia la descentralización de las masas inmigrantes concentradas. Los judíos no se concentran en un solo punto, sino en varios, en grupos menores y mayores. Pero las concentraciones, que están en proceso continuo de descentralizarse, no solucionan el problema judío, sino, por el contrario, lo multiplican. En vez de abarcar a un solo punto de concentración, las contradicciones proliferan en todos los lugares y el problema judío se agudiza aun más, y adquiere en forma creciente un carácter internacional. Estas contradicciones de la concentración judía dan lugar a la generación de dos necesidades importantes en el seno de la pequeña burguesía y de las masas proletarizantes judías.

La contradicción entre la necesidad de penetrar en los estadios de producción superiores y la imposibilidad de satisfacerla en los países de adelantado desarrollo capitalista por medio de la concentración hace nacer la necesidad de una inmigración concentrada a un país económicamente atrasado donde los judíos puedan ocupar, de inmediato, una posición dominante. En lugar de dirigirse hacia países de desarrollo capitalista avanzado, se hace necesario orientarse hacia países de desarrollo económico primitivo, con fácil acceso a los estadios superiores de la producción. En una palabra: aparece la necesidad de transformar al peregrinaje judío, de un movimiento exclusivamente inmigratorio, en un movimiento colonizador.

Por otra parte, la contradicción entre la tendencia a la concentración y entre la descentralización inmigratoria plantea la necesidad de orientar a la inmigración judía hacia un territorio determinado en el cual los judíos puedan colonizarse libremente; o sea, surge la necesidad de solucionar territorialmente el problema judío.

¿Cuáles son las fuerzas capaces de transformar a esta necesidad, de un simple anhelo subjetivo, en un poderoso instinto social que tienda a concretarse en la vida? No nos referimos aquí a las fuerzas de estimulación externas, sino a las tendencias internas de la dinámica judía.

Para desviar a la emigración judía de los caminos que la condujeron, en el pasado, hacia los países de desarrollo capitalista avanzado, convirtiéndola en una empresa colonizadora de países de desarrollo capitalista atrasado, no es suficiente con que la colonización resulte ventajosa a los judíos. Es necesario, también, que la inmigración a los antiguos centros se torne cada vez más difícil y complicada. Y esto es lo que ocurre hoy en día. La competencia nacional hace, cada vez, más imposible la inmigración de los judíos a los grandes países capitalistas; junto a la necesidad emigratoria aumenta la dificultad de entrar en los antiguos países

inmigratorios; y la búsqueda de nuevos centros se desplaza gradualmente hacia los países de economía semi-agrícola.

Para evitar la descentralización de la concentración inmigratoria, son necesarias fuerzas unificadoras capaces de introducir el elemento de la planificación dentro de los procesos inmanentes de la dinámica judía. Mientras tales fuerzas no existan, la inmigración judía seguirá disgregándose inevitablemente. Para que ello no ocurra, se impone la presencia de un nuevo elemento consciente; se impone la organización de las masas emigrantes y la regulación inmigratoria.

¿Quién realizará esta empresa? El material pasivo de los procesos inmanentes —la pequeña burguesía y las masas proletarizantes— no está en situación de poder modificar sus condiciones migratorias, ni de introducir en ellas el momento revolucionario de la organización. La gran burguesía judía y la burguesía media son demasiado reaccionarias y están interesadas muy poco en el problema judío como para encargarse, voluntariamente, de solucionarlo. Para introducir este momento revolucionario en los procesos inmanentes de la inmigración judía, hace falta la participación de la clase social revolucionaria: el portador del futuro de la sociedad humana. El proletariado judío es quien introducirá en los procesos inmanentes el elemento de la organización y de la regulación planificada, y quien creará las condiciones necesarias para una colonización judía en los países de economía semi-agrícola.

Emigración de la pequeña burguesía y de las masas proletarizantes; concentración de los inmigrantes judíos en los nuevos lugares de residencia; regulación planificada de la inmigración que se concentra —tales son los tres momentos característicos de la dinámica judía. Los dos primeros son creados por los procesos inmanentes de la realidad judía, y el tercero es introducido por el proletariado judío organizado.

"El pueblo judío necesita un territorio." Este pensamiento claro y sencillo empezó, en los últimos tiempos, a propagarse ampliamente en el seno de la sociedad judía. La gran burguesía judía no tiene mayor necesidad de un territorio, pero éste le será de utilidad para alejar de sí a las aborrecidas masas populares judías. La burguesía media necesita al territorio como mercado nacional y "estado propio", en el cual podrá desempeñar las funciones más importantes y ocupar las posiciones más distinguidas, sin temer al boicot ni al antisemitismo; donde podrá desarrollar una cultura "verdaderamente judía" y cultivar las peculiaridades nacionales del pueblo judío, en beneficio propio y para gloria de

su pueblo. Para la pequeña burguesía el territorio es tan necesario como el aire a los pulmones, a fin de proteger su desamparada existencia económica y asegurarse un mercado interno estable.

La burguesía media puede todavía darse el lujo de entonar loas al sionismo y al territorio, "jugar a la política" en congresos y asambleas, y autosugestionarse con el sonido de frases grandilocuentes y el esplendor de aparentes formas parlamentarias. Pero la pequeña burguesía ni siquiera puede esto: a ella sólo le resta soñar con el estado propio. Y menos aun lo pueden las masas proletarizantes judías, errantes por el mundo entero en demanda de un lugar de trabajo. Ellas forman el material pasivo de la inmigración, y son incapaces de realizar por sí solas cualquier empresa de significación histórica.

De entre todas estas capas sociales, tan solo puede esperarse algo de parte de la burguesía media: ella posee todavía cierta dosis de iniciativa, aun cuando sus impulsos estimulantes son demasiado débiles. Pero hace falta una severa agudización de los conflictos sociales y la aparición de tendencias nuevas para poder aprovechar debidamente su inclinación territorialista.

La economía capitalista ha alcanzado un grado de desarrollo tal, que hace inconcebible hoy en día la posibilidad de cambios revolucionarios sin la participación del proletariado revolucionario. Ya lo afirmaron acertadamente los primeros socialdemócratas rusos: "La liberación de Rusia será la obra del movimiento obrero o no se realizará del todo." Lo mismo podemos afirmar nosotros en relación al territorialismo: "La liberación del pueblo judío será la obra del proletariado judío, o no será realizada del todo." Pero el proletariado sólo tiene un camino: el de la lucha de clases, y ésta es efectiva cuando asume un carácter político. El territorialismo podrá ser, como lo es, una necesidad imperiosa del pueblo judío, pero seguirá siendo una utopía mientras el proletariado judío se mantenga al margen del movimiento territorialista y no lo realice por su camino propio y específico: el de la lucha de clases.

El sionismo proletario sólo es posible cuando el sionismo puede ser realizado a través de la lucha de clases; y el sionismo es realizable sólo cuando es posib'e el sionismo proletario. Si el proletariado judío no tiene caminos propios y específicos para la realización del sionismo, éste se convierte en un sueño vacío y utópico.

V. EL NACIONALISMO DEL PROLETARIADO JUDÍO

El sionismo proletario es un producto complejo de la prolongada historia del desarrollo ideológico del proletariado judío. Pero si separamos de él todo lo que tiene de casual, de local, y de transitorio, todos los sacudimientos que obstaculizan inevitablemente el desarrollo normal de los procesos sociales trascendentes, hallaremos una línea de consecuencia inalterable, en concordancia directa con la ley de la economía de fuerzas.

Como todo otro movimiento social, así también el desarrollo del pensamiento proletario es un producto del conflicto entre la necesidad de las amplias masas y la imposibilidad de satisfacerla. Los factores que determinan el conflicto operan en dos direcciones fundamentales: en la del conflicto *social directo* entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las *relaciones* de producción en que viven; y en la del conflicto *nacional directo* entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el conjunto de las *condiciones* de producción en las que actúan. Estos conflictos plantean ante el proletariado judío dos problemas fundamentales: el problema social y el problema nacional; y le imponen dos tareas básicas: la eliminación de las antiguas formas de producción que obstaculizan el desarrollo normal de sus fuerzas productivas, y la anulación de la presión nacional, que constituye un obstáculo no menor a su libre desarrollo.

El conflicto social es siempre más claro y más cercano al obrero, que el conflicto nacional. El primero se libra dentro de la esfera de las relaciones personales entre el obrero y el patrón; y el régimen capitalista, al entregar al obrero el control sobre el movimiento de los instrumentos de producción, lo coloca, de facto, en posición ventajosa para la lucha. La explotación económica del asalariado, por un lado, y la posibilidad de éste de recurrir a la huelga, por el otro, confieren al conflicto social un carácter claramente económico. Para captarlo, el obrero no tiene necesidad de un desarrollo prolongado del mismo. Mucho más complejo es, en cambio, el carácter político del conflicto social. Aquí los factores determinantes se hallan más alejados de la esfera directa del obrero, y su choque con ellos no se produce sino en una etapa más avanzada de la lucha económica.

Regulado por la ley de la economía de fuerzas —el gran principio que actúa en la mecánica social, y que es, a su vez, fruto del principio más general de la reserva de energías— cada conflicto entre la necesidad de las amplias masas y la imposibilidad de satisfacerla tiende, primero, a encontrar su solución en el seno

de las condiciones que lo originaron, y sólo gradualmente madura la necesidad de modificarlas. En esta forma, el proletariado tiende primero a la liberación económica, y sólo más tarde adquiere su lucha un carácter político. El proletariado judío atravesó, rápidamente, por estas dos etapas principales de desarrollo del conflicto social: su lucha económica devino en lucha política, debido a las condiciones excepcionalmente duras del régimen zarista ruso.

El conflicto nacional es, siempre, mucho más complejo que el conflicto social. Aquí las relaciones personales entre el opresor y el oprimido no juegan un papel tan importante y, junto al carácter personal de los *choques* nacionales, se destaca también el carácter impersonal de la *presión* nacional. El carácter impersonal, inmanente, de la explotación de clase, se revela en una etapa relativamente avanzada de la evolución ideológica del proletariado, mientras que la opresión nacional manifiesta, de inmediato, sus rasgos super-individuales. El judío oprimido no se enfrenta con un "gentil" particular, sobre quien recae la culpa por sus sufrimientos. Es evidente que lo oprime todo un grupo social y que para modificar su relación social con este grupo no posee en la primera etapa energías suficientes. Para poder plantear el problema en sus términos exactos, es necesaria una agudización manifiesta del conflicto nacional, y la inversión de una suma ingente de energías.

El pensamiento progresista no ha abarcado todavía en toda su magnitud la cuestión nacional, en tanto que la cuestión social ya fue objeto de estudios profundos y prolongados. Se puede afirmar, sin temor a la exageración, que la cuestión nacional está aún a la espera de su intérprete, y que se encuentra actualmente tan a oscuras como algunos decenios atrás.

De ahí que las etapas de desarrollo del conflicto nacional sean mucho más numerosas que las del conflicto social. Y aquí entra en función la ley de la economía de fuerzas. El proletariado judío busca, en un principio, resolver su problema nacional dentro del marco de las condiciones que le dieron origen, y sólo gradualmente se orienta por el camino de la verdadera solución revolucionaria: el de la necesidad de transformar radicalmente las condiciones mismas de su existencia nacional.

Las adaptaciones primitivas y elementales están condenadas a la desaparición, para ser remplazadas por otras más complejas y más orgánicas. En los conflictos prolongados, el futuro jamás pertenece a las adaptaciones simples y primitivas. Pero mientras hacen su aparición las adaptaciones más complejas, se extienden

y se difunden las reacciones primitivas. El futuro pertenece, sin embargo, a las formas de adaptación complejas, por más que, momentáneamente, aparentan imponerse las formas primitivas.

Estas diferencias entre el conflicto social y el conflicto nacional encuentran, a veces, su expresión ideológica en el marco de un mismo programa proletario, al incluir junto a una adaptación superior al conflicto social: una reacción primitiva frente a la presión nacional. Semejante programa, que es progresista en su concepción de las tareas de clase y de las *relaciones de producción*, puede resultar reaccionario en su concepción del problema nacional y de las *condiciones de producción*. Analizados desde este punto de vista, los programas políticos de los diferentes partidos proletarios judíos —excluyendo al partido de los Poalei sionistas, de la vieja ciudad de Minsk, que nada tiene de proletario— comprobaremos que todos ellos —el programa del Bund, el de los Sionistas socialistas (ss), y el de los Poalei sionistas— son de carácter progresista en cuanto a las relaciones de producción, a la lucha de clases y a la cuestión social; pero difieren en cuanto a la cuestión nacional. Mientras que el programa nacional de los Poalei sionistas es de carácter progresista y proletario, el de los ss, en cambio, denota los síntomas de un desarrollo incompleto, y el del Bund es francamente primitivo y reaccionario.* El hecho

* La "Unión general obrera judía de Lituania, Polonia y Rusia" (*Bund*) fue organizada en 1897 en el congreso constituyente de los grupos socialdemócratas judíos, celebrada en Vilna. Agrupaba preferentemente a proletarios y semiproletarios judíos de las regiones occidentales de Rusia. En el I Congreso del POSDR (1898) el Bund ingresó a ese partido "como una organización autónoma, independiente únicamente en las cuestiones especiales referentes al proletariado judío". En 1903 abandonó las filas del Partido socialdemócrata ruso por la negativa de éste a reconocer al Bund como el "único representante del proletariado judío". El programa nacional del Bund se limitó hasta el año 1905 a exigir la derogación de todas las discriminaciones civiles antijudías. Ya en el año 1901 había aceptado el principio de la autonomía nacional-cultural para las minorías nacionales, pero juzgó prematura esta exigencia para el pueblo judío. Sólo en 1905 la incluyó formalmente en su programa. El Bund consideró al movimiento sionista como un movimiento utópico y reaccionario, contrario a los intereses de la clase obrera.

"Sionistas socialistas" (ss). Partido creado por la unificación de distintos grupos obreros sionistas. Participó activamente en la lucha revolucionaria de los años 1905-1906 en Rusia. Con el advenimiento del período de la reacción, se disolvió completamente. Reanudó sus actividades poco después de la Revolución de febrero de 1917, fecha en que se unificó con los "seimistas", creando el Partido socialista obrero judío. En un comienzo adoptó una posición contraria a la Revolución de octubre, pero con el afianzamiento del régimen soviético modificó su actitud pasando a integrar, en su mayoría, las filas de la "ievsektzia" comunista. Propugnó la solución territorial del problema judío, pero no consideraba a Palestina como un territorio apropiado por su falta de riquezas naturales y su dependencia del régimen otomano. Los ss denunciaron el "palestinismo" como un movimiento romántico y pequeñoburgués. En cuanto a sus exigencias nacionales para la diáspora, se limitaron a la creación de Ligas nacionales libres y a la difusión del idioma idisch, rechazando la autonomía nacional-política en los países de la dispersión judía.

"Poalei-sionistas": Hicieron su aparición como núcleos sionistas proletarios por los años 1897-1898. Estos núcleos se difundieron rápidamente por todos los rincones del Imperio ruso: Vilna, Varsovia, Odesa, Minks, Iekaterinoslav, etc. Como partido organizado marxista hicieron su aparición pública en 1906.

Los primeros intentos realizados por establecer una síntesis entre los problemas sociales de la clase obrera y el problema nacional fueron hechos por Najman Sirkin y por el doctor Jaim Zhitlovsky. En una serie de artículos publicados en los años 1908-1909, Sirkin planteó por primera vez el problema del sionismo socialista. Zhitlovsky, adversario encarnizado del sionismo por aquella época, profundizó el concepto nacional del Bund, creando la "Organización mundial socialista judía" (1900). Sin embargo, las ideas de Sirkin y de Zhitlovsky no lograron ganar muchos adeptos dentro de Rusia. Paralelamente a la actividad de estos dos pensadores socialistas, y sin relación alguna con ellos, fueron creándose en distintos puntos del imperio zarista organizaciones sionistas proletarias bajo el nombre general de "Poalei Sion". La primera de ellas se creó bajo la inspiración de Ber Borojov y del publicista Shimoni (S. Dubin) en Iekaterinoslav, en el invierno de 1900-1901.

Los primeros años fueron de desorientación y de anarquía ideológica. Algunos grupos poaleisionistas se hallaban bajo la influencia de Herzl y del Plan de Uganda, y en la conferencia de Odesa del año 1904 se unificaron con el Partido socialista obrero judío (ss), eliminando de su programa el punto "Palestina". Por su parte, los "palestinenses" (es decir, los poaleisionistas residentes en Palestina) se unificaron con el Partido sionista-socialista judío (conferencia de Zurich, 1905). Pero bien pronto se produjeron las primeras escisiones sobre el terreno de las divergencias surgidas en torno al problema de la autonomía nacional en los países de la diáspora. Parte de los poaleisionistas vio en la autonomía nacional (el Seim) el objeto principal de su lucha política, alejándose lentamente del sionismo, en tanto que los grupos restantes (ortodoxos), bajo influencia de Borojov, vieron en la autonomía nacional sólo un objetivo secundario, orientándose hacia una solución sionista. Estas divergencias entre los dos grupos se hicieron intensas en el campo del pensamiento socialista: los "ortodoxos" eran marxistas mientras que los "seimistas" predicaron el socialismo "popular". El rompimiento definitivo se produjo en la Conferencia de Berdichev, en 1905: los "seimistas" crearon el Partido socialista obrero judío y los "ortodoxos" el Partido poalei sionista.

de que las amplias masas del proletariado judío siguen manteniendo su fidelidad al Bund demuestra que aún no han madurado los conflictos nacionales y que se hallan ampliamente difundidas las adaptaciones primitivas y elementales.

El futuro pertenece siempre al programa progresista. Los programas retrógrados están condenados a desaparecer en el curso del desarrollo de los conflictos nacionales, por más prósperos que sean en la actualidad los partidos que los formulan. El éxito mo-

mentáneo de un programa no significa, todavía, que el mismo exprese fielmente los intereses y la ideología verdadera de la clase obrera como tal.

La misión histórica de la clase proletaria está perfectamente definida, y es de carácter específicamente clasista. Pero los obreros que la integran no están cortados todos por la misma tijera, y a menudo presentan desviaciones básicas del tipo de proletario militante. En los primeros tiempos de su aparición social, los obreros no consiguen liberarse de muchas supervivencias reaccionarias de la época en que, como individuos, militaron en las filas de capas sociales más rezagadas. El proletario de hoy en día, abanderado de la lucha anticapitalista, pertenecía antes a la pequeña burguesía y era un pequeño propietario, que, una vez arruinado y "liberado de la propiedad", permaneció hasta su ingreso a las filas del proletariado en la capa intermedia de las masas proletarizantes.

En esta forma, se confunden en la psicología de clase del obrero las supervivencias de la ideología pequeñoburguesa y de la ideología de las masas proletarizantes, y sólo gradualmente y con la agudización de los conflictos sociales, la ideología proletaria de la lucha de clases logra expulsar, definitivamente, las antiguas supervivencias reaccionarias. Ello explica el por qué del éxito tan frecuente, pero pasajero, de corrientes antiproletarias y reaccionarias, como las del socialismo-cristiano, del anarquismo, etcétera.

Y aquí tropezamos, nuevamente, con las consecuencias de las diferencias fundamentales existentes entre la simplicidad relativa del conflicto social y la complejidad del problema nacional. Muchas veces se afirma, con razón, que tal o cual interpretación o propaganda oscurece la conciencia proletaria. Este "oscurecimiento" es posible gracias al dualismo existente en la psicología del obrero y a las supervivencias de su anterior militancia clasista. En la mayoría de los casos, el mismo se produce en el terreno de los conflictos nacionales. Es cierto que a veces se manifiesta también en el terreno social, como en el caso de la demagogia anarquista. Pero el anarquismo tiene mayor éxito entre los elementos desocupados y entre los obreros aislados de mejor calificación de trabajo. Entre las masas compactas de las grandes fábricas, la agitación anarquista se estrella contra la oposición de la conciencia de clase proletaria, formada, inmanentemente, bajo la presión de los conflictos sociales prolongados. La demagogia chauvinista se impone, en cambio, con mayor facilidad entre los obreros en quienes el odio nacional se desarrolla junto a la aversión contra el explotador, y junto a conceptos bastante nebulosos del socialismo.

No es de extrañar, pues, que en el marco de un mismo programa obrero encontremos, junto a elementos proletarios progresistas, en el terreno social, elementos reaccionarios y pequeñoburgueses, en el terreno nacional. Y ello con mayor razón todavía, tratándose del problema judío —el problema nacional más complejo y difícil del mundo. La solución acertada del mismo exigiría la inversión de una cantidad demasiado grande de energías: por ello las formas de reacción iniciales son, en los partidos proletarios judíos, primitivas y reaccionarias, y no se basan sobre fundamentos progresistas, sino sobre elementos anacrónicos y pequeñoburgueses, propios del período de transición de la pequeña burguesía a las filas del proletariado.

¿En qué consiste, pues, el problema nacional para el proletariado en general? ¿Cómo se plantea para él, el conflicto prolongado entre el desarrollo de sus fuerzas productivas y entre las condiciones de producción del grupo nacional, al que pertenece?

El proletariado debe ser considerado desde dos ángulos diferentes: de un lado, como una suma de obreros que elaboran, en conjunto, la riqueza social; y, del otro, como una clase que desarrolla una política propia, y que lucha contra las demás clases de la sociedad. El obrero, como tal, está interesado en la elevación de su salario y en el mejoramiento de sus condiciones de trabajo. Para conseguirlo debe proveerse, en primer término, de un lugar de trabajo, entrando en competencia con otros individuos carentes de ocupación. En la medida en que el obrero debe competir por un lugar de trabajo, continúa perteneciendo a las masas proletarizantes, careciendo todavía de una fisonomía proletaria definida. Esta fisonomía sólo es adquirida después de haberse asegurado un lugar de trabajo, y de haber iniciado la lucha contra el capital por el mejoramiento de sus condiciones de vida. Desde ese momento, el lugar de trabajo se convierte en una base estratégica, y la solidaridad de clase remplaza a la antigua competencia y lucha inter-obrera. Sin embargo, esta solidaridad no constituye una garantía contra el retorno de la competencia: siempre amenaza al obrero el peligro de la pérdida de su lugar de trabajo, induciéndole a una actitud defensiva frente a sus propios hermanos de clase. El obrero vuelve a aparecer como miembro potencial del "ejército de reserva", aflorando nuevamente los intereses que lo impulsan a aferrarse a su lugar de trabajo. En esta forma, en medio de altibajos pronunciados, va cristalizándose, gradualmente, el espíritu proletario, purificado por los sufrimientos y templado en el yunque de la lucha por el pan y el trabajo.

Lentamente y con dificultad, se va forjando la conciencia de clase proletaria.

El obrero que, por su inseguridad económica, se halla encadenado a su lugar de trabajo, sin haber logrado elevarlo a la categoría de una base estratégica, no está en condiciones de desarrollar una acción política independiente ni de desempeñar una función histórica importante. Se convierte en un mero protagonista de los procesos inmanentes, pero no en dueño de su propio destino. El proletariado como clase excluye, en cambio, la competencia entre los obreros por el lugar de trabajo, e impone la solidaridad de clase en la lucha contra el capital. Los intereses del obrero coinciden con los intereses del lugar de trabajo sólo en la medida en que el primero aún no ha logrado liberarse de la capa de las masas proletarizantes, a cuyas filas ha pertenecido y en las cuales está en peligro de volver a caer. Los intereses del proletariado como clase social cooinciden, en cambio, con los intereses de la base estratégica, o sea, con los intereses del conjunto de las condiciones, en las que libra su lucha. En resumen: el desarrollo de las fuerzas productivas de las masas proletarizantes impulsa a éstas a la búsqueda de un lugar de trabajo; el desarrollo de las fuerzas productivas del proletariado exige la existencia de una base estratégica normal para la conducción de una lucha de clase efectiva. Los intereses de la base estratégica no son menos materialistas ni más idealistas que los intereses del lugar de trabajo, pero mientras que los primeros representan los intereses de toda una capa social, los segundos lo son únicamente de individuos o de grupos. En la esfera de los intereses del lugar de trabajo, se produce no sólo una competencia individual, sino, también, una competencia nacional entre los obreros. El desarrollo de la base estratégica elimina tanto a la una como a la otra. Pero es imposible luchar sin trabajo; y mientras un grupo de obreros continúe sujeto a la competencia nacional, no podrá librar exitosamente su lucha de clase, con la consiguiente repercusión negativa sobre su base estratégica.

El proletariado como clase está, pues, alejado de la competencia nacional, aun cuando ésta puede influir indirectamente sobre sus intereses. Mientras que en la pequeña burguesía y en las masas proletarizantes, los conflictos nacionales hallan su expresión concreta en la *lucha* nacional, en el proletariado asumen, en cambio, la forma de una *cuestión* nacional. Esto no significa, empero, que la cuestión nacional se plantea ante el proletariado en forma menos aguda que ante las demás clases de la nación. Para él, el problema nacional es un resultado del conflicto entre

el desarrollo de sus fuerzas productivas y las condiciones anormales de su base estratégica —conflicto que conduce hacia la profundización de la conciencia nacional del proletariado.

Existe, sin embargo, una diferencia fundamental entre la conciencia nacional del proletariado y la de las demás clases sociales. En algunas clases que conservaron un carácter de casta, la conciencia nacional está separada de la conciencia social, actuando ambas en forma independiente. Este fenómeno puede ser observado en los países económicamente atrasados. Así, por ejemplo, los ricos terratenientes feudales de Rusia son, por un lado, "genuinos patriotas rusos"; y, por el otro, miembros de la nobleza. Como rusos se "preocupan" por el bienestar de todo el pueblo, pero como "nobles" están dispuestos a explotar al pueblo todo. La burguesía media, la pequeña burguesía y las masas proletarizantes, carecen por lo general de conciencia de clase propia, la que se halla diluida en la conciencia nacional. La conciencia de clase es anatemizada como un peligro para la "unidad nacional". Todas estas clases son *nacionalistas*. Sólo el proletariado vincula el problema nacional a las necesidades de la base estratégica y de la lucha de clase. En el proletariado de los pueblos oprimidos, la opresión nacional afecta a las condiciones de la base estratégica, estableciéndose una vinculación estrecha entre la conciencia nacional y la conciencia social.

Es importante señalar una característica peculiar de esta vinculación. Al no tener los intereses nacionales del proletariado nada en común con la lucha nacional, el nacionalismo proletario no asume un carácter agresivo. Este nacionalismo es, en esencia, negativo: desaparece con la normalización de la base estratégica; y se nutre de raíces negativas: de las anomalías sociales y económicas. Esto no significa que carezca de un contenido nacional positivo. Todo lo contrario: al nutrirse *objetivamente* de raíces negativas, el nacionalismo proletario adquiere un contenido positivo. Y ninguna clase ofrece ni puede ofrecer un programa nacional tan real como éste que presenta el proletariado. Pero, el carácter y la procedencia *negativas* del mismo dificultan su comprensión acertada. Sin mencionar ya a los ideólogos burgueses que jamás han comprendido el espíritu nacional del proletariado, son todavía muchos los pensadores proletarios —y entre ellos la gran mayoría de los "iskristas" judíos—* que no encuentran bases positivas en

* *Iskra* (La Chispa): órgano de expresión del Partido Socialdemócrata ruso. Después de la escisión de 1903 pasó a manos de los mencheviques. Desarrolló una activa propaganda contra el sionismo proletario y contra el "nacionalis-

el nacionalismo proletario, resolviendo en tal forma, con ligereza, que es simplemente reaccionario.

Este acercamiento errado al nacionalismo proletario asume, en otros grupos, caracteres deformados y anormales. Dado que las bases del nacionalismo proletario son, objetivamente, negativas, y al no comprender que lo negativo se transforma en el proletariado, subjetivamente, en un programa concreto y positivo —hay quienes se hallan inclinados a justificar su nacionalismo con frases lastimeras e inseguras: "Desgraciadamente nos vemos obligados a realizar un programa nacional. Hubiéramos deseado asimilarnos, pero fuimos obligados a seguir siendo judíos." Estas justificaciones y excusas hallan, frecuentemente, su expresión en la propaganda y en la literatura de los sionistas socialistas (ss).

Pero estas curiosidades aisladas no son sino fruto del pensamiento inmaduro. El proletariado tiene necesidad de todo cuanto tiende a estimular el desarrollo de sus fuerzas productivas, siéndole perjudicial todo cuanto lo obstaculice. Por ello, le resulta ajeno y dañino, tanto el oscurecimiento de la conciencia de clase como el de la conciencia nacional. Él no se avergüenza de su misión social ni de su misión nacional. Con idéntico orgullo declara: "Somos socialdemócratas y somos judíos." Nuestra conciencia nacional es, esencialmente, negativa, y de carácter *emancipador*. Si fuéramos el proletariado de una nación libre —que no oprime ni es oprimida— no nos interesarían, en absoluto, los problemas de la vida nacional. Y, aún hoy en día, nos preocupan menos los problemas de la cultura *espiritual*, que los de la vida social-económica: el nuestro es un nacionalismo realista, libre de toda injerencia "culturalista".

Para el proletariado judío, el problema nacional es un producto del conflicto entre las necesidades planteadas por el desarrollo de sus fuerzas productivas, es decir la lucha de clases, y las condiciones de su base estratégica. La base estratégica del obrero judío es insatisfactoria, tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista político. La lucha económica del proletario judío sólo es exitosa durante los períodos de apremio, cuando los empleadores se ven obligados a hacer ciertas concesiones, para no malograr la temporada de trabajo. Pero una vez finalizada ésta, "vuelven a resarcirse de sus pérdidas". Los frutos de la lucha económica del obrero judío desaparecen hasta la temporada próxima, en la que vuelve a repetirse el mismo proceso, con idénticos resultados.

mo" del Bund. En la literatura proletaria judía llámase "iskrista" al socialdemócrata asimilado y cosmopolita, sin relación a su posición en la lucha de las fracciones mencheviques y bolcheviques en el interior del POSDR.

Pero menos satisfactoria aún es la base estratégica, desde el punto de vista político. Dado que el obrero judío se halla empleado, casi exclusivamente, en la producción de los bienes de consumo y no desempeña ninguna función importante en ninguno de los estadios superiores del proceso productivo, tampoco conserva en sus manos ningún hilo fundamental de la economía del país, en el cual vive y trabaja. El proletario judío no se halla en condiciones de detener la marcha del aparato económico del país, como pueden hacerlo los obreros ferroviarios y otros obreros mejor colocados. No es explotado por el gran capital, sino por el capital medio, cuyo rol en la producción también carece de importancia. Cuando el proletario judío paraliza con su lucha la actividad del capital que lo explota, no alcanza a producir perturbaciones serias en el país. El obrero judío no posee la fuerza suficiente para luchar por sus propias demandas, sin el apoyo de obreros más afortunados de los pueblos periféricos, y es incapaz de conseguir las mejoras más insignificantes si sus necesidades nacionales no son compartidas por los obreros de otra nacionalidad. Esta situación de desamparo fortalece en él los sentimientos de la solidaridad proletaria, acercándolo a los ideales revolucionarios. Por otra parte, los antagonismos de clase en el seno de la sociedad judía son, relativamente, menores que en otros pueblos: en primer lugar, por la concentración insuficiente de capitales; y, en segundo término, porque la clase media judía, mucho más oprimida que la de otros pueblos dependientes (lituano, armenio, etc.) es por naturaleza de carácter opositor, proporcionando al proletariado determinada ayuda política. Hasta hace poco tiempo atrás soportó tranquilamente los ataques de los agitadores proletarios, ayudando financieramente al Bund y a otros partidos obreros. Ahora calcula sacar mejor provecho de una alianza con los cadetes, "traicionando" definitivamente a los partidos proletarios judíos. En estas circunstancias, el proletariado judío está condenado a arrastrarse detrás de los poderosos movimientos políticos obreros del país, remplazando con una fraseología inflamada la falta de una fuerza de clase verdadera. En este terreno, crecen las exageraciones más ridículas, cuya mera enunciación rebela a todo socialdemócrata consciente y responsable.

En esta ironía dolorosa se esconden contradicciones trágicas. Por una parte, la revolución le es necesaria al proletariado judío más que a ninguno otro y, por la otra, la implacable presión nacional, la explotación del insignificante pero por lo mismo

codicioso capital judío, y la nerviosidad y el alto nivel cultural del obrero judío, morador urbano e hijo del "pueblo del libro", generan una poderosa reserva de energía revolucionaria y un exaltado espíritu de autosacrificio. Y esta hipertrofia revolucionaria, encadenada a los moldes estrechos de su base estratégica, asume frecuentemente formas grotescas. Una enfermedad de exceso de energía, tal es la tragedia y la fuente de los sufrimientos del proletariado judío.

Un Prometeo encadenado que, en ira impotente, arranca las plumas del ave de rapiña que picotea su corazón —tal es el símbolo del proletariado judío.

VI. LA IDEOLOGÍA NACIONAL DEL BUND

Éste es el problema, éste es el conflicto nacional del proletariado judío. ¿Cuál es su reacción frente al mismo?

La adaptación más elemental y primitiva al conflicto creado por las deficiencias de la base estratégica consiste en la tentativa de llegar a las consecuencias sin detenerse en las causas. A primera vista parecería como si el resultado de las condiciones anormales en las que se desenvuelve la lucha de clases fuera una conciencia de clase insuficientemente desarrollada. Cuando el agitador socialista, entusiasta como todo proselitista, se acerca al obrero judío, tropieza de inmediato con una serie de dificultades técnicas. Este obrero sólo habla el "idisch", idioma que no es flexible a las nociones complejas; carece de una literatura cercana a su espíritu y accesible a su idioma; su cultura espiritual es pobre y limitada, y, a primera vista, parecería como si ésta fuera la causa de todas sus anomalías y el contenido único de su problema nacional. Para superar este acercamiento primitivo hace falta una buena dosis de consecuencia materialista. "Es preciso desarrollar la conciencia de clase y el resto vendrá por sí solo; para ello es menester satisfacer las necesidades culturales del obrero judío —tal es la función." El Bund se detuvo en el umbral de esta adaptación primitiva y no avanzó un paso más allá de ella. La superacumulación de energía revolucionaria en el obrero judío hizo posible el éxito sin paralelo de la primera organización proletaria judía, éxito al que contribuyó, en no poca medida, el apoyo financiero prestado por la burguesía media judía. La reacción más simplista y las consignas más altisonantes y primitivas se difundieron rápidamente entre las amplias masas. Se fortaleció el "poderoso Bund", "el único

representante del proletariado judío". El planteo elemental del problema judío y su solución primitiva no pudieron menos que satisfacer, en los primeros tiempos, al obrero judío, permitiéndole reservar para la lucha de clases una gran cantidad de energía revolucionaria, que de otro modo habría sido invertida en un análisis detenido del complejo problema nacional. Mientras unos grupos, más profundizados en el problema nacional, pero menos fogueados en la lucha social, no lograron imponerse por el brillo de su corona revolucionaria, los bundistas lograron hacer pasar esta corona como suya templándola en la fragua de una fraseología fluida. Pero el brillo aparente de su corona revolucionaria no logró ocultar la naturaleza verdadera del planteo bundista del problema nacional. La vida ha demostrado que el proletariado judío desarrolló en poco tiempo una conciencia de clase tan vasta que no tiene paralelo alguno en la historia; que la literatura socialista en "idisch" enriquecióse en grado sumo; que, en una palabra, las necesidades culturales y espirituales del obrero judío están siendo satisfechas en grado no menor a las del obrero no-judío; y, sin embargo, el problema judío tórnase cada día más difícil y complejo. La vida ha demostrado que no obstante la pobreza y modestia del programa nacional del Bund y su fácil acceso a la comprensión inmadura de los obreros carentes de conciencia de clase, la gran masa de los proletarios judíos se muestra, cada vez, menos satisfecha de este programa, pasándose a las filas de la ss y de los poaleisionistas. Junto a la crítica creciente de los obreros judíos, aumenta también la censura de las corrientes más jóvenes. El Bund no contestó a esta crítica hasta el último momento, creyendo más conveniente responder a ella con puños, palos, gritos, disolución de reuniones de adversarios y otros "argumentos" semejantes. Recientemente, el éxito del territorialismo obligó a los bundistas a salir públicamente, en dos folletos, contra los territorialistas. Pero tampoco en ellos responden a los problemas cardinales que les fueron planteados.

El pecado básico del Bund radica en su relación oportunista hacia el problema nacional y en su *incapacidad* para plantearlo con claridad, en un sentido o en otro. Por un lado, el Bund aún no se ha desembarazado de la antigua tradición cosmopolita de tildar a todo tipo de nacionalismo como reaccionario, burgués y utópico; y, por el otro, los intereses concretos de las masas judías lo han obligado a incluir en su programa mínimo una serie de exigencias nacionales. Ello explica el carácter indefinido, semiasimilador y seminacionalista, de la concepción bundista del problema nacional. Para disimular este dualismo, acostumbra el Bund

a proclamar su *neutralidad* frente al problema de la asimilación y del nacionalismo, sosteniendo que la autonomía cultural-nacional ofrece a las nacionalidades la garantía de una libre autodeterminación: allanando el camino hacia la asimilación *en caso* de que el pueblo estuviera condenado a desaparecer, y facilitando su desarrollo nacional *en caso* de que estuviera destinado a sobrevivir. Esta concepción es, evidentemente, insensata, siendo ridícula la idea de que un mismo instrumento político pueda servir "en todo caso" a dos finalidades diametralmente opuestas. *En caso* de que el pueblo judío estuviera condenado a la desaparición, la autonomía nacional no facilitaría sino dificultaría el proceso de su asimilación, por lo que dicha autonomía resultaría reaccionaria y utópica. En cambio, si la autonomía nacional resultara necesaria, ello significaría que en el *límite del futuro previsible* es posible un desarrollo nacional independiente.[2] En un socialdemócrata resulta raro este programa para "todo caso". La exigencia de sufragio universal, del derecho a la destitución y enjuiciamiento de los funcionarios públicos, y otras exigencias mínimas, no se formulan "para todo caso", sino con una clara visión de las finalidades perseguidas. Únicamente el programa nacional del Bund fue agraciado con una función tan honrosa. Ello nos induce a pensar que no todo anda bien, entre los bundistas, en lo referente al problema nacional, y que su tan ponderada "neutralidad" no constituye sino un pobre *Asylum ignorantiae.* Se puede ser *indiferente* frente al problema de la conservación de la nación o su fusión con otras, se puede estar o no estar contento con su supervivencia o su desaparición. Ésta es una cuestión de *sentimiento,* que tampoco a nosotros, poaleisionistas, nos alegra o aflige mayormente. Pero algo muy distinto es el problema de la comprensión y del entendimiento. Es imposible no *interesarse* en la cuestión nacional. De todas maneras, si los bundistas no saben qué sucederá con el pueblo judío en el futuro próximo, resulta extraño que formulen exigencias nacionales especiales. Puede que sea práctico proveerse de un paraguas cuando no se sabe si ha de llover pero es una insensatez política recomendar una autonomía nacional cuando se ignora si será o no será necesaria.

El pensamiento proletario revolucionario no tolera las desviaciones oportunistas. Si algo le resulta desconocido ello significa, en primer lugar, que aún no han madurado los factores objetivos

[2] No nos interesa, por supuesto, cuál será el futuro de la nación en el porvenir lejano. Pero sólo tiene derecho a formular un programa nacional quien haya comprendido previamente las tendencias de desarrollo que ya se insinúan en el presente.

que le permitan opinar sobre el problema en cuestión, y, en segundo lugar, que ese desconocimiento obliga al silencio y a la discreción. El pensamiento revolucionario debe ofrecer una respuesta clara y terminante a la pregunta de hacia dónde se orienta actualmente la nación judía y hacia dónde se dirigen sus tendencias de desarrollo, en el límite del futuro previsible. Y si el análisis proletario llevara a la conclusión de que la nación judía está condenada a la desaparición, el partido del proletariado revolucionario deberá renunciar resueltamente a las tradiciones nacionales de la clase obrera, librando contra ellas una guerra implacable y orientándose por el camino de la asimilación sin temer los ataques de los nacionalistas. En tal caso, no habrá lugar para la diferencia que entre la *asimilación* y la *tendencia* asimiladora establecen, con frecuencia, los bundistas. "Nosotros —afirman éstos— no nos oponemos a la asimilación, pero sí a la tendencia hacia la misma." En igual forma podría afirmarse: "Nosotros no nos oponemos a la socialización de las tierras, pero sí a la tendencia socializadora; no nos oponemos al desarrollo de la conciencia de clase, pero sí a la tendencia que lleva hacia tal desarrollo." Una vez que el revolucionario ha comprendido el curso de la historia, está en la obligación de serle consecuente. Y si nosotros hemos llegado a comprender la tendencia decisiva de la dinámica judía orientada hacia la consolidación del problema judío y del pueblo judío y hacia la nacionalización de la vida judía, hemos renunciado coetáneamente a las tradiciones cosmopolitas del pensamiento proletario inmaduro para formular exigencias nacionales verdaderamente revolucionarias. Y no nos preocupan los ataques malévolos e ignorantes: nosotros sabemos que en lo referente al problema nacional nuestros adversarios son *reaccionarios* y Quijotes que se esfuerzan, vanamente, en bloquear el camino al todopoderoso desarrollo histórico.

Pero, para conseguir una respuesta revolucionaria al problema nacional, es preciso analizar, previamente, no sólo las consecuencias externas y visibles del conflicto nacional, sino también sus *causas* internas y ocultas. Para ello es preciso superar sus manifestaciones cultural-espirituales y penetrar en las profundidades de su "base" económica. Y aquí los teóricos bundistas traicionan sus propios principios materialistas. Para un socialdemócrata consecuente es imperdonable interpretar un fenómeno tan complejo y profundo como el de la nacionalidad exclusivamente en términos de cultura espiritual. Resulta sencillamente asombrosa la idea de que el conflicto nacional se origina únicamente en el terreno del idioma y de la educación. Fenómenos tales como los

de la expulsión de los campesinos irlandeses de sus tierras por los ingleses, de la opresión de los aldeanos polacos de Silesia y Poznania por los Junkers alemanes, del desamparo jurídico de los judíos, de los boicots y las matanzas, y de las mil y una formas de la opresión económica de los grupos nacionales, ¿son acaso todos "problemas del idioma, de la educación y de la cultura en general"? ¿Y cómo no sonreír ante la panacea de la autonomía nacional como solución a estos problemas? Ya nos hemos detenido, precedentemente, sobre la imposibilidad de desterrar los pogromes en las condiciones de la sociedad capitalista. Imaginémonos ahora un cuadro semejante: un "Seim" judío debatiendo el problema de la educación escolar, en momentos en que en las calles tiene lugar un furioso pogrom antisemita y por el país va extendiéndose una incontenible corriente emigratoria. ¡Un "Seim" nacional que, para consolar a los judíos pogromados, resolviera fundar un nuevo Instituto de enseñanza secundaria o publicar un instructivo tratado sobre la fraternidad humana! ¡Y que, por último, aconsejara a los emigrantes que no se olvidaran de visitar un teatro israelita en sus nuevos lugares de residencia!

Cuando el proletariado judío sufre los efectos de la opresión nacional, los sufre, en primer término, desde un punto de vista material y económico, siendo el desarrollo deficiente de su conciencia de clase sólo un resultado de sus anomalías materiales. Más aún: la concepción del Bund sobre el desarrollo anormal de la conciencia de clase del proletariado judío es una concepción completamente errada. Los teóricos bundistas suponen que el proletariado judío, al carecer de una cultura nacional sana, asimila con mayores dificultades la concepción del mundo socialista; de lo que resulta que su anomalía reviste solamente un carácter *cualitativo*. Nosotros, en cambio, sostenemos que la conciencia de clase del proletariado judío no está menos desarrollada que la del proletariado de cualquier otro pueblo, pero que debido al escaso valor económico y político de su base estratégica, son creadas una serie de anomalías *cuantitativas* que hallan su expresión en los resultados insatisfactorios de su lucha de clases, en una fraseología revolucionaria inflamada y huera, y en una inclinación hacia el anarquismo, tan difundido entre los obreros judíos.[3]

[3] También el Bund se vio obligado, últimamente a señalar el fenómeno anormal del anarquismo en la vida judía. Pero como es ya su costumbre, se esfuerza por llegar a las consecuencias sin detenerse en las causas. El Bund sólo ve en el anarquismo, lo mismo que en el territorialismo, una desviación lamentable. Y al igual que todos los reaccionarios, también los bundistas creen que podrán liquidar esta "desviación" por medio de la propaganda y de resoluciones.

Pero todas estas penosas anomalías económicas no existen para los "pensadores" bundistas. Ellos sólo saben de una cosa: "idioma, educación y cultura en general". En este punto coinciden completamente con opiniones reaccionarias como las de Ajad Haam, Dubnov y otros.

Buscar en la cultura espiritual el contenido de los profundos problemas sociales es una costumbre típica de la pequeña burguesía. Para ésta, la cultura espiritual representa un arma poderosa en la lucha por el mercado, dado que el idioma y todo lo que con él está relacionado constituye el vínculo técnico más cercano entre el consumidor y el comerciante; y mientras el pequeño productor continúe bastándose a sí mismo, será siempre el vendedor directo de sus productos. El obrero judío, educado en la familia patriarcal pequeñoburguesa, aún no se ha liberado de algunas herencias psicológicas de la pequeña burguesía, y este hecho halla su expresión en su apego a las distintas formas de la cultura espiritual y en su susceptibilidad a la propaganda culturalista. Súmase a ello el aislamiento económico de las amplias masas judías, que fortalece su vinculación a los valores de la cultura y del idioma idisch. Esto hace que el *apego* del obrero judío al idioma y a la literatura idisch no sea reaccionario: sus raíces se adentran en las condiciones reales de su existencia y no son supervivencias del pasado. Pero la *inclinación a concebir culturalmente el problema judío*, la inclinación de los bundistas, es, indudablemente, reaccionaria, y denota todos los síntomas de una procedencia pequeñoburguesa.

Muchos son los logros aportados por el Bund al proletariado judío. Su nombre será inscrito con letras de oro en la historia del movimiento obrero judío, y las futuras generaciones del proletariado judío le erigirán, en homenaje, un magnífico monumento en... Palestina. El Bund desarrolló la conciencia de clase del obrero judío, lo acostumbró a una lucha organizada, le inculcó el espíritu de la disciplina, y cultivó sus conceptos democráticos. Pero su programa nacional lo deshace todo y socava, desde adentro, sus mismas bases de existencia. Como organización rígidamente conspirativa, supo el Bund adaptarse magníficamente bien a las condiciones de trabajo de un partido proletario. Pero en la futura Rusia liberada, no sobrevivirá por mucho tiempo. Las divergencias internas que ya se perfilan en su seno, pero que aún permanecen ocultas bajo un manto conspirativo; la agitación reaccionaria de los anarquistas, por un lado, y la agitación progresista de los territorialistas, por el otro, que ya minan los cimientos del Bund desde afuera, no obstante la rígida disciplina impuesta por

la organización para evitar que trasciendan a las masas bundistas las opiniones y los argumentos de las corrientes más jóvenes, todo ello hará que en una Rusia liberada, cuando nuestra polémica con el Bund salga de las sombras para plantearse a la luz de la opinión pública, el proceso de desintegración del Bund se precipite a pasos agigantados.

VII. LA IDEOLOGÍA NACIONAL DE LOS SIONISTAS SOCIALISTAS (SS)

En lugar del Bund aparece una corriente nueva. Partiendo de los intereses materiales del obrero judío, hace un análisis materialista de su problema nacional para arribar a las mismas conclusiones territorialistas que formuláramos en el capítulo segundo. En esa corriente se destacan dos estadios de evolución diferentes que, habiéndose iniciado a un mismo tiempo, hicieron su aparición, como fuerzas organizadas, en dos períodos distintos: primero se organizaron los Sionistas socialistas (ss), y más recientemente, el partido socialdemócrata judío Poalei sión.

El programa de los ss está mucho más desarrollado que el de los bundistas, y expresa una adaptación más compleja y, por lo mismo, más difícil al conflicto nacional. Los bundistas son semiasimiladores: ellos aspiran a resolver el conflicto nacional dentro del marco de las condiciones que le dieron origen; los ss, en cambio, ya han comprendido la necesidad de modificar las condiciones mismas.

El programa nacional del Bund no es sino una expresión de los elementos pequeñoburgueses en la psicología del obrero judío, de las supervivencias ideológicas de una clase para la cual aún no han madurado los conflictos nacionales. Mientras el pequeñoburgués no es desalojado radicalmente de sus posiciones económicas, no pierde la esperanza de poder arraigarse en la diáspora. También el proletario judío gusta ilusionarse, a veces, con falsas esperanzas en el triunfo inmediato de su lucha de clases. En esa forma, las supervivencias pequeñoburguesas en la psicología del obrero bundista todavía no entraron en contradicción con su lucha de clases proletaria, siéndole posible asimilar un programa nacional pequeñoburgués. El obrero ss, en cambio, ya ha logrado liberarse de estas supervivencias, y ha perdido toda esperanza de poder arraigarse en la diáspora. O sea, que para él, el conflicto entre la necesidad de desarrollar su lucha de clases y entre las deficiencias de su base estratégica ya ha madurado en tal forma que

le permite orientar a su programa nacional por un camino revolucionario. Pero cabe preguntarse: ¿Es consecuente esta orientación revolucionaria, entre los ss? ¿Expresan ellos la verdadera psicología nacional proletaria? ¿Podemos considerar a su programa nacional como un programa proletario, entendiendo por proletariado no a una mera suma de obreros, sino a una *clase* social que libra una lucha política consciente?

En toda corriente consciente es posible distinguir tres elementos: el *interés de partida*, el *objetivo*, y el *camino hacia el objetivo*. No nos detendremos aquí en el objetivo final de los ss, o sea, en el socialismo, ni en su camino hacia el objetivo, o sea, en la lucha de clases; tampoco nos detendremos en su objetivo mínimo, el territorialismo, puesto que todos estos objetivos y caminos son semejantes a los nuestros, poaleisionistas. Sólo nos abocaremos al análisis de su interés de partida y de los caminos y medios por ellos empleados.

Lamentablemente, los ss no solamente no encontraron tiempo para pronunciarse concretamente sobre estas cuestiones en su literatura, sino que han ido cambiando continuamente sus opiniones al respecto. En sus 14-15 meses de existencia como partido organizado, ya han alcanzado a cambiar tres veces de opinión sobre los intereses de partida del territorialismo, tal como se desprende de los distintos materiales que tenemos ante nuestra vista: su famosa "Declaración", el editorial de *Der Idisher Proletarier*, y otros artículos aparecidos en *Der Naier Weg*.

En la "Declaración", el asunto es claro y sencillo. En el régimen capitalista, las masas de la pequeña burguesía judía no resisten la implacable competencia económica, son arruinadas, y pasan a integrar las filas del "ejército de reserva". Éste necesita "proletarizarse" y sale en busca del trabajo asalariado. Sólo una parte insignificante de la pequeña burguesía judía logra acceso a la producción, y ello únicamente en los estadios más inferiores, en tanto que la gran mayoría queda al margen de la economía moderna, viéndose obligada a buscar una solución en la emigración. Pero tampoco en los nuevos países de residencia consigue acceso a los estadios superiores del proceso productivo, y no se proletariza. Aparece así la tendencia a concentrar territorialmente a las masas emigrantes, orientándolas hacia la creación de una sociedad judía autónoma. El proletariado judío, siendo la clase oprimida de su pueblo, es también el que más sufre los efectos de la "no proletarización" y el que más necesitado está de un territorio. Los ss, al tender como socialdemócratas hacia la realización del ideal socialista, tienden también hacia el ideal territo-

rialista; el territorialismo les proporcionará aquella base para luchar por el socialismo, de la que carecen en la diáspora debido a la "no proletarización".[4]

Esta "teoría" es sencillamente asombrosa. Si los ss son socialdemócratas, entonces deben representar al proletariado; y, en verdad, así se han proclamado infinidad de veces al subrayar la diferencia que los separa de los sionistas burgueses. Pero si las masas judías "no se proletarizan", ¿de dónde sacaron al proletariado en cuyo nombre hablan? Más aún: si sólo una parte de los judíos se proletariza —y seguramente a ella se refieren los ss cuando se proclaman socialdemócratas—, ¿para qué necesita ese proletariado, que ya se proletarizó, los paliativos de la emigración, de la concentración y del territorio? Era evidente que esta teoría adolecía de lagunas importantes. Algunos ss procuraron llenarlas, afirmando que ellos constituían un "proletariado en potencia"; pero, en tal caso, ¿por qué no se proclamaron también "socialdemócratas en potencia"? Es natural que esto no resultaba agradable. Se introdujo entonces una modificación importante: se renunció al incómodo concepto de la "no proletarización", sustituyéndolo por el de la *proletarización anormal*. Es verdad que la pequeña burguesía judía se proletariza anormalmente y que por ello los obreros judíos se encuentran en las ramas más inferiores del proceso productivo, y aún en las formas más primitivas (manufactura) de los estadios más primitivos; es cierto que los obreros judíos no consiguen acceso a los estadios superiores del proceso productivo, y se podría quizá agregar —para no polemizar mucho— que ellos serán desalojados también de las ramas que ahora ocupan; es indudable que los judíos emigran y se concentran en varios lugares. Pero ¿qué se desprende de todo esto?

Se puede llegar a la conclusión de que la pequeña burguesía y las masas proletarizantes, al igual que los obreros desocupados, tienen necesidad de un territorio. La pequeña burguesía lo necesita como mercado para sus productos, y las masas proletarizantes, lo mismo que los obreros desalojados, como lugar de trabajo. Pero ¿cómo deducir de ello que el proletariado judío militante, el *proletariado como clase*, está interesado en el territorialismo? Un bromista ingenioso afirmó, en cierta oportunidad, que los ss son personas muy bondadosas que, aun cuando personalmente no tienen necesidad de un territorio, se preocupan por que lo consigan

[4] Todas estas teorías de la "no proletarización", etc., mencionadas en la "Declaración", fueron demostradas, con cifras en la mano, por los poaleisionistas. Cuando los ss se separaron y organizaron en partido propio, conservaron, en los primeros tiempos, la primitiva teoría de la "no proletarización".

los emigrantes judíos. ¡Un chiste muy acertado! En fin, nosotros preguntamos: ¿qué clase de intereses defienden los ss: los intereses de los *obreros emigrantes* o los intereses del *proletariado militante*? En el primer caso, los ss son quizá territorialistas, pero en ninguna forma socialdemócratas, y no distinguimos ninguna diferencia *básica* entre ellos y los veteranos poaleisionistas de Minsk;* en el segundo caso, son indudablemente socialdemócratas, pero aún no comprendemos por qué son territorialistas.

Los ss jamás se han formulado esta pregunta, aun cuando parecen haberse dado cuenta de la falta de claridad de sus principios. En el lugar donde el pensamiento se enreda en nebulosidades, allí busca una salida en la acumulación de nuevas abstracciones. Una tentativa para salir al paso con ayuda de la escolástica fue hecha por los ss en el editorial publicado en su órgano partidario *Der Idisher Proletarier*.

Aquí ya se afirma que los judíos poseen un proletariado, y la antigua "no proletarización" es disfrazada con el término más científico de "no industrialización". Pero el proletariado judío no es un proletariado normal: mientras en los demás pueblos el proletariado militante está ocupado en la gran industria, en el pueblo judío lo está sólo en la pequeña industria y en la artesanía. La conciencia socialista contiene dos momentos importantes. El proletariado está insatisfecho del orden social imperante y aspira a abolirlo: ése es el momento *negativo*. Pero este momento negativo no es aún suficiente para el socialismo: también los esclavos de la antigüedad estuvieron insatisfechos del orden imperante. El socialismo tiene necesidad también de un momento *positivo*: la aspiración a socializar los instrumentos de producción. El momento positivo de la conciencia socialista sólo puede tener cabida en el proletariado de la gran industria, el que puede observar directamente desde la fábrica el proceso de la concentración de la pro-

* Corriente poaleisionista propia de la ciudad de Minsk y activa durante los años 1902-1903. De ahí su designación: "poaleisionistas de la escuela de Minsk" o "veteranos poaleisionistas de Minsk". Sus ideas eran cercanas a los ss: la solución del problema judío a través del camino de la concentración territorial fuera de Palestina. Negaban la proletarización de las masas judías en los países de la diáspora y no veían perspectivas para un desarrollo progresista. De ahí su conclusión, contraria a la de los ss, de que era inútil librar una lucha política en la diáspora, dado que ésta no reportaría ningún beneficio a las masas judías. El obrero judío debe limitarse a su lucha económica contra la explotación y una actividad territorialista directa. Los "poaleisionistas de la escuela de Minsk" crearon más tarde el Partido obrero territorialista judío, y en el año 1906 reconocieron la conveniencia de la lucha política, uniéndose finalmente con los ss.

ducción y acelerarlo (?) con su lucha de clases. El proletariado judío, en cambio, al no tener la posibilidad de idéntica observación en sus pequeños talleres, carece de este momento positivo. A la pregunta natural: ¿cómo se explica entonces que los ss se diferencian de los antiguos esclavos y son socialdemócratas?, ofrece el articulista la siguiente respuesta inesperada: en el proletariado judío, el momento positivo es remplazado por la emigración y su lugar en la conciencia es ocupado por una especie de "contagio ideológico". *¿En qué forma "remplaza" la emigración al momento positivo ausente, y en qué forma "constituye el territorialismo una expresión consciente del proceso inconsciente"? Sobre esto la teoría calla modestamente. Éste es el secreto del editorialista.* Pero, en cambio, nos familiarizamos con lo que hemos dado en llamar "contagio ideológico": dado que actualmente impera por doquier la ideología socialdemócrata, y puesto que, en opinión del conocido "materialista" Karl Kautsky, los obreros judíos se distinguen por su particular capacidad para el pensamiento abstracto, entonces los obreros judíos se sienten también inclinados hacia el ideal socialista.

Estos malabarismos dialécticos son, en verdad, muy originales. Pasaremos por alto toda esta metafísica de lo "positivo" y lo "negativo". ¿Concentra, acaso, en general, el proletariado con su lucha de clases a la producción? Evidentemente que no: esta función la cumple la burguesía con la competencia. ¿Recibe, acaso, en general, el proletariado una idea de la concentración de la acumulación y del socialismo, únicamente en la fábrica? ¿Está, por ventura, el mundo de *observaciones* del obrero limitado solamente al taller donde trabaja? Ocurre a veces que el obrero jamás llega a ver al patrón en la fábrica. ¿Significa ello que no podrá formarse una idea de la existencia de la burguesía? ¡Y pensar que toda la "teoría" del contenido absolutamente negativo de la conciencia de clase proletaria judía está basada en la creencia de que el proletario observa los procesos de la economía capitalista *únicamente* desde su lugar de trabajo!

Pero, aun admitiendo toda esta metafísica de lo "positivo" y lo "negativo", ¿qué se deduce de la misma?: que el proletariado judío carece de una base económica real para el desarrollo de su conciencia socialista. De lo que resulta que ¡sólo por un mal entendido los ss se llaman socialdemócratas! Y aquí vienen en su ayuda el "contagio ideológico" y la inclinación judía hacia las abstracciones. Es innegable que el editorialista del caso nos ofrece un buen ejemplo de semejante inclinación. Pero, ¡si Kautsky tiene derecho a pecar contra el socialismo y el materialismo, no

lo tienen los ss! ¡Buen ejemplo de socialdemócratas quienes llegan al socialismo por su inclinación hacia las abstracciones!

Y, con todo, el editorial que nos ocupa no responde a la cuestión principal: ¿Cuál es el interés del proletariado en el territorialismo? ¿Está interesado en él porque carece de una conciencia de clase "positiva"? Si así fuera, ¿qué desgracia habría en ello? ¿Acaso no se preocupó ya Kautsky por que los ss absorbieran el socialismo de la atmósfera circundante? ¿O es que el proletariado judío no está en general capacitado para desarrollar una lucha de clases? En tal caso, ¿por qué no lo declaran abiertamente? Entonces quedaría claro que no existen mayores diferencias entre los ss y los veteranos poaleisionistas de Minsk. ¿O es que la lucha de clases del proletariado judío no resulta satisfactoria debido a las condiciones deficientes de su base estratégica?

En una palabra, todo sigue tan oscuro como al principio. En el primer número de *Der Naier Weg* ya se entonan melodías nuevas que señalan un cambio importante en la concepción del mundo de los ss. Pero sobre el particular nos detendremos más adelante.

Si los ss carecen de un *interés* de partida proletario, es lógico que tampoco posean un *camino* proletario hacia el territorialismo. La concepción del mundo de los ss flota sobre la superficie de los "dos terrenos" conocidos,* en tanto que se esfuerzan inútilmente por fusionarlos en una sola síntesis proletaria. La lucha de clases se orienta hacia un terreno, y el territorialismo hacia otro. Tanto en la "Declaración" como en el *Der Idisher Proletarier*, se sostiene claramente que la obtención de una amplia garantía legal constituye un postulado necesario para un trabajo práctico en el territorio. Es decir, que primero es preciso conseguir garantías para la autonomía territorial del pueblo judío (Charter), y sólo luego iniciar la obra colonizadora (una "colonización amplia"). Pero, ¿qué relación existe entre la lucha de clases del proletariado

* Desde su aparición, el sionismo proletario se desarrolló bajo la influencia de la socialdemocracia rusa (asimiladora) por un lado, y del sionismo burgués, por el otro. Sobre el fondo de la realidad económica de la clase obrera en Rusia, la socialdemocracia rusa determinaba las tareas de su lucha económica y política, abstrayéndose por completo del problema nacional. Por su parte, el sionismo burgués desarrolló la idea del "territorio" como solución del problema judío, desentendiéndose por completo de las diferencias sociales dentro de su pueblo. Los obreros judíos, que eran partidarios del programa socialdemócrata general y de la solución sionista del problema judío, vieron ante sí dos programas desvinculados entre sí y situados, aparentemente, en dos terrenos opuestos. En el centro del problema ideológico-teórico del sionismo proletario de aquellos años, se hallaba el interrogante de cómo unir ambos terrenos en una concepción del mundo uniforme y sintética.

judío en la diáspora y la obtención del Charter? ¡Absolutamente ninguna! El Charter será conseguido por los territorialistas burgueses, y también las empresas colonizadoras son tareas exclusivas de la burguesía. En el artículo "Algunas consideraciones sobre la realización del territorialismo", reconoce el autor a la burguesía como vanguardia del movimiento territorialista. Y en verdad: tanto la obtención del Charter como la adquisición de barcos de transporte y la financiación de las empresas colonizadoras, son todas tareas de la burguesía. ¿Cuál es, entonces, la tarea del territorialismo *proletario*? ¿Incitar al proletariado a que apoye a los distintos diplomáticos burgueses? ¿Luchar contra Ussishkin? ¡Pero si esto ya se hizo con éxito durante el Séptimo congreso sionista! La lucha de clases contra Ussishkin* ya finalizó con el triunfo del proletariado sobre la "sagrada tumba de la madre Raquel". ¿Qué resta por hacer entonces a los ss? ¿Seguir agitando, seguir *hablando* sobre un territorio, seguir proporcionando a los diplomáticos burgueses sabios consejos que jamás son escuchados? La lucha de clases, tal como lo declara el editorialista de los ss, conduce hacia la democratización de la sociedad, y el territorialismo sólo puede ser realizado dentro de formas de vida democráticas. Admitamos esta frase: ¿qué se deduce de la misma? La sociedad se democratizará también sin la participación del proletariado judío; ¿o es que existe el peligro de que sin la ayuda poderosa de los ss será derrotada la democracia en el mundo? Y por último, preguntamos: ¿Cuál es el sentido de la existencia separada de los ss? El Bund existe para exigir de la Asamblea Constituyente rusa la implantación de la autonomía cultural-nacional para el pueblo judío. Pero, ¿cuáles son las *exigencias* y a quiénes exigirán los ss? ¿Piensan, por ventura, exigir un buen día a Inglaterra la concesión de un Charter sobre Uganda bajo amenaza de provocar, en caso contrario, una huelga general de los sastres judíos de los villorrios de "Hambrevska" y "Pobrevska"? [Alusión al East End de Londres y otros barrios judíos en Gran Bretaña. — T.] ¿O influirán sobre el proletariado mundial para conseguir, con su ayuda, el anhelado Charter? ¡Entonces resultaría que quienes trabajan son nuevamente los demás, restando a los ss sólo la tarea de recoger los frutos ajenos!

* El Séptimo congreso sionista se reunió en Basilea en el año 1905, y en el mismo resolvióse el rechazo del proyecto Uganda. Los ss, que estuvieron representados en este congreso por una delegación numerosa, indujeron a los "territorialistas" (partidarios de la concentración territorial judía fuera de Palestina) burgueses a romper vínculos con los "palestinenses" encabezados por Ussishkin, abandonando finalmente el Congreso.

Para tener un camino claro es preciso poseer un pronóstico concreto de las perspectivas futuras del grupo de que se trate. En nuestro caso, del pueblo y del proletariado judíos. Los ss sólo llegaron en sus análisis hasta el reconocimiento de la *necesidad* de un territorio para el pueblo judío, pero carecen aún de la necesidad *histórica* del mismo. No saben concretar el precepto territorialista, y se niegan por principio a señalar un territorio determinado antes de que éste no haya sido encontrado y explorado. El territorialismo abstracto excluye, naturalmente, la previsión de caminos concretos. Y el único camino comprensible, momentáneamente, a los ss es el del "Landesucherei", el de la búsqueda y la exploración de un territorio.

Pero, ¿quién se encargará de la tarea de buscar y explorar un territorio? ¿Es concebible la idea de que el proletariado se identifique con esta búsqueda y con el envío de expediciones investigadoras? ¿No es, acaso, absurdo pensar que mediante el envío de *expediciones* podrá establecerse, de un modo definitivo, la aptitud de un teritorio para crear en su seno una sociedad judía autónoma? Éste es un problema *político* y *social*, y *jamás* se han resuelto problemas de esta índole mediante el envío de expediciones exploradoras. Los territorialistas abstractos creen, por lo visto, que la solución del problema judío depende, principalmente, de condiciones *geográficas y climáticas*. Es natural que existe un mínimo de exigencias geográficas que deben ser satisfechas por el territorio para poder ser tomado en cuenta, y que no se puede pensar en crear una sociedad judía autónoma en el Polo norte o en el desierto del Sahara. Pero, en nuestro caso, las condiciones económicas y sociales son mucho más importantes que las geográficas y climáticas. A nadie se le ocurrió todavía resolver los problemas políticos y sociales con expediciones exploradoras. Para esos problemas existen métodos de *análisis y de pronóstico sociológico* que pueden establecer, con mayor precisión que las expediciones, si un territorio es o no apto para albergar en su seno a la sociedad judía autónoma. Y en cuanto a los *detalles*, ellos se conocen gradualmente con el estudio permanente y planificado que tiene lugar en el curso de la colonización. En una palabra: el territorialismo abstracto conduce a los ss directamente hacia el *aventurismo* ideológico, el cual sustituye al proceso social y al desarrollo prolongado de las tendencias históricas por combinaciones fortuitas de intereses y de posibilidades. Falta la noción de la acumulación inmanente y del crecimiento de fuerzas capaces de conducir hacia la realización del territorialismo, la que es

remplazada por la fe en la aventura y en las combinaciones improvisadas.

Para demostrar en alguna forma la *necesidad* y las garantías *históricas* existentes para la realización del territorialismo, los ss recurren al factor del interés mundial en la solución territorial del problema judío. Pero tampoco así son consecuentes, y opinan que el Charter será conseguido de parte de una potencia determinada. Los ss ven la garantía histórica de la realización del territorialismo en el hecho de que *todas* las naciones están interesadas en la solución territorial del problema judío, pero concretamente creen poder conseguir el territorio de manos de una sola potencia sin ninguna relación con el interés internacional. La distancia que media entre el territorialismo abstracto y el territorio concreto es llenada por los ss con el aventurerismo político y las expediciones exploradoras.

En la teoría de los ss hay muchas ideas sueltas acertadas y revolucionarias, pero ellas no fueron concebidas en forma independiente por ellos. Todos los elementos más valiosos de su concepción del mundo fueron elaborados en común con los poaleisionistas cuando militaban aún en un mismo partido. Desde que los ss se separaron, no fueron capaces de aportar ninguna idea nueva ni de abrir horizontes más amplios al pensamiento proletario judío. En su programa falta la hilación entre el *presente* y el *futuro*. Ellos carecen de una noción clara del proceso de la acumulación de fuerzas históricas y de un pronóstico concreto de las perspectivas de su propio desarrollo, siéndoles imposible amalgamar en un solo programa sus exigencias nacionales y sociales. De palabra y en la vida práctica son buenos socialdemócratas, pero no saben *pensar* como proletarios revolucionarios. No tienen exigencias nacionales para el *presente* y carecen de caminos *clasistas* para el futuro. Su programa nacional en la diáspora es tan pálido, indiferente e insensible, que resulta difícil desprenderse de la impresión de que ellos se relacionan con pesimismo absoluto hacia el problema judío en la diáspora. Los ss no encuentran nada de positivo en la vida *nacional* en la diáspora, y no ven ninguna base sobre la cual pueda levantarse el edificio de una obra histórica duradera. Esta relación pesimista hacia el presente judío y la ausencia de toda idea revolucionaria, convierte a su programa en una creación enfermiza, torpe y rezagada. El programa nacional revolucionario del futuro —el territorialismo— avanza paralelamente al oportunismo inescrupuloso en el presente. Las exigencias más audaces planteadas por los ss no rebasaron la esfera de la igualdad jurídica y lingüística, exigencias separadas

entre sí y distintas en su argumentación. Para el pensamiento carente de ideas son, en general, características las exigencias incoherentes e improvisadas, nacidas del mal disimulado propósito de decir siquiera algo, allí donde no se puede decir nada importante. Esta confusión ideológica se manifiesta con especial claridad en el "Programa nacional", aprobado por los ss en su Primera convención. En momentos en que por el espacio se difundieron los ecos del llamado enfático del proletariado revolucionario, cuando por doquier se elevaron las consignas y las ideas combativas, cuando se formularon nuevas exigencias audaces, cuando los poaleisionistas que se habían dividido en dos partidos (Partido socialdemócrata obrero judío Poalei sión y Partido socialista obrero judío)* incluyeron unánimemente en sus programas la exigencia revolucionaria de una amplia autonomía nacional-política, en tales momentos los ss sólo atinaron a ofrecer a sus partidarios la ofrenda de... Ligas escolares libres. Faltan palabras para calificar semejante torpeza y asombran las pretensiones con que son proclamadas estas Ligas escolares, este aborto de la "autonomía cultural" bundista. He aquí un extracto de la última creación de los ss, de un editorial aparecido en *Der Naier Weg*. El extracto es un poco extenso, pero es insuperable como testimonio de la sentencia capital que los mismos ss dictan contra su propio programa:

* Después de la disolución de los ss y el establecimiento de relaciones con la Organización territorialista burguesa, destinada a buscar un territorio apropiado para el pueblo judío, algunos grupos "poaleisionistas" que se habían opuesto a la "búsqueda de un territorio" crearon un organismo tendiente a preparar las condiciones para la unificación de los distintos grupos en un solo marco partidario. Pero las divergencias surgidas de inmediato llevaron a la creación de dos partidos separados: el Partido obrero socialdemocrático judío (Poalei sión) y el Partido socialista obrero judío. Este último —el de "seimistas" o "vozrodzenies"— sostuvo que la actividad territorialista (búsqueda de un territorio, organización de la inmigración, colonización, etc.) no entra dentro de las fuerzas de una organización libre, de un partido, etc. La empresa territorialista requiere esfuerzos grandiosos que sólo pueden ser movilizados por un organismo político con poder impositivo y legislativo obligatorio. Por ello los obreros judíos deben postergar sus tareas territorialistas y luchar junto a los obreros rusos, etc., para conseguir un régimen democrático dentro del cual será posible instaurar la autonomía nacional del pueblo judío bajo la dirección del Seim (especie de parlamento) judío.

Contrariamente a los "poaleisionistas", los ss y los bundistas que eran marxistas, los dirigentes "seimistas" se orientaron hacia un socialismo idealista, dirigido hacia el "pueblo trabajador" y negando el papel específico del proletariado y de su lucha de clases.

...Y el proletariado judío debe formular ahora sus exigencias a la Nueva Rusia. Debe dejar oír su voz y decir la palabra capaz de responder a todas sus necesidades, la palabra que esté adaptada a las relaciones sociales imperantes en el seno del pueblo judío y que le indique el camino verdadero hacia el socialismo. Y el proletariado judío ya ha dicho su palabra. En el coro polifónico del proletariado de Rusia ya se escucha también la voz del proletariado judío.

Seguidamente se indican las exigencias proletarias generales más importantes, que nada tienen que ver con la "nueva palabra del proletariado judío". Y más adelante:

...él [proletariado] exige en voz alta la libre autodeterminación de los pueblos, la libertad para todas las naciones, y también para la nación judía. Y en esa libertad el obrero judío ya introduce un contenido real, extraído de la realidad judía. Avanzando mucho más allá que los "obtenedores"* grises [¡Muchas gracias! — B.], él no se detiene en el romanticismo nacional... Nosotros exigiremos la entrega de la educación judía a manos de la nación judía, en forma de Ligas escolares libres que serán organizadas por los grupos sociales judíos.

De paso y para endulzar la falta de gusto de las Ligas escolares, el editorialista de los ss introduce hábilmente la exigencia de la regulación de la emigración judía. Pero esta maniobra sólo puede engañar a los incautos: todo el mundo comprende que esta exigencia no está dirigida a la Nueva Rusia, sino a la JTO burguesa.**

La palidez e incoherencia del programa nacional en la diáspora y el abismo infranqueable existente entre los intereses proletarios y los territorialistas, entre la lucha de clases del proletariado judío y la realización del territorialismo, entre el movimiento y el ideal, entre el hoy, el mañana y el pasado mañana, entre el "aquí" y el "allí"; en una palabra, la desintegración crónica que socava, desde adentro, las bases del programa nacional de los ss, hace insensata la existencia misma de este partido. Todas esas deficiencias fundamentales demuestran claramente que los ss son los exponentes de una adaptación del pensamiento proletario al conflicto nacional que carece de valores propios y que sólo constituye

* Los "obtenedores": "Liga para la obtención de la igualdad jurídica y legal de los judíos", fundada en 1905. Organización apartidaria, integrada por activistas burgueses de distintos matices políticos, especialmente de los círculos liberales judíos. [E.]

** JTO: sigla de "Jewish territorialist organisation" [Organización Territorialista Judía], fundada por los "territorialistas" y "ugandistas" que abandonaron el Séptimo congreso sionista. [E.]

una *etapa de transición* hacia una adaptación superior, más coordinada y más revolucionaria. ¿Cómo debemos entender esto?

En el capítulo quinto hemos desarrollado el concepto de que el obrero tiene dos clases de intereses: los que se hallan vinculados al *lugar de trabajo*, a la competencia por un lugar en la producción, y a la emigración; y los que están relacionados con la *base estratégica*, con la lucha económica y política contra la explotación y la opresión, y con la solidaridad proletaria internacional. Los intereses del lugar de trabajo vinculan al obrero con las masas proletarizantes, y los intereses de la base estratégica agrupan a los obreros de una nación y a los de todas las naciones en una clase única, el proletariado, a pesar de estar organizados en partidos nacionales separados y en federaciones en los distintos estados. En el obrero judío subsisten todavía los remanentes de la psicología de las masas proletarizantes, que se acrecientan por la inseguridad de su lugar de trabajo y por el continuo temor a verse desplazado de la producción. *El programa nacional de los ss da expresión a la psicología de las masas proletarizantes*, que aún no se constituyeron en una clase proletaria verdadera.

Las condiciones de vida de las masas proletarizantes crean en ellos una psicología inestable, oscilante y, en cierto modo, anárquica. Vacilación y falta de claridad en los conceptos; inclinación hacia cambios bruscos e inesperados; "vivacidad" repentina en lugar de evolución lenta y consecuente; tendencia a renegar, con rapidez y sin mayores escrúpulos, de viejas consignas y antiguos ídolos, tales son las características psicológicas que se observan en la historia evolutiva de los ss (y de aquellos poaleisionistas organizados en el nuevo Partido socialista obrero judío). Y esas características psicológicas se observan no sólo en su actividad diaria, sino también en su forma de encarar los problemas. Los ss han señalado a la "no proletarización" o, lo que es lo mismo, a la "no industrialización" y a la emigración, como motivos de partida que conducen hacia el territorialismo. Es indudable que la proletarización anormal y la emigración constituyen *hechos y factores* reales en la vida judía, pero no pueden ser considerados como *intereses y motivos del proletariado militante*. La "búsqueda de un territorio" constituye solamente un reflejo ideológico del fenómeno más concreto del ambulaje de las masas proletarizantes judías por el mundo entero, en pos de un lugar de trabajo. Estas masas carecen de toda influencia histórica y sólo constituyen la materia pasiva con que se forjan los procesos creadores de la historia. Pero sobre la ideología de los ss pende la maldición de la esterilidad y de la impotencia de decir una palabra nueva y abrir

horizontes nuevos. Ellos sólo saben lanzar consignas altisonantes, sin ser capaces de cumplirlas. La ineptitud de los ss para convertirse en la vanguardia del movimiento territorialista y en los dueños de su propio destino está en armonía con la ideología del emigrante judío que, al sentirse desarraigado de la diáspora, deposita sus esperanzas en lugares nuevos. Los antiguos poaleisionistas de Minsk expresan la ideología de las masas proletarizantes en relación a *todos* los problemas; los ss, sólo en relación al problema nacional.

El programa *social* de los ss es de contenido proletario verdadero. *En la práctica,* ellos no sienten la "no proletarización", su "partido " no emigra, y no se preocupan por la "búsqueda de un territorio". Pero su agitación *nacional* se apoya en aquellos elementos de la psicología del obrero judío que no ejercen mayor influencia en la vida de los mismos: elementos —lo repetimos— insuficientemente maduros, anacrónicos y transitorios. La psicología proletaria judía está integrada por una primera capa de sedimentos pequeñoburgueses, sobre la cual se eleva una segunda capa con los remanentes de las masas proletarizantes, que a su vez es cubierta por una tercera capa conteniendo las formaciones más complejas y vitales de la clase proletaria militante. Las contradicciones que llevan a la destrucción de la capa intermedia y de su creación —el programa nacional de los ss— pugnan irresistiblemente por hallar una salida en alguna dirección. Los ss se encuentran, actualmente, en una encrucijada. ¿Hacia dónde los conducirá su futuro desarrollo?

Su mérito revolucionario, el territorialismo, ya es de su absoluta pertenencia. Pero en los problemas del *interés de partida* y de los *caminos* y los *medios,* los ss tienen todavía ante sí dos posibilidades. Ellos pueden romper con las tradiciones del lugar de trabajo; pueden restituir a la proletarización anormal su verdadero significado de un *motivo de clase proletario*; pueden renunciar a la "búsqueda de un territorio", a las aventuras diplomáticas y al Charter, orientándose hacia la formulación de un pronóstico concreto del futuro y partiendo de la tendencia a mudar la base proletaria judía a un lugar nuevo. En una palabra: los ss pueden acercarse hacia nosotros, los poaleisionistas. O bien, pueden volver a las tradiciones del período pequeñoburgués, al programa del Klal Israel [Israel indiviso], y hundirse en el pantano del nacionalismo aclasista. Regresar, sencillamente, al Bund, les resulta imposible porque ya se afirmaron sólidamente en el terreno del territorialismo, y si se deciden por la segunda alternativa deberán renunciar al punto de vista proletario sobre la

cuestión *nacional,* a pesar de ser socialistas en la cuestión *social.*

Lamentablemente, por lo que puede juzgarse a través del primer número de *Der Naier Weg,* los ss se orientan hacia el segundo camino, hacia el programa del Klal Israel que no reconoce distinción de sexo, edad, o clase. En el editorial de la mencionada publicación leemos, entre otras cosas, lo siguiente: "...Cuanto más densa y compacta se torna la concentración judía en los nuevos países inmigratorios, tanto mayor es su gravitación sobre las poblaciones obreras judías en la emigración. Paulatinamente se desarrolla una influencia recíproca entre la inmigración y la emigración, llegando esta última a ocupar en la ideología proletaria del obrero judío, el lugar de un factor que acrecienta la energía de su lucha de clases" (?!?!). Seguidamente vuelve a insistirse en la absurda idea de la emigración que acrecienta la energía de la lucha de clases, idea que resulta ridícula en boca de un socialdemócrata. Y luego, vuelta otra vez al pecado de los pecados de los ss: el territorialismo en la *ideología* del proletariado judío, cuando está ausente en *la vida y en la lucha* de la clase obrera. Más adelante se afirma que la peculiaridad de la vida nacional judía imprime su sello característico sobre la lucha de clases del proletariado judío. Pero *¿cuál* es ese sello y en qué consiste su carácter de clase? O sea, *¿en qué forma* se interesa el proletariado militante en el territorialismo y *cómo* lo realiza a través de su lucha de clases? Sobre esto guarda el editorialista el silencio más absoluto. Pero, por ello, en el artículo "¿Qué es el obrero judío?" ya encontramos una explicación del vínculo que une al proletariado judío con el territorialismo: puesto que el proletariado judío está vinculado estrechamente al futuro de su pueblo, y dado que éste se encuentra en el territorialismo, ¡resulta que también el proletariado judío se orienta hacia el territorialismo! Todo esto es *cierto,* pero el problema principal consiste en cómo se *comprende y se demuestra* esta verdad. Para ello es preciso analizar, primeramente, los intereses de *cada clase* por separado, y especialmente los del proletariado judío. De quedar demostrado que, a pesar de que los intereses de la burguesía y de las masas proletarizantes conducen hacia el territorialismo, los intereses del proletariado no están ligados al mismo, entonces no habría lugar para sostener que el futuro del pueblo judío es también el futuro del proletariado judío. Es imposible tomar como *punto de partida* el futuro nacional de todo el pueblo, para *arribar* al futuro del proletariado. Por el contrario, es preciso *partir* de los intereses del proletariado para *arribar* al futuro de todo el pueblo. Los ss optaron por el primero de estos dos pun-

tos de vista, por el antiproletario y "generalizador". Nosotros, los poaleisionistas, nos orientamos por el segundo camino, por el camino clasista. *Partiendo* de los intereses de la clase obrera militante judía y colocando a ésta a la *vanguardia* del futuro judío, *arribamos* al territorialismo para todo el pueblo judío.

VIII. LA IDEOLOGÍA NACIONAL DE LOS VOZRODZENIES

Pero no todos los poaleisionistas renunciaron a los conceptos desleídos e incoherentes, productos de la herencia psicológica de las masas proletarizantes. Los poaleisionistas quedaron huérfanos de toda dirección ideológica en el momento en que los ss se separaron y se constituyeron en partido independiente. De estos últimos los alejaba el territorialismo abstracto y el hecho de haber convertido a la aventura en principio de su programa político. Pero carecieron, en general, de una concepción del mundo propia. Los poaleisionistas conservaron a Palestina como territorio concreto, pero fuera de este punto que excluía la antiproletaria "búsqueda de un territorio" abundaron en sus "teorías", lo mismo que en las de los ss, la diplomacia de viejo cuño, la "no proletarización", la emigración y la concentración, como *motivos* del territorialismo proletario. En las filas de los poaleisionistas tuvo lugar un proceso de fermentación interna, a veces abierto y otras velado; ellos carecieron del elemento de la organización y, lo mismo que a los ss, se les plantearon dos posibilidades: descender a las teorías del "Israel indiviso", o bien elevarse hacia una concepción verdaderamente proletaria del territorialismo.

La ausencia del elemento de la organización en las filas de los poaleisionistas dio lugar a la formación de dos corrientes, una de las cuales —la del "Vozrodzenie"— no nació en el seno del proletariado judío sino fue importada desde afuera por un grupo de intelectuales "vozrodzenies".[5]

[6] He aquí lo que dice sobre ellos el Informe de la Conferencia constituyente del Partido socialista obrero judío, organizado bajo la propia dirección ideológica de los vozrodzenies.

"[...] Faltaba la base para un programa social y político firme. Este hecho se hizo sentir en forma cada vez más aguda, y el pensamiento poaleisionista tuvo que profundizar en el estudio de las tendencias históricas (es de lamentar que sólo 'tuvo' pues no lo hizo hasta que no acudieron en su ayuda los vozrodzenies. Con la participación de éstos, los antiguos poaleisionistas encontraron la luz sin buscarla, B) de la sociedad moderna; tuvo que analizar más

Los vozrodzenies elaboraron una teoría especial que, a primera vista, parece estar bien construida y ser rica en conceptos. En ella, lo mismo que en toda ideología compleja e "inteligente", es difícil descubrir los rasgos fundamentales de su carácter clasista. En los cuatro números de su órgano de expresión, los vozrodzenies se han ocupado muy poco del proletariado y de la lucha de clases. En aquel entonces, el grupo habíase colocado firmemente en el terreno del "Israel indiviso", entendiendo bajo esta denominación a toda la masa popular, tanto a la pequeña burguesía como a las masas proletarizantes y al proletariado. Ellos no distinguieron la existencia de *clases sociales* en el pueblo judío, profesando tan sólo un vago sentimiento de aversión y de desconfianza a los "patrones" y a los apoderados sionistas. En este sentimiento indefinido se expresaba todo su socialismo. En cambio, no carecieron de "revolucionarismo", en la acepción vulgar de la palabra, o sea, falta de madurez e inclinación hacia la polémica estéril e improductiva: ellos no ahorraron invectivas al Bund y a los sionistas generales, a Pleve y a la diplomacia de Herzl. Pero, con todo, poseyeron y aún poseen un mérito de gran importancia política: el *revolucionarismo nacional*. Y, en verdad, en lo referente al problema nacional no puede acusárseles de oportunismo, de vacilación y de exigencias programáticas moderadas. En eso consiste su ventaja sobre el Bund y sobre los ss, pero todavía se hallaban lejos del socialismo y de la lucha de clases. El materialismo histórico, la

profundamente los factores sociales de la realidad judía para encontrar los caminos que conduzcan al proletariado judío hacia la realización del socialismo." Y sobre los "vozrodzenies mismos: "[...] Aquí debemos señalar que en esta dirección (en la que no trabajaron los antiguos poaleisionistas, B), actuó también el conocido grupo de intelectuales socialistas *Vozrodzenie*. Puesto que ese grupo no pertenecía a ninguna organización política sionista ni a ninguna fracción socialista dentro del sionismo (¡Muy razonable! B) y no fue arrastrado (por el curso tempestuoso de la revolución rusa y por las conmociones en el ghetto judío, B) hacia los momentos cotidianos (léase: revolucionarios, B.) de la práctica sionista (y socialista, B), tuvo la posibilidad (¡felices ellos! B.) de analizar tranquila y detenidamente la realidad circunstante (es decir, la realidad observada desde una distancia conveniente, B), señalar con mayor relieve las tendencias históricas, e indicar con mayor claridad los caminos que conducen al proletariado judío hacia su futuro socialista. Después del Séptimo congreso algunos (¡sólo algunos! B) vozrodzenies ingresaron a las filas de las organizaciones poaleisionistas, no obstante ser partidarios de la interpretación realista y no materialista de la historia."

Socialistas "inteligentes", estudiosos de gabinete que elaboran sus teorías lejos de la vida y de la tempestad revolucionaria, realistas y no materialistas — he aquí lo que averiguamos sobre los vozrodzenies en fuentes que les son más que adictas...

concepción de mundo filosófica del proletariado, siguióles siendo extraño e incomprensible: su concepción del mundo histórico-filosófica constituye una mezcla desordenada de conceptos social-revolucionarios, de la "Sociología" de Mijailovski y del realismo de profesores de la Europa occidental como Stamler, Zimmel y Sombart. El rasgo característico de la teoría de los vozrodzenies es la confusión de conceptos sociológicos generales, una especie de teoría socialrevolucionaria revestida con ropaje europeo occidental.[6]*

* Mijailovski: sociólogo ruso. Sus escritos constituyen la base teórico-filosófica del ala izquierdista de los narodnikis rusos (Partido de los socialrevolucionarios). Contrariamente al marxismo y a su método filosófico materialista y dialéctico que toma como base del progreso social el desarrollo de las fuerzas de producción en la sociedad y la lucha de clases, Mijailovski, partidario de la escuela filosófica idealista, considera que el progreso social está vinculado al desarrollo gradual y a la liberación completa de la "personalidad pensante" del individuo. Mijailovski negó la misión histórica del proletariado y la lucha clasista como camino hacia la realización del socialismo.

Stamler, Zimmel y Sombart: sociólogos burgueses que intentaron encontrar un "camino científico" en la economía política y en la ciencia social que negara las bases del socialismo científico: el marxismo. En sus ensayos sobre los problemas generales del capitalismo, Sombart dedicó mucho espacio también al problema judío. [E.]

[6] Este grupo, único en su género, pleno de energía vital, fue sin lugar a dudas un fenómeno interesante y luminoso en la vida judía. En toda la historia de su aparición y de su activización social, hubo algo de animoso y brillante. Los "vorodzenies" aparecieron en nuestro horizonte social en la época de las "libertades" rusas, cuando relativamente no era peligroso dedicarse a la propaganda y a la agitación, como hombres carentes de pasado político, sin fisonomía social definida, sin amigos ni enemigos, sin una reputación limpia ni manchada; como hombres que en sus gabinetes no conocieron los errores, los ascensos y los descensos que acompañan inevitablemente a toda aparición social enérgica, en una época de caos revolucionario. Ellos se aprovecharon de la desorganización reinante en nuestras filas y se infiltraron en algunos centros poaleisionistas. La mayor parte de los "inteligentes" de estas organizaciones aceptaron inmediatamente, a veces sólo después de algunos días, la nueva teoría, en tanto que las masas ambulaban en la niebla y se debatían en la confusión. Pero, en lugar de traer la luz, los "vozrodzenies" introdujeron una confusión y una desorganización aún más grandes. Eso, sumado a la atmósfera de mentiras, fatuidad, intrigas y calumnias con que los no invitados "organizadores" rodearon a su actividad, lleva a pensar involuntariamente que la teoría de los "vozrodzenies" con su revolucionarismo exclusivamente *nacional* es ajena al proletariado. Las tentativas de unirlos artificialmente, que dieron lugar a la formación del "partido" Socialista obrero judío, sólo han servido para debilitar a ambos elementos. La antigua y si lo deseáis única belleza del grupo *Vozrodzenie* ha desaparecido para dejar lugar a rencillas de partido nada bellas. Y en cuanto a los obreros, fue conmovida toda su concepción del mundo. La artificialidad de la fusión de la teoría de los vozrodzenies con la ideología clasista del proletariado queda demostrada con el pantano a que llevó este "enlace". Y ello es aún más patente cuando analizamos las teorías "vozrodzenies" tal como hallaron su expresión en la antología *Vozrodzenie* que lleva el demasiado pretensioso subtítulo. "El proletariado judío y el problema nacional judío."

Cuando los vozrodzenies se dirigieron hacia la masa obrera judía aprendieron a declinar bien la palabra "proletariado" y a rodearla de muchos signos de admiración. Pero no por ello acortaron la distancia que media entre su teoría y el socialismo y la clase obrera. Su socialismo es de un tipo muy original. No hace falta ser materialista histórico para comprender que el socialismo constituye, ante todo y sobre todo, un vuelco en la vida *económica* que traerá aparejado una serie de transformaciones políticas y culturales más favorables.

El proletariado está seguro de que en el régimen socialista desaparecerá toda clase de opresión, también la nacional, nacida de la explotación y de la competencia económica, aun cuando más no fuera que por el solo hecho de desaparecer el factor de la opresión económica. El socialismo significa la *socialización de los instrumentos de producción*, y no otra cosa.

Los vozrodzenies sostienen que el problema judío no es sino un producto de la explotación nacional, la que, a su vez, es una consecuencia de la condición de extraterritorialidad del pueblo judío; que "el problema judío se origina por la falta de formas nacionales autónomas de vida social... Hemos visto que la explotación nacional de los judíos se produce aquí en la esfera económica, política y cultural".[7] Para todo socialdemócrata resulta claro que la *causa básica* no reside en el hecho de que los judíos carecen de un territorio, sino en el régimen social imperante basado en la competencia y en la explotación, o sea, en la *propiedad privada* de los instrumentos de producción. Con la eliminación de ésta y con la desaparición de las relaciones de producción capitalistas, quedará también solucionado el problema judío. Pero nosotros, los poaleisionistas, sostenemos en cambio que este problema puede ser resuelto *hasta cierto punto, también con anterioridad* al advenimiento del orden socialista, todavía en el marco de la economía capitalista, mediante la creación de una sociedad judía autónoma que eliminará la causa *más inmediata* de la opresión judía —la extraterritorialidad del pueblo judío.

El articulista de los vozrodzenies agrega:

Naturalmente, podíamos haber afirmado que la solución radical del pro-

[7] *Vozrodzenie*, 1905, p. 36.

blema judío, lo mismo que la de todo otro problema nacional, será dada por el socialismo, pero eso sería incurrir en una tautología. Nosotros concebimos la sociedad socialista como un orden social del que fueron eliminadas todas aquellas condiciones que dan nacimiento a la opresión y a la explotación económica, política y nacional. *Nosotros vemos en cada una de estas libertades un ideal social autónomo* en cuya concreción es preciso la inversión de esfuerzos de creación social *independientes* y la combinación de fuerzas sociales especiales a las que abarcamos, desde un punto de vista *formalista*, en el concepto general de movimiento socialista.[8]

Eso significa, ni más ni menos, que la libertad política, la libertad económica, y la libertad nacional, constituyen todos ideales separados que sólo "formalmente" son abarcados por el socialismo; o sea, que el socialismo no es sino una palabra, un sonido vacío. En la realidad existen tres socialismos distintos: el socialismo político, el socialismo económico, y el socialismo nacional... Y aun cuando ya hayamos alcanzado el socialismo económico podrá subsistir todavía la opresión nacional, contra la cual deberá luchar aparte el socialismo nacional separado. Es indudable que también el antisemitismo subsistirá en la era del socialismo económico, tal como lo demostró magníficamente el "erudito" vozrodzenie Ben Adir en su "estudio científico": "Un tema robado".[9]

Así entienden el socialismo estos "socialistas inteligentes", estos "revolucionarios".

Pero en el subtítulo de la antología *Vozrodzenie* leemos: *El proletariado judío y el problema nacional judío*, y nosotros estamos muy interesados en conocer la relación que tiene el proletariado militante hacia el problema nacional, por qué y en qué forma está interesado en su solución. Éste es el problema cardinal que no ha merecido una respuesta de parte de los "sionistas socialistas".

En las páginas 62-64 encontramos un resumen del enfoque de los vozrodzenies del problema nacional. Este resumen no se diferencia en nada del enfoque de los ss:

Una parte considerablemente grande y desarrollada de la pequeña burguesía judía está expuesta a un proceso de degeneración por la presión de dos factores: el desarrollo del capitalismo, por un lado, y la competencia de la burguesía naciente de otras nacionalidades, por el otro. Esa competencia propagará el antisemitismo... entre la pequeña burguesía.

[8] *Vozrodzenie*, 1905, p. 36. El subrayado es nuestro.
[9] *Vozrodzenie*, núms. 3 y 4, 1905.

Elementos de desamparo jurídico judío... subsistirán inevitablemente, en una forma u otra, también después de la derogación de las leyes restrictivas... El gran crecimiento de las masas proletarizantes y el aumento desproporcionado del "ejército de reserva" obrero y del "lumpenproletariado", como resultado de este crecimiento, caerá como una carga pesada sobre los hombros del proletariado judío, puesto que todos estos elementos se convertirán en competidores directos en el mercado de trabajo. Estos factores aumentarán la inseguridad de las posiciones económicas de aquellas capas del proletariado judío que están ocupadas en los sectores más atrasados de la producción. Una de las consecuencias más importantes de todas las anomalías en nuestra existencia nacional será una emigración en masa que, entre nosotros, asumirá, tanto cualitativa como cuantitativamente, un carácter claramente nacional. La emigración será siempre el barómetro que señalará la fuerza de la presión externa ejercida sobre la nación judía. [...] En el curso de muchos decenios, la emigración en masa devendrá una enfermedad crónica del pueblo judío. [...] El problema emigratorio estará siempre sobre el orden del día de los partidos proletarios judíos, independientemente de las oscilaciones temporarias de la ola emigratoria, en una dirección o en otra.

El principio de partida de los ss, *el punto de vista de las masas proletarizantes.*

La pobreza del idioma nacional; la escasez de la creación nacional-cultural propia en comparación al desarrollo cultural relativamente elevado; la multiplicidad lingüística, orgánicamente inevitable, que introduce un elemento de desunión en la esfera de los conceptos adquiridos (!?); la huida de un gran sector de intelectuales hacia el campo de las naciones libres, con mayor riqueza cultural: todos estos factores ejercerán una influencia poderosa durante los primeros estadios de la nueva era del desarrollo cultural del proletariado judío, y demandarán una gran inversión improductiva de su energía cultural.

El principio de los bundistas, el punto de vista de la pequeña burguesía.

Y por último, un principio de partida *aparentemente* poaleisionista, un punto de vista *aparentemente* proletario:

La diferencia existente en el desarrollo político del proletariado judío y en el del proletariado de otras nacionalidades —una diferencia que es explotada por la burguesía— generará una serie de choques especiales que dificultarán y complicarán su lucha de clases. [...] Sobre la piedra de estas dificultades se estrellará la energía social del proletariado judío en su aspiración a elevarse socialmente al nivel del proletariado de las naciones libres.

Todo esto podría considerarse una multilateralidad encomiable de no tratarse, en realidad, de una lamentable ausencia de principios. Está fuera de toda duda que el *proletario* judío militante es también un *obrero*, y que como tal sufre los efectos de la competencia de las masas proletarizantes; es cierto que el proletariado judío tiene necesidad de un desarrollo cultural, y que las anomalías de la vida cultural judía repercuten negativamente sobre él y sobre su lucha de clases. Pero ¿por qué razón se interesa el proletariado judío militante en el territorialismo? Sobre esto no se nos dice absolutamente nada. Más aún: sigue sin aclararse el concepto de los vozrodzenies sobre las anomalías de la lucha de clases proletaria judía. Los choques que dificultan a esta última tienen su origen en la "*diferencia* existente entre el desarrollo del proletariado judío y del proletariado no-judío"; esta diferencia es explotada —no se sabe en qué forma— por la burguesía; ¿por cuál?, ¿por la judía o por la no-judía? Tampoco eso sabemos. Y el proletariado judío aspira inútilmente a elevarse al nivel social del proletariado de las naciones libres.

Esta última hipótesis, que los vozrodzenies gustan repetir en formas distintas, está en abierta contradicción con el socialismo verdadero. El acrecentamiento de la diferencia social es un hecho, pero no constituye un *motivo* de la lucha. Como tal significaría, ni más ni menos, *envidia*. Y no cuadra a un socialista deducir el socialismo o el territorialismo del sentimiento de la envidia. Quien así procede da prueba de inclinaciones *pequeñoburguesas* en la esfera del pensamiento y del sentimiento.

El teórico de los vozrodzenies vuelve a hablar sobre las condiciones insatisfactorias de la lucha de clases del proletariado judío y vuelve a subrayar, en síntesis, que "el proletariado judío no puede desarrollar libremente sus fuerzas clasistas" debido a las anomalías del "estado de guerra" crónico en el que siempre vive el pueblo judío (hay que suponer que el autor se refiere aquí al peligro de los pogromes).[10] Pero la anormalidad de las condiciones de la lucha clasista del proletariado judío sigue sin ser aclarada por los vozrodzenies. Y tampoco encontramos en ellos un principio básico proletario general que determine su territorialismo y aclare las anomalías del obrero judío. No es suficiente con *proclamar* la existencia de anomalías en la vida del proletariado judío; también es preciso *comprenderlas y explicarlas*. No hay que olvidar que observaciones aisladas sobre la existencia de esas anomalías las encontramos también entre los bundistas, los ss,

[10] *Vozrodzenie*, 1905, p. 19.

y aun entre los veteranos poaleisionistas de Minsk y los zeireisionistas.

¿Cuál es, pues, la teoría básica sobre la que se apoya la argumentación "proletaria" de los vozrodzenies? El proletariado, afirman ellos, se torna nacional en forma involuntaria.

> Extrayendo sus fuerzas de la creciente capacidad, activización, y abigarramiento de las masas, la vanguardia de la sociedad moderna, el proletariado, vese forzada a tornarse involuntariamente nacional, en forma cada vez más pronunciada.[11] La lucha de clases, no obstante su carácter internacional, se vierte inevitablemente en moldes nacionales. *El proletariado en general*, el proletariado sin formas nacionales, sólo puede ser concebido abstractamente, pero desde un punto de vista *empírico* existe un proletariado judío, ruso, polaco, etcétera.[12]

Es verdad que el proletariado es nacional, pero aquí la cuestión es otra: es preciso explicar *en qué forma* se plantea para el proletariado, como clase, el *problema nacional*. Es indudable que existe un proletariado judío, pero ¿en qué forma se plantea para él el problema judío? ¿Tiene el proletariado judío *intereses nacionales* propios, y cuáles son ellos?

Los vozrodzenies reconocen ciertamente la existencia de intereses nacionales en general, y los conciben del modo siguiente:

> Nosotros aceptamos como una verdad sobrentendida la existencia de una suma determinada de intereses solidarios que unifican a todos los miembros de una nación. Para defender estos intereses, la nación vese obligada a actuar como una unidad colectiva no obstante los profundos antagonismos sociales que imperan en su seno.[13]

Como es habitual entre los vozrodzenies, lo verdadero se confunde aquí con lo falso. Es verdad que existen "intereses solidarios" entre todos los miembros y clases de una nación. Pero de gentes que ya en la portada de su antología subrayan ostentosamente la palabra "proletariado", se puede exigir que entiendan lo siguiente: primero el interés nacional del proletariado no es un producto de los "intereses solidarios", sino que éstos son frutos de los intereses concordantes del proletariado y de las demás clases sociales; segundo, los intereses *nacionales* del proletariado son, ante todo, sus intereses de *clase*, y como tales, se diferencian fun-

[11] *Vozrodzenie*, 1905, p. 30.
[12] *Vozrodzenie*, 1905, p. 30.
[13] *Vozrodzenie*, 1905, p. 53.

damentalmente de los intereses nacionales de las demás clases de la nación.

Pero la corona más hermosa, la encontramos en la observación siguiente:

El sector más consciente del proletariado judío encontró su ideal histórico (¿Qué significa eso?, B.), el ideal que arranca directamente de todo el pasado y el presente judío, allí donde se encuentra la génesis lógica (?) e histórica (?) de la tragedia judía (como se sabe, la génesis histórica se encuentra en la tumba de Raquel, B.): en la creación de una sociedad judía autónoma.[14]

Por último, queremos aconsejar a los vozrodzenies que en caso de decidirse a sacar una segunda edición de su antología, no se olviden de corregir el lamentable error de imprenta deslizado en el título de la primera edición del libro. En lugar de: *Vozrodzenie. El proletariado y el problema nacional. Una selección de artículos*, se lee: *Vozrodzenie. El Klal Israel y el problema nacional. Una selección de artículos.*

Los vozrodzenies afirman siempre haber descubierto los "caminos verdaderamente proletarios para la realización del territorialismo". Estos caminos son los de la autonomía nacional-política en los países de la diáspora, ya que "la autonomía nacional-política representa para el proletariado el único camino para la realización de su ideal nacional".[15] Y este ideal es, según lo han proclamado más de una vez los vozrodzenies, el territorialismo.

Admitamos, por un momento, que la autonomía nacional-política es el único camino para la realización del territorialismo. Pero, a la justificada pregunta: ¿En qué forma podrá el proletariado judío, con *auxilio de la lucha de clases*, utilizar al Seim para conseguir la autonomía *territorial*?, responde la antología con el silencio más absoluto. Y esta pregunta está aún más en su lugar por cuanto en una página anterior sorprende el articulista al lector con la siguiente aclaración: "La organización sionista morirá en forma natural por propia degeneración... y... el *transporte de muchos centenares de proletarios indigentes será la tarea y la función del proletariado judío mismo.*"[16] Cuando se dice que el proletariado judío está destinado a encargarse del transporte de centenares de miles de proletarios, se nos hace interesante saber en qué forma realizará semejante empresa. Es indudable que

[14] *Vozrodzenie*, 1905, p. 74.
[15] *Vozrodzenie*, 1905, p. 77.
[16] *Vozrodzenie*, 1905, pp. 65-66.

los vozrodzenies oyeron decir en alguna parte que dentro de la economía capitalista el proletariado posee sólo un medio de combate, el de la lucha de clases. Y nosotros volvemos a insistir en nuestra pregunta anterior. Una respuesta medida se insinúa entre las líneas siguientes:

En un comienzo, el problema emigratorio se planteará ante el Seim nacional judío... Nosotros (¿Quiénes? ¿El grupo de los "vozrodzenies"?, B.) nos colocaremos, naturalmente, en el terreno de la solución territorial como la única efectiva... Aquí (¿En la solución territorial del problema emigratorio?, B.) se encuentra la línea que nos separa de otras corrientes territorialistas (?), proletarias y burguesas. Puesto que éste es un problema fundamental, nos ocuparemos de él por separado. Por el momento, queremos señalar que el solo planteamiento del problema emigratorio ante el Seim nacional judío será de la mayor importancia en la lucha por el territorialismo.[17]

¿En la lucha de quién? ¿Quién luchará por el territorialismo: el proletariado o la JTO? ¿Y contra quién se luchará por el territorialismo: contra la burguesía o contra el Bund?

Para encontrar una respuesta a estas preguntas debemos dirigirnos hacia la agitación oral de los vozrodzenies. Según ellos, el proletariado librará en el Seim una lucha de clases por el territorialismo en tres direcciones. En primer lugar, el proletariado judío obligará a la burguesía judía a aceptar la solución territorial del problema emigratorio; segundo, impondrá a la burguesía la elección de un territorio determinado; tercero, luchará por un método de colonización que responda a los intereses de las masas populares. Parece ser que esta última es para los vozrodzenies la tarea más importante, por cuanto prometen publicar, en una de sus próximas ediciones, los planes de colonización de F. Oppenheimer* con la correspondiente crítica de los mismos.[18] ¡Como si un partido proletario pudiera, en verdad, interesarse seriamente en toda clase de proyectos colonizadores! ¡Porque es indudable

* Franz Oppenheimer. Profesor de economía política que confiaba en la posibilidad de resolver la cuestión social por el camino del cooperativismo en todos los terrenos de la vida económica. Oppenheimer atribuyó el fracaso del ensayo cooperativista en el pasado a las deficiencias en la aplicación del sistema, proponiendo por su parte la creación de "cooperativas de colonización" basadas en la agricultura colectivista, en la manufactura y la industria. Fue autorizado por la Organización sionista a poner en práctica su proyecto, creando para estos efectos la colonia "Merjavia". [E.]

[17] *Vozrodzenie*, 1905, p. 76. El subrayado es nuestro.
[18] *Vozrodzenie*, p. 76.

que los vozrodzenies tienen todavía la debilidad de considerarse un partido proletario!

Estas tres tareas que los vozrodzenies se plantean en el Seim judío son tan absurdas que no valdría la pena detenerse en ellas, si no fuera que con estos argumentos empañan la conciencia de clase de nuestros antiguos compañeros y predican conceptos que nada tienen que ver con la lucha de clases proletaria.

"El proletariado obligará a la burguesía a aceptar la solución territorial del problema judío"... Cuando nosotros decimos que el proletariado debe *luchar* por el derecho al sufragio universal, lo hacemos entendiendo que la burguesía *dominante* está, por la naturaleza de sus intereses, *en contra* de ese derecho. Y lo mismo reza para con las exigencias de una milicia popular, de la jornada de trabajo de ocho horas, de la igualdad jurídica para las mujeres, en una palabra, para con todas las exigencias democráticas en general. *Cada una de esas exigencias es de carácter tal, que la burguesía dominante no puede aceptarlas voluntariamente*; de otro modo, sería ridículo hablar sobre una lucha de *clases*. ¿Y puede afirmarse, acaso, que la exigencia territorialista es del tipo de las exigencias arriba mencionadas? ¿Puede sostenerse con propiedad que se trata de una exigencia proletaria que la burguesía jamás aceptará voluntariamente? ¿O es que debemos admitir que los vorzodzenies librarán en el Seim una lucha de clases contra el Bund, aliándose con proletarios tan probados como Avinovitzky y Mandelshtam?* Lo mismo que escolares acusados, los vozrodzenies se esfuerzan en demostrar, por todos los medios, que ellos son los proletarios más verdaderos y que no pecan de ideas pequeñoburguesas, deslizándose con el proletariado y con la lucha de clases por caminos completamente innecesarios.

Peor es aun el asunto de la "lucha de clases" por un territorio determinado. Aun sería comprensible que el proletariado tenga que librar una lucha de clases contra Ussishkin y su palestinismo. Pero fuera de esto, ya no comprendemos nada. Parece ser que un buen día los partidos en el Seim judío se dividirán de acuerdo a los territorios: a la derecha tomarán asiento los "ugandistas" o "madagascaristas" burgueses; en el centro, los filopalestinenses, y a la izquierda, los "surinamistas" o "patagonistas" proletarios.**

* Avinovitzky: Activista burgués, conocido por sus concepciones reaccionarias en las cuestiones de política general. Mandelshtam: Activista de la Sociedad territorialista judía. [E.]

** El autor se refiere a las corrientes defensoras de diversos asentamientos geográficos de la emigración judía en pro de un estado nacional propio: Madagascar, Surinam, la Patagonia o Uganda. El asentamiento en Uganda fue propuesto por los ingleses al Dr. Herzl para crear allí un centro territorial judío, autónomo desde un punto de vista municipal y religioso. Esta propuesta presentada al Sexto congreso sionista provocó grandes discusiones y dividió a los sionistas en dos bandos contrarios. Por mayoría de votos fue resuelto el envío de una Comisión investigadora a Uganda compuesta por los Sres. Vilbovshitz y Kaiser, pero el informe de la misma fue negativo y después de una polémica violenta entre los partidarios y adversarios de Uganda, los primeros hicieron abandono del congreso creando la Sociedad territorialista judía. [E.]

Pero, ¿qué sucederá si no todos los proletarios concordaran con los "patagonistas" y si una parte de la burguesía se aferrara al patagonismo? ¿Qué sucederá entonces con la lucha de clases?

Y, por último, la "lucha de clases" por los métodos de colonización. En el confuso concepto de "métodos de colonización" debemos distinguir dos momentos: el de la organización económica y técnica de la colonización, y el de los derechos y las condiciones políticas en las que ésta se realiza. El primer momento no se encuentra en manos del proletariado, como clase, y ni siquiera en manos de los proletarios, como individuos. Es preciso ser muy ingenuo para creer que en la economía capitalista, la burguesía puede ser despojada de la dirección financiera y técnica de las empresas económicas. ¿O es que debemos admitir que el problema del territorio judío se planteará en el Seim en el período de la dictadura del proletariado? En tal caso, ¿de dónde sacarán los vozrodzenies una burguesía para librar contra ella su "lucha de clases"? Un programa que incluye los proyectos de colonización de Oppenheimer, de Warburg, etc., podrá ser un programa para los vozrodzenies, pero de ningún modo podrá ser considerado un programa proletario.

Y en cuanto a las normas políticas que regulan la colonización, lo siguiente: la democratización de las normas políticas constituye, en general, uno de los objetivos de la lucha de clases proletaria; pero, en nuestro caso, esas normas no estarán supeditadas a la burguesía judía sino al gobierno del país del que se conseguirá el territorio. Los vozrodzenies podrán, en sus discursos, gritar cuanto les venga en gana contra el Parlamento británico, podrán afirmar que Ussishkin lo ha sobornado todo y que él mismo no es más que un "jovev sion" disfrazado; todo eso no ayudará al proletariado judío a obtener del ministro de colonias británico, un Charter ventajoso. El corazón se desvive ¡ay! por librar una lucha de clases por cualquier cosa, aun cuando más no fuera que por los métodos de colonización, ¡pero desgraciadamente no hay contra quién librar esa lucha!

Pero por encima de todo —y aquí nos lanzamos resueltamente contra las bases mismas del "seimismo"— es absurdo pensar que dentro del Seim nacional judío la lucha de clases estará en condiciones de desarrollarse ampliamente y de producir resultados satisfactorios. La lucha de clases del proletariado adquiere gravitación social y política sólo cuando está dirigida contra la forma de capitalismo imperante en el país del que se trata. En los países de la diáspora, el poder se encuentra en manos del *gran* capital industrial, en tanto que entre los judíos predomina el capital medio y pequeño. Para que la lucha de clases adquiera la gravitación revolucionaria que esperan los vozrodzenies, es preciso que la misma esté dirigida contra la gran burguesía. Pero ¿podrá el proletariado judío luchar, dentro del Seim, contra el gran capital industrial?

Y aquí repercute muy negativamente sobre la teoría de los vozrodzenies el eclecticismo general de su concepción sociológica. Tratándose de partidarios de Mijailowsky, o de discípulos de Stamler, o de simples "ajad-haamistas", y siendo incapaces de comprender la importancia del factor económico en la vida social, los vozrodzenies son también lo suficientemente ingenuos como para creer que con reformas políticas podrán curarse las anomalías de la base económica. Los seimistas se burlan del Congreso sionista, arguyendo la imposibilidad de librar en él una lucha de clases. En cambio, esa lucha tendrá en el Seim amplias perspectivas de éxito por tratarse de una institución política con poder impositivo. Los vozrodzenies olvidan empero que el proletariado judío está empleado en la pequeña industria y en la artesanía, y que el gran burgués judío no está interesado en el trabajo judío y explota la mano de obra gentil. Las anomalías de la base estratégica del proletariado judío tienen sus raíces en las condiciones de la vida económica de su pueblo, y mientras dichas condiciones no sean modificadas ninguna clase de instituciones políticas democráticas mejorará su situación. Los ataques del obrero judío consciente, dentro del Seim, no alcanzarán a la gran burguesía tal como tampoco la alcanzan fuera del mismo. En la agitación oral de los vozrodzenies, el Seim aparece como un fetiche de propiedades mágicas. Pero quien no se halla cegado por la propaganda fanática y fantástica, entiende de inmediato que la lucha de clases dentro del parlamento, del Seim, etc., se apoya en la lucha de clases que se libra dentro de las amplias masas de la sociedad. Todo individuo sensato entiende que si el proletario judío no trabaja en las fábricas de los grandes capitalistas judíos ni de los capitalistas medios, tampoco puede librar contra ellos una

lucha de clases; que esta última sólo está dirigida contra la pequeña burguesía y contra aquel sector de la burguesía media que no ejerce ninguna influencia en la vida política; que la anomalía de la base estratégica del proletariado judío está condenada a reflejarse también sobre el Seim nacional; que la incapacidad del proletariado judío de modificar radicalmente su situación en los países de la diáspora le impide obligar a la burguesía a aceptar sus exigencias en el Seim; en resumen, que no puede tomarse en serio todo el palabrerío sobre que el proletariado *obligará* a la burguesía a aceptar la solución territorial del problema emigratorio, la elección de un territorio determinado, y la adopción de los métodos de colonización por él elegidos. La socialdemocracia moderna ha arrancado la corona al prejuicio del orden republicano asignándole un papel muy modesto en el mejoramiento del nivel de vida de los obreros; lo mismo ocurre con el pensamiento crítico, frente al entusiasmo de los vozrodzenies por el Seim.

Resulta claro que el Seim no constituye un camino de clase proletario para la realización del territorialismo. Tampoco vemos las razones por las cuales el Seim no pueda ser aceptado también por el territorialista burgués-extremista, como instrumento para la realización de sus ideales. Y, en verdad, este "camino proletario" empezó a propagarse últimamente también entre los sionistas burgueses. ¿En qué dejan de ser "seimistas", por ejemplo, Ussishkin y Zabotinsky?* ¿Acaso en que están dispuestos a conformarse *provisoriamente* con una unión nacional libre, sin la sanción del estado? Pero si aceptamos la opinión de los vozrodzenies según la cual una unión nacional libre resulta imposible, entonces los sionistas burgueses veránse obligados a renunciar rápidamente a su exigencia *mínima provisoria*, para exigir una autonomía sancionada. ¿*Contradeciría* semejante autonomía los intereses de la burguesía? ¿Y cómo pueden denominarse "proletarios", caminos e instrumentos que no contradicen los intereses burgueses? Y no olvidemos que los sionistas burgueses consideran al Seim como la mejor forma de organización para el judaísmo y para la actuación nacional propia, que debe conducir hacia el

* Por la misma época en que hizo su aparición el Poalei Sión, empezó a ganar terreno entre los sionistas burgueses la idea de que no era suficiente con colonizar a Palestina sino que era necesario también librar una lucha por la obtención de amplios derechos nacionales en la diáspora. En la Conferencia de Helsingfors (1906) de los sionistas rusos, esta exigencia fue incluida formalmente en el programa de la Organización sionista de Rusia. Ussishkin y Zabotinsky se pronunciaron en favor del nuevo curso y defendieron la nueva línea en el sionismo. [E.]

sionismo. Pero sería erróneo creer que el Seim constituye una invención de los vozrodzenies, que fue arrebatada por los sionistas burgueses. Los primeros lo extrajeron de los escritos del jurista austriaco Springer,* y sin invertir mucho pensamiento en las condiciones reales de la vida judía y en la peculiaridad del problema nacional en Rusia —sin mayores miramientos y sin las reformas necesarias— lo trasladaron directamente al escenario ruso. Según los vozrodzenies el Seim no constituye sino un fruto de su propio pensamiento, pero en verdad el "seimismo" no es sino una imitación realizada sin el menor cuidado. Los sionistas burgueses se esfuerzan, por lo menos, en adaptar el proyecto de Springer a las condiciones de la vida judía y rusa en general. Si su adaptación no resulta acertada, ello se debe a que conciben las condiciones desde un punto de vista burgués. Entre los sionistas burgueses se observa, al menos, un esfuerzo de pensamiento realista; entre los vozrodzenies, ni eso se nota. Sólo abunda una fraseología hueca y aparentemente proletaria.

Existe, sin embargo, una diferencia importante entre los sionistas burgueses y los vozrodzenies, y aun ella no es favorable a los últimos. Por lo general, la burguesía aspira a limitar la esfera de las exigencias democráticas aun cuando concuerda con algunas de las exigencias del proletariado. Pero, en el caso que nos ocupa, los sionistas burgueses no sólo no restringen la exigencia del Seim, sino que agregan a ella la demanda de un trabajo práctico en Palestina. Y todavía nadie ha demostrado que un trabajo práctico en Palestina perjudique al Seim y lo restrinja. En una palabra: no vemos en qué consista el carácter proletario especial de las exigencias de los vozrodzenies. Los caminos *proletarios* para la realización del territorialismo no se encuentran en el Seim, porque la palabra del proletariado es pronunciada en una esfera distinta.

Pero, ¿es el Seim, en general, un camino para la realización del territorialismo? Nosotros sostenemos que el Seim sólo puede *facilitar* la obtención de la autonomía territorial, pero *no conduce* hacia el territorialismo. Con ser un importante instrumento para la *organización* de las masas judías, es aun insuficiente para realizar el sionismo. Cuando los vozrodzenies exigen la instauración del Seim y se lanzan con verdadera crítica partidaria contra el Congreso sionista mundial, no hacen más que socavar las bases

* Sobre Rudolf Springer (seudónimo con que publicaba sus escritos sobre el problema nacional el socialdemócrata Karl Renner) véase *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, en Cuadernos de Pasado y Presente, núms. 73 y 74, México, 1978. [E.]

sobre las que ellos mismos se asientan, por cuanto sin un *Congreso sionista mundial el Seim pierde toda relación con la realización del territorialismo.*

Según los vozrodzenies, la autonomía nacional política en la diáspora conducirá hacia la solución territorial del problema emigratorio y del problema judío en general, por dos caminos: por un lado, solamente el trabajo en el Seim, sólo los esfuerzos de regulación organizada de la emigración y de otras necesidades nacionales, bajo la supervisión de todo el pueblo, *demostrarán* a éste la necesidad de la autonomía territorial del territorialismo; y por el otro, solamente el Seim estará en condiciones de movilizar las fuerzas internas financieras y organizacionales, y externas necesarias para la realización de la autonomía territorial. En otras palabras: el Seim realizará el territorialismo.

¿En qué forma demostrará el Seim la necesidad de resolver territorialmente el problema judío? Semejante solución presupone una transformación radical en la vida judía, y constituye la *adaptación más revolucionaria* al conflicto nacional. Adaptaciones semejantes no se realizan rápidamente, no se aceptan rápidamente, y no se propagan rápidamente.

Para que el Seim acepte el programa territorialista será preciso realizar una agitación partidaria, activa e intensa, tanto dentro como fuera del mismo. O sea, que además del Seim habrá necesidad de un *partido territorialista* militante. Pero para que la agitación tenga éxito es preciso que la propaganda no se limite únicamente a palabras, sino que se exprese también en un *trabajo práctico en el territorio.* Ningún partido y ninguna idea tienen derecho a esperar un éxito asegurado si sólo se dedican a la *propaganda oral*, desentendiéndose del medio más efectivo: la *propaganda de los hechos.*

Las amplias masas organizadas en las filas de un partido *territorialista* deben ver y participar en el trabajo territorialista; en caso contrario, se apartarán del mismo, quedando reducido el territorialismo a una mera aspiración de hombres de gabinete, o, en el mejor de los casos, a una frase demagógica.

Entre los vozrodzenies, lo mismo que entre los ss, el territorialismo sólo está presente en la *ideología*, pero no en la vida práctica, siendo su rasgo característico la audacia en el lenguaje y la cobardía en la acción. La lucha por el Seim no significa aún una lucha por el sionismo. La lucha del proletariado, como *clase*, reviste siempre un carácter socialista; el socialismo no es un ideal meramente regulador, sino, por el contrario, una idea que se realiza a cada hora en la vida práctica. La jornada de trabajo de

ocho horas, el sufragio universal, etc., no constituyen meras *aproximaciones* al socialismo sino son elementos de cuya suma nacerán las nuevas formas de vida socialistas. En cambio, la autonomía nacional-política en la diáspora no es un elemento capaz de estructurar, en unión a otros semejantes, la autonomía territorial del pueblo judío.

En la medida en que impera el sufragio universal, se realiza también una parte del socialismo. Por el contrario: en la medida en que existe la autonomía territorial, se torna superflua la autonomía nacional-política. La concentración territorial constituye, por así decirlo, la negación de la diáspora. La lucha por la autonomía nacional-política en la diáspora constituye, naturalmente, uno de los aspectos del movimiento de liberación nacional, pero si ese movimiento postula la autonomía territorial debe asentarse también sobre bases "vozrodzenies". Un partido verdaderamente territorialista, obligado a recurrir a la propaganda para convencer al pueblo judío y al Seim de la necesidad de la autonomía territorial, no puede tolerar una deficiencia tan importante en su programa; él se esforzará en demostrar esa necesidad en forma práctica, recurriendo para ello a la ayuda de las instituciones partidarias. Es evidente que, contrariamente a la opinión de los vozrodzenies, el Seim no sólo no excluye el libre trabajo práctico del partido en el territorio, sino que también tiene necesidad del mismo como prerrequisito de la participación que tomará más adelante en el trabajo práctico. Para que el Seim se ocupe de la solución territorial del problema judío, es preciso que la Organización sionista trabaje primero en el territorio.

De lo que se deduce que el Seim no es capaz de realizar, por sí solo, el sionismo. Esta conclusión se ve confirmada por otras consideraciones, la más importante de las cuales es que el *Seim no constituye una institución capaz de conducir una política internacional, en tanto que el territorialismo es una tarea que afecta a los judíos de todos los países.*

El sentido de la exigencia de la autonomía nacional-política es que Rusia y otros estados multinacionales[19] se transformen en federaciones de uniones nacionales; consérvase aquí la unidad política superior y la integridad de la República federada.

La dirección suprema de los asuntos generales de toda la república permanece en manos del parlamento central, a quien

[19] Llámase estado multinacional al estado integrado por varias nacionalidades distintas, verbigracia: Austria-Hungría, Rusia, Turquía, Prusia, Bélgica, son estados en los que existen los problemas nacionales y la opresión nacional.

corresponde también la representación internacional.[20] Si atribuyéramos al Seim nacional judío, en Rusia por ejemplo, un carácter internacional, destruiríamos en sus bases el principio de la unidad del estado federativo, principio que no podrá ser anulado por ninguna democratización de la sociedad burguesa. Es inconcebible la idea de que el Seim judío en Rusia, Austria, o América, podrá negociar en forma independiente con los gobiernos de Turquía o de Gran Bretaña, o podrá enviar capitales al extranjero para colonizar territorios pertenecientes a otros estados, sin recibir antes la autorización correspondiente del gobierno central. Por más democrática que sea la sociedad burguesa, será imposible que el Seim de los judíos rusos pueda desarrollar directamente una política colonizadora fuera de las fronteras de Rusia, que el Seim de los judíos austriacos pueda dedicarse a la colonización fuera de las fronteras de Austria, etc. Para quien no tenga la conciencia política empañada por la vocinglera agitación seimista, le resulta claro que *sin la mediación de la Unión sionista mundial, cuyo órgano es el congreso, los Seim no podrán ocuparse de la solución territorial del problema judío.* Por otra parte, la formación de una Liga mundial de Seim judíos será imposible aun cuando más no fuera que por el solo hecho que ella contradeciría el principio de la unidad e integridad de los estados federativos. Es inverosímil pensar que el pueblo judío pueda conseguir permiso para desarrollar una política nacional de carácter *internacional* en la diáspora. Ello presupondría la creación de una organización internacional con derechos soberanos, que se inmiscuiría en los asuntos internos de todos los estados con población judía.

Lo único que podrá conseguirse en las relaciones internacionales democráticas imperantes en la economía capitalista es la *lega-*

[20] La unidad e integridad de una república federativa no constituye una simple "aspiración patriótica" sino un principio íntimamente ligado al concepto de la autonomía *nacional*. En el curso del desarrollo capitalista, las nacionalidades se mezclan en forma cada vez más intensa debido a las migraciones ininterrumpidas, por lo que la autonomía territorial regional no puede resolver el problema nacional dentro de los estados multinacionales. En lugar del principio territorialista introdúcese cada vez más en el concepto de nación el principio personal; la transformación de un estado multinacional en una federación de nacionalidades autónomas significa, por consiguiente, la individualidad del territorio del estado involucrado. Éste es el principio en el plan de Springer que armoniza con las necesidades del desarrollo capitalista. Naturalmente, puede darse el caso de que territorios nacionales con poblaciones homogéneas se separen del estado multinacional; entonces ya no tendremos un nuevo miembro del estado federativo, sino un nuevo sujeto soberano reconocido por la ley internacional.

lización internacional del sionismo, o sea, el apoyo de las potencias a la *política colonizadora y a la política territorialista en general* de la Organización sionista mundial. Con ayuda de la Organización sionista, podrán también los distintos Seim ejercer una influencia importante sobre la colonización judía. Pero eso sólo será posible una vez que el *consentimiento internacional de las potencias permita a los distintos Seim judíos apoyar la política colonizadora del Congreso sionista*. El Congreso sionista podrá realizar su obra de colonización también sin este consentimiento internacional por tratarse de una liga libre; en cambio, la Liga de los Seim judíos ni siquiera podrá empezar a funcionar sin el mismo, por tratarse de una institución *oficial*. Por más que consideremos este problema desde distintos ángulos, arribaremos siempre a las mismas conclusiones: 1] *La autonomía nacional-política en la diáspora no es ni el único, ni el acertado, ni el obligado camino hacia la autonomía territorial*; 2] *el Congreso sionista mundial es la única institución que responde directamente a los objetivos del territorialismo*; 3] *el congreso puede realizar una política colonizadora aun antes de conseguir la legalización internacional*; 4] *los distintos Seim judíos pueden apoyar la obra colonizadora del congreso sólo después de haber conseguido el asentimiento internacional a su actividad territorialista.*

Queremos señalar, sin embargo, que los puntos 1 y 4 sólo son válidos en el caso de que la autonomía nacional-política del pueblo judío en la diáspora es conseguida antes de la creación de una sociedad judía autónoma, en un territorio determinado. Pero la admisión de una posibilidad semejante está relacionada con la teoría seimista según la cual el Seim es el único camino hacia la realización del territorialismo. Y puesto que esta teoría es infundada, tampoco resulta posible demostrar esa hipótesis.

Si admitimos la opinión de los vozrodzenies sobre la posibilidad de conseguir la autonomía nacional política antes de la autonomía territorial, nos resultará fácil determinar con precisión el papel de los Seim nacionales judíos en la realización del territorialismo. Puesto que en *ese* sentido, los Seim son completamente impotentes sin el Congreso sionista, podrán proporcionar a este último, una vez obtenido el asentimiento internacional a su actividad territorialista, fuerzas con las cuales el congreso jamás podría haber contado por sí so'o: un aparato financiero influyente, una segura base de crédito, una sólida organización política de las masas judías en la diáspora, sin mencionar ya la educación política que éstas podrán recibir en las instituciones nacionales autónomas una vez que intervengan directamente en

el destino de las mismas. Pero nosotros protestamos enérgicamente contra las exageradas esperanzas cifradas por los seimistas en la autonomía nacional-política; protestamos contra la creencia de que la autonomía nacional-política constituye el único camino hacia la realización del sionismo.

Esta creencia es, como ya lo hemos visto, fruto del pensamiento no maduro en lo referente al problema de la realización, producto de la cualidad de los vozrodzenies que es

> precisamente característica para los oportunistas de toda ralea, a quienes las exigencias del momento histórico inmediato y las reformas de carácter paliativo impiden ver las tareas históricas que se derivan obligatoriamente del ideal social dado.[21]

Y la tarea histórica del ideal territorialista es, para los vozrodzenies, *realizar la autonomía territorial del pueblo judío con ayuda de la lucha de clases del proletariado judío*; sólo que ellos no se atreven a plantear abiertamente esta tarea y la eluden.

Hemos visto que el Seim nacional no es un "camino" de clase proletario y que a la vanguardia de los caminos y de los medios propuestos por los seimistas no se encuentra el proletariado. Por ello aquí, lo mismo que en el caso de los ss, resulta incomprensible la existencia del Partido socialista obrero judío como organización separada del proletariado judío. ¿En qué forma luchará ese "partido" por la autonomía territorial? En la misma forma que los sionistas burgueses, por medio de la diplomacia, con la única diferencia de que las negociaciones diplomáticas en vez de ser conducidas por el Comité de acción sionista, lo serán por el Consejo de ministros del Seim nacional; lo que equivale a decir que nadie se ocupará de ellas, por cuanto el Seim no es un sujeto reconocido por el derecho internacional. Los caminos y los medios de los seimistas se excluyen y se niegan a sí mismos: es una diplomacia de la cual nadie se ocupará, y una lucha de clases de la cual nadie se interesará.

Lo mismo que todos los oportunistas, los seimistas olvidan la realización de la autonomía territorial en nombre de la autonomía nacional-política. Tal como los bundistas, adoptan una actitud "neutral" frente al pronóstico del futuro judío y a las tendencias de la realidad judía, así también los seimistas adoptan una actitud de "neutralidad" frente al problema de los caminos y de los medios concretos. Y para tranquilizar su conciencia aclaran que se trata de un "asunto privado" de cada persona. He aquí

[21] *Vozrodzenie*, 1905, p. 73.

el oportunismo más consecuente y extremo, en la medida en que, en general, puede haber un oportunismo consecuente y extremo.

Ya hemos señalado precedentemente que es difícil analizar con precisión el carácter clasista de la policroma ideología *inteligente* de los vozrodzenies. Pero lo que ya hemos visto es suficiente para convencernos de que esa ideología no es proletaria, empaña la conciencia de clase de los obreros judíos, y es incapaz de formular para el territorialismo un punto de partida y caminos de realización proletarios. Y no tenemos ningún interés en seguir escarbando en el carácter particular de ese puñado de "inteligentes", por más que haya logrado confundir con su agitación a algunos antiguos poaleisionistas y confeccionar con ellos el "partido" Socialista obrero judío.

Por último, debemos reconocer a los vozrodzenies dos méritos importantes en el pensamiento proletario judío. En primer lugar, son consecuentes e intrépidos en el terreno del *revolucionarismo nacional*. En tanto mantienen una posición oportunista en relación al territorialismo y a la lucha de clases, a la cuestión social y al futuro judío, han dicho una palabra osada y revolucionaria, si bien no nueva ni propia, en relación al programa nacional en la diáspora. Es verdad que los vozrodzenies han exagerado mucho la importancia de esa exigencia, que su teoría no resiste los embates de la crítica, que ellos han envuelto su programa en un falso oropel de frases propagandísticas y de entusiasmo demagógico, pero todo eso no alcanza a disminuir el valor de su aporte al programa nacional del proletariado judío.

En segundo lugar, los vozrodzenies han hecho una crítica brillante y detenida del utopismo de los ss y de los sionistas burgueses en lo referente a la *realización* de la autonomía territorial. Ellos no propusieron ni podían haber propuesto una realización verdaderamente proletaria porque en el fondo son ideólogos burgueses; y es interesante que las preguntas que ellos formularon a los ss, no hallaron respuesta en su propia teoría. Pero los vozrodzenies señalaron con claridad el abismo que separa al presente del futuro, en el programa de los sionistas burgueses, y revelaron despiadadamente el profundo pesimismo de los sionistas socialistas en lo referente a las posibilidades ya existentes en la vida judía. Esa crítica contribuyó mucho al esclarecimiento de la concepción de mundo de los poaleisionistas, y la ayudó, en no poca medida, a liberarse del confusionismo utópico.

Pero ni aun a la crítica de los ss supieron los vozrodzenies elevar a un plano *clasista*. Ellos atacan los *caminos* y los *medios* de los ss, pero no analizan sus *razones de partida*. Los vozrodzenies

no supieron descubrir el carácter no-proletario del interés de partida de los ss, porque ellos mismos carecen de un principio de clase proletario; de ahí que su crítica queda exenta de frutos y que el punto de vista fundamental de la misma no cuadre a personas que pretenden llamarse socialistas. El autor del artículo "Sobre el programa de los ss", publicado en la antología *Vozrodzenie*, intenta describir la genealogía de la concepción del mundo de los ss, ¡encontrando sus raíces en la concepción del mundo de los sionistas burgueses! Ese escritor se imagina que "el sionismo socialista está ligado por herencia al sionismo burgués y al territorialismo", que el sionismo proletario es el "heredero" directo del sionismo burgués. Ello explica, en su opinión, el utopismo de los ss.[22] Ese escritor supone que porque él mismo y sus amigos inteligentes entre los ss y los poaleisionistas fueron antiguamente "sionistas generales", también el movimiento sionista proletario desciende del movimiento burgués. Él ignora que al ingresar la juventud sionista a las filas de la *clase obrera*, ha roto todos sus vínculos con el sionismo burgués. Ese escritor no comprende que el sionismo proletario constituye una etapa superior en el desarrollo del pensamiento *proletario* y no del pensamiento burgués, y que la genealogía de los programas proletarios nada tiene en común con la genealogía de los programas burgueses. El articulista de los vozrodzenies no advierte que el sionismo no es un solo movimiento, sino dos; que el desarrollo del sionismo burgués se extiende desde el período del Iluminismo, a través del movimiento Jibat Sión y del Ajad-haamismo, hasta el sionismo político, en tanto que el desarrollo del sionismo proletario e independiente se extiende desde el cosmopolitismo primitivo, a través del autonomismo bundista y del territorialismo de los ss, hasta el territorialismo realista y concreto de los poaleisionistas.

IX. LA IDEOLOGÍA NACIONAL DEL PROLETARIADO

Nos hemos familiarizado con la evolución de las reacciones del proletariado judío frente al conflicto nacional. Hemos observado cómo estas reacciones se han tornado gradualmente más complejas, más coordinadas, y más revolucionarias. Hemos visto cómo el obrero judío intentó, en un principio, resolver su problema nacional dentro del marco de las condiciones que le dieron origen,

[22] *Vozrodzenie*, 1905, pp. 100, 101, 107.

y que sólo más tarde llegó a comprender la necesidad de modificarlas radicalmente. Cada una de las etapas atravesadas por el pensamiento proletario judío ha tenido, en nuestra opinión, un valor intrínseco propio, por cuanto sirvió para preparar el terreno al advenimiento de una etapa superior y más revolucionaria. Cada uno de los programas contemplados ha demostrado ser un eslabón indispensable en la cadena de las adaptaciones al conflicto nacional que elaboró la clase obrera judía. Hemos visto que el lugar de la adaptación que se ha arraigado en los restos pequeñoburgueses del proletariado judío fue ocupado por el más desarrollado programa de los ss; resultado de la psicología de las masas proletarizantes, se enredó en contradicciones insalvables allí donde el pensamiento revolucionario busca su fundamento más seguro: en el problema de los intereses de partida, en el camino de realización del territorialismo, y el pronóstico concreto. Nos hemos convencido de que el pensamiento proletario, agitándose impotente en las tinieblas de la psicología de las masas proletarizantes, entró en una encrucijada, y la realidad nos ha demostrado con qué facilidad se cae de la etapa de los ss al barro del nacionalismo superclasista. En esas condiciones nació y se desarrolló en el seno del proletariado judío la adaptación más compleja y coordinada al conflicto nacional: el programa del Partido socialdemócrata obrero judío Poalei Sión.

No nos detendremos aquí en el análisis de nuestro objetivo último. Nuestro objetivo último, *nuestro programa máximo, es el socialismo, la socialización de los instrumentos de producción,* la anulación de la propiedad privada y su remplazo por relaciones de producción comunistas. El único camino hacia la realización del socialismo, reconocido por nosotros, es el de la lucha de clases del proletariado judío en las filas de la socialdemocracia internacional. La propaganda y la agitación tendientes a esclarecer y desarrollar la conciencia de clase, la propagación de las ideas socialistas y democráticas entre las amplias capas periféricas que lindan con el proletariado militante, la organización y la educación política de la clase obrera, son todos *momentos necesarios* y conocidos de la lucha de clases, y no nos detendremos en ellos. Nuestra intención es analizar, en cambio, aquellas circunstancias laterales vinculadas con la lucha proletaria, sobre las que se asienta su programa mínimo.

Durante los primeros tiempos de la aparición del obrero libre en el escenario de la sociedad capitalista, su interés principal está concentrado en la conquista de un lugar de trabajo. Es éste un interés de competencia. Aquí todavía no nos enfrentamos con

el proletariado como *clase y fuerza social solidaria,* y aun después de organizados los obreros en sindicatos, sus tareas, *durante los primeros tiempos,* no se limitan sólo a la lucha antipatronal, sino que se extienden también al terreno de la competencia interobrera, con el propósito de conservar y defender las posiciones en la producción, frente a la presión creciente del "ejército de reserva" de los desocupados. Aun nos enfrentamos con los intereses de las masas proletarizantes vinculadas al lugar de trabajo, a los cuales ya nos hemos referido precedentemente. Pero, en el momento en que los obreros inician su lucha contra el capital, hace su aparición una clase nueva: el proletariado. El miembro de la clase proletaria no aparece sólo como un luchador militante: en él se confunden los intereses más complejos y enrevesados. Desde un punto de vista abstracto podemos distinguir en el total de los intereses del *proletariado* un número de intereses parciales; los intereses del *obrero* como tal, o sea los del mejoramiento de sus condiciones de trabajo y del seguro contra las consecuencias de la desocupación; los intereses del proletario como *ciudadano* de la sociedad capitalista (inviolabilidad y libertad individual); los intereses del proletario como *miembro de una nación* determinada; y los intereses del proletario como *persona* en general. Aun en el pensamiento resulta difícil delimitar con exactitud las esferas de cada uno de estos intereses: en la vida real ellos están estrechamente ligados entre sí y con la lucha de clases. Es importante señalar que estos intereses adquieren significación social como factores históricos únicamente cuando el obrero los defiende por el camino de la *lucha de clases.* Los intereses de la lucha de clases están vinculados siempre, en una forma u otra, a la *base estratégica* del proletariado, y su defensa está incluida en el programa mínimo. Este programa mínimo incluye, además de la *defensa directa* de los intereses obreros (jornada de trabajo de ocho horas, seguro social, sufragio universal, etc.), también la exigencia de *garantías* para la protección de dichos intereses (milicia popular, derecho a la elección, destitución y enjuiciamiento de los funcionarios públicos, etc.). Pero todas estas exigencias están ligadas a las condiciones de la lucha de clases proletaria, es decir, a la base estratégica.

La necesidad del territorialismo es creada para nosotros por la anormalidad de la base estratégica del proletariado judío. Esta anormalidad es un producto del antagonismo existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las *relaciones* de producción, y constituye un fenómeno experimentado por todos los obreros y no sólo por los judíos. Pero a las anomalías

generales que dificultan el libre desarrollo de la lucha social de los obreros de los demás pueblos, agréganse, en el caso del proletariado judío, una serie de anomalías *específicas*, propias de la base estratégica y de las *condiciones* de producción en que vive la nacionalidad judía. Estas anomalías específicas son las que plantean ante el proletariado judío militante la existencia del problema judío, obligándole a incluir en su programa mínimo una serie de exigencias tendientes a defender directamente sus intereses nacionales y a *garantizar* la posibilidad de esa defensa. Las anomalías nacionales de la base estratégica del proletariado judío encierran algo más que la limitación de la cultura espiritual, en la que se apoya el Bund. Tampoco consisten en la proletarización anormal y en la emigración, en las que se apoyan los ss. La base de esas anomalías radica en el hecho de que al proletariado judío le resulta excepcionalmente difícil librar su lucha de clases, organizar y disciplinar a los obreros judíos dispersos por pequeños talleres, y conferir a su lucha social una influencia política y económica importante.

Todas esas anomalías desaparecerán únicamente con la modificación radical de las condiciones de producción de la vida judía, con la eliminación de la extraterritorialidad del pueblo judío. Sólo cuando los judíos estén empleados en los estadios más importantes del proceso productivo, cuando se dediquen no únicamente a la elaboración de los bienes de consumo, sino también a la fabricación de los instrumentos de producción, recién entonces el proletariado judío controlará el destino de la vida económica del país en el que vive. Cuando los judíos participen en los centros económicos donde se organiza el trabajo social del país, el proletariado judío dejará de depender de la organización del trabajo de los pueblos periféricos; su lucha de clases dejará de estar dirigida contra una burguesía impotente, como es el caso, hoy en día, de la burguesía judía, para enfrentarse con una burguesía poderosa, que organiza la producción en todo el país; y la misma adquirirá la necesaria influencia social, económica y política. Cuando los obreros judíos se concentren en las ramas de la gran industria desaparecerán aquellos factores que dificultan actualmente la organización y disciplinación del proletariado judío disperso.

Nuestro interés de partida consiste exclusivamente en el desarrollo de la lucha de clases del proletariado judío. Nuestro punto de vista excluye el programa del Klal Israel [Israel indiviso]: las anomalías de *todo* el pueblo judío sólo nos interesan como *explicación objetiva* de las causas que provocan las contradicciones en

la vida de la clase obrera judía; pero la *motivación subjetiva de nuestro programa fluye de los intereses de clase del proletariado judío militante*. Por esta razón, nuestro interés de partida no *excluye* de su esfera a los intereses de partida del Bund y de los ss, sino que, por el contrario, los *contiene* y los *une* en una síntesis proletaria más elevada. Nosotros defendemos los intereses de los *proletarios* judíos, es decir, los intereses de los *obreros* judíos. Nosotros también defendemos sus necesidades cultural-espirituales y sus necesidades económicas, tanto en sus actuales lugares de residencia como durante su *emigración* a otros países: en una palabra, nosotros luchamos por los derechos políticos, nacionales y humanos del obrero judío. Y por esta razón, incluimos en nuestro programa mínimo socialdemócrata también una serie de exigencias nacionales. Pero estas exigencias pueden ser de alcance mediato o inmediato.

El problema judío sería considerado por nosotros como completamente resuelto y sus anomalías *específicas* como completamente curadas, en la medida en que ello es posible en los marcos de la economía burguesa, si se pudiera conseguir la autonomía territorial para *todo* el pueblo judío, si éste se constituyera allí en un organismo nacional económico unificado. En tal caso desaparecerían radicalmente las anomalías enfermizas de la base estratégica del proletariado judío. Por ello, *una* de las exigencias *finales* de la parte nacional de nuestro programa mínimo es: la *autonomía territorial política del pueblo judío*. Somos, pues, territorialistas.

Pero, en primer lugar, la realización del territorialismo constituye un proceso histórico prolongado, en el curso del cual tenemos que defender también nuestras necesidades en la diáspora; y en segundo lugar, el territorialismo, como punto del programa mínimo que se realiza todavía en el régimen capitalista, no alcanza una materialización completa, teniendo que admitir la hipótesis de que sectores importantes del pueblo y del proletariado judío permanecerán siempre en la diáspora como minorías nacionales regulares. Por esta razón, hemos incluido en nuestro programa mínimo, *junto al territorialismo*, también otro punto, destinado a garantizar al pueblo y al proletariado judío, en la medida en que ello es posible en las condiciones de la diáspora, la máxima protección de sus necesidades nacionales. Este punto es: la *autonomía nacional-política de los judíos en los países de la diáspora*.

La autonomía nacional-política no constituye una solución revolucionaria, o sea, una solución democrática *radical* del problema judío, por lo que tampoco puede eliminar todas las anomalías

de la base estratégica judía; pero ella proporciona las formas *políticas directas* que faltan en la lucha de clases del proletariado judío; ella coloca a éste sobre el escenario *político*, enfrentándolo directamente con la burguesía de su pueblo. Y si bien es cierto que la autonomía nacional-política es incapaz de generar un cambio profundo en las condiciones de la lucha de clases y no proporciona al proletariado judío un arma eficiente en su lucha contra la forma de capital imperante, contra su forma mecanizada-industrial, es innegable que ella constituye el *máximo* de los derechos que los judíos pueden obtener en la diáspora. Los defectos de la autonomía nacional-política no son inherentes a ella misma, sino que dependen de las condiciones de la vida en la diáspora.

En nuestra relación hacia la autonomía nacional-política nos diferenciamos de los "seimistas" en la misma forma en que los socialdemócratas diferéncianse, por su relación realista hacia la representación proporcional o hacia la socialización de las tierras, de los "proporcionalistas" burgueses y de los socialrevolucionarios en su acercamiento utópico hacia estos problemas. Nosotros no compartimos el entusiasmo ridículo de los vozrodzenies por el Seim, tal como tampoco participamos del entusiasmo de los ss por la socialización de las tierras. Pero la cuestión agraria alcanzó en Rusia un grado de madurez semejante que su solución, aun cuando paliativa, se ha convertido en una necesidad urgente de las masas populares. Y del mismo modo, la autonomía nacional-política se convertirá también en una necesidad imperiosa de las amplias masas de las nacionalidades oprimidas, *cuando maduren suficientemente los conflictos nacionales y la democratización de la sociedad haya alcanzado una etapa relativamente avanzada.*

Y aquí se manifiesta nuevamente la diferencia que nos separa de los "seimistas" pequeñoburgueses. Su seimismo, lo mismo que su socialismo, es de naturaleza *utópica*: nosotros, en cambio, somos *realistas* también en relación al Seim. Los socialistas utópicos creían que el socialismo, por ser algo bueno, "interesaba" a todo el mundo: sólo hacía falta sacar a luz las ventajas del socialismo y vencer la resistencia de los hombres malos y de los realistas estrechos y perversos, para que todo se arreglara de la mejor forma. Ellos confiaban en la posibilidad de realizar el socialismo mediante el deseo y la buena voluntad. E idéntica relación prevalece entre los "seimistas" vozrodzenies, si bien éstos adornaron su agitación con una fraseología más moderna y, aparentemente, más científica. Entre los socialistas utópicos no encontramos ninguna alusión a los pre-requisitos necesarios para la implantación del socialismo; entre los "seimistas" no encontramos ninguna

referencia sobre los *pre-requisitos necesarios para la realización de la autonomía nacional-política.*

Mientras no sean creados estos pre-requisitos, la instauración de instituciones políticas apropiadas sólo será posible temporariamente en épocas revolucionarias, excepcionalmente violentas. Pero ellas estarán irremediablemente condenadas al fracaso. En el año 1848, aún no habían madurado en Francia los prerrequisitos necesarios para la instauración de una república burguesa: pero las circunstancias eran propicias para su establecimiento efectista, y tres años más tarde acabó su existencia. Un segundo ejemplo, heroico en su trascendencia y trágico en su resultado, es el de la Comuna de París del año 1871. Es probable que el pueblo judío y otras minorías nacionales consigan la autonomía nacional-política en las condiciones coyunturales especiales a crearse en Rusia, en el momento de la liquidación del régimen absolutista y de la convocatoria de la Asamblea constituyente. Pero la autonomía conseguida en este momento revolucionario no durará mucho tiempo, si bien logrará confundir temporariamente a las masas judías entregándolas a las manos débiles de los "seimistas". Los seimistas son, en esencia, *momentalistas* —y carece de importancia si tienen o no conciencia de ello. Una autonomía nacional-política *estable* y segura sólo será conseguida cuando hayan madurado los pre-requisitos para la transformación de los estados multinacionales en repúblicas federativas integradas por unificaciones nacionales autónomas; cuando haya llegado la hora en que *todas* las nacionalidades puedan obtener la autonomía política.

Para ello es preciso que *maduren suficientemente los conflictos nacionales* entre los distintos pueblos que integran el estado multinacional y que el proceso de *democratización de la sociedad* haya alcanzado una etapa relativamente avanzada. No es nuestro propósito detenernos aquí, en detalle, en el análisis de las distintas etapas de evolución de estos pre-requisitos, sino sólo enunciarlas sucintamente. *El incremento de los conflictos nacionales* se expresa en las siguientes formas: *autonomía territorial para las mayorías nacionales,*[23] *formación de partidos burgueses nacionales, y restructuración del partido socialdemócrata sobre bases federativas, como liga de organizaciones proletarias nacionales autóno-*

[23] Aunque según el sentido jurídico de la concepción de la "autonomía territorial", significa sólo descentralización en provincias independientes de la composición nacional de su población, prácticamente la autonomía provincial sirve a los intereses de la nacionalidad mayoritaria gobernante y obstaculiza el desarrollo de las minorías nacionales.

mas. Por su parte, la *democratización de la sociedad,* necesaria para una autonomía nacional-política *estable y arraigada,* se expresa en las siguientes formas: *libre educación nacional; autonomía nacional-cultural de las comunidades; igualdad de derechos para los distintos idiomas; extensión del derecho de sufragio universal a todas las esferas del gobierno; y amplia representación proporcional en todas las instituciones legislativas, administrativas y jurídicas.*[24] Conforme a los pre-requisitos que hemos enumerado, formulamos las exigencias programáticas correspondientes, sin las cuales la autonomía nacional política se convierte sólo en un deseo loable y en una fuente de inspiración "seimista", pero de ningún modo en un punto concreto de un programa real.

Todas estas exigencias son necesarias, en primer lugar, para la defensa directa de los intereses nacionales. Pero una vez conseguida la autonomía nacional-política, las formas de la democratización societaria, enumeradas en *segundo* término, adquieren una significación nueva, trasformándose en *garantías* de dicha autonomía. *La garantía más importante de la autonomía nacional-política es la autonomía territorial.* Pero esta última sólo resguarda los intereses de las *mayorías nacionales,* y bajo formas de gobierno antidemocráticas (como en Austria, por ejemplo) sirve como un instrumento para la opresión de las *minorías* nacionales "extranjeras" residentes en las provincias autónomas. Por ello, la tarea más inmediata de la *autonomía nacional-política* es la defensa de los intereses de las *minorías* nacionales. *Y únicamente los pueblos que constituyen mayorías nacionales en sus respectivos territorios están en condiciones de aprovechar íntegramente su autonomía nacional-política.* Así, por ejemplo, los polacos constituyen una mayoría en la Polonia rusa, y si se les concediera la autonomía provincial, es evidente que la burguesía polaca dominante procuraría aprovecharse de su situación para oprimir a las minorías nacionales residentes en su territorio (judíos, lituanos, alemanes y ucranianos). Si *todos* los polacos se hallaran concentrados en la Polonia rusa, ellos no tendrían necesidad de la autonomía nacional-política. Más aún: ésta les resultaría perjudicial. Por esta razón los polacos, al igual que todos los pueblos que dominan en cualquier otra provincia, se opondrán durante mucho tiempo a la introducción de la autonomía nacional-política. Pero, por otra parte, las minorías polacas residentes en otras provincias

[24] Aún es problemático si la representación proporcional se manifiesta bajo la forma de partidos nacionales libres o bajo la forma de curias nacionales sancionadas.

autónomas (Ucrania, Rusia Blanca y Lituania) se hallan expuestas a la opresión de las mayorías nacionales de estos territorios. Y esta opresión recíproca, esta *continua posibilidad de opresión recíproca,* orienta al desarrollo y la agudización de los conflictos nacionales hacia la realización de la autonomía nacional-política. *Las garantías reales* de todas las instituciones y normas políticas, aun de las más democráticas, se encuentran en general fuera de ellas mismas —en la esfera de las *relaciones recíprocas reales entre las fuerzas sociales. La fuerza no es sino presión en potencia.* Por ello, la autonomía territorial, que constituye la expresión más cómoda de la *presión recíproca,* representa al mismo tiempo la garantía más importante de la autonomía nacional-política. Dado que los polacos, en Polonia, *están en condiciones* de oprimir a la minoría ucraniana (en la zona de Lublin) y los ucranianos *están en condiciones* de oprimir, a su vez, a la minoría polaca en las zonas de Volinia, Podolia y Kíev, tanto los unos como los otros se verán obligados a respetar los derechos de sus semejantes. De aquí que la autonomía nacional-política no anule la autonomía territorial, provincial, en todos los pueblos y en todos los estados multinacionales, sino que, por el contrario, *la complemente,* representando un suplemento retrasado a la autonomía territorial.[25] Si se transformase el estado en una federación de nacionalidades autónomas, aún no tendrán los judíos autonomía territorial en cualquier parte de las tierras; obtendrán junto con los demás pueblos dentro del estado una autonomía nacional política, pero no podrán utilizarla para salvaguardar realmente sus intereses. Porque mientras no obtengan los judíos autonomía territorial en alguna parte, y no constituyan allí una mayoría, no tendrán los judíos de la diáspora un poder real. *El desarrollo de todos los pueblos lleva hacia la autonomía nacional-política, por el camino de la autonomía territorial.*

Es probable que los judíos consigan la autonomía nacional-política en la diáspora, antes que la autonomía territorial en Palestina. Pero, en ese caso, *sólo* se tratará de una institución política

[25] Los vozrodzenies alegarán probablemente que no comprendemos o interpretamos mal el carácter puramente personal de las unificaciones nacionales y que las mezclamos con los grupos territoriales, pero si es verdad que una nación es simplemente una unificación de personas que es independiente del territorio y no tiene relación con el territorio, entonces la autonomía nacional-política (personal) debiera ser suficiente para la total solución de los problemas nacionales. Si en tal forma es entendido el concepto de nación, ¿por qué entonces los vozrodzenies se suscriben siempre a la extraterritorialidad judía? ¿Y sobre qué base se atreven aun a llamarse territorialistas? ¡El territorialismo entero es para los seimistas un mal entendido!

de valor práctico limitado porque carecerá de las garantías necesarias que solamente la autonomía territorial podrá proporcionarle. La autonomía nacional política sirve, por lo general, para reducir los *antagonismos* entre las naciones, para aliviar la presión nacional y facilitar el compromiso entre los intereses concurrentes. En ausencia de la autonomía territorial, ella podrá regular mejor la vida *interna*, pero será incapaz de aliviar la presión *externa* ejercida sobre el pueblo judío. Todas las demás minorías nacionales son sólo *relativamente* extraterritoriales, por cuanto poseen también mayorías nacionales: de ahí que la autonomía nacional-política solucione casi por completo su problema nacional. Los judíos, en cambio, constituyen un pueblo *absolutamente* extraterritorial, por lo que la autonomía nacional-política, en ausencia de la autonomía territorial, sólo soluciona parcialmente su problema nacional hasta que obtengan autonomía territorial.

La autonomía nacional-política, cuando no está acompañada por la autonomía territorial, constituye, por lo tanto, una solución paliativa. Pero al subrayar la importancia de esta última, no es nuestro propósito exagerar o subestimar el valor del Seim. Nuestra relación hacia el mismo no es romántica, como entre los "vozrodzenies", ni pesimista, como entre los ss, sino esencialmente *realista. Sin la autonomía territorial*, la autonomía nacional-política no está en condiciones de aliviar la presión nacional ejercida sobre las masas judías, de modificar su estructura social, ni de engendrar fuerzas nuevas. Pero ella podrá ofrecer al pueblo judío la garantía de una representación normal, poniendo término a su vergonzosa situación de "representados". Ella podrá convertirse en un poderoso factor de unificación de las masas judías, podrá crear un poderoso aparato financiero, y —lo que es más importante aún— si bien no posibilitará a los judíos forjar su propio destino, les enseñará a crear su propia historia y les proporcionará una educación política sana. En una palabra: la autonomía nacional-política permitirá al proletariado judío enfrentarse directamente con la burguesía de su propio pueblo.

Esto es bien poco en comparación con lo que podrá conseguirse en un territorio autónomo, pero es mucho en comparación con lo que existe actualmente en la diáspora. Sabemos bien cuán limitado será en la *práctica* el alcance de nuestros derechos civiles y de nuestra igualdad nacional; pero no por ello podemos dejar de incluir en nuestro programa las exigencias tendientes a asegurar el disfrute de amplios derechos civiles y nacionales, sin ninguna clase de restricciones jurídicas. La vida misma ya se encargará de reducir nuestros logros, pero nosotros debemos hacer,

por nuestra parte, todo lo posible por aumentar el margen de los mismos. Si se enojara el seimista porque desacreditamos la alcanzable igualdad de derechos nacionales, le demostraremos que también podremos lograr una absoluta e ilimitada igualdad de derechos civiles; y si el ss se negara a reconocer una autonomía tan insignificante, le propondremos que renuncie también completamente a la exigencia de igualdad de derechos civiles.

Una vez examinadas las etapas de la democratización de la sociedad a través de las cuales se realiza la autonomía nacional-política, sabemos ya *en qué forma* conseguirla. Tal como la realización del socialismo —nuestro programa máximo— tiene lugar en el terreno del *proceso inmanente* de la concentración de los instrumentos de producción, y se efectúa con ayuda de la *lucha de clases* del proletariado, en alianza con la amplia periferia de las masas trabajadoras oprimidas que le son cercanas; y tal como la caída de la autocracia tiene lugar en el terreno del *proceso inmanente* de la capitalización de la economía rusa, y se realiza con ayuda de la *lucha de clases* del proletariado, en alianza con la periferia —así también la realización de la autonomía nacional-política tiene lugar en el terreno del *proceso inmanente* de la nacionalización de la sociedad, y se efectúa con ayuda de la *lucha de clases* del proletariado, en alianza con todas las clases interesadas de la nación.

Pero la exigencia más importante de la parte nacional de nuestro programa mínimo continúa siendo: la autonomía territorial. Ella es realizada a través de la lucha de clases del proletariado judío, en el terreno del proceso inmanente de la migración concentrada. En el curso de la misma, el pueblo judío no degenera ni resurge, sino sólo se transforma.

LA CONCENTRACIÓN ANTISIONISTA

El barómetro social de todos los países galúticos anuncia tormenta. La terrible escasez de alimentos y la carestía de la vida, que mantienen en permanente tensión a las masas, las colosales inversiones de todos los estados en producciones militares, los febriles pero estériles esfuerzos de la diplomacia por contener los sentimientos bélicos acumulados, el creciente tormento de los impuestos, el aumento general de los márgenes de ganancia del capital y la inseguridad existente en la bolsa, todo eso demuestra que se aproxima el final de la euforia industrial de los últimos tiempos. En el horizonte se prevé una crisis que no podrán evitar las alianzas ni los pactos ministeriales. Se avecinan un crack general y disturbios violentos. En el aire se huelen acontecimientos decisivos y luchas sin piedad ni cuartel. Está por empezar un nuevo acto en el drama de la historia mundial y, al parecer, le están destinadas las peripecias más penosas y trágicas a los países con compactas poblaciones judías: Europa oriental y América del Norte.

Las personas sensatas no creerán, por supuesto, que los acontecimientos venideros ya llevarán a la "última lucha definitiva", que con la nueva hoja de historia mundial que se inicia ahora ya se materializará la redención universal, la etapa superior del paraíso humano en la tierra. No veremos todavía el triunfo final del Bien sobre el Mal: no están bastante maduras las fuerzas de liberación de los pueblos como para pretender un triunfo categórico sobre la anarquía social.

Por el contrario, la época que se avecina, de entusiasmo general y esperanzas mesiánicas, finalizará aún con el quebranto de las ilusiones y con una nueva decadencia. Será no más que una etapa reconfortante y penosa en el desarrollo y el desvanecimiento de la sociedad capitalista. Pero como una de las olas agitadas que llegan antes de la calma naciente, también dejará profundas huellas en los rompeolas del viejo mundo. Y en eso radican precisamente su sentido y valor históricos.

La inquietud que domina a todos los sectores sociales y a todos los pueblos conduce a la concentración de los grupos emparentados o cercanos. La concentración se realiza según las líneas clá-

sicas horizontales de la humanidad, y según los cortes verticales nacionales.

¿Qué agrupamientos de fuerzas internas podemos esperar en nuestro pueblo? ¿Qué manifestaciones en la psicología institucional del judaísmo provocarán estos procesos?

Para el hombre que piense y razone, estos problemas no serán superfluos.

En épocas de elevación social y de ruinas, el judaísmo vive como ente indefenso y carente de suelo entre los elementos en pugna. Sufre las más grandes sacudidas y ofrenda los mayores sacrificios en el altar del "progreso". Por eso, la concentración entre los judíos se expresa en las más nerviosas y febriles vicisitudes, y adopta formas específicas.

Entre otros pueblos de nuestra época la concentración en casos semejantes se realiza según la línea de clases sociales. Se aproximan entre sí los sectores dominantes, constituyendo un bloque reaccionario; y se acercan entre sí, en base a una plataforma revolucionaria común, los dispersos y diseminados grupos de la población oprimida.

La concentración no siempre es completa: la unificación no siempre se logra; subsisten divergencias de opiniones y discrepancias, pero es clara la tendencia de los elementos clasistas a ligarse. También ahora se advierte esa tendencia en distintos *países. Pero entre los judíos la concentración no se produce según las líneas de clases, sino según las aspiraciones nacionales.* En nuestro pueblo no se desata la lucha entre proletariado y burguesía, o entre la población urbana y los terratenientes, sino entre el sionismo y los grupos de todas las clases vinculadas al Galut. *Y, antes que nada, la concentración comienza en las filas de los antisionistas.*

Con esto, de ninguna manera queremos decir que entre los judíos no tiene lugar la lucha de clases. Por el contrario: entre nosotros esa lucha es más esforzada y comprende a masas más amplias que entre otros pueblos. Pero la lucha de clases en el pueblo judío tiene un fondo social escaso y es pobre en perspectivas históricas. Entre nosotros es muy fuerte la *lucha económica* entre las clases. Así, por ejemplo, en el transcurso de cinco años (1900-1904) entre los obreros judíos del compacto Ischuv de Rusia se produjeron 1780 huelgas en decenas de miles de manufacturas, empresas comerciales y fábricas. (La aseveración de J. Lestchinsky en el sentido de que los trabajadores judíos están menos inclinados que otros a hacer huelgas, contradice totalmente los hechos conocidos y sólo se basa en tergiversaciones.) En esos mis-

mos 5 años la estadística oficial registró en toda la Rusia europea un total de 481 huelgas (de distintas nacionalidades) en 1030 empresas fabriles; en Bélgica, durante esos 5 años ocurrieron no más de 487 huelgas. En Suiza durante 41 años (1861-1900) tuvieron lugar no más de 1001 huelgas. En aquellos cinco años a que nos referimos, pararon anualmente de cada 1000 obreros: en Alemania, 11; en Bélgica, 14; Austria, 21; Francia, 30; Rusia europea, 26. Y entre los judíos de la comunidad europeo-oriental, 58.

Tampoco se puede decir que la lucha haya sido un fracaso para los obreros judíos. ¡Por el contrario! Mientras en Bélgica sólo 7.5% de los huelguistas obtuvieron un triunfo completo sobre los patrones; en Austria el 9%; en Francia el 13; en Gran Bretaña el 30; en Alemania el 49,5; en Rusia europea el 26; los judíos de la "Cherta", la zona donde se les permitía vivir, lograron un 63.5% de éxitos absolutos, 22.5% de triunfos parciales y sólo un 14% de derrotas totales.

Muy grande es también la tensión de los conflictos económicos entre los obreros y los dadores de trabajo en el reducto judío. Eso se puede advertir al comparar los "coeficientes de resistencia" de las huelgas. En 5 años por ejemplo, en toda Rusia europea había un promedio de 4.7 jornadas de trabajo perdidas por cada obrero huelguista; entre los judíos de la Cherta, en cambio, era de 9.5. Eso significa que la fuerza de resistencia de los bandos y los choques entre los judíos duplicaban a los pueblos circundantes.

En el terreno económico, por consiguiente, nuestra lucha de clases no está atrasada con respecto a otros pueblos. Hasta los aventajamos en ese sentido.

Pero los paros, los boicots, los lock-outs, toda suerte de sabotajes y las innumerables, grandes o insignificantes expresiones de antagonismo económico en el Ischuv, son la única forma de lucha de clases *en el seno* del pueblo judío. En otros terrenos de la lucha de clases, empero, nuestra situación no es nada brillante.

Entre nosotros no hay —y en las condiciones habituales del Galut no puede ser de otra manera— *ninguna lucha política de clases,* porque el pueblo judío, como un todo, está desprendido de la construcción estatal y del dominio político. Nuestras clases, cada una desde su punto de vista, participan de la lucha política de los pueblos circundantes. El proletariado judío puede rebelarse contra la burguesía en *general* y, por *extensión,* contra la burguesía judía. Pero ésa no es una lucha por poder en el seno del judaísmo, puesto que no hay a quién sacarle el poder y no habría a quién entregárselo en caso de triunfo. Sólo los antagonismos económicos se desatan en el seno del pueblo judío; las divergencias políticas, empero, pasan de largo y se apoyan en el exterior.

Es cierto que tenemos una *Kehilá* con sus dependencias, y aspiramos a darle formas políticas: soñamos, al fin y al cabo, con una autonomía nacional-política en el Galut. Pero la autonomía nacional-política niega por lo mismo principistamente nuestra dispersión y diseminación, porque para lograrla es necesario el desarrollo de la lucha política de clases en el seno del pueblo.

Gustosos agregaremos que cuando alcanzamos autonomía nacional en el Galut, adquirimos también cierto punto de apoyo para la lucha política de clases dentro del pueblo judío; pero ese punto de apoyo será muy estrecho e ínfimo para las tribulaciones sociales y, por lo mismo, nuestra lucha política en y en torno a las dependencias autónomas del pueblo judío no podrá remplazar la fuente de vida política que otros pueblos tienen en su concentración territorial.

En relación con ello no es de extrañar que, entre nosotros, prácticamente no existe la lucha entre *ideologías de clases.* Las clases de nuestro pueblo tienen, por cierto, una psiquis diferente e ideales discrepantes; pero su contenido clasista deviene no de la vida judía sino de la circundante. Esos ideales —en contra de lo que opinan quienes nos acusan de nacionalistas— no son abstractos, no son elucubraciones mentales de carácter racional. No; no por nada están plenas de contenido vivo, activo y creador, puesto que provienen de la vida. Pero la vida de donde extraemos nuestro socialismo, radicalismo, liberalismo, clericalismo, no es la vida judía. Es la vida de otros pueblos que se refleja en nuestras ideologías, porque estamos con ella y en ella participamos.

Y de esta manera, en el seno del pueblo judío, en vez de las formas ausentes de lucha de clases, tenemos una lucha ideológica —en parte también política— entre tendencias nacionales. Antaño esa lucha fue entre Hascalá y ortodoxos; más tarde entre sionismo y asimilación; ahora, entre sionismo y apego al Galut. No hace falta demostrar que, hoy en día, la asimilación como tal perdió toda ideología. De su manto ideológico de otrora sólo quedaron burdos residuos, que, sin sistema alguno, son aplicados a otras ideologías menos nuevas, más progresistas. Si hace algunos lustros todos los enemigos del sionismo, sin diferenciación de clases, negaban principalmente la individualización nacional del pueblo judío, contra el sionismo hay ahora un enemigo bajo cuya bandera se congregan adeptos a diversas ideologías, pero, principalmente, nacional-judías. Vemos la ideología socialdemócrata de la cultura "idisch" y autonomía en el "aquí", el radicalismo burgués de todo color, el nacionalismo

riguroso de los "seimistas" y el diluido territorialismo de personas que sufren de un anacrónico odio hacia Eretz Israel. ¿Qué es lo común en esta mezcla de personas y orientaciones? Un solo factor negativo de odio al sionismo.

El momento que corre ya nos mostró un cúmulo de hechos confirmatorios de que en cada sector se está produciendo una concentración. Y creemos que la época que se avecina, con conmociones sociales entre los pueblos circundantes y entre los judíos, fortalecerá más aun la concentración antisionista. Trataremos de explicar esa concentración con mayor claridad social-psicológica.

FORMAS DE LA CONCENTRACIÓN

Al tiempo cuando el sionismo advino como ideología positiva moderna (Jibat Sión y más tarde herzlismo) había en el judaísmo dos ideologías: la ideología ortodoxa del milagro nacional —el pensamiento mesiánico— y la ideología de la Hascalá, de adaptar al judío a la cultura universal. Ya hemos aprendido a distinguir la asimilación como hecho, y el asimilacionismo como justificación ideológica del hecho. En forma embrionaria o parcial, la asimilación como un hecho, como proceso real afectó a todos los grupos del pueblo judío, sin excepción. Pero en su forma completa la asimilación es el camino cómodo de los tránsfugas individuales, que no tienen ningún interés en el pueblo judío. En cambio, la ideología asimilacionista suele poner de manifiesto un inusitado y profundo interés por el destino del pueblo judío, a pesar de que en la mayoría de los casos sólo sirve como justificativo de una relación fría hacia el propio pueblo. Un judío, asimilado en muchos aspectos, puede ser un ardiente enemigo de la ideología asimilacionista; y un judío típico, que conserva todas las características individuales del pueblo judío, puede ser su ardiente partidario. En pocas palabras: hablamos de la ideología asimilacionista como una de las eventuales soluciones de la cuestión judía.

Esta solución, elaborada por la Hascalá en la esforzada lucha contra la ortodoxia, era, hasta el advenimiento del sionismo, la única ideología de las capas superiores de la nación, que con más asiduidad se ponían en contacto con los sectores análogos de los pueblos circundantes. Era una continuación directa del antiguo "'Schatadlanut" judío, y los primeros asimilacionistas, ciertamente, se sentían representantes del pueblo judío, sus defensores

ante los mandatarios o ante la sociedad intelectual de la población vernácula. La masa de judíos permanecieron completamente ajenos a esa ideología y sin participación en esa política.

La Hascalá fue muy provechosa para el pueblo judío, y preparó el terreno para los ulteriores movimientos laicos en el judaísmo. Pero el sionismo —al reanimar las adormecidas esperanzas de las masas judías— irrumpió inesperadamente en el idilio iluminista. El movimiento emigratorio que nació al mismo tiempo, y más tarde también el movimiento obrero, empezaron a minar desde adentro las bastante débiles bases de la asimilación. La asimilación, que hasta ese momento tenía el monopolio de "modernismo", "europeísmo" y "progreso" en el judaísmo, se enfrentó de pronto con poderosas corrientes culturales que fluían a su lado en la vida popular judía. La tenue lucecita de la Hascalá empezó a apagarse ante la luz de la nueva alba de la explicación amplia que se difundió en los medios judíos gracias a la agitación sionista, el movimiento obrero y la emigración.

El sionismo tradujo a un idioma de creación terrenal lo que el pueblo, hasta entonces, aceptaba como promesas trascendentales, celestiales. Explicó a las masas judías el sentido de su pasado y les señaló sus rumbos futuros en la tierra. El movimiento obrero atrajo a las masas hacia los ideales universales, ligando su vida con las esperanzas y la lucha que inquietaban al mundo grande. Los procesos migratorios, con sus febriles vicisitudes y palpables enseñanzas, guiaron a los grupos más atrasados y les abrieron de par en par los amplios horizontes del mundo. ¡Ningún significado tiene la artificiosamente elaborada cultura de la intelectualidad iluminista, cuando se la compara con esta cultura viva, profunda, inmanente a la naturaleza misma de las masas!

Los castillos en las nubes de la asimilación, que se conservaban sólo gracias al monopolio existente, empezaron a desmoronarse. A comienzos de la revolución rusa (1905) esa ideología ya estaba en ruinas, y su resabio vivo —el apego al Galut— fue heredado por otras tendencias. La anterior indiferencia por la grey judía cedió su lugar al peculiar nacionalismo galútico que, ya en 1905, se fortaleció en la sociedad judía de Rusia y en parte de Galitzia. En las naves trasatlánticas también empezó a emigrar hacia América.

Hay que distinguir tres formas de nacionalismo galútico:

En primer lugar tenemos un asimilacionismo no consecuente, que procura con la simple palabra "nación" cubrir la ausencia de todo fondo nacional: esto es el autonomismo de la intelectualidad bundista en la primera época de su desarrollo (1907-1908)

y el actual nacionalismo puramente fraseólogo de las capas superiores de la intelectualidad judía; 2] Muchas veces el nacionalismo galútico adviene, ciertamente, como un sionismo no consecuente, no meditado. Tal aspecto tiene el nacionalismo combativo con sus lemas: "Lengua judía, cultura y autonomía." (Como sionismo no consecuente se debe señalar el "nacionalismo espiritual" de S. Dubnow, con su intento de fundamentar la idealización nacional del Galut.) Por último, cabe agregar también el abstracto territorialismo, para quien todo el problema judío y toda la vida del pueblo judío se agota con la emigración. Por mucho que nuestros territorialistas odien al Galut, están empero atados con mil lazos a él. En la dispersión sólo les atormenta el boicot, los pogromes, emigraciones. Su comprensión del problema judío no es nacional ni histórica, ni siquiera económica, sino simplemente geográfica. Quien conduce el problema judío al plano de una prosaica cuestión de predio, de suelo en algún lugar de las antípodas, ése aun no terminó su vinculación con el Galut.

La participación de las masas judías en el movimiento universal, su actuación en el primer plano del interés social, disipó la atmósfera ideológica del ambiente judío y en la época de la revolución quedaron dos ideologías en el campo de batalla: *sionismo* y *apego al Galut*, retocado y adornado con ropaje nacionalista. La concentración de las esperanzas galúticas en los años revolucionarios fue realmente la primera experiencia de la concentración antisionista. Pero las contradicciones internas y las fuerzas caóticas del orden actual, por un lado, y la dispersión judía por el otro, no permitieron que esa concentración se llevara a efecto. La concentración no es un amalgamiento; nunca fue ni puede ser completa. Pero la tendencia a concentrarse existe visiblemente.

De las diversas formas de concentración antisionista señalaremos en primer término la alianza en el terreno político. Durante todo el período preparatorio de la revolución rusa, y durante la revolución misma (1905), vimos una alianza entre los ideólogos del Galut y los círculos proletarios y burgueses. El Bund combatía con los medios a su alcance contra el sionismo —incluyendo la calumnia— y ello era casi su principal objetivo; y vimos también cómo los círculos asimilacionistas y semiasimilados de la burguesía judía daban apoyo moral y material a sus parientes proletarios, considerándolos como el "único representante del trabajador judío". Durante la campaña electoral para la Duma vimos un intento no muy logrado de crear un bloque común de los mismos elementos, sin diferencia de clases. Los "grupistas" (partidarios de los semiasimilacionistas de Rusia), el "Consejo de

Kovno" (pequeño grupo de señorones autoungidos líderes) y algunos otros pretenden ser los "únicos representantes" de los judíos en el "abismo de la dispersión", en el Tehúm Hamoschav.

En Galitzia, donde la vida política se anima casi exclusivamente durante las elecciones, en 1907 y en 1911 vimos la solidaria presentación de los asimilacionistas junto a los jasidim y los socialdemócratas. En ambos casos participaron de esta extraña coalición los bundistas galitzianos, y el bloque estaba dirigido contra el sionismo. Como resultado de las maquinaciones preelectorales, comprobamos ahora un nuevo paso de la concentración antisionista: la unificación de los bundistas con los más acérrimos enemigos del renacimiento nacional judío, la "sección judía" del PPS.

Mucho menos se nota la concentración de elementos antisionistas en el terreno de la actividad institucional.

No cabe duda de que organizaciones de fuerzas judías, como la JCA, adeptos a la Hascalá, cajas de préstamos, la difunta sociedad literaria, la oficina de información para emigrantes, etc., representan los centros en torno a los que se agrupan los elementos más diversos. Y en ellos tiene lugar una silenciosa pero ardua lucha por ejercer la hegemonía, entre los grupos antisionistas (que gobernaron hasta ahora) y los sionistas (que empiezan a surgir en estos lugares). Por ahora, en las mencionadas dependencias reina un profundo odio contra el sionismo. Tanto entre los dirigentes de las instituciones —los influyentes filántropos y "askanim"— como entre los empleados y funcionarios bulle la ideología galútica. Nuestros problemas institucionales son aún considerados como si el destino de las masas judías estuviera para siempre ligado a la vida del Galut. Del mismo modo, nuestra intelectualidad tiene por único objetivo fortalecer y organizar al judaísmo galútico. La idea predominante de la intelectualidad que se agrupa en torno a las actividades comunitarias es la obtención de *igualdad de derechos*. También en este terreno notamos una silenciosa "colaboración de clases".

Muy curiosas son las formas de concentración antisionista en el terreno de la literatura. La burguesía y los elementos obreros extrasionistas, como si se hubieran puesto de acuerdo, con rara unanimidad llevaron una tenaz lucha contra el sionismo en una u otra forma. Cabe subrayar que estos "enemigos" de clase evitan atacarse entre sí. Toda la agresión del Bund contra la "burguesía" judía, sólo está dirigida contra el sionismo. Como si sionismo y burguesía fueran sinónimos. Ridículos y cómicos fueron los aplausos de los asimilacionistas burgueses, cuando se hizo esa identificación. Es cierto que, por el sistemático ataque contra el

sionismo, de tanto en tanto se escapaban algunas notas contra la burguesía, incluso la asimilacionista. Pero los aliados burgueses del "único representante" miraban siempre con benevolencia esas salidas, comprendiendo que tales travesuras sólo eran "pro forma". Nunca los asimilacionistas y los nacionalistas galúticos del círculo "burgués" atacaron a sus compañeros proletarios; en forma apenas perceptible rechazaron sus ataques.

Es bueno destacar que en el terreno literario la concentración es mucho más difícil de realizar que en otros terrenos. En la política se hace, pero en la literatura se dice. Se puede conducir a algunos señores que nada de común tienen con la lucha de clases, pero es preciso hablar de esa lucha. No se les puede reprochar a los ideólogos del nacionalismo galútico por falta de paciencia con respecto a las palabras de sus amigos marxistas. Incluso estarían dispuestos —hasta donde las circunstancias lo permitan— a darles la más absoluta libertad en su prensa. Pero la combinación no es del agrado de sus aliados "ortodoxos". En plena libertad de palabra impresa, ni se podría hablar de la unificación ahora realizada de elementos tan heterogéneos bajo un solo techo literario.

El pueblo judío es pequeño en cantidad, es insignificante con su relativo peso social político. Por eso, todos sus procesos vitales no son significativos. Las manifestaciones de concentración antisionista que hemos mencionado podrían parecer inmerecedoras de mayor atención. Pero, a través de lo minúsculo y lo inadvertido suele abrirse paso la historia. Si nuestra historia del Galut no resalta con brillo, no se aminora por eso la significación histórica para el pueblo judío de los hechos a que hacemos referencia. En segundo lugar, cabe pensar en la influencia que sobre la vida popular tiene la intelectualidad antisionista, para comprender el significado decisivo que puede alcanzar para toda la grey. Esa intelectualidad asumió por su cuenta la dirección del movimiento obrero y de la regulación emigratoria. Domina en la Kehilá y en otras dependencias, se la encuentra en todas partes donde se emprende labor de autoorganización y autoayuda. Y tiene éxito porque es solidaria; porque incluso aquella parte que sin cesar jura su apego a la lucha de clases, practica en verdad la cooperación clasista. La intelectualidad antisionista no teme las diferencias de clase, las sanciona con gusto, permite en sus filas la libertad de crítica con tal de garantizar la unidad de acción. Este hecho contradictorio pone de manifiesto, con claridad, que los aliados defienden valores en la vida judía que son comunes

a las dos partes y apreciados por ambos, quienes están obligados a defender en común las posiciones que conquistaron.

Veremos en seguida las bases materiales de esa solidaridad.

LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA EN EL JUDAÍSMO MODERNO

En nuestras consideraciones, tenemos en cuenta al judaísmo del Este. Los judíos de Occidente están apartados de la vida esencialmente colectiva de nuestro pueblo. Por eso, pueden aceptar de las actuales ideologías judías la asimilación incondicional, o sionismo abstracto y carente de vida. Los problemas de una vida nacional colectiva, su desarrollo en el Galut, son casi enteramente ajenos al judío de Occidente. Por eso, en esta parte de Europa ni siquiera halla eco el nacionalismo galútico.

¿Con qué, en verdad, puede explicarse la profunda animadversión entre el sionismo y los así llamados galutistas de todo color en Rusia y en Galitzia? La aversión se debe a mucho más que a divergencias ideológicas. Sería muy ingenuo creer que los incesantes ataques contra el sionismo por parte de los bundistas, o la brutal lucha del bloque de asimilacionistas, jasidim y socialdemócratas en Galitzia, extraen sus fuentes sólo de discrepancias teóricas. La sangre derramada en las calles de Drohobich desmiente categóricamente esta ingenua aseveración de la lucha que tiene lugar en la calle judía.

No cabe duda que se trata de una lucha por dominio, por real poder en la vida; que se trata de un amargo conflicto de intereses materiales. Pero es indudable que no se trata de un choque de intereses de clase, sino de algo distinto. El sionismo, por sí mismo, no tiene un carácter supraclasista; pero la lucha entre él y el galutismo, por así decirlo, tiene un carácter tan supraclasista como la lucha de los librepensadores contra el clericalismo entre los pueblos de Europa; a pesar de que el librepensamiento de la burguesía radical y el del proletariado consciente no son una y la misma cosa.

No hay pueblo en el mundo cuyos individuos sean tan aptos, diestros, porfiados, adaptables y multifacéticos en la lucha por la existencia personal como son los judíos. Y tampoco hay otro pueblo que sea tan débil, dejado, sumiso e indeciso en la lucha por el fortalecimiento nacional. *Fuerza extraordinaria de la parte e inigualable debilidad del todo,* es una de las contradicciones del pueblo judío en el Galut. ¿Puede acaso medirse el abismo de

energía que se esconde en las profundidades de las masas hebreas? Pero se trata de una energía de talentos personales y esfuerzos astillados que nuestro pueblo no sabe cómo transformar en la energía de la creación colectiva. En esta parte individual —impregnado de inconsciente "arribismo", que ansía obtener para sí una "base firme" aunque sea al precio de apartarse de la colectividad infeliz, pobre y carente de suelo— en este individuo se apoya la ideología asimilacionista con todas sus variaciones. Por otra parte resulta claro que la grey judía como un todo, dejada a la buena de Dios por el individuo que se apartó en pos de un éxito personal, necesita ser fortalecida, enderezada, unida y tornada independiente. Y en esta grey se apoya la ideología sionista en sus diversas formas. Precisamente aquí, *en el mudo antagonismo entre el individuo triunfador y el pueblo desdichado, hay que buscar las contradicciones "materiales" de intereses, que promueven el choque de ideologías entre los judíos.*

La asimilación nunca se interesó ni supo del antagonismo entre individuo y grey. Pero cuando el sionismo llamó a sacrificar las carreras personales en aras de la redención nacional, los asimilacionistas sintieron instintivamente el peligro para la asimilación y se proveyeron de todo el arsenal de palabras para atemorizar ("reacción", "chovinismo", "estrechez", etc.), con lo cual querían defender el derecho del individuo a hacer carrera. El sionismo advirtió —aunque no siempre en forma prominente— esta contradicción entre individuo y colectividad y de allí extrajo su idealismo. El nacionalismo galútico, sin saberlo bien, intenta hacer las paces entre el individuo y la grey en el judaísmo.

El individuo que adula al "mundo grande" —buscando éxito, deseando desarrollar su talento, o con fines de explotación—, que adula al mundo exterior, no quiere desligarse del lugar en que se asienta. Para él es el Galut el hogar; el ambiente no judío es la patria. Pero el pueblo judío —como organismo histórico, como tradición material y espiritual, como forma de vida y como tipo cultural-psicológico— le oprime a cada paso. Es cierto que en el pueblo judío no es muy fuerte la tradición *material*, hay pocos productos petrificados de creación colectiva de generaciones anteriores, hay poca forma de vida que se desarrolle por sí misma, hay poca peculiaridad y no poseemos nada de la fuerza de la tierra, de esa concreta fuerza de atracción. Pero en cambio tenemos más tradiciones culturales en todo el aspecto espiritual, en los hábitos de pensar, en el temperamento y en la herencia ideológica. Esa tradición muy rara vez permite escapar a algún individuo de sus brazos atenazantes. Considerado en general, el individuo judío,

con todas sus esperanzas "arribistas" se ve obligado a permanecer anclado en su pueblo. De ello provienen las contradicciones internas de la asimilación.

Por otra parte, la grey judía también está dominada por la necesidad de fortalecer, de dejar raíces en el medio circundante, de vincularse con la inerte tierra negra de los pueblos vecinos. Un pueblo entero no puede vivir con ascetismo. De esto provienen las contradicciones internas en el movimiento sionista.

La asimilación logró estabilizarse más pronto y sutilmente que el sionismo, en lo que respecta a esta contradicción; después de que los ideólogos de la asimilación se convencieron de la imposibilidad de conseguir una base en donde apoyarse (sólo con esfuerzos puramente individuales), se orientaron instintivamente por los rumbos que toman las masas en sus aspiraciones naturales: a fortalecerse en el Galut. Los asimilacionistas —herederos directos de los antiguos "influyentes" del pueblo hebreo, de los judíos poderosos y los líderes de las comunidades, como asimismo de la desnudez temperamental de los jóvenes de las Ieschivot— ellos, con la fuerza de la transición histórica, encontraron abiertas todas las rutas para llegar a las masas judías, a los establecimientos y organismos de nuestro pueblo. Los padres mandaban en las Kehilot, en las instituciones de beneficencia, en la enseñanza; sus hijos y nietos se apoderaron de las "sociedades" modernas, de las organizaciones de ayuda y de los sindicatos obreros. Los hijos supieron aprovechar la capacidad de organización que heredaron, para fortalecer sus propias posiciones en la vida judía, como los "únicos representantes" del pueblo judío o de algunas de sus clases sociales. Y de esta manera se granjearon el reconocimiento de grupos caracterizados de los otros pueblos...

No teniendo la menor voluntad de servir al pueblo judío; llegando al pueblo sólo por el fracaso de la asimilación personal y "arribista", esta intelectualidad, talentosa y activa, le prestó en cierta medida provecho concreto y directo a las masas judías. Organizó la beneficencia, el crédito económico, la instrucción, llevó encuestas estadísticas, brindó información emigratoria y dirigió asimismo *huelgas* y manifestaciones obreras. Casi monopolizó la actividad comunitaria judía, por el "derecho" histórico que da la prioridad en ocupar el lugar. Y al hacer todo eso, sólo les movía una finalidad: *verse elogiados por el mundo circundante*; apoyándose en el pueblo judío, busca realizar el camino indirecto hacia el "arraigamiento" personal en el Galut.

Nuestra intelectualidad galutista, que en el fondo de su alma sigue siendo tan indiferente al destino del pueblo como antes,

sirvió sin quererlo a la sociedad judía y no le motivó sacrificios a la grey. Por el contrario: el "arribismo" personal coincidió, feliz y casualmente, con ventajas para la colectividad.

Lo más valioso que esta intelectualidad brindó con su acción a las masas judías fue empero superficial, inseguro e inestable, porque su labor se ajustaba a los restringidos límites galúticos. Satisface sólo las necesidades corrientes e inmediatas, pero no a las masas en su totalidad; sólo favorece a grupos particulares o a personas individuales. Se limita a la pequeña actividad cotidiana. En toda esa actividad —tanto de la intelectualidad burguesa como de la proletaria— no hay ideal ni sistema, porque el punto de mira no es la grey nacional, sino que contempla en todo caso las necesidades de una persona y de un momento dado.

Pero a las masas, de todos modos eso les significa algo; y nuestra intelectualidad galutista no necesita otra cosa que dominar a las masas, que contar siquiera en parte con su confianza. Y no tanto con la confianza verdadera, como con el derecho de reclamarla y exhibirla ante el mundo exterior. Esa intelectualidad creó en el ambiente judío una desagradable atmósfera de propaganda altisonante y discrepancia partidista chillona. Por lo mismo es tan superficial en su ideología; evita orgánicamente todo intento de profundizar en los secretos de la vida judía; con fanatismo falsea los valores ideológicos del pueblo judío y teme mirar directamente a los ojos de la terrible verdad. Necesita ser el "único representante" ante el seductor y poderoso mundo exterior, y, por consiguiente, es preciso que "en el pueblo judío, que nos confía su cuidado, todo esté en paz".

La extrema superficialidad y la falta de ideas en esta ideología permitió a la intelectualidad que la creó rechazar fácilmente la asimilación. En este caso, la catástrofe de la asimilación no despertó añoranzas ni provocó lágrimas, no destruyó vidas personales ni arruinó carreras. No por nada el individuo identifica tan brillantemente en esto su éxito personal con los problemas institucionales. Esta intelectualidad está compuesta por "practicistas" y "diplomáticos", que tienen esas cualidades por herencia y aptitud. Nietos de los que fueron urdidores en las Comunidades y en las tareas de imploración a los amos, son —tanto en el campo burgués como en el proletario— fraseólogos y oportunistas innatos.

Con su peculiar agilidad y capacidad de maniobras, todavía antes de la revolución rusa de 1905 la intelectualidad se apartó del asimilacionismo y el "cosmopolitismo" y se inclinó por el insincero y tornadizo nacionalismo galútico.

El sionismo, por el contrario, hizo otra evolución. Fue creado por la parte activa de la intelectualidad judía que, bajo la presión de los horrendos golpes del antisemitismo institucional y oficial, sintió que era imposible ligar la felicidad del pueblo con el "arribismo" personal. Con aguda decisión rechazó el Galut, viendo en él la causa principal de los sufrimientos judíos y la futilidad de la creación judía. ¡La intelectualidad sionista, en su radicalismo, se mostró empero ciega y sorda hacia lo positivo que crearon en la vida cotidiana las masas judías! Utópicamente apegados al ideal renacentista en el país ancestral propio, la mirada de esos ideólogos se alzó muy por encima de las necesidades corrientes y momentáneas. En sus primeros 20 años los sionistas no aceptaban ningún pensamiento relativo a conquistar y fortalecer las posiciones en los países galúticos; les era extraña la necesidad de un equilibrio, de una vinculación estrecha entre el interés personal y los problemas gregarios. Todo lo que ocurría en el Galut, todas las manifestaciones galúticas —lucha económica de los trabajadores, lucha por la libertad burguesa, desarrollo de la lengua judía, emigración— era mirado por los sionistas como algo infructífero, ajeno. Porque todo lo que se debe hacer —alegaban— está allá, en la patria histórica del pueblo judío. Allá, Sión; aquí, Galut. ¿Y qué puede haber de bueno en el Galut?

Mientras tanto, los elementos antisionistas conquistaban más y más las expresiones organizadas de la vida institucional; y la trivialidad asombrosa, verdadera orfandad de pensamiento, se unió en ellos con un gran instinto práctico y con eficiencia organizativa. El sionismo, por su parte, precisamente en vísperas de las conmociones más difíciles que sufrió el judaísmo de nuestra época, se mostró enfermo de impotencia organizativa, a pesar de la profundidad y la destreza de su pensamiento.

En el capítulo anterior hemos visto que los años revolucionarios trajeron la primera experiencia —aunque no muy lograda— de concentración antisionista.

Toda época de conmociones sociales en el mundo circundante promueve en el pueblo judío nuevas *conmociones*. Y le despierta *esperanzas*... Le trae grandes peligros, y seductoras *perspectivas*... El sionismo se apoyaba en estos peligros y preocupaciones, en las amenazas catastróficas, mientras el galutismo se apoyaba en las perspectivas y las esperanzas...

En primer término, el sionismo se esforzó por ignorar esas esperanzas y perspectivas; con enfermiza alegría subrayaba todo lo que era trágico y horrible en las vicisitudes del pueblo, para

desbaratar esas esperanzas. Sus enemigos, por el contrario, subrayaban el peligro, enfrentaban las sacudidas con maliciosa sonrisa y se "ingeniaban" con tranquilizadora autoestupidez; no era valor sino vacuidad lo que les cerraba los ojos frente al abismo. ¡Nadie, absolutamente nadie, gritó, con la frente bien alta, que estamos dispuestos a enfrentar lo que nos amenaza!

Y el sionismo se perdía en rebuscamientos, realizaba una lucha ideológica en momentos cuando sus contendores construían fortalezas en la vida. En ese entonces —en esos tétricos y sin embargo brillantes años— se fueron apartando del sionismo los elementos más dinámicos y desarrollados. Del sionismo se desprendió una nueva forma de nacionalismo galútico, más profundo, diestro y sincero que el nacionalismo fraseólogo de los semiasimilacionistas. Muchos trabajadores que permanecían en el sionismo, le dejaron de lado y buscaron en su particular camino de clase la unificación de los objetivos libertarios del momento, con el ideal de redimir al pueblo en su propio país. Finalmente, cuando el renacimiento general arrastró consigo a los más radicales y sobrios, también el centro principal de la multitud sionista se lanzó a la lucha por posibles posiciones en el Galut. El programa de Helsingfors, en Rusia, y la formación de un Partido nacional judío, en Austria, señalaron una nueva orientación en política sionista.

De esta manera, el sionismo comenzó finalmente a superar las contradicciones internas de su papel. En vez del sueño utópico de curar de un golpe —con una milagrosa trasmutación— a la grey toda, el sionismo incluyó en el círculo de sus aspiraciones el objetivo de fortalecer al Ischuv judío en los países del Galut.

El sionismo hizo su síntesis y se tornó integral; orientó el desarrollo de la colectividad judía en todas direcciones, en el Galut y en Eretz Israel, en el hoy y para el mañana.

Pero este objetivo, psicológicamente, fue tan nuevo para la mayoría de los sionistas, que en el transcurso de los últimos años apenas afrontaron su solución. En ello, por supuesto, tienen no poca culpa las dificultades externas —principalmente en Rusia— y el que en todas partes las posiciones más importantes en la vida institucional judía estaban en manos de enemigos del renacimiento radical del pueblo hebreo. Pero la culpa hay que atribuírsela, más que nada, a la falta de adaptabilidad psicológica de los sionistas a la nueva situación. Los sionistas —exceptuando a los sionistas obreros, quienes ya lo comprendieron hace tiempo, y construyen como corresponde su táctica— no se acostumbraron todavía a la idea de que el sionismo debe afrontar una *lucha por el poder* en la vida de las masas, por ejercer la hegemonía en la sociedad judía.

Gracias al instinto de luchar, tan habitual entre los obreros, el sionismo proletario, desde un principio, persiguió una meta: ocupar todas las posiciones en el proletariado judío y crear otras nuevas. Y si hasta ahora no tuvo éxito, se debe en gran parte a las profundas disensiones en su seno (ss, Seimistas, Poale Sión). Y ahora, cuando la propia vida eliminó la disensión, obstruyen el camino los graves impedimentos externos. Hay que recordar que el sionismo proletario existe en todo el mundo con fuerzas propias, no como el "único representante" con su familia linajuda (judía y no judía).

En pocas palabras: el sionismo debe conquistar lo que sus enemigos utilizan para minar el renacimiento de la nación judía. Las posiciones que la intelectualidad antisionista ocupó, no le fueron quitadas al sionismo: en verdad, éste nunca las tuvo. Y cabe subrayar que, allí donde el sionismo intenta incursionar en la práctica judía, encuentra cálida acogida por parte de las masas. Eso pudo verse durante la campaña electoral para la primera y la segunda Duma, en Galitzia. Pero allí el sionismo no supo aprovechar la energía y la simpatía contenida en las amplias masas judías.

En el umbral de este nuevo capítulo de la historia universal y judía, cuando el pueblo judío está frente a nuevos y difíciles peligros y nuevas perspectivas seductoras, se nos plantea el problema: ¿Cómo superar la debilidad organizativa del sionismo? ¿Cómo desarrollar el máximo de actividad fructífera en esas profundas simpatías que encuentra en las masas populares el ideal del renacimiento en el hogar propio?

La respuesta es: *concentración nacional, contra la concentración antisionista.*

DIFICULTADES DEL POALE-SIONISMO (SIONISMO OBRERO)*

"¡Qué difícil es ser un sionista obrero!", exclamó un viejo camarada del partido en una celebración del aniversario de la organización de Varsovia. "¡Cuánto más fácil es ser un bundista, o un miembro del Partido socialista polaco! En esas organizaciones no son de mucho estorbo las cuestiones que provocan reflexión o estudio. ¡Qué difícil y responsable, sin embargo, la carga de un sionista obrero!"

Podemos apreciar justamente la queja de nuestro devoto camarada que, aunque pagó sus convicciones partidarias con una sentencia a Siberia de por vida, sigue siendo un devoto sionista obrero. Pese a todas las dificultades, adherimos firmemente a nuestros principios. ¿En qué reside la fuerza de esa misión que, aunque tan complicada y difícil, es sin embargo tan querida para todos nosotros?

Hay una ley de la naturaleza conocida como ley de la conservación de la energía. Cada ser se esfuerza por alcanzar los máximos resultados con el mínimo de esfuerzo. Esta ley opera tanto en el mundo orgánico como en el inorgánico. El crecimiento de las plantas, la expansión de las raíces, el movimiento de criaturas microscópicas, los instintos del mundo animal, la vida tanto consciente como inconsciente del hombre —todo se halla bajo la influencia de esa ley de la naturaleza. Esa ley se siente en la cultura humana, en la industria, la ciencia, la moral y el arte, en los conflictos siempre cambiantes del pensamiento social y en las luchas nacionales y de clases. En suma, *la humanidad se esfuerza* en todas sus empresas por lograr los máximos resultados con el *mínimo esfuerzo*.

Esta tendencia a economizar energía no es en sí misma asunto sencillo, sino más bien complicado. No hay medida absoluta de la economía, porque su grado siempre depende de determinadas circunstancias. Así, hablando teóricamente, la distancia más corta entre dos puntos cualesquiera es una línea recta. Eso, sin embargo, no toma en cuenta las complicaciones prácticas de una situación determinada. Imagínese por un momento que entre dos distancias dadas haya una montaña o un lago; pronto se hace evidente que la línea recta de ningún modo es el camino más corto o más sencillo. Para evitar dificultades innecesarias sería preciso tomar una ruta desviada o construir un túnel o un puente. En otras palabras, el camino más sencillo no siempre es el verdadero o el correcto. La vida humana, tanto individual como de grupo, es tan compleja que una solución sencilla a menudo es una imposibilidad.

Sin embargo, bajo esa ley de la economía, el hombre lucha en primer término por alcanzar su objetivo del modo más sencillo posible. Primero trata de seguir el camino más corto, el camino recto. Pero las realidades de la vida con frecuencia lo obligan a adaptarse a condiciones complicadas utilizando medios nuevos y racionales. Tal es el caso en la historia del individuo y del grupo. En el pasado, por ejemplo, los hombres trataron de conquistar las distancias por los medios de transporte más sencillos —caballo, camello o vela. Ahora, sin embargo, es muy difícil para un hombre llegar a dominar, en el lapso de una breve vida humana, las técnicas del transporte, que se han complicado a consecuencia de la introducción de ferrocarriles, barcos de vapor, automóviles y aeroplanos. *El desarrollo de la cultura humana se expresa no en la simplificación sino en la diferenciación y el refinamiento de las facultades mentales y físicas. La sencillez de pensamiento y de táctica social a menudo es signo de primitivismo.*

Hay otro aspecto de este problema. La ley de la economía se refiere no sólo al gasto de la mínima cantidad de energía, sino también al logro de los máximos resultados. En su expresión más elemental y abstracta, la forma más simple de la acción es la inacción; la más simple forma del pensamiento el no pensar. Así conservaríamos toda la energía. Pero el ideal del hombre es el logro de la máxima productividad con el mínimo de esfuerzo. Marx señala claramente ambos aspectos de esta ley en su teoría de que la historia de la humanidad depende del desarrollo de las fuerzas de producción.

Es verdaderamente difícil ser un sionista obrero, pues el pensamiento y la práctica de Poale Sión son más complicados y poseen matices más finos y variados que los pensamientos y las prácticas de otros partidos judíos. Sin embargo, hoy, dentro de la vida judía, con sus intrincados problemas Galut y su lucha por el renacimiento, el programa de Poale Sión ofrece los máximos resultados con el mínimo esfuerzo. El Bund exige menos sacrificios espiri-

* Escrito en 1913 y publicado en el órgano del sionismo Poale *Yiddischer Arbeiter* (Lemberg, hoy Polonia), en ocasión del décimo aniversario de esa publicación. [E.]

tuales y físicos del proletariado judío, pero también se satisface con objetivos más limitados.

Nosotros deseamos revitalizar la vida judía, el trabajo judío, y la energía judía en todos los campos de la actividad. No podemos contentarnos con los resultados que pueden obtenerse en el Galut. Pero aun en nuestro trabajo en el Galut, nuestro programa para el proletariado judío abre una vista mucho más amplia que los programas de los demás partidos judíos. Según los socialistas-territorialistas, el problema judío sólo puede ser resuelto por un programa basado en la emigración. Para los bundistas, el problema del Galut es algo más amplio, pero su programa y sus actividades se limitan a las formas más directas de lucha con la burguesía y el estado. Por lo tanto, mientras los social-territorialistas realizan trabajo constructivo sólo en el campo de la emigración, y el Bund entre los trabajadores judíos en huelga, Poale Sión se propone efectuar trabajo constructivo en todos los frentes económicos, culturales y políticos.

Es evidente que la complejidad de nuestro programa no estorba en absoluto su practicabilidad. Aunque los socialistas-territorialistas hablan de la necesidad de regular la emigración judía, dejan el trabajo práctico en manos de los territorialistas y asimilacionistas burgueses. Los sionistas Poale, sin embargo, no se limitan a la propaganda, y ya, en el curso de su corta existencia, han logrado algo a través de sus propias instituciones (por ejemplo, el Fondo de trabajadores palestinos* y la Oficina de información en Jaffa).** Aunque los bundistas hacen propaganda constantemente en favor de la lengua, la literatura y las escuelas yiddisch, muy poco han hecho por la cultura, la ciencia y la educación judías en comparación con el joven partido Poale Sión.

Lo anterior demuestra claramente que de todos los programas de los partidos judíos —tanto burgueses como proletarios— el programa de Poale Sión presenta la solución más amplia para el problema judío. Por lo tanto, es realmente difícil ser un sionista obrero —pues el pensamiento y la práctica de Poale Sión

* Establecido por la Confederación mundial de Poale Sión para proporcionar ayuda a todos los trabajadores organizados en Palestina, sin tomar en cuenta su afiliación al partido. Fue particularmente útil como agencia financiera durante la guerra mundial. En los Estados Unidos el fondo es conocido popularmente como *Campaña Geverkshaften*. Reunió más de un millón de dólares en la década pasada, ayudando así a las diversas instituciones de la *Histadrut* (Federación general de trabajadores judíos de Palestina). [E.]

** Establecida por el Fondo de trabajadores palestinos para ayudar a los nuevos inmigrantes. [E.]

exigen del trabajador judío el máximo esfuerzo de sus facultades espirituales y físicas. Y sin embargo ese esfuerzo es apenas un mínimo en comparación con el programa, que abarca toda la vida judía, por cuya realización luchan los sionistas obreros.

II

La mente primitiva supone que la verdad es simple. Los pensamientos complicados y bien fundados asombran al hombre no educado.

El problema de la llamada "coherencia" del programa y la táctica de los movimientos sociales es complicado. El trabajador judío no desarrollado y de conciencia insuficiente supone que "coherencia" significa una de dos cosas: o aquí o allá, Galut o Sión. No puede comprender la integración de las dos.

También en el pensamiento socialista surge el problema de la coherencia. Así, por ejemplo, los anarquistas, que desean simplificar las tácticas del movimiento obrero, acusan al socialismo científico de incoherencia. Los anarquistas estarían indudablemente en lo justo en su acusación si el socialismo predicara la *revolución social* un día y el *reformismo social* al siguiente. Pero, en realidad, el socialismo integra en su programa tanto la lucha por la revolución social como la lucha por la reforma inmediata. De este modo, el socialismo científico es más complejo que el anarquismo, y aunque la mente común pueda no comprenderlo enteramente, es, sin embargo, coherente. El socialismo debe pues superar la separación entre reforma y revolución, así como el sionismo Poale debe integrar Galut y Sión.

El todo es mayor que cualquiera de sus partes. Como el socialismo es un elemento básico del sionismo Poale, las dificultades del socialismo son también las dificultades del sionismo Poale.

El socialismo científico exige que nuestros ideales se basen en las fuerzas objetivas operantes en la sociedad. No es suficiente que individuos o incluso masas sientan necesidad de algo; es esencial que esas necesidades y deseos, expresados como elemento vital de un programa de partido, estén en armonía con tendencias históricas. Las fuerzas objetivas que constituyen la base de un ideal también crean la "necesidad histórica" de ese ideal.

La principal dificultad del programa de Poale Sión es que exige del trabajador judío que lo apoya que esté plenamente convencido de que el programa social del Galut y el programa

nacional de Palestina son no sólo hermosos ideales, sino posibilidades objetivas.

Ahora podemos comprender plenamente lo que el socialismo científico exige de cada sionista Poale. Primero, debe conocer las condiciones de nuestra vida social actual y estudiar la esencia de la necesidad histórica del socialismo. Segundo, debe comprender plenamente la naturaleza y la solución de los problemas económicos y culturales de la clase trabajadora judía. Tercero, debe orientarse en el problema del nacionalismo en nuestra época y particularmente en el problema nacional judío.

No se debe caer, sin embargo, en el error de suponer que cada sionista Poale debe ser necesariamente un gran teórico. No es preciso que cada sionista Poale domine completamente la literatura socialista, la de Poale Sión o la anti-Poale Sión; tampoco debe ser necesariamente un experto en todos los problemas referentes al movimiento socialista de cada nación o al movimiento Poale Sión de cada país.

A través de su participación activa en el Partido socialista, el trabajador adquiere lo que se llama comúnmente una conciencia socialista, de mayor valor que su dominio de libros. Ésa es en realidad la esencia de la educación socialista. El hecho mismo de que las masas participen en el trabajo socialista en números cada vez mayores es prueba suficiente de su necesidad histórica. El curso de la necesidad histórica del socialismo no puede ser trazado con seguridad matemática. El conocimiento humano aún no se halla suficientemente desarrollado para poder prever procesos históricos con precisión matemática. No es justo suponer que Marx, o cualquier otro pensador, haya logrado demostrar más allá de toda duda la necesidad histórica del socialismo. Las teorías pueden ilustrar e interpretar, no demostrar, la necesidad histórica. Pero lo que no puede hacer la teoría puede hacerlo la vida. Sus experiencias cotidianas, más que libros, convencerán al trabajador de que la lucha entre él y el capitalista se hace cada vez más dura.

Del mismo modo, nuestra educación se propone desarrollar una conciencia sionista Poale. Esa conciencia, más aún que nuestra literatura, resolverá las dificultades teóricas de nuestro programa. La literatura del sionismo Poale puede ilustrar e interpretar nuestro programa; no puede probar sus méritos. El hecho, sin embargo, de que nuestro movimiento crezca y se desarrolle, es en sí mismo prueba suficiente de su necesidad histórica. El constante crecimiento de la conciencia nacional entre las masas judías, el gradual aumento del respeto por la personalidad judía, el crecimiento del movimiento por los derechos nacionales judíos, el creciente movimiento obrero judío en Palestina —todos éstos son hechos objetivos, cuyos factores *reales* hallarán su expresión teórica en el programa de Poale Sión.

Nuestro programa es más difícil que el de otros partidos que se conforman con una perspectiva más estrecha. Nuestra tarea, sin embargo, no es imposible de realizar; porque nuestra teoría se basa en las necesidades de la vida judía, y en las experiencias vivas del proletariado judío organizado. Como el socialismo, el sionismo Poale resolverá sus dificultades *teóricas* sólo en su *práctica*.

"ANTISEMITISMO JUDÍO"*

Es un hecho bien conocido y trágico que muchos trabajadores judíos que han trabajado como esclavos muchos años en una creciente industria judía se ven un buen día despiadadamente desplazados por trabajadores no judíos de la propia fábrica a la que han dado tanto de su sudor y su sangre. Este problema se vuelve particularmente agudo cuando el industrial introduce métodos de producción modernos, es decir, cuando sustituye el trabajo humano por el trabajo de máquinas. Se ha vuelto casi un axioma que los trabajadores judíos no reciban el privilegio de trabajar en las máquinas sino que sigan condenados al trabajo manual.

Nuestro movimiento (Poale Sión), hace ya diez años, llamó la atención hacia este fenómeno de la vida judía. Otra facción, que hasta hoy se considera el "único representante" del movimiento obrero judío (el Bund), se burló de Poale Sión y repetidamente ridiculizó nuestros pensamientos y acciones. Pero la vida contemporánea ha demostrado la justicia de nuestra opinión y ha obligado a nuestros oponentes a tomar conocimiento de las condiciones reales. Y ahora, cuando la eliminación de trabajadores judíos ha alcanzado la magnitud de una verdadera epidemia, cuando las trágicas noticias del despido de tejedores y trabajadores del tabaco judíos se han vuelto un secreto a voces, despiertan de su modorra y muestran interés por esta tragedia de los trabajadores judíos. Es natural que quienes sólo ahora reconocen la gravedad de la situación estén asombrados y perplejos. No analizan los síntomas de la enfermedad, ni proponen cura alguna.

I

¿Cuál es la razón de este estado de cosas? Hasta el momento se han propuesto varias teorías. Nuestros optimistas,** que tratan de

* Manuscrito incompleto escrito antes de la guerra mundial con el título "What can be done to check discrimination".

** Borojov se refiere a los llamados jefes comunales judíos, que tienen tendencia a minimizar el problema económico de los judíos en Galut. [E.]

minimizar las tragedias judías, han atribuido esa situación a causas insignificantes e incidentales. Los optimistas sostienen que esa anormalidad deriva del hecho de que los judíos carecen de habilidad para el trabajo y no están acostumbrados al trabajo físico. Concluyen que si los judíos recibieran una buena preparación vocacional, no habría ningún obstáculo para el esfuerzo por penetrar en los niveles primarios de la producción. Los publicistas y "jefes comunales" que comparten esa opinión ignoran completamente la historia de la clase trabajadora judía, así como las leyes del desarrollo capitalista. En primer lugar, es erróneo suponer que es debido a la falta de una preparación adecuada que los judíos son excluidos de las fábricas. ¿Acaso los jóvenes y muchachas campesinos que forman la mayoría de los trabajadores de las grandes fábricas están mejor preparados o son más hábiles? Por el contrario, la industria moderna exige fuerza de trabajo no calificada; sólo los capataces y los expertos técnicos necesitan una preparación especial. En segundo lugar, los trabajadores judíos no llegaron a ser trabajadores de la noche a la mañana. Por siglos ha existido una clase trabajadora en el gueto judío. Además, los artesanos judíos tenían sus propios gremios, con sus reglas del oficio, exactamente igual que los trabajadores de otros pueblos. El zapatero, sastre, encuadernador o tapicero judío recibía la misma preparación que su contemporáneo alemán. En el curso de los siglos, los trabajadores judíos desarrollaron sus propias tradiciones y técnicas de trabajo. Que esas tradiciones y técnicas fueran más adecuadas para la vida del gueto que para el mundo exterior; que por siglos el tejedor judío se ha especializado en hacer un *tallit** y no un chal, el sombrerero judío una *yarmulke*** y no una gorra de oficial —todo eso no prueba que el trabajador judío no tenga tradición o pasado histórico. Pues si nuestros "jefes de comunidad" hablaran menos e investigaran más, descubrirían que incluso hoy en Europa occidental se afirma que el moderno trabajador manual no se adapta fácilmente al trabajo en fábricas y que ninguna cantidad de preparación vocacional puede preparar plenamente al trabajador para la industria moderna.

Una segunda razón que se aduce con frecuencia es que el Sabbath*** impide a los judíos penetrar en las grandes industrias.

* Chal con flecos en las cuatro puntas que usan los judíos cuando rezan.[E.]

** Gorra que usan los judíos ortodoxos. [E.]

*** Una de las razones aducidas por empleadores gentiles para no emplear trabajadores judíos en los Estados Unidos es "que el trabajo es perturbado por su ausencia en las fiestas judías". Véase V. X. Cohen, *Jews, jobs and discrimination — A report on Jewish non-employment*, folleto publicado por el American Jewish Congress, Nueva York, 1937.

Nuestros optimistas que se aferran a la teoría del Sabbath no entienden que, para los judíos, el Sabbath es no sólo una tradición religiosa, sino también una institución económico-social profundamente arraigada. El Sabbath debería ser una ventaja antes que una desventaja para el trabajador judío, porque el empleador judío también está acostumbrado a descansar el sábado, y si no sintiera ningún odio particular por el trabajador judío seguramente lo emplearía. El hecho de que los capataces y expertos sean en la mayoría de los casos no judíos importados, por los cuales el empleador se ve "obligado" a tener la fábrica abierta los sábados, no es excusa válida. En primer lugar, el capataz no es el propietario, y en segundo, hay muchos trabajadores judíos dispuestos a trabajar el sábado. En muchos casos, trabajadores judíos han consentido en trabajar el sábado, pero se les negó el empleo.

Una tercera razón que se aduce comúnmente es que el trabajador judío se halla culturalmente en un nivel más elevado que su competidor no judío. El trabajador judío exige mejor paga y mejores condiciones de trabajo y, lo más importante, el trabajador judío hace huelga con frecuencia.* El industrial judío, que teme la huelga del trabajador judío, se niega a emplearlo. Esta afirmación es cierta. El trabajador judío y su camarada no judío, así como su empleador, son conscientes de ello.

En los cinco años comprendidos entre 1900 y 1904, el número de trabajadores huelguistas por millar fue: Alemania 55, Bélgica 70, Inglaterra 75, Francia 150 y Rusia 130. Entre los trabajadores judíos de Rusia, 240 de cada mil fueron a la huelga. ¿Debemos, pues, concluir que el gran industrial judío está justificado en su temor? No. Porque la mayoría de las huelgas judías ocurren en pequeños talleres y no en grandes fábricas. Las cifras siguientes ilustrarán claramente esto: en los pequeños talleres, 17.5% fueron *lock-outs*; en las fábricas pequeñas y medianas, 50% de las huelgas fueron provocadas por los patrones; y en las grandes fábricas,

* Las mismas razones aducen los judíos propietarios de plantaciones en Palestina contra el empleo de trabajadores judíos. Moshe Smilansky, líder de los propietarios de plantaciones y enemigo de los trabajadores judíos, escribía en 1932: "[...] En la plantación de naranjos donde todo el trabajo es realizado por trabajadores judíos siempre hay negociaciones sobre una cosa u otra." Es por eso que algunos propietarios de plantaciones de Palestina prefieren emplear a los trabajadores árabes, no organizados y mal pagados —con frecuencia con la excusa del "internacionalismo" y "las relaciones amistosas con nuestros vecinos árabes." Véase el folleto de D. Ben Gurion, *Jewish labor*, publicado por la Organización Hechalutz de Inglaterra, Londres, 1935.

(200 obreros o más), el 67.5% de las huelgas fueron impuestas por los patrones, y sólo el 25% declaradas por los trabajadores.

El huelguista judío tiene menos éxito en las grandes fábricas que en los talleres pequeños. Los trabajadores manuales obtuvieron una victoria completa en el 72.7% de las huelgas, y sufrieron una derrota completa en el 7.9%. Los obreros judíos de las fábricas pequeñas (entre 20 y 50 obreros) obtuvieron la victoria en el 68.7% de las huelgas y fueron derrotados en el 14.9%; en las fábricas medianas (entre 51 y 200 obreros), lograron una victoria completa en el 56.9% y fueron derrotados por completo en el 20.7%; y *en las fábricas grandes (200 obreros y más), obtuvieron una victoria completa en el 27.6% y sufrieron una derrota completa en el 41.7% de las huelgas.*[1]

Estas cifras demuestran que las quejas de los grandes industriales contra la audacia de los trabajadores judíos son infundadas, pues en la mayoría de los casos los patrones fueron los agresores. Si alguien tiene derecho a quejarse, es el pequeño propietario, pues en su taller el trabajador judío es en realidad un huelguista frecuente. Sin embargo, *los pequeños propietarios siguen empleando a los judíos, aun cuando éstos son huelguistas*. El pequeño propietario puede utilizar con frecuencia a la policía; puede sufrir pérdidas financieras; sin embargo, no remplaza al trabajador judío por un no judío. ¿Quién, pues, es responsable de la expulsión

[1] Durante el mismo período las estadísticas del gobierno muestran que hubo sólo 481 huelgas en la Rusia europea, que afectaron a 1 030 empresas. En el mismo período, en Bélgica, se registraron 487 huelgas; y Suiza, en el curso de 40 años (1861-1900), tuvo 1 001 huelgas.

En general, el huelguista judío no tuvo menos éxito que el no judío. Mientras sólo el 7.5% de las huelgas en Bélgica fueron ganadas por completo, el 9% en Austria, el 3% en Francia, el 30% en Gran Bretaña, el 49.5% en Alemania y el 26% en la Rusia europea, los trabajadores judíos en Pale ganaron completamente el 63.5% de sus huelgas, lograron una victoria parcial en el 22.5%, y fueron derrotados completamente sólo en el 14% de las huelgas.

La intensidad del conflicto económico entre el empleador judío y el trabajador judío, además, es mayor que entre los no judíos, como resulta evidente de una comparación de los "coeficientes de resistencia" de los huelguistas. Así, por ejemplo, en el período de cinco años antes mencionado, el número de días de huelga por trabajador en huelga en la Rusia europea fue de 4.7, mientras que el de los judíos de Pale fue de 9.5. El poder de resistencia de los judíos fue igual al doble del de los no judíos. [Los datos anteriores, tanto del texto como de la nota, pueden verse también en *The Jewish labor movement in statistics* (Berlín, 1923), resultado de siete años de investigación de Borojov sobre la situación de los judíos en territorio ruso. El estudio cubre los años 1895-1904 y debía ser meramente la introducción a una obra mayor, relativa a la lucha de clases y su relación con los judíos. E.]

de los trabajadores judíos en la industria judía? El gran capitalista, el "señor fabricante". A fin de pacificar a la comunidad judía, el gran capitalista racionaliza su negativa a emplear trabajadores judíos afirmando que el trabajador judío es un huelguista crónico.

II

Si queremos investigar las verdaderas causas del desplazamiento de los trabajadores judíos, debemos considerar el problema en dos partes: *aislamiento* y *discriminación*. Debemos prestar la atención debida al hecho de que históricamente el trabajador judío ha sido arrancado de la naturaleza (agricultura), de los recursos naturales (minas, caza, selvas), y de las industrias que producen los medios de producción y de transporte (metalurgia, manufactura de maquinaria, barcos de vapor y ferrocarriles). Por siglos los judíos han sido apartados de los ramos básicos de la producción, de los cuales depende la estructura económica. Los judíos se hallan concentrados en los niveles finales de producción —los ramos alejados del núcleo de nuestra estructura económica (la producción de bienes de consumo). No es posible atribuir este fenómeno a discriminación antijudía. Los judíos no fueron expulsados de la metalurgia hacia la cerrajería. No fueron convertidos de ferrocarrileros en carreteros; de agricultores en sastres, remendones y cigarreros. No fueron expulsados de la forestación y arrojados a la industria de los fósforos. Es verdad que los judíos no se han dedicado a las industrias básicas desde su dispersión, pero ni el Sabbath ni la lucha económica del trabajador judío son responsables de ese estado de cosas. Su raíz reside en la historia única de los judíos de Galut.

Nuestra separación de la naturaleza y las industrias básicas es la principal característica de la vida económica de los judíos en Galut. Bajo la economía capitalista, sin embargo, observamos la anomalía adicional de que aun en los ramos de la producción a los cuales los judíos se han dedicado desde hace mucho tiempo, se les impide la entrada a las formas más desarrolladas de la industria. Este segundo fenómeno no es histórico, y los dos mil años de destierro del judío, que son responsables de la primera anomalía, no lo son en absoluto de la segunda. Estos fenómenos son confundidos con frecuencia. Los diferenciaremos llamando al primero *aislamiento* y al segundo *discriminación*.

Ya conocemos la causa de nuestro aislamiento.[2] ¿Cuál es, sin embargo, la causa de la discriminación? Su causa puede atribuirse a la tendencia asimilacionista de la burguesía judía. El fabricante judío en tren de convertirse en gran capitalista quiere cortar lo antes posible sus relaciones con la comunidad judía de donde surgió. Por dos razones. Quiere conquistar el mercado gentil y estar en posición de igualdad con el fabricante gentil. En ese aspecto, su condición de judío es una desventaja, porque sus competidores se niegan a reconocerlo como un igual. Por eso está ansioso de demostrar su patriotismo *goy* (no judío). En segundo lugar, en la medida en que está tradicionalmente ligado a su pueblo, trata de gobernarlo. Utiliza su influencia en la *kehilla** y en las instituciones de caridad como medio para aplastar a las masas judías y la opinión pública. Cuanto menos lazos tiene con la comunidad judía, menos teme su control. Está ansioso por emplear trabajadores y administradores gentiles y, en la medida de lo posible, limitar sus relaciones comerciales a gentiles, porque quiere identificarse con su competidor gentil y librarse del control público judío. A los judíos les ofrece caridad y fe; en sus negocios, sin embargo, prefiere asociarse con gentiles o con judíos asimilacionistas como él.

El patrón judío, tras introducir en su fábrica maquinaria a vapor (símbolo de la producción en gran escala), sustituye a los trabajadores judíos por gentiles. Como es enemigo de los trabajadores *judíos*, se irrita particularmente cuando éstos protestan o van a la huelga. Por eso justifica sus actos con la excusa del Sabbath, o el pretexto de la inexperiencia o debilidad física del trabajador judío. Pero no son ésos sus verdaderos motivos. La verdad es que quiere librarse de los judíos y del ambiente judío. Y cuando nuestro "único representante" (el *Bund*) y sus aliados burgueses toman en serio las afirmaciones de los capitalistas judíos, sólo demuestran la cortedad de su visión y la superficialidad de su interpretación de la vida judía.

III

Hemos observado dos enfermedades: aislamiento y discriminación, de los cuales depende la estructura económica. Los judíos

[2] Véase el ensayo *El desarrollo económico del pueblo judío*.

* *Kehilla* es la comunidad judía (principalmente en Europa oriental) de una ciudad o pueblo, autorizada por el gobierno para fijar o cobrar impuestos y regular todos los asuntos religiosos y comunales judíos. [E.]

paliativo, el otro de cura radical y duradera. Marx citaba a menudo a William Petty: "la tierra es la madre, y el trabajo el padre de la riqueza". Mientras el pueblo judío viva en Galut, nunca tendrá "madre". El remedio llegará sólo con una revolución económica en la vida judía, sólo cuando el pueblo judío tenga su propia tierra, su propio territorio. Los paliativos no ayudan mucho en el Galut. *La única cura para el aislamiento es el sionismo.*

No es ése el caso, sin embargo, con respecto a la discriminación. Aquí nuestros enemigos quieren desalojarnos de posiciones que hemos ganado con nuestro sudor y nuestra sangre. Quieren expulsarnos de los campos en que hemos penetrado. Y a eso debemos oponernos firmemente. Si tuvimos la fuerza necesaria para alcanzar nuestras posiciones económicas, entonces, a pesar de nuestra actual debilidad, debemos ser lo bastante fuertes para conservarlas. *Debemos atacar el antisemitismo de los capitalistas judíos.*

Hagamos una pausa y preguntémonos a nosotros mismos: ¿Cuál es nuestro objetivo? ¿Queremos proporcionar sólo alivio momentáneo a los trabajadores judíos, o queremos impedir que su desplazamiento continúe? ¿Queremos primeros auxilios para el infeliz, o estamos interesados en hallar una solución radical?

En el momento actual, las masas están tan deprimidas que anhelan incluso un alivio mínimo. Por esa razón, la agitación por primeros auxilios, por paliativos débiles e incluso desmoralizadores —y ciertamente tenemos hasta exceso de paliativos— encuentra suelo fértil entre las masas. Los nacionalistas burgueses prescriben remedios filantrópicos y los guardianes del Bund pronuncian sermones sociales. Los nacionalistas Galut reprochan a los industriales judíos el ser "malos judíos", sin piedad por los pobres trabajadores judíos. Apelan a la conciencia nacional del capitalista. El "jefe comunal" judío a menudo logra despertar la piedad del capitalista hasta el punto de obtener el re-empleo de unos cuantos trabajadores judíos. Los bundistas se ponen una máscara proletaria *kosher* y reprochan a los polacos gentiles el ser "malos marxistas". Apelan a su sentido de la solidaridad; escriben cartas humildes a sus camaradas polacos, apelando a su sentido de la justicia de clase. Los resultados son nulos. Las tácticas, tanto de los nacionalistas de Galut como de los bundistas, son tan ridículas como perjudiciales.

Desde luego, el llamado a la piedad nacional y la filantropía de clase a veces ayuda. Los reproches son momentáneamente eficaces. Cuando el fabricante sucumbe a los sermones periodísticos y la chispa de su ser judío se enciende dentro de él, a veces consiente en retomar a unos cuantos trabajadores judíos. En esos

casos ¿cómo se siente el trabajador hacia su patrón, que se ha convertido en un hombre "bueno"? El patrón es "un gran judío piadoso", y el trabajador tendrá que pagar amargamente y muy caro por la justicia de su patrón. El trabajador ya no es un hombre digno y orgulloso, sino un mendigo intruso. La piedad del patrón es una gran arma con que quebrar el espíritu y la resistencia del trabajador judío.

Del mismo modo, la piedad socialista puede ayudar en algunas ocasiones. A través de esa piedad, los tejedores judíos de Bielostok convencieron a sus camaradas gentiles de que les permitieran trabajar. Pero no se imagine ni por un instante que ese derecho fue concedido a todos los trabajadores judíos. No. La compasión de clase de los trabajadores polacos los llevó a introducir un sistema de *numerus clausus*[3] para los judíos. Anteriormente, disfrutábamos del *numerus clausus* en las escuelas, y ahora, la solidaridad de clase tal como la entienden los bundistas nos ha concedido la bendición del *numerus clausus* en las fábricas. ¡Extraordinaria victoria!

Quien esté lleno de alegría por la gran victoria obtenida en Bielostok, quien pueda humillarse apelando a la conciencia de clase de sus camaradas (como lo hicieron los zapateros de Varsovia), es incapaz de defender su honor y ha perdido todo valor para luchar por sus intereses. Esa desmoralización ha sido introducida en las filas de las masas trabajadoras por nuestro "único representante", el Bund. *Debemos entender de una vez por todas que quien no tiene dignidad nacional no puede tener dignidad de clase.*

[3] Las leyes de los diversos gobiernos antisemitas que limitaban el número de estudiantes judíos que podían asistir a escuelas o colegios, generalmente a la proporción de judíos en el país. Tales leyes están en vigor actualmente en Alemania, Polonia, Hungría, etcétera.

DESVALIMIENTO NACIONAL Y AUTOSUFICIENCIA NACIONAL*

I

El problema más importante al que se enfrenta el trabajador judío en la fase actual de la historia es: ¿Cómo podemos asegurar a nuestra nación contra la repetición de las terribles persecuciones y los acontecimientos trágicos que con tanta frecuencia le tocan en los diversos países?

Cada nación tiene sus dificultades. Los italianos no están asegurados contra los terremotos; los chinos, contra las inundaciones; los hindúes, contra el fracaso de los cultivos, la peste y el cólera. La naturaleza es responsable de esas catástrofes. El conocimiento humano, sin embargo, puede combatir a esos ciegos elementos de la naturaleza.

Otras naciones padecen opresión continua: Irlanda y la India se hallan bajo el yugo de la Gran Bretaña, y Rusia bajo el yugo del zar. Esos pueblos sufren porque no tienen suficiente conciencia de su nacionalidad y no están unidos internamente. Por eso no pueden rebelarse exitosamente contra sus opresores.

Algunas naciones están siendo arruinadas por la guerra mundial, pese al hecho de que no quieren la guerra y no tienen la culpa de ella. Entre esas naciones se cuentan los servios, belgas, polacos, latvios y armenios. Sin embargo, en su sufrimiento hallan un doble consuelo. No están solos, abandonados, ni perseguidos; tienen a alguien que acuda en su auxilio. Muchas naciones acudieron en ayuda de los servios y los belgas, y Rusia fingió acudir en ayuda de los armenios. De mayor importancia es el hecho de que esas naciones pueden esperar tarde o temprano una recompensa por sus sacrificios. *Luchan por su propia causa nacional.* Si fueran derrotadas en esa lucha, la derrota no es permanente; pues quedan en su propio suelo y siempre pueden esperar la oportunidad de alzarse y recuperar sus derechos

La situación Galut de la nación judía es no sólo trágica, sino también desesperada. Nuestra tragedia Galut no es pasajera, sino permanente. Nosotros no luchamos por una causa judía; nosotros

* Publicado en *Yiddischer Congress*, Nueva York, 6 de agosto de 1915. [E.]

sufrimos por intereses extranjeros. Nosotros no poseemos nuestra propia tierra, y este mundo colosal que tiene sus propias preocupaciones nos ignora. Nosotros no tenemos lado al que unirnos en una guerra; el mundo es hostil a nosotros y desea eliminarnos. En las mejores condiciones, el mundo es indiferente a nosotros. Nuestro destino siempre es determinado por el destino de otras naciones

¿Cómo podemos escapar de esta extraordinaria situación? ¿Nos hallamos absolutamente indefensos, o podemos salir de ella?

Los trabajadores judíos reciben diversas respuestas a esta pregunta. Algunos socialistas judíos ponen toda su fe en la *asimilación*; otros, en el *progreso de la humanidad*. Nosotros los socialistas-sionistas estamos convencidos de que nuestra libertad depende fundamentalmente de *la autosuficiencia nacional de las masas judías*. Y la última y más terrible de las catástrofes que han caído sobre los judíos, la guerra mundial, confirma nuestra opinión.

II

La muerte y el suicidio son los remedios más radicales contra la enfermedad. Del mismo modo, la asimilación es la solución más radical para el problema judío. Si no hubiera judíos, no habría sufrimientos por la tragedia judía. Sin embargo, ningún experto médico aconsejaría como tratamiento a sus pacientes tomar veneno. Ningún estadista o idealista honesto ha intentado nunca resolver, por ejemplo, el problema polaco sugiriendo que el pueblo polaco debería dejar de existir. ¿Y qué pensarían los belgas, en su actual situación, de alguien que les diera el excelente consejo de asimilarse a los alemanes, y dejar de existir como nación independiente?

Sólo a nosotros los judíos médicos autodesignados tienen la audacia y la desvergüenza de predicarnos el suicidio nacional. Estaría por debajo del honor y la dignidad de nuestro gran pueblo martirizado y heroico tomar en serio a los utópicos asimilacionistas. ¡La nación judía *vive y vivirá*! Otras naciones pueden amarnos u odiarnos, pero nunca lograrán eliminarnos, ni por persecución ni por asimilación.

Sin embargo, si la asimilación fuera posible, podríamos haberla considerado. Pero la verdad es que la asimilación no es más que una ilusión perniciosa. Las masas judías sólo se asimilan hasta cierto punto. Al máximo, aceptan *las características exteriores* de las naciones vecinas: la ropa, la lengua, algunas comidas

y costumbres. Pero interiormente, en su espíritu, se mantienen ajenas a la cultura de sus vecinos. Ni siquiera los judíos más asimilados pueden mezclarse con sus vecinos, y siempre llevan una vida netamente judía.

Mientras existan otras naciones, existirá también la nación judía. Una parte de la *intelligentsia* y la alta burguesía judías intenta afanosamente cometer el suicidio nacional, pero las masas judías y la clase trabajadora judía no cederán a la idea de que los judíos desaparezcan entre naciones extranjeras y culturas extrañas.

III

"El progreso de la humanidad" es una hermosa idea, pero debemos tener siempre presente una cosa: el progreso no crea al hombre, sino que el hombre crea el progreso. El progreso no se hace solo, sino que debe ser conquistado paso a paso por las masas. Es verdad que existe el progreso económico, científico y técnico, nos hacemos cada día más sabios, más agudos y más experimentados en el control de la naturaleza. Eso solo, sin embargo, no puede hacer nuestro carácter más humano, nuestros sentimientos más refinados o nuestros motivos más nobles. Las instituciones políticas no se ennoblecen por sí solas, y la justicia social no "sucede" simplemente

Los derechos políticos y sociales sólo surgen de amargas luchas. La opresión se mantiene mientras los oprimidos no tienen fuerza para arrojar de sí el yugo e instaurar un nuevo *equilibrium*. El progreso moral de la humanidad no es más que el resultado de esa amarga lucha por el equilibrio. Donde quiera que se encuentren el desvalimiento y el poder, el resultado inevitable será la opresión. La única defensa que tienen los débiles es su propio esfuerzo organizado y su lucha común por sus intereses. La ley, la policía y los tribunales, por lo menos, vendrán en ayuda del inocente *individuo* afligido, pero no del *grupo* o la *nación* oprimidos. Cada ley, cada estatuto es aprobado y examinado por los poderosos, que utilizan el progreso técnico para sus propios fines. Las leyes y las prácticas judiciales no pueden mejorar en favor de las clases y las naciones oprimidas más que mediante su propio esfuerzo.

La guerra mundial ha demostrado claramente que hasta lo mejor de la humanidad no deja de oprimir al débil si éste entra en conflicto con sus intereses. En prueba de esto, recordamos el ejemplo del partido socialdemócrata alemán que accedió al movimiento

del ejército imperial para ocupar a los neutrales Luxemburgo y Bélgica. Nadie negará que los socialdemócratas alemanes son buenos socialistas, pero cuando les pareció que era esencial violar la neutralidad de vecinos débiles no vacilaron en absoluto. En forma semejante actuaron los socialistas franceses y belgas

En suma, el elemento débil, sea clase o nación, no debe confiar en la humanidad y justicia del más fuerte. El principio básico del socialismo es que la emancipación de la clase trabajadora debe llegar por su propio esfuerzo y de su propia lucha. ¡Gran cosa sería que el trabajador confiara en el progreso moral del capitalista para que dejara de explotarlo!

IV

¿Y no es ingenuo suponer que los judíos dejarán de sufrir y estarán protegidos contra todas las catástrofes cuando las naciones hayan llegado a ser más humanitarias y ya no persigan a los pueblos más débiles? Nosotros los judíos no deberíamos confiar en nadie más que en nosotros mismos. *La emancipación del pueblo judío sólo puede ser conquistada por nuestro propio esfuerzo.*

La única solución para el problema judío es la creación de un equilibrio de poder que no permita a otras naciones perseguirnos tan libremente sin que nadie les pida cuentas. El carácter único de la tragedia judía reside en el hecho de que los judíos no tienen tierra propia. Por esa razón los intereses y las necesidades de los judíos no inspiran respeto.

Considérese un país como Montenegro, que tiene un cuarto de millón de habitantes pobres y semibárbaros sin influencia alguna en la civilización mundial. Considérese luego a la nación judía, un pueblo culto de más de trece millones de personas, con una cultura milenaria, un pueblo de grandes capitalistas y grandes revolucionarios, de Rothschild, Poznansky y Schiff, y de Marx, Lassalle y Gershony; una nación que tiene por todas partes estadistas, periodistas, artistas, poetas, maestros y dirigentes sociales; un pueblo de grandes posibilidades, que ejerce una poderosa influencia en la civilización humana.

¿Qué intereses merecen mayor consideración: los de los trece millones de cultos judíos o los del cuarto de millón de montenegrinos? ¿Qué voz resonará más claramente en el coro internacional de los movimientos por la libertad? La respuesta es evidente. Los montenegrinos están en mejor posición para luchar por la libertad que los judíos. Los intereses de los montenegrinos mere-

cerán mayor consideración porque no confían en la asimilación y el progreso de la humanidad, sino en sus propias escasas fuerzas y en sus relaciones planeadas con las grandes potencias del mundo. Ése debe ser también el lema político nacional del trabajador judío: *autosuficiencia nacional organizada. Debemos unirnos en la lucha por nuestro propio futuro.*

EL NACIONALISMO Y LA GUERRA MUNDIAL*

I

Es absurdo pretender que el nacionalismo por sí solo es responsable de la actual guerra mundial. Es una grave injusticia cargar al impulso nacional con la responsabilidad exclusiva de este derramamiento de sangre, de este holocausto de pasiones y sufrimientos desmesurados, de esta destrucción de tesoros culturales. Sin embargo, igualmente absurdo sería ignorar el peligro del actual chovinismo reaccionario.

Sólo aquellos cuya mente está aún dominada por los clisés del antiguo código canónico radical creerán seriamente que es el nacionalismo el culpable de la catástrofe actual. Se sostiene que si no hubiera naciones y nacionalismo, no habría disputas entre los pueblos y todos vivirían en la unidad y la paz. Por eso el deber sagrado de todos los radicales es vilipendiar el nacionalismo y luchar por la abolición de las naciones.

Podríamos, si quisiéramos, desarrollar mejores ideas. Siguiendo esta lógica de ABC cantado de Marx, podríamos razonar que en la medida en que el instinto de conservación lleva a los seres humanos a competir entre sí, y en ese proceso los más débiles son explotados por los más fuertes, el deber sagrado de todo amigo de la humanidad es combatir el instinto de conservación.

Los mismos profundos escolásticos han descubierto además una serie de silogismos contra el nacionalismo, silogismos cuya validez es del tipo de la del examinado. Se sostiene que puesto que es fácil explotar los sentimientos nacionalistas con fines militaristas, todo sentimiento nacional debe ser desterrado del corazón humano. Para ser coherentes, sería preciso eliminar también todo sentimiento de heroísmo, valentía y ambición —que con frecuencia son explotados con fines militaristas y en consecuencia pueden ser perjudiciales. Del mismo modo, como el militarismo utiliza el hierro, el acero y el cobre, el pan y las botas, todo ello debería ser marcado también como instrumento de la reacción.

Algunos de los más profundos filósofos de este tipo afirman que

* Publicado en *Yiddischer Kaempfer*, Nueva York, 1916, con el título "Healthy and diseased socialism". [E.]

las barreras territoriales son responsables de todos los conflictos humanos. Las naciones pueden continuar existiendo mientras no posean territorios definidos y delimitados; las fronteras deberían dejar de manchar la faz de la Tierra. Cuando desaparezcan las fronteras de las distintas patrias, no habrá más guerras. Una nación que posee fronteras automáticamente desea expandir sus fronteras e impedir a las demás naciones que pasen las suyas. Los proletarios no tienen patrias, pero si la tienen, es preciso cortar de raíz su apego a ella. Hasta hoy los judíos han sido un caso excepcional entre todas las naciones del mundo. Todas las naciones tienen fronteras, y luchan y sufren por su patria; sólo los judíos, en mejor situación, no tienen tierra por la cual sufrir. El pueblo judío puede afirmar orgullosamente, con el *Motel Paisie* de Sholom Aleichem, el hijo del cantante, "qué suerte que sea yo un huérfano". He ahí una solución feliz para las angustias del mundo: que todas las naciones se conviertan en huérfanas; que haya asimilación indiscriminada; que todas las naciones del mundo se queden sin tierra como los judíos, en lugar de permitir a los judíos convertirse en un pueblo normal en su propia tierra.

II

Ésa era la filosofía que dominaba el pensamiento socialista antes de la guerra, con la fuerza de un credo sagrado dado a Moisés desde el Monte Sinaí. La guerra mundial aplastó esas ideas y transformó a esos cosmopolitas sociales en patriotas sociales.

Saltaron de un absurdo a otro, sustituyendo un ABC por otro. Karl Marx fue sustituido por la antigua Majestad Imperial y los versos del *Manifiesto comunista* fueron abandonados por la canción "Qué lindo es ser soldado".* En lugar de "proletarios de

* Borojov se opuso a la entrada de los Estados Unidos en la guerra mundial. Acerca de los socialistas que predicaban la "llamada a las armas" en nombre de la necesidad histórica, Borojov escribió:

"Sabemos que cuando Marx dijo que el socialismo llegaría con certeza matemática y por su necesidad histórica, era sólo un gran anhelo de un gran espíritu: y sus discípulos que estudiaron y popularizaron su anhelo fueron simplemente hipnotizados por la soberbia dialéctica de Marx. [...] Pero como no tenemos garantías históricas o sobrenaturales de que esa necesidad histórica deba llegar, nos duele mucho más ver a los sacerdotes y custodios oficiales de esos ideales dedicados a rebajar sus propias enseñanzas. Cualesquiera silogismos se utilicen, el socialismo y el militarismo no van de acuerdo; porque el militarismo es lo opuesto del socialismo. El objetivo del militarismo es dejar en libertad a los instintos humanos y esclavizar a la humanidad; el objetivo del socialismo es crear una humanidad que domine sus instintos. El militarismo quiere convertir a las naciones en ejércitos, a los hombres en soldados; el socialismo quiere liberar a hombres y naciones.

La necesidad histórica no es sino un anhelo. Se pervierte al socialismo cuando se le une al espíritu bélico.

Debemos cuidarnos de que el socialismo no tenga el mismo destino que el cristianismo. También el cristianismo creía en las garantías históricas y sobrenaturales y ha esperado pacientemente la llegada del salvador. Mientras tanto, el cristianismo fue comprometiéndose gradualmente hasta que poco quedó de sus preceptos e ideales. *Debemos tener cuidado de que el socialismo no se convierta en una nueva edición para trabajadores del capitalismo.*" (Del artículo "Nef socialism and old christianity", *Die Warheit*, 24 de diciembre de 1915.) [E.]

todos los países, uníos", el nuevo lema pasó a ser: "Ciudadanos de todos los países, armaos los unos contra los otros."

El caso de Gustave Hervé es una ilustración típica de este cambio. Él, que siempre había estado en la extrema oposición en todos los congresos de la Internacional socialista, él que exigía continuamente que se tomaran medidas enérgicas contra el militarismo, que se usara la huelga general contra la guerra, que se respondiera a la declaración de guerra con barricadas en las calles —él fue quien cambió el nombre de su órgano militante *La guerra social* por *La victoria*. En aquellos congresos de la Internacional socialista no se le prestaba mucha atención; sus inflamados discursos eran recibidos con sonrisas condescendientes. Era demasiado lógico y demasiado coherentemente unilineal. Pero teóricamente era imposible disentir abiertamente de sus opiniones. Nadie se atrevía y nadie podía, pues Hervé simplemente estaba llevando los absurdos de los socialistas a su conclusión lógica.

A diferencia de sus camaradas, Hervé tuvo el valor de ser absurdo. Sostenía que "los proletarios no tienen patria"; puesto que la patria no es nuestra, sino de los ricos y poderosos, de los capitalistas. Tal era la afirmación de Hervé, apropiada para un hombre valiente que hablaba con honestidad. Los ilógicos fueron los socialistas que dijeron: "Es cierto que no tenemos patria, pero debemos defender la patria".

Hervé denunció esa incoherencia, se burló de tal línea de pensamiento, y pasó sus días en prisión por su propaganda antibélica en una cárcel francesa con la inscripción "Libertad, igualdad y fraternidad".

Hoy Hervé sigue siendo el mismo luchador abierto, bravo y valiente. No conduce negociaciones diplomáticas con su propia conciencia. Lo que sus camaradas murmuran él inmediatamente lo proclama al mundo.

Al cambiar el nombre de su órgano anunció:

No puedo seguir llamando a mi órgano *La guerre sociale*. Durante dieciséis meses este órgano ha proclamado abierta y coherentemente la santidad de la unidad nacional, y está resuelto a continuar con esa política aun después de la guerra.

Me parece necesario proclamar que nos sentimos más íntimamente ligados al patriota francés clerical y reaccionario que quiere continuar la guerra hasta la destrucción del militarismo prusiano, que a los autodesignados socialistas de Zimmerwald, demasiado dispuestos a aceptar una "paz alemana".

No queremos más guerra social, más guerra civil. Hoy es sólo guerra; mañana debe ser unidad de los franceses, para que la justicia y la fraternidad puedan imponerse dentro y fuera del país.

Esto lo escribía Hervé porque quería ser coherente, porque su conducta era motivada por principios de sobriedad, claridad y honestidad intelectual.

Lo mismo sucedía en Alemania. Si los socialistas pueden llegar a ser leales al Káiser, Su Majestad también puede volverse marxista. Y efectivamente hemos oído al "camarada" Gillermo II declararse enamorado del socialismo...

III

Hemos descrito las dos enfermedades y hemos observado sus síntomas. Hemos notado el calor generado por los chovinistas y la reacción chovinista entre los socialistas, resultante de su anterior posición antinacionalista excesivamente simplista. Quien hoy exige la abolición de todas las fronteras nacionales, mañana puede dar vivas al Káiser y alegrarse al oír los cañones imperiales. Tales hombres no pueden adherir a un socialismo sano.

Marx estaba en lo cierto al decir que los proletarios no tienen patria. En sus días (hace 70 años), el nacionalismo saludable y progresista estaba apenas rompiendo el cascarón de su huevo burgués liberal. Pero desde entonces el nacionalismo progresista se ha convertido en un fenómeno histórico único. El nacionalismo no es el producto reaccionario manufacturado por agitadores pequeñoburgueses; es el instinto de conservación de las naciones, su sano impulso de autodeterminación.

Así lo entiende el socialismo internacional. La humanidad está dividida en naciones y clases. Las naciones existían antes de dividirse en clases. Las naciones permanecen mientras las clases cambian. En el medioevo las clases eran diferentes de lo que son hoy. Entonces la división era feudal —burgueses y siervos—; hoy la división

es entre capitalistas y proletarios. Las naciones sufrieron modificaciones culturales, pero en esencia siguieron siendo las mismas, como el agua se transforma en hielo o en vapor conservando los mismos elementos químicos.

Ese instinto de conservación de las naciones no puede ser destruido. Es absoluto diletantismo y puro absurdo exigir que las naciones pierdan su identidad y abandonen su lealtad a sí mismas.

El instinto nacional de conservación latente en la clase trabajadora socialista es un nacionalismo sano. Sólo el socialismo internacional con base en un enfoque realista del nacionalismo puede liberar a la humanidad enferma en esta era capitalista, y curar a esta sociedad de conflictos sociales y nacionales.

EL JUBILEO DEL MOVIMIENTO OBRERO JUDÍO

En julio hará veinticinco años que los trabajadores judíos de Rusia iniciaron su primera huelga de masas y el movimiento obrero judío empezó a asumir un carácter más o menos planificado y consciente. Ése fue el primer paso importante del movimiento obrero judío no sólo por la extensión y duración de la huelga (todos los trabajadores de los talleres de Bielostok estuvieron en huelga dos meses) sino también por su maravillosa organización. Esos primeros pasos hacia la organización de los trabajadores judíos datan de 1887, exactamente diez años antes del surgimiento del Bund.

En términos generales, el movimiento obrero judío no es tan reciente como se suele creer. Dentro de dos años celebraremos el cincuentenario del primer sindicato judío conocido. Me refiero a la organización de las trabajadoras del vestido de Mohilev, organizadas en 1864. [Esta asociación ha sido descrita por S. Tatichev en el periódico *Promishlenost i Zdorovie* (mayo de 1903); por Sarah Rabinowich ("La organización del proletariado judío", 1903); y por S. A. Margolin en *Voskhod* (mayo de 1906).] Sin embargo, aún no se ha investigado plenamente el período comprendido entre la organización de esa asociación de trabajadores y el surgimiento del Bund. Por esa razón espero que el lector me siga pacientemente mientras intento describir al menos los acontecimientos más importantes de ese período.

El movimiento obrero judío en Rusia es cincuenta años más joven que el movimiento obrero ruso, pero desde sus comienzos tiene aspectos interesantes. La mencionada asociación de costureras no sólo funcionaba como una asociación fraternal regular, proporcionando ayuda financiera o beneficios en caso de muerte o enfermedad a sus miembros, sino que además dirigió la lucha de los trabajadores contra los patrones. En consecuencia, las dirigentes de la asociación sufrieron terribles represalias policiales. Las huelgas que la asociación lanzó contra los patrones fueron muy importantes, no sólo por el número de trabajadores participantes y el tamaño de las fábricas, sino también por la naturaleza de sus exigencias. La gran mayoría de los trabajadores judíos eran empleados por pequeños industriales. No es sorprendente

que los primeros pasos hacia la organización de los trabajadores se hayan dado antes en los oficios manuales que en las grandes fábricas.

Los primeros indicios de lucha económica en la industria judía aparecen en la década del setenta. En 1875 se publicó en *Vperiod* (periódico ilegal del celebrado socialista revolucionario P. Lavrov) una correspondencia muy interesante procedente del sector sudoccidental de Rusia. Allí encontramos descripciones de algunas de las huelgas desorganizadas de los trabajadores judíos de la industria tabacalera de Vilna y otras ciudades. Debido a las leyes contra las "conspiraciones" no aparece la fecha exacta de las huelgas y las cartas no están firmadas. Ahora sabemos, sin embargo, que procedían de la pluma de uno de los primeros socialistas judíos, A. Zundélovich.

Muy poca información acerca de los tejedores judíos de Bielostok puede hallarse en el primer número del ilegal periódico obrero de esa ciudad. En su editorial (abril de 1899) dice, en parte: "¿Cuál de los tejedores de más edad no recuerda las terribles huelgas que tuvieron lugar hace algunas décadas? Los 'rebeldes', como se les llamó entonces, lograron infundir el miedo a los fabricantes y patrones textiles." El autor nos informa que durante esas huelgas los trabajadores recurrieron con mucha frecuencia al terrorismo, rompieron las ventanas de las fábricas y fueron responsables de desórdenes. La mayoría de las huelgas fueron de índole defensiva. Fueron declaradas para combatir medidas opresoras instituidas por los patrones como disminuciones de salarios, alargamiento de la jornada de trabajo, multas excesivas a los trabajadores y maltrato de éstos.

Rabochia Dielo (núms. 4-5, 1a. parte, p. 34) nos da una descripción de una enorme huelga agresiva. Tuvo lugar durante la guerra ruso-turca de 1877-1878. Los fabricantes estaban haciendo grandes negocios con los pedidos del ejército y las exportaciones a Rumania. Los trabajadores exigían mejores salarios. Triunfaron luego de una huelga de tres días. Todos los trabajadores de Bielostock participaron en la huelga: judíos (alrededor de 1 500), alemanes y polacos —15 000 obreros en total.

Todos los conflictos anteriores, sin embargo, pertenecen a la prehistoria del movimiento obrero judío, pues faltaba el elemento de conciencia de clase y organización planificada. En ese distante pasado el movimiento daba palos de ciego. Hasta la asociación de costureras de Mohilev tenía un carácter marcadamente religioso. Al igual que todas las asociaciones de ese período tenía, por ejemplo, su propio Sefer Torá [Rollo bíblico] y se reunía en la

sinagoga, pero los patrones estaban estrictamente excluidos de ella.

Con respecto a la lucha económica, la historia del movimiento obrero judío puede dividirse en períodos breves.

1] La primera etapa de que ya nos hemos ocupado, en que la ideología socialista y la lucha económica de los trabajadores existían en esferas diferentes, ambas débiles y divididas, y sin punto de contacto entre sí. Los trabajadores ocasionalmente iban a la huelga, pero no tenían la menor idea del socialismo o la lucha de clases. Los pocos socialistas judíos de ese período (con excepción de Zundélovich) aún no habían empezado a pensar en términos de lucha de clases. El socialismo aún no había hallado el camino hacia las masas judías y éstas no sabían cómo avanzar hacia una organización con conciencia de clase. Esta etapa duró desde los sesenta hasta alrededor de 1889.

2] El período de preparación para una organización amplia se inició en el territorio reservado a los judíos en Rusia con la huelga general de los tejedores judíos de Bielostok en 1887, y con la fundación del primer pequeño fondo de huelga en Vilna en 1888. Podemos considerar 1887, por lo tanto, la fecha del comienzo del movimiento obrero organizado judío en la reservación. En la década siguiente los trabajadores y los socialistas se buscaron y se encontraron mutuamente.

3] La organización económica y política empezó con la fundación de la "Unión general obrera judía de Lituania, Polonia y Rusia", el Bund, en septiembre de 1897, y continuó hasta 1901-1902. Entonces apareció en escena un nuevo movimiento obrero judío: Poale Sión, o los socialistas sionistas. El Bund por su parte dejó de acuparse exclusivamente de la lucha económica de los trabajadores judíos y asumió un abierto carácter político.

4] La etapa de las divisiones políticas puede dosificarse en dos subperíodos: de 1901 o 1902 hasta la revolución de 1905, y desde la revolución hasta 1907.

Ahora se inicia el quinto período, y no corresponde al historiador considerarlo: eso queda para los portavoces del partido y publicistas.

Todo esto se refiere únicamente a los trabajadores judíos de Rusia. En los restantes países con comunidades judías, el curso de los acontecimientos, naturalmente, fue distinto. Es interesante señalar, sin embargo, que en el momento en que se iniciaba en Rusia un amplio movimiento de neto carácter masivo, se producía una manifestación similar en otros países Galut. La primera gran huelga de sastres judíos en Nueva York se produjo en 1886, y en 1889 diez mil sastres judíos se levantaron en huelga por

primera vez en Londres. Los socialistas polacos empezaron a organizar al proletariado judío de Galitzia a comienzos de la década de 1890. En 1894 estalló en Amsterdam la primera huelga de los trabajadores diamanteros judíos, que desembocó en la organización del poderoso Sindicato de trabajadores diamanteros.

Aunque hemos tratado los comienzos de las luchas obreras judías en Rusia antes que los de otros países, es preciso tener presente el surgimiento casi simultáneo de grandes movimientos de masas en los otros grandes centros Galut. Hay buenas razones para que así haya sido: las décadas de 1880 y 1890 fueron un período de recuperación económica mundial en marcado contraste con la terrible crisis de fines de la de 1870. Paralelamente a ese impulso ascendente se dio el crecimiento del socialismo en el mundo entero. En los Estados Unidos (Chicago) estallaron en 1886 graves desórdenes obreros, y en Europa la Internacional socialista revivió en 1889. También se produjeron acontecimientos profundamente significativos en la vida judía: se desarrolló una poderosa agitación antisemita; la emigración de Rusia, Galitzia y Rumania hacia los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda aumentó enormemente. Las décadas de 1880 y 1890 fueron un período de tanteos a ciegas, de incertidumbre e insatisfacción universales. Debido a la común necesidad de emigrar, las masas judías de los distintos países tendieron a unirse mediante un vínculo viviente.

Se abría ante ellos el horizonte del mundo, y la idea nacional empezó a manifestarse. El fruto del pensamiento proletario de diversos países era transportado por imperceptibles senderos espirituales de un extremo al otro del mundo. Las ideas socialistas llegaban de la tiranizada Rusia a liberar a Inglaterra y los Estados Unidos, y luego de llenarse allí de nuevos contenidos, regresaban por Londres, Koenigsberg y Viena a los guetos de Rusia y Galitzia. El trabajador que acababa de levantarse en huelga en Nueva York podía intercambiar sus nuevas impresiones con un amigo que pronto estaría levantándose en huelga en Bielostok o en Vilna. Llena su cabeza de ansias vagas, el trabajador judío emprendía el largo camino. Todo a lo largo de la ruta, a través de Austria, Alemania, Francia, Inglaterra y Holanda, entraba en contacto con camaradas de todos los países, tejiendo hilos espirituales entre oriente y occidente. En esa forma la semilla revolucionaria fue llevada a los últimos rincones del mundo. El flujo migratorio extendió por todas partes el movimiento obrero judío.

Es por esa razón que los años 1886 (primera huelga masiva en Nueva York), 1887 (Bielostok) y 1889 (Londres) evocan recuer-

dos gloriosos no sólo para los países con comunidades judías, sino para el mundo entero, dondequiera que hay explotados y dondequiera que un trabajador judío lucha por una vida mejor. Si los autodesignados dirigentes del movimiento obrero judío tuvieran siquiera la mínima idea de su propia historia, celebrarían ahora, en todo el mundo, el veinticinco aniversario de la lucha proletaria con conciencia de clase judía en Rusia.

A fin de que el lector comprenda por qué la huelga de Bielostok tuvo efectivamente la importancia que le atribuyo, permítaseme esbozar el curso de los acontecimientos.

Durante la guerra ruso-turca de 1877, los salarios de los tejedores aumentaron mucho debido a las favorables condiciones del mercado y la presión de una huelga victoriosa. Fue ésa una edad de oro: ganaban de 10 a 15 rublos por semana. Tomando en consideración el bajo costo de la vida, eran ganancias enormes. (El alojamiento costaba un rublo y medio al mes; la libra de carne cuatro o cinco kopeks.) Naturalmente había de llegar el fin de esa edad de oro. Una multitud de nuevos trabajadores fue atraída al oficio, y por añadidura, el floreciente negocio de los fabricantes decayó después de la guerra. La competencia entre los trabajadores y la inexperiencia de los nuevos hicieron bajar los salarios a tal punto que en 1885-1886 los tejedores tuvieron que adaptarse a un salario de hambre de entre uno y tres rublos por semana, trabajando de catorce a dieciséis horas por día. Al mismo tiempo aumentaban los precios del alojamiento y la comida. Era inevitable que los trabajadores se levantaran en huelga.

La huelga era sólo contra los maestros tejedores, porque sus trabajadores recibían los salarios más bajos, mucho menores incluso que los de los tejedores empleados en fábricas. Los dos mil judíos empleados por maestros tejedores adhirieron a la huelga.

La huelga se organizó sobre las siguientes líneas: el comité de huelga comprendió la imposibilidad de detener todo el gremio al mismo tiempo, lo que hubiera dificultado reunir los fondos necesarios para mantener a tan gran número de huelguistas. Por lo tanto, optaron por un paro por partes: sólo los obreros de algunos talleres pararían cada vez, mientras los demás seguirían trabajando y mantendrían a los huelguistas. La disciplina fue ejemplar; el complicado plan funcionó en forma excelente. Los talleres paraban uno tras otro. Por cada grupo que triunfaba y volvía al trabajo, otro se levantaba en huelga. Cada eslabón de esa cadena duró sólo unos cuantos días, y los trabajadores triunfaron en todas partes.

La huelga se inició en julio de 1887. El propio gobernador de

Grodno viajó a Bielostok. Reunió a todos los trabajadores y trató de convencerlos de que interrumpieran la huelga, pero inútilmente. La huelga terminó en victoria en septiembre.

La *intelligentsia* socialista no tuvo ninguna relación con la huelga. Además, en esa época no estaba haciendo agitación alguna en Bielostok. Del mismo modo, tampoco en Vilna existía aún la necesaria conexión entre la propaganda socialista de los intelectuales por un lado y la lucha económica de las masas trabajadoras por el otro. En Vilna se había hecho propaganda socialista desde 1885, pero no se había hallado la manera correcta de acercarse a los trabajadores. La recíproca búsqueda de las dos partes del movimiento socialista —los intelectuales y los trabajadores— sólo terminó en los años 1893-1894.

Durante esos primeros años de tanteos, ambos lados hicieron progresos considerables. En 1887 sólo se registra una huelga judía en Bielostok; en 1888, cuatro; en 1892, tres; en 1893, siete; y en 1894, nueve. (En Vilna sólo hubo varias huelgas pequeñas y una huelga de fabricantes de cepillos en Vilkovisk.) La agitación socialista ya estaba dando algunos frutos, como lo demuestra la celebración del 1o. de mayo ya en 1892 por algunos trabajadores judíos en Vilna.

Durante los años 1893-1894 casi todos los socialistas percibían la necesidad de guiar la lucha económica de los trabajadores de manera de educarlos a través de sus necesidades cotidianas. En esta forma el problema de llevar el socialismo a las masas trabajadoras se resolvió por fin. Ese acercamiento en base a la lucha económica dio nuevas fuerzas al movimiento obrero judío, ampliándolo y enriqueciéndolo. Durante sus primeros seis o siete años el movimiento había tenido un carácter casi exclusivamente económico y cultural. Sólo en 1900-1902 ingresaron los trabajadores judíos a la lucha política.

La magnitud de la lucha económica en Lituania y Polonia puede estimarse por las cifras siguientes, que muestran el número de trabajadores judíos que se levantaron en huelga en la década 1895-1904.

Si calculamos la magnitud promedio de las huelgas de cada año, se observará que la mayor se produjo en 1897: 160 hombres por huelga. El Bund se organizó hacia el fin de ese año de lucha militante. Yendo más allá, descubrimos que las huelgas más pequeñas (promedios de 58, 49 y 62 hombres por huelga) ocurrieron en 1900-1902. En esos años el movimiento obrero judío empezó a dividirse; aparecieron los sionistas Poale y el Bund los expulsó de sus organizaciones. Esto nos demuestra que la historia de los

Año	*Número de huelgas (judías)*	*Número aproximado de trabajadores judíos en huelga*
1895	83	4 700
1896	92	3 300
1897	150	23 800
1898	179	11 000
1899	223	18 600
1900	277	16 000
1901	453	22 000
1902	455	28 000
1903	340	41 000
1904	166	8 000

partidos obreros judíos tiene una relación interesante con el desarrollo de la lucha judía en el frente económico.

Termino con la siguiente observación: este año tenemos una cuádruple celebración. Hace 35 años que los trabajadores judíos dieron su primer paso, todavía no consciente; 25 años de su primer movimiento planificado; 15 años de la fundación del primer partido obrero judío, el Bund, y 5 años de la fundación de la Confederación mundial del Partido obrero socialista judío, Poale Sión.

¡1877, 1887, 1897, 1907! Cuatro años históricos en la formación de la actividad revolucionaria proletaria judía. A cada paso el movimiento tiene diez años más; cada vez su conciencia es diez años más madura; en cada década da un paso adelante hacia una perspectiva nueva y más amplia. De un estado caótico a la primera chispa de la conciencia, y de una organización fuerte a la unidad mundial —tal es el desarrollo del proletariado judío.

REMINISCENCIAS

EN OCASIÓN DEL DÉCIMO ANIVERSARIO DE POALE SIÓN EN RUSIA, 1906-1916

Este Purim se cumplirán diez años de la convención fundadora del partido Poale Sión en Rusia. ¡Diez años! Es imposible transcribir las emociones que se alzan en la mente de un "viejo" trabajador del partido como yo al evocar aquel memorable acontecimiento. Sin embargo, narraremos los áridos hechos históricos de los modestos, casi insignificantes comienzos en que surgió la convención. Consideremos también los hechos históricos que elevaron nuestra débil y limitada empresa hasta su alto nivel actual.

He aquí los hechos. La convención, cuyo aniversario celebraremos pronto, no fue el "primero". El partido existía ya desde cinco años antes, y en ese tiempo había celebrado varias conferencias. La idea de Poale Sión, el concepto de unidad orgánica entre socialismo y sionismo, ya había alcanzado una edad bastante respetable. Nuestra idea no es mucho más joven que el propio socialismo. Fue formulada originalmente por el notable socialista alemán, miembro de la Primera internacional, Moisés Hess. Una forma más concreta y moderna de sionismo socialista fue propuesta por primera vez por nuestro camarada Nachman Syrkin, justamente considerado por nuestro movimiento como su padre espiritual.

Nachman Syrkin desarrolló su nuevo y militante concepto en sus discursos y artículos sobre el problema judío. Sus conferencias fueron pronunciadas ante jóvenes judíos rusos que se hallaban estudiando en el extranjero, y sus artículos fueron publicados en Viena en *Das Deutsche Wort*. La propaganda de Syrkin se prolongó de 1898 a 1901. Su primer resultado tangible fue la organización de un grupo de socialistas sionistas. Auspiciado por ese grupo, Syrkin publicó en mayo de 1901 su panfleto ruso, de amplísima circulación, "Un llamado a la juventud judía". Fue ése el primer manifiesto oficial del sionismo Poale, aunque no aparecía ese nombre.

Las ideas de Syrkin fueron desarrolladas en forma independiente, con escasa relación con la olvidada filosofía de Moisés

Hess. En forma similar, en Rusia misma surgió un movimiento socialista sionista independiente, sin relación alguna con la propaganda hecha por Syrkin en el extranjero. El primer grupo de Poale sionistas socialistas, con conciencia de clase, se formó en Rusia en noviembre de 1900, en Ekaterinoslav. Sus fundadores fueron el autor de estas líneas y Simón Dobin, quien pasó después al partido *seimista,* donde adquirió fama de escritor judío hábil y honesto.

Permítaseme decir algo más sobre esa primera organización. Desde septiembre de 1900 hasta mayo de 1901, este autor, que pertenecía al Partido socialdemócrata ruso en Ekaterinoslav, presentó una serie de artículos sobre sionismo socialista en un club educacional de jóvenes proletarios inteligentes.* Tenía alrededor

* En su artículo "At the cradle of socialist zionism", publicado en *Die Warheit*, Nueva York, 13 de marzo de 1916, Borojov relata lo siguiente:

"Yo era entonces miembro del Partido socialdemócrata ruso y trabajaba bajo la supervisión de la sección de Ekaterinoslav, que publicaba el clandestino *Yuzhni Rabotchi*. Con respecto a los demás miembros del comité, recuerdo al cristiano, Pazniakoff, que fue expulsado del seminario teológico por su ateísmo; al georgiano, Schaki, y también a un judío llamado Taratuta.

Pazniakoff (hombre de gran erudición) y yo solíamos absorber mucho Marx y Richard Avenarius. Aunque ambos éramos apenas chiquillos de diecinueve años, sabíamos de memoria *El capital* de Marx. Agitábamos entre los trabajadores —tanto judíos como cristianos— y distribuíamos panfletos clandestinos.

Mi tarea consistía en leer *Principios de economía política* de Bogdanov, libro popular, con los trabajadores, explicándoselo en palabras sencillas y mediante ejemplos concretos. No recuerdo qué fue lo que me hizo cambiar de ideas. Debe haber sido después de una casual reunión conjunta de trabajadores judíos y cristianos que comprendí de pronto la verdad del sionismo socialista. Entonces el comité descubrió que yo tenía una influencia perniciosa sobre los obreros, les estaba enseñando a pensar por sí mismos. Por lo tanto fui expulsado del Partido socialdemócrata ruso.

Años después Pazniakoff volvió a ser un místico cristiano devoto, y se apartó por completo del socialismo. Taratuta se convirtió en terrorista anarquista y cayó en una acción armada contra un regimiento de cosacos. No sé qué fue de Schaki, el georgiano.

¿Qué puede hacer un socialdemócrata ruso expulsado cuando se convierte en descreyente sionista? Me uní a un gran club educacional de estudiantes judíos y los convertí en los primeros sionistas obreros en Rusia. Menachem Mendel Ussishkin, director de la región sionista de Ekaterinoslav, era un hombre de acero. Se jactaba de vivir en la esquina de las calles Hierro y Altanero (las calles se llamaban así realmente). Ussishkin declaró severa y categóricamente: "¡No toleraré ideas tan avanzadas!" También el Dr. Shmaria Levin se oponía a nuestras actividades socialistas, y a su manera culta y delicada trató de influir en nosotros a través de la argumentación amistosa. Vino personalmente al club educacional y pronunció una serie de conferencias contra el sionismo socialista.

de ciento cincuenta miembros. El Dr. Shmaria Levin, que era en esa época el rabino reconocido por el gobierno para Ekaterinoslav, pronunció en ese club una serie de conferencias contra la nueva idea. Las prolongadas e inteligentísimas discusiones, en que participaron otros importantes dirigentes sionistas (todos contrarios a la unión de sionismo y socialismo), terminaron con el club aceptando el nuevo punto de vista y tomando el nombre de "Alianza de trabajadores sionistas socialistas". Su primera aparición pública consistió en la organización de un grupo de autodefensa durante el pequeño pogrom de Pesach de 1901. Su segunda aparición tuvo lugar durante la huelga de sastres, en Succot, del mismo año. Ésa fue la primera huelga de trabajadores judíos en esa gran ciudad.

Todas estas cosas se revelan ahora por primera vez. Los hechos muestran, por encima de todo, que el primer grupo judío de autodefensa fue organizado por Poale Sión dos años y medio antes que el Bund judío socialista (en Homel, septiembre de 1903).

Recorramos ahora rápidamente la historia del movimiento de 1901 a 1906.

El nombre "Poale Sión" fue adoptado por primera vez en Minsk en 1899* por un club dirigido por A. Litwin (ahora conocido escritor judío norteamericano), Berger y Rubentchik, después que el mismo grupo había negado el valor de la lucha de clases en el Galut. Ellos fueron los precursores del llamado "Poale Sión de Minsk", que se unió con los socialistas territorialistas en 1907. Un club socialista llamado "Poale Sión" se formó en Odesa en 1902 bajo la influencia de Ekaterinoslav y Poltava. Pronto en todo el oeste de Rusia había grupos desperdigados y organizaciones que aceptaban la nueva tendencia. En 1902 sacaron su propio órgano clandestino en Rusia.

Una organización interesante de sionistas Poale socialistas surgió en Vitebsk alrededor de 1903. Su teórico era Hirsch Z., hombre de destacado intelecto y destino sumamente trágico. (Su discípulo Chashin es ahora un conocido trabajador del partido.)** Desde Vitebsk el sionismo Poale penetró en territorio del Bund en 1903-1905, extendiéndose por Polonia y Lituania.

En 1903 el movimiento se unía a su padre espiritual, el Dr. Nachman Syrkin, a través de su periódico *Hamon*. Un año después se

La juventud, sin embargo, no siguió a sus mayores, y el club aprobó mi moción de darse el nombre de "Alianza de trabajadores sionistas socialistas". [E.]

* La fecha de Borojov está equivocada. El Poale Sión de Minsk se organizó en 1897. [E.]

** Chashin se hizo comunista después de la guerra. [E.]

formó el grupo *Vozrodzhenie*, que publicaba un periódico interesante. Ese grupo llevó después a una lamentable división en el partido.

Muchas divisiones desgarraron nuestro joven movimiento en los años 1904-1906. El asunto de Uganda despertó tendencias territoriales en muchas de las jóvenes organizaciones. Incluso aquel precoz luchador del sionismo socialista, Nachman Syrkin, fue llevado por la corriente por mucho tiempo. Las secciones territorialistas se separaron en enero de 1905, en su primera convención en Odesa, donde adoptaron el nombre de "Partido sionista socialista de los trabajadores" (ss). En agosto del mismo año hubo una segunda escisión, impuesta por el grupo *Vozrodzhenie* que formaba el partido. Rechazaban a Palestina y todo el trabajo sionista.

En la conferencia de Kíev del Poale Sión pro-Palestina, en julio de 1905, se constituyó el Partido judío socialdemócrata Poale Sión. Poco después envió cuarenta y siete delegados al sexto Congreso sionista en Basilea. Después del congreso la mayoría de los delegados se reunió en Zurich y eligió un Comité central. Pero ya se sentía la influencia *seimista*, y el Comité central no tuvo ocasión de ver la luz del sol. En diciembre de 1905 la escisión se completó en una conferencia sumamente dramática en Berdichev. Casi simultáneamente se celebraron dos conferencias organizadoras; la nuestra en Poltava y la de los *seimistas* en Kíev.

Así llegó el gran acontecimiento histórico de nuestro movimiento, la "Convención Panrusa Organizadora del Partido Obrero Socialdemócrata Judío Poale Sión", que terminó por fin con las divisiones. Es el décimo aniversario de esa convención lo que nos aprestamos a celebrar.*

La conferencia se inició la víspera de Purim (febrero de 1906), en Poltava, en presencia de treinta delegados. Las reuniones se celebraron disimuladamente en un cuartito de una panadería judía en las afueras de la ciudad. Pasamos siete días y noches allí adentro, sin salir por temor a que lo notara la policía zarista. En tan incómodas circunstancias, los más profundos problemas teóricos y los problemas organizativos más difíciles fueron tratados con valor y entusiasmo. Finalmente la policía notó nuestra presencia, y tuvimos que trasladarnos apresuradamente a un hotel del centro de la ciudad.

Nuestra "retirada" se realizó en perfecto orden, de modo que

* En su artículo "Ten years of Jewish socialism", [Diez años de socialismo judío], publicado en *Die Warheit* el 5 de diciembre de 1915, Borojov afirma que el partido tenía entonces 16 000 miembros que cotizaban. [E.]

el enemigo no pudo capturar ningún prisionero de guerra.* Nuestro pequeño ejército continuó sus deliberaciones en el hotel que habíamos tomado por la fuerza, advirtiendo severamente al propietario que no recibiera otros huéspedes. Pero la policía nos descubrió incluso en nuestro nuevo refugio, y dos prisioneros cayeron en sus poco amables manos; sin embargo, las actas y demás documentos fueron puestos en seguridad á tiempo. Terminamos apresuradamente el trabajo de organización más importante, elegimos el primer Comité central y designamos una comisión encargada de redactar la plataforma del partido.

La comisión se escondió en un pequeño pueblo de la provincia de Poltava inmediatamente después que la policía nos sorprendió en el hotel. Descubiertos allí nuevamente por los esbirros zaristas, nos trasladamos a Simferopol, dejando una vez más dos prisioneros en las garras del gobierno.

El resultado de las deliberaciones de la comisión fue el fortalecimiento ideológico de nuestro partido. Una de las resoluciones de la conferencia fue establecer la "Alianza mundial Poale Sión".

En el curso de estos diez años, el Poale Sión ruso ha desempeñado un papel importante en el movimiento mundial. Nuestro partido en Palestina es en cierta medida producto del partido ruso. Los mismos camaradas que organizaron el movimiento en Rusia participaron en el establecimiento y la dirección del partido en Palestina. Rusia contribuyó sistemáticamente con editores para los periódicos del partido en Austria, los Estados Unidos, Inglaterra, Palestina y la Argentina. Por un largo período Rusia fue la fundición en que se forjaba y moldeaba el pensamiento sionista Poale para el mundo entero.

Los secesionistas, el ss y los *seimistas*, que al principio superaban de lejos a Poale Sión tanto numérica como intelectualmente, desaparecieron pronto. Su influencia sobre la comunidad judía se evaporó en poco tiempo, porque todo lo que había de vital en sus plataformas estaba ya en el programa de Poale Sión. Nosotros seguimos creciendo en cuanto a los números y particularmente en influencia.

No está lejos el día en que Poale Sión asumirá la dirección de

* En *Die Warheit* del 13 de marzo de 1916, Borojov relata: "Hasta hoy hay más de tres quilos de dinamita nuestra enterrados en el patio de la panadería donde estuvimos reunidos los primeros siete días. Otros diez quilos, junto con siete bombas terminadas, se encontraron después cuando el camarada B.Z.R. y yo fuimos arrestados. El comité de Poltava los guardaba en previsión de la emergencia de un pogrom o levantamiento." [E.]

toda la clase trabajadora judía. Ése será el juicio de la historia sobre la pequeña conferencia secreta de la panadería cálida y polvorienta, donde vivíamos con el constante temor de la policía.

EL DESARROLLO ECONÓMICO DEL PUEBLO JUDÍO

Junto con la reconstrucción de la economía mundial en el último siglo también se produjo una gigantesca revolución en la vida económica del pueblo judío. De un pueblo de intermediarios y comerciantes está surgiendo un pueblo de obreros productivos y creadores. La línea general, la tendencia más evidente de la economía hebrea es la productivización del trabajo judío.

Pero por empezar determinemos en qué la vida económica de los judíos se distingue de la de los pueblos circundantes; formulemos e interpretemos en qué consiste la *anomalía*, la situación anormal de la vida económica judía. No vale la pena polemizar con los tercos defensores del Galut, que cierran sin cesar los ojos y no quieren ver la situación anormal. A las personas que se empeñan en no ver ni oír la realidad más segura, ya ningún argumento podrá cambiarlos. Pero la voz de los optimistas del Galut ya perdió su firmeza de otrora, y hoy en día ya no hay ningún observador serio de la vida hebrea que deje de ver sus anómalas bases económicas.

Pero los investigadores no ven aún con claridad en qué consiste esa anomalía. Ocurre a veces que un paciente sufre desde mucho tiempo atrás los más diversos dolores, y sin embargo los galenos no lograron determinar en dónde está la causa de sus males. No cabe duda de que estamos frente a un enfermo; pero la enfermedad progresa y el organismo elabora de sí mismo los gérmenes vivos que combaten a la dolencia. De este modo, año tras año cambia el *aspecto de la enfermedad*. Los síntomas se transforman y los médicos no logran fijar el diagnóstico. Lo mismo sucede con el enfermo pueblo judío: no es un enfermo pasivo y resignado que se deja dominar y exterminar por la enfermedad. Por el contrario, el pueblo judío desarrolla de sí mismo las fuerzas internas que pujan por extirpar la dolencia y restablecer el equilibrio orgánico. Con ello se explica por qué el aspecto de la enfermedad cambia constantemente y por qué los "médicos" sociales de nuestro pueblo hicieron tan dispares diagnósticos en épocas distintas.

Hace unos lustros estaba de moda entre algunos socialistas judíos la así llamada teoría de la "no proletarización". Tenía un mi-

núsculo síntoma de sana verdad, pero en su forma más prominente el planteo era demasiado primitivo, y la teoría no pudo subsistir mucho tiempo. En un principio significa que "el proletariado judío no se puede proletarizar". La palpable contradicción que se encierra en las propias palabras llevó pronto a los sionistas obreros, que fueron los primeros en dar con esa teoría, a rechazarla y desdecirse de ella. De todas las tendencias sionistas proletarias, los sionistas socialistas (ss) se mantuvieron más tiempo en la vieja teoría, pero también ellos intentaron limar sus bordes sinuosos y la transformaron en la algo más delicada teoría de la "no industrialización".

"El obrero judío no se puede industrializar", fue el tema sobre el que escribió el más profundo economista de los ss, Jacobo Lestchniski, en su libro *El trabajador judío en Rusia*, libro con muchas ideas importantes y con no menos errores garrafales. (Cabe subrayar que el primer creador de la teoría de la "no proletarización" fue, en 1902, el Dr. H. D. Hurvitz, quien más tarde renunció a ella como asimismo al sionismo. De la "expulsión" de los judíos de sus posiciones económicas ya S. Pavzner había escrito con anterioridad. Nosotros nunca hemos sido adeptos a esa teoría en todos sus aspectos.)

Es una insensatez afirmar que los obreros o los proletarios judíos "no se proletarizan". Sencillo: si son proletarios, significa que ya antes se han proletarizado, dejaron de ser propietarios y fueron al mercado a vender su fuerza de trabajo; y si no se pueden proletarizar, tampoco podrán tornarse obreros asalariados. Otro error es que un partido judío, socialista y obrero, declara que sus propios obreros no pueden ser proletarios en el exacto y socialista sentido de la palabra.

Incorrecto es cuando se piensa que el trabajo no se puede "industrializar". El conocido y serio economista J. Lestchniski se queja, en su libro sobre los trabajadores judíos (1906), de que en 1897 —y quizá tampoco ahora— en toda Rusia no había ninguna fábrica donde estuvieran ocupados mil obreros judíos. Pero ese argumento no está bien fundado: en la tabla estadística de la JCA, sobre la que se apoyó principalmente Lestchniski, podrá encontrarse una fábrica judía de tabaco en Grodno (propiedad de Chereschevski) que en 1898-1899 contaba con 1 594 trabajadores judíos; esa fábrica tenía una máquina a vapor de 36 caballos de fuerza. En la extensa y ramificada literatura del movimiento obrero judío —como también ruso— se publicaron durante muchos años referencias de las innumerables huelgas de trabajadores judíos en la Cherta rusa. Estudiando esa literatura ilegal, se advierte

allí en 1900-1905 una masa de grandes fábricas judías, no menos de 50 grandes empresas, en las que trabajaban no menos de 100 obreros judíos por fábrica. En ese opúsculo se dice lo siguiente: la mencionada fábrica de tabaco de Grodno, con casi 2 000 obreros; una fábrica eléctrica en Varsovia, con 1 000 obreros; una fábrica de tabaco, con 500; una de porcelana en el pueblecillo de Poloniae, con 400 obreros judíos, etcétera.

No cabe duda que la emigración a América abrió para el trabajador judío, en ciertos aspectos, perspectivas más amplias que el desarrollo de la industria en el viejo hogar. No tenemos estadísticas de fábricas judías en los Estados Unidos, pero una cosa sabemos con seguridad: a pesar de que el trabajo judío en este país alcanzó un desarrollo mucho más unilateral que en Rusia, a pesar de que el trabajo judío casi se concentra exclusivamente en la industria del vestido (mientras en Rusia está ramificado en varias industrias), adoptó no obstante un carácter incuestionable de gran capitalismo. En Peterson, por ejemplo, hay inmensos establecimientos textiles con operarios judíos. La gigantesca fábrica de ropa de Rosenwall, en Chicago, cuenta con varios miles de obreros judíos.

Mas a pesar de todo ello es indudable que las industrias judías no se desarrollan tan intensamente como las no judías. Ni siquiera el alcance de la mayor fábrica judía puede compararse con las dimensiones enormes de las empresas no judías. Entre los judíos no existe nada que se parezca a los gigantescos emporios de las fundiciones de Krup y Scaras, las fábricas de Ford, etc. Ni siquiera podemos soñar con algo parecido y los trabajadores judíos tienen escaso acceso a estas grandiosas empresas. O ese acceso les está completamente vedado.

Las masas judías se "proletarizan". El trabajo judío se "industrializa", pero el ritmo es entre nosotros lento y el desarrollo más limitado y unilateral.

Además, no se puede negar que los empresarios judíos tienen la tendencia a disminuir la producción, cosa que el conocido economista M. A. Margolin llamó la "individualización" de la industria. Un judío se decide a trabajar por "cuenta propia" con medios tan escasos y ante perspectivas tan tenues, que ello nunca podría ocurrir con un no judío. Con este ínfimo "capital" el judío establece una empresa propia y se torna "capitalista", mientras el obrero no judío, que quizás ahorró más que él, sigue siendo durante toda la vida esclavo de un ajeno. El judío posee un fuerte espíritu de empresa, no quiere permanecer proletario y

aprovecha la menor posibilidad para ascender en la escala social.

La ansiedad por elevarse caracteriza a las masas obreras judías. Tanto sastres, como zapateros o cigarreros abandonan sus oficios y, con los mayores esfuerzos, con los sacrificios más amargos buscan mejorar su condición social: volverse agentes de seguros, dentistas, médicos, abogados y, lo que es más habitual, anhelan establecerse con negocios por cuenta propia. Permanentemente se mueve y cambia la composición humana de la clase obrera judía: miles escapan de ella, otros miles van llegando. Esto se conoce como la *fluctuación* del obrero judío en todos los oficios y en todos los sindicatos.

Todas estas manifestaciones particulares de la vida obrera judía tienen sus raíces en las peculiaridades históricas generales de nuestra economía.

¿Pero en qué consiste la peculiaridad de la economía judía? Para comprenderlo, nos dirigiremos a la vieja literatura sionista proletaria de Rusia, o, antes todavía, a la antigüedad griega: a Aristóteles. Este último no sólo fue un filósofo grandioso, sino también un gran político y un profundo economista. No por nada Aristóteles es citado con tanta atención por Karl Marx. Citaremos un pensamiento aristotélico que los marxistas olvidaron o descuidaron completamente hasta ahora. En su doctrina enumera dos especies de ocupaciones: la *ocupación de la naturaleza (ctesis cata piscin)* y la *ocupación del hombre (ctesis cata af'antrophon).* El labrador, el minero, el pescador obtienen su sustento de la naturaleza; el comerciante, el banquero, el médico, el jurista obtienen su sustento del hombre.

¿A qué especie pertenecen las ocupaciones judías? La clara división artistotélica nos da la respuesta de inmediato: a diferencia de todos los otros pueblos, cuyas ocupaciones básicas son de la naturaleza, los judíos viven principalmente de ocupaciones del hombre.

Para interpretarlo con más precisión, nos valdremos de la interesante teoría económica moderna de Otto Efertz, quien separa la producción humana según la intervención en ella de la *tierra* y el *trabajo*. Por dura que sea la participación del labriego con su arado, la tierra de todos modos intervendrá más en la producción que el trabajo del hombre. El trabajo, en ese caso, consiste en abonar y mejorar el suelo, arar lo y sembrar las semillas y, por último, recoger la cosecha. Pero la producción principal de cereales, por ejemplo, es provista por la propia tierra natural. Y, por el contrario, por pequeño que sea el trabajo invertido por el sastre judío en el corte de género, la parte de actividad humana es

muy superior a la parte de la naturaleza en este producto: la naturaleza proveyó las ovejas, la lana, pero lo demás lo realizan diversas personas. Esquilan a los ovinos, tejen y dan color a la lana, hasta conseguir finalmente el corte de género. En este género ya hay invertida una masa de trabajo humano, y muy poco de naturaleza. Le toca luego al sastre hacer del género una vestimenta, de manera que en la ropa terminada ya hay escasa participación de la tierra y mucha, en cambio, de trabajo humano.

Es indudable que en la producción judía la parte de la naturaleza es mínima, mientras que la parte de trabajo humano es inmensamente mayor. Entre los otros pueblos, por el contrario, la tierra también tiene una gigantesca participación en la producción.

No por nada se dijo que la economía judía es una —*luft wirtschaft* (economía en el aire)— y que la vida judía es inestable: *luft lebn* (vida en el aire). El agudo Max Nordau introdujo la expresión *luft mechn* (hombres desarraigados) en la literatura, y ello significa que el trabajo judío está alejado de la tierra, de la naturaleza; tampoco los otros pueblos viven exclusivamente de la naturaleza. Su producción se compone de los dos elementos: tierra y trabajo, y cuanto más se desarrolla la industria, tanto mayor se hace la parte "trabajo" y tanto menor la parte "tierra".

Pero el elemento "tierra" sigue siendo un elemento permanente en la economía de todos los otros pueblos, mientras que entre los judíos este elemento no se encuentra todavía y la producción judía consiste únicamente del elemento "trabajo".

Además, el mismo trabajo se divide en dos elementos: trabajo manual, o, con más exactitud, *trabajo "físico"* (con las manos, con los pies, etc.) y trabajo mental, o, como se lo llama, trabajo *"espiritual"*. Es cosa conocida que en las ocupaciones judías el trabajo espiritual ocupa un lugar mucho más destacado que entre otros pueblos. También entre los otros pueblos, cuanto más se desarrolla la "cultura" tanto más crece la parte de trabajo espiritual. Pero nunca en proporción tan grande como entre los judíos.

El capitalista, principalmente, invierte en su empresa el trabajo "espiritual", organiza el negocio, crea con él. El asalariado invierte en la producción principalmente su trabajo "físico". Y porque los judíos trabajan sobre todo con la mente, de ello depende en verdad su espíritu de empresa que empuja al obrero judío a tornarse un pequeño comerciante por cuenta propia. El individualismo de la economía judía tiene sus raíces, en consecuencia, en esta histórica falta de suelo. Entre los judíos, entonces, tenemos dos importantes manifestaciones:

1] Una mayor preeminencia de "trabajo" que "tierra", y

2] el predominio del trabajo "espiritual" sobre el físico.

Dividamos ahora las ramas de la producción humana. Por empezar, veremos que los hombres producen tres clases de cosas: 1] *medios de producción,* es decir, máquinas, materias primas, materiales auxiliares, instrumentos; 2] *medios de transporte,* es decir, carros, trenes, caminos, barcos, telégrafo, teléfono; 3] *elementos de consumo,* es decir, alimentos, vestimentas, viviendas, muebles, luces, libros, instrumentos musicales, cuadros, etc. Y estas tres categorías pueden a su vez clasificarse según estén más o menos cerca de la naturaleza. Para elaborar, por ejemplo, un par de zapatos, el trabajo humano tiene que atravesar las más diferentes etapas de aplicación. Por ejemplo:

En primer término trabaja el campesino criando el ganado. Tenemos entonces una originaria producción agropecuaria (ganadería); más tarde el matarife sacrifica la res; después el curtidor que transforma el cuero y el técnico que lo elabora; luego se pasa por las distintas ramas de la industria del cuero y, finalmente, el zapatero produce un calzado listo para vestir.

Llamemos *"primeras etapas de la producción"* a las que están más cerca de la naturaleza. Serían: agricultura, horticultura y ganadería. En estos casos, el elemento "tierra" es el mayor, mientras que el elemento "trabajo" es comparativamente pequeño. Algo más lejos de la naturaleza está la *"primaria producción industrial"*, como ser: minería, canteras y trabajos forestales con sus ramas subsiguientes. En estos casos, el elemento "trabajo" es mayor que en los casos anteriores. Más lejos aún de la naturaleza se hallan las "etapas medias *secundarias*" de la producción, como ser: metalurgia, tejeduría, construcción. Bien cercanas al consumidor y muy lejos de la naturaleza estarán las *"etapas medias terciarias"*, entre las que se cuentan ocupaciones judías tan conocidas como la carpintería, las industrias químicas, producción de cueros y papel. Finalmente, encontramos las *"últimas ramas de la producción"*, que sirven directamente al consumidor, y que comprenden el grueso de las producciones tradicionales judías: industria de la vestimenta, panadería, tipografía y artes gráficas, ocupaciones de las que desapareció casi por completo el elemento "tierra" y la producción íntegra consiste de elemento "trabajo".

¿Y qué nos dice la estadística. En el cuadro núm. 1, según el censo ruso de 1897 y el austriaco de 1900, las ocupaciones judías fueron divididas *según su distanciamiento de la naturaleza* y según el porcentaje que representan en la población general del país.

El primer cuadro nos dice lo siguiente:

CUADRO NÚM. 1

Rama de producción	*En la Cheria rusa*		*En Galitzia*	
	Judíos	*Porcentaje en todo el país*	*Judíos*	*Porcentaje en todo el país*
1. PRODUCCIÓN AGRÍCOLA PRIMARIA:				
Agricultura, horticultura y ganadería ...	35 822	0.6	47 996	1.5
2. PRODUCCIÓN INDUSTRIAL PRIMARIA:				
Minas	1 006	1.8	1 053	8.3
Canteras	5 187	12.5	696	10.6
Bosques	3 200	12.4	928	10.6
Total clase 2	9 393	7.7	2 677	9.5
3. ETAPAS MEDIAS SECUNDARIAS:				
Metalurgia	40 082	21.2	4 410	15.9
Textiles	33 200	19.0	1 421	14.7
Construcciones	37 136	18.9	3 110	13.0
Total clase 3	110 418	19.7	8 911	14.5
4. ETAPAS MEDIAS TERCIARIAS:				
Carpintería	41 359	27.2	4 229	18.1
Industria química	6 514	34.1	1 430	37.9
Cuero y papel	20 446	43.9	1 938	39.2
Total clase 4	68 319	31.3	7 597	23.7
5. ÚLTIMA ETAPA DE LA INDUSTRIA:				
Alimentación	44 797	34.8	11 036	48.9
Licor y tabaco	23 548	38.3	22 981	70.8
Vestimentas	18 996	48.1	20 298	35.2
Imprenta, etc.	244 534	53.9	450	21.4
Relojerías	5 240	66.5	...	...
Total clase 5	337 115	45.5	54 765	47.7

CUADRO NÚM. II: *Cien operarios judíos y no judíos están ocupados en el orden siguiente:*

Ramas económicas	*Italia, 1901*		*Alemania, 1907*		*Austria, 1905*		*Rusia (Gherta) 1897*	
	Judíos	*Total población*	*Judíos*	*Total población*	*Judíos*	*Total población*	*Judíos*	*Total población*
Agricultura	0.3	53.3	1.3	38.1	12.8	58.1	2.5	53.0
Industria	8.7	22.4	21.9	37.7	27.5	22.3	35.2	14.6
Comercio y transporte	50.3	8.3	50.5	11.1	34.4	51.1	34.6	7.4
Servicio doméstico	0.3	1.4	0.5	1.6	5.2	2.2	11.9	11.8
Profesiones liberales y funcionarios	18.7	6.4	6.5	5.7	8.3	4.5	7.2	8.2
Rentistas y profesiones no productivas	21.7	8.2	19.3	11.1	11.8	7.8	7.6	5.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

a] El trabajo judío está bastante apartado de la naturaleza. En la agricultura, los judíos constituyen algo más que el 1.5% en Rusia, y 1.5 en Galitzia.

b] El porcentaje de las ocupaciones judías va creciendo en la misma medida en que la producción se aleja de la tierra. En la producción industrial primaria los judíos constituyen el 8 o 9% de toda la población; en las etapas medias secundarias, el por ciento judío se eleva a 15 o 20; en las terciarias los judíos ya constituyen la cuarta o tercera parte entre los no judíos.

c] En las últimas etapas de la producción, vale decir allí donde ya absolutamente no se tiene que ver con la tierra, donde falta cualquier contacto con la madre naturaleza, los judíos constituyen casi la mitad de los ocupados.

d] La gran mayoría de los no judíos extrae su sustento de la naturaleza (de la clase 1 y 2 del gráfico, o sea de la producción primaria en la agricultura y las industrias), mientras la gran mayoría de los judíos obtiene su sustento de los hombres. En Rusia y Galitzia, el 70 u 80% de todos los judíos están ocupados en las últimas dos clases, en las etapas penúltima y última de la producción. Entre 70 y 80% de no judíos viven de la naturaleza, mientras 70 u 80% de judíos viven de los hombres.

Las cifras fueron extraídas de la estadística oficial del Estado, que, sin duda, no estaba alentado por ninguna teoría sionista y que tampoco se preocupaba por los problemas judíos. La clasificación efectuada es nuestra, pero como difiere de la estadística oficial y como las ocupaciones en Rusia se dividen distintamente a como se hace en Austria, en algunos rubros se incluyen oficios que podrían considerarse de otra clase. Tomemos, por ejemplo, la "industria metalúrgica" como se la llama en la estadística oficial En ese rubro se incluye tanto la gran metalurgia, que pertenece a la clase 3, como las pequeñas ocupaciones metalúrgicas —herrería, hojalatería, cerrajería, etc.—, que deberían integrar la clase 5.

Si la estadística oficial no ubicara todo en un solo casillero, la situación judía se expresaría con más claridad aun en las cifras. Pero aun así la situación es bastante clara: la ley de la economía judía sale con fuerza a la superficie a pesar de las confusiones de la estadística oficial. Es la ley que dice: cuanto más una ocupación se aleja de la naturaleza, tanto más se concentra en ella el trabajo judío.

Es como si una despiadada fusta histórica alejara a los judíos de la naturaleza; como si una amarga conspiración histórica aprisionara a las masas judías con las cadenas de la extraterritorialidad económica y las empujara lejos, cada vez más lejos de la tierra...

Las prosaicas cifras del cuadro núm. 1 nos dicen que los judíos están alejados precisamente de las ramas más seguras e influyentes de la producción, de las ramas en torno a las cuales se mueve la rueda de la historia. En vez de irrumpir en el centro sano y vigoroso de la vida económica, las masas judías se diseminan en su periferia, en su superficie... El destino de la sociedad no depende, empero, de la industria de la vestimenta, ni de las panaderías, ni de la producción del tabaco. Todos los hilos de trabajo y desarrollo devienen de las ocupaciones centrales; devienen de la agricultura, la ganadería, las minas, los ferrocarriles, la navegación. Desde allí van hasta la superficie de la vida social, hasta el mercado de los productos industriales elaborados.

Las prosaicas cifras se lamentan de que la economía judía se ve obligada a permanecer atrasada, de que la cultura judía se ve obligada a seguir en decadencia, de que el destino político del pueblo judío debe seguir impotente, en tanto que el pueblo judío continúa viviendo alejado de la naturaleza y la tierra, alejado de la producción primaria. Las cifras atestiguan, además, que el socialismo judío, la lucha judía de clases y la revolución judía desempeñarán un papel tan insignificante en el socialismo, en la lucha de clases y en la revolución de los pueblos circundantes, como el que desempeña la aguja judía, si se la compara con el arado no judío, con la turbina no judía, con el transatlántico no judío.

Ésta es la dolencia histórica de la economía hebrea. Y desean eternizar la enfermedad todos los que aspiran a soldar el pueblo judío con el diluido aire del Galut, todos los que buscan adormecer al pueblo con entonaciones galúticas y con esperanzas en el Galut.

Ésta es la dolencia histórica de la vida económica judía, expresada con conceptos económicos modernos. Pero intentemos, además, iluminar esta manifestación con la luz de la doctrina marxista.

Karl Marx divide al capital moderno en dos categorías: 1] el *capital constante*, que se compone de *medios de producción*, materiales y similares *elementos objetivos de producción*, como renta del suelo, *establecimientos fabriles*, medios de transporte, materias primas, combustibles, máquinas, instrumentos, etc.; 2] el *capital variable*, que consiste en la *fuerza de trabajo humano*. Cuando un capitalista individual invierte capital en cierta empresa, Marx considera que ese capital debe considerarse como la suma de dos partes: lo que el empresario invierte en renta, máquinas, combustible, flete ferroviario, etc., constituye la parte constante del capital invertido; y lo que el capitalista paga como sueldos y salarios a los obreros y empleados, constituye la parte variable del capital invertido. Igual cosa sucede con toda la suma de capitales que toda la humanidad invierte en todas las empresas económicas: todo el capital del mundo se compone de una parte constante y otra variable.

El capital no es un don del cielo ni cae de los árboles, sino que es creado por el duro trabajo humano. Tanto el capital constante como el variable son producidos por los hombres. Pero con claridad se advierte que los *judíos no producen capital constante*, porque no producen establecimientos, máquinas, medios de transporte, materias primas, etc. El trabajo judío, en general, no participa de la creación y la distribución del capital constante. *Todo el trabajo judío se invierte en la producción del capital variable.* Y en este terreno, los judíos además están expuestos a la competencia de los trabajadores no judíos.

Asimismo, cabe señalar que las dos partes del capital crecen incesantemente. Pero el capital constante crece más rápido que el variable. Cuanto más se desarrolla la técnica, tanto más el trabajo es realizado por la máquina en lugar de ser hecho por el hombre. Otrora, un obrero producía en igual tiempo cinco, diez o veinte veces menos trabajo del que realiza hoy en día con ayuda de la máquina. Actualmente, hace falta una pequeña cantidad de obreros, junto a la máquina, en tareas donde antaño se necesitaban decenas o centenas de operarios. Cuanto más es perfeccionada la máquina, menos hombres hacen falta para ella. Crece rápidamente la cantidad de máquinas y, comparativamente, disminuye el número de trabajadores. Por consiguiente, el *capital constante crece a expensas del capital variable.* Ésta es una de las leyes más importantes de la doctrina marxista.

Marx demuestra cómo la máquina desaloja al obrero, y cómo el capital variable se ve *desalojado* por el capital *constante*. Pero como vimos que el trabajo judío está totalmente ocupado en la producción de capital variable, se desprende que *el trabajo judío está siendo expulsado más y más por el trabajo no judío.*

Ésta es una conclusión clara y lógica de los descubrimientos económicos marxistas; y si nuestros "marxistas" oficiales no lo entrevén, es porque en realidad les es *ajena toda interpretación científica* de la economía judía.

El trabajo hebreo está siendo expulsado —y tiene que ser expulsado— con el progreso de la técnica. El trabajo judío debe ser técnicamente atrasado, porque la máquina es su peor enemigo.

Y todo es engendrado por la misma causa: los judíos están separados de la naturaleza, de la base y de la tierra.

La expulsión del trabajo judío no es, por suerte, un proceso de un instante, sino que es bien prolongado. Los tejedores, zapateros, muebleros, cigarreros judíos de Europa, son expulsados despaciosamente por el trabajo no judío. Los tejedores judíos de Lodz y Bialistok casi desaparecieron ya de la producción, por el hecho de que el telar mecánico irrumpió en esas ciudades y trajo consigo operarios no judíos en lugar de los judíos. La elaboración de calzados en Varsovia y Odesa sufrió igual evolución: el traspaso de trabajo manufacturado a la labor mecánica promovió también el traspaso del trabajo judío a mano de los gentiles. Las grandes fábricas de tabaco en Rusia pasaron casi exclusivamente a operarios no judíos. Pero, mientras eso tiene lugar, los judíos buscan nuevas ocupaciones, emigran a todos los confines de la tierra y levantan en otras partes nuevas industrias.

Pero en los nuevos países también nos persigue la misma ley de expulsión. Hemos creado en Inglaterra una industria de la vestimenta, sobre la base del "trabajo compartido", y, por último, los operarios judíos son remplazados por muchachas de la población vernácula. En Norteamérica toda la industria del vestido se creó con sudor judío, pero el resultado es que se resbala de las manos judías. Poco a poco, paso a paso, disminuye el porcentaje de trabajadores judíos en la industria estadounidense de la vestimenta, mientras crece el número de operarios italianos, polacos, lituanos y sirios.

Hasta ahora hemos visto que la economía judía sufre de una dolencia: su distanciamiento de la naturaleza. Ésta es una enfermedad histórica, invisible, silenciosa y por lo mismo crónica. Con una enfermedad crónica, un organismo puede vivir mucho tiempo; el organismo del jueblo judío, de un modo o de otro, vive habituado a su anomalía crónica, la que lo agobia desde hace ya dos mil años. Pero el análisis marxista de la enfermedad nos lleva a un resultado peor todavía. Nos enseña que en el moderno orden *capitalista* la enfermedad judía se hace más complicada, enmarañada y grave por culpa de la *expulsión*. La milenaria dolencia ya no es apacible y crónica, sino *aguda y febril*.

La imposibilidad histórica de la vida galútica judía se debe al *extraterritorialismo*, a la falta de territorio, al divorcio con la naturaleza y la tierra. Y esta peculiar, anómala y enfermiza manifestación tuvo que adoptar el carácter de una dolencia febril en el medio de la competencia capitalista.

El cuadro núm. 2 nos enseña cómo el pueblo judío procura, con sus propios medios, superar la dolencia.

¿Qué es lo que dice ese cuadro?

Italia, el país con tan pocos judíos, y donde los judíos están en próspera situación económica, política y cultural (quizá mejor que en ningún otro país del mundo); el país de ministros judíos, estudiosos judíos y dirigentes políticos... judíos, nos muestra también la más improductiva y desigual distribución de ocupaciones. Con la agricultura, los judíos nada tienen que ver allí. De la industria apenas vive un 9% de judíos italianos, y no como obreros y empleados, sino sólo como adinerados empresarios. La mitad de los judíos italianos vive del comercio. *Casi todos los judíos italianos viven de la explotación de trabajo ajeno*, y para peor lo explotan de una manera poco productiva.

Casi lo mismo ocurre en *Alemania*. En este país, los judíos más que deculplican en cantidad a los de Italia. Allí, con mucho menos libertad, ocupan un lugar mucho menos visible en la vida pública del país. Pero, en cambio, los judíos alemanes son más productivos en sus ocupaciones que los de Italia: 22% viven de la industria. Pese a todo, el papel judío en Alemania sigue siendo el del capital explotador.

En *Austria*, la cantidad de judíos duplica a los de Alemania: en Galitzia, Bucovina y Viena los judíos viven en masas compactas. En estos lugares ya se advierte la inclinación de las masas por ocupaciones más productivas, más cercanas a la naturaleza. La cuarta parte de los judíos se ocupan en la industria; los judíos ya dan una proporción mayor de gente para la industria que la población vernácula circundante. Y, en su mayoría, no son capitalistas, sino pequeños artesanos y obreros asalariados. Una gran parte de los judíos austriacos vive del sudor de su frente. Casi 13% de los judíos austriacos extrae su sustento de la agricultura, vale decir que en este país irrumpieron en las primeras etapas de la producción, las más cercanas a la naturaleza, las fuertes etapas ligadas a la tierra.

En *Rusia* también advertimos un proceso indudable de las masas judías que tienden hacia el trabajo productivo. Mientras que en todos los otros países de Europa los judíos viven más del comercio que de la industria, ocurre en Rusia precisamente lo contrario: los judíos están más ocupados en la industria que en el comercio. Y, a pesar de las horribles limitaciones jurídicas, de la Cherta, de la prohibición de vivir en los campos, los judíos no obstante se esfuerzan por hallar el camino hacia la naturaleza.

Un proceso gigantesco tiene lugar entre los judíos. Una lenta

revolución económica: el traspaso de nuestras masas al trabajo productivo y más cercano a la naturaleza. La cumbre de este proceso lo vemos en la emigración. Las cifras referentes a *Norteamérica* nos demuestran que en ese país el trabajo productivo ya se tornó casi la base total de la vida judía, y el proletariado se transformó en el verdadero representante del tipo judío.

AARÓN LIEBERMAN: PADRE DEL SOCIALISMO JUDÍO*

Cuarenta años han pasado desde que apareció por primera vez la prensa socialista judía. El periódico judío *Haemet*, primera publicación socialista judía, apareció por primera vez en Viena en mayo de 1877. El periódico y su editor y director, Aarón Lieberman, se cuentan entre los fenómenos más interesantes y extraordinarios de la moderna historia judía. Para comprender la primera publicación socialista judía y el período en que se originó, debemos estudiar primero al hombre Lieberman, que verdaderamente merece el título de "padre del socialismo judío".

Aarón Shmuel Lieberman (conocido más tarde como Arthur Freeman, con los seudónimos *Bar Drora* y *Daniel Ish Chamudot*), nació alrededor de 1848 en la ciudad de Luna, en la provincia rusa de Grodno. Recibió su educación en las ciudades mayores de Sowolke y Vilna. Independientemente, tanto él como su padre (que daba clases particulares de hebreo en casas acomodadas) cayeron bajo la influencia del *Haskala*. Así el joven Lieberman se ahorró el conflicto que la juventud librepensadora de ese período sostuvo con sus piadosos padres. En el hogar de su padre Lieberman adquirió el conocimiento de la lengua y la literatura hebreas. Toda su vida fue un fanático devoto del hebreo, lengua de su propaganda socialista.

De acuerdo con la costumbre judía de aquella época, el futuro nihilista se casó muy joven y era ya padre cuando ingresó a la escuela rabínica de Vilna. En la década de los setenta la escuela rabínica de Vilna era un centro de pensamiento ilustrado, liberal e incluso revolucionario. Varios estudiantes conocían el movimiento socialista de la *intelligentsia* rusa, y dos, Aarón Lieberman y su amigo más joven, Zundélovich (nacido en 1854), eran activos propagandistas del socialismo.

Los años de 1873 a 1878 fueron importantes para el movimiento revolucionario ruso. Ese período marcó el comienzo del interesante movimiento de "ida al pueblo". La *intelligentsia* socialrevolucionaria aprendía oficios manuales, vestía las ropas de campesinos y obreros y se mezclaba con las masas, difundiendo así

* Escrito en 1917. [E.]

ideas revolucionarias. El dirigente espiritual de ese movimiento era P. Lavrov, quien publicaba un periódico quincenal, *Vperiod*, que se imprimía en Londres y circulaba clandestinamente en Rusia. Los jóvenes judíos no permanecieron indiferentes a la propaganda que dio origen a *Cherni Peredel** y a la actividad terrorista de *Narodnaia Volia** entre los más prominentes nombres judíos activamente asociados con el movimiento clandestino de los 70 se cuentan los de los hermanos Levinthal, Axelrod, Aronson, Lázaro Goldenberg, Goldstein, L. Zuckerman, Jessie Helfman y Gotz. Aparecieron en escena escritores socialistas judíos como M. Vinchevski, L. Cantor, Yahalal y M. Lilienblum. Los pogromes desilusionaron a los últimos tres de los ideales revolucionarios, y se unieron al movimiento de *Chibat Sion*.

Zundélovich y Lieberman eran excepcionales. Mientras otros socialistas judíos agitaban entre los trabajadores gentiles o se contentaban con escribir poesía en hebreo sobre los problemas sociales, los dos jóvenes alumnos de la escuela rabínica trataron de ganar a las masas judías para el socialismo. Fue ése un enfoque único, pues en esa época no sólo los intelectuales gentiles sino también los judíos negaban el papel económico de las masas judías. Los judíos no son aptos para el trabajo productivo, afirmaban; son por naturaleza corredores, comerciantes, prestamistas y "parásitos" —en suma, un elemento insensible a la propaganda socialista. Zundélovich y Lieberman conocían mejor a las masas judías. Proletarios ellos mismos, y crecidos dentro del proletariado judío, sabían que las masas judías vivían por su propio esfuerzo —que los judíos no eran un pueblo de explotadores y parásitos sino un pueblo de trabajadores explotados y oprimidos.

Por esa razón, se dedicaron a diseminar propaganda socialista entre las masas judías. Con ese objetivo en vista, Zundélovich organizó un grupo de jóvenes intelectuales judíos en Vilna. Pero pronto fue arrastrado por el movimiento político ruso y se trasladó a San Petersburgo. Allí estableció una imprenta clandestina, cayó en las garras de la policía zarista y fue sentenciado a Siberia. Fue liberado años después durante la revolución de 1905.

Lieberman escapó oportunamente de la policía zarista huyendo al extranjero, donde dedicó el resto de su corta vida a difundir propaganda socialista entre los judíos.

Inmediatamente después de su huida Lieberman organizó en

* Movimientos de masas no marxistas que abarcaban a obreros y campesinos y que se unieron con otros grupos para formar el Partido socialista revolucionario. [E.]

Berlín el Grupo judío de la internacional, formado por socialistas judíos emigrados de Rusia. Luego se trasladó a Londres, donde trabajó en *Vperiod*, de Lavrov. También organizó una sociedad socialista judía —la primera en la historia de los judíos. El número de miembros era relativamente grande para ese período, alcanzando a treinta y siete personas, en su mayoría obreros. También Lieberman lo era, pues se ganaba la vida como litógrafo.

Los registros de esta sociedad pueden encontrarse en los archivos del Comité Exterior del *Bund* en Ginebra. Lieberman era secretario de la sección. En la primera página se lee:

RECORD OF THE SOCIETY OF THE HEBREW SOCIALISTS IN LONDON

Founded Iyar 26, in the Year 5636, May 20. 1876

Los documentos incluyen el programa de la sociedad, escrito tanto en hebreo como en yiddisch (aunque las actas de las sesiones están en yiddisch). El primer programa socialista judío dice, en parte:

Estamos convencidos de que el orden actual, imperante en todas partes, es despiadado e injusto. Los capitalistas, los gobernantes y el clero se han apoderado de todos los derechos y la propiedad humanos y han esclavizado a las masas trabajadoras a través del poder de su dinero.

Mientras persista la propiedad privada, no cesará la miseria económica; mientras el clero continúe dominando las pasiones del pueblo, continuará el odio religioso.

La liberación de la humanidad sólo puede realizarse mediante un cambio básico en las relaciones políticas, económicas y sociales —arrancando de raíz el orden existente y construyendo en su lugar una nueva sociedad basada en el socialismo, que abolirá la injusticia y la dominación del capital, que erradicará a los parásitos y el sistema del "mío" y "tuyo".

Nosotros los judíos somos parte integrante de la humanidad y no podemos liberarnos más que a través de la liberación de toda la humanidad.

La liberación de la humanidad de la miseria y la esclavitud puede ser efectuada por los trabajadores sólo si se unen en su lucha contra sus expoliadores, destruyen el orden existente y lo remplazan por el reino del trabajo, la justicia, la libertad y la fraternidad de la humanidad.

Los trabajadores de Europa y América se han unido en diversas sociedades para alcanzar su objetivo y están preparándose para una revolución, para el establecimiento del reino del socialismo obrero (*Socialismus Laavoda* en el texto hebreo). Por lo tanto nosotros, los hijos de Israel, hemos decidido afiliarnos a esta noble Alianza de los trabajadores.

Este programa fue escrito por Lieberman y unánimemente aceptado por la sociedad.

La sociedad vivió siete meses, desbandándose a la partida de Lieberman de Londres.

Durante su estadía en Londres, Lieberman publicó la primera proclama socialista en hebreo. Empezando *el shlomei bachurei yisrael* ("A la juventud inteligente de Israel"), apelaba a la juventud para que dedicara su energía al bienestar público y participara en la lucha por la emancipación de las masas trabajadoras de todas las naciones. En estilo bíblico describe el despertar de las masas judías y su lucha contra sus explotadores judíos. El pueblo judío pronto reconocerá a sus enemigos y exclamará:

> Así han sido cometidos vuestros pecados contra nosotros; vuestros crímenes nos han causado dolor. Habéis atraído sobre nosotros la cólera de la espada y el estallido del trueno y del relámpago. Vuestro pecado ha inflamado contra nosotros la cólera del pueblo; vuestra mano traicionera llevaba una antorcha de odio religioso contra nosotros. Afiladas espadas han sido lanzadas contra nosotros, y han atravesado los cuerpos de miles de hermanos nuestros. Habéis humillado a nuestro pueblo. Vuestra falsedad en el comercio ha marcado al pueblo judío, el mismo pueblo que vuestra expoliación ha suprimido y torturado mucho más que todos los demás malvados de la tierra.

Esta proclama llevaba la firma de los "Leales voluntarios del pueblo de la casa de Israel". La proclama mostraba un profundo amor por el pueblo judío y por la humanidad. Empezaba diciendo: "Nosotros, los amigos del pueblo judío y de todas las masas que sufren..."

Después de su partida de Londres, Lieberman se estableció en Viena donde conoció al publicista nacionalista y conservador Peretz Smolenskin, y por algún tiempo hizo contribuciones al periódico de éste, *Hashachar*. Pero pronto siguió su propio camino, y en mayo de 1877 fundó *Haemet*, primera publicación socialista judía. Aun cuando Lieberman envolvía en metáforas sus escritos para escapar a la censura zarista, la vida de *Haemet* fue corta; las autoridades vienesas lo cerraron después del tercer número y arrestaron a su director. La policía prusiana obtuvo su extradición y fue juzgado en Berlín junto con otros dos socialistas ruso-judíos (Hurwich y Aronson, cuñado de Eduard Bernstein). Lieberman fue condenado a prisión (según algunos, por quince meses; según otros, por nueve) y sólo en enero de 1880 quedó en libertad. En total, Lieberman pasó dos años en la cárcel de Viena, en peligro continuo de ser entregado a las autoridades rusas.

La vida de la prisión afectó el equilibrio mental de Lieberman. Un amor trágico en Londres y los Estados Unidos, donde marchó después de su liberación, no ayudó a restaurarlo. El 18 de noviembre de 1880 el padre del socialismo judío se suicidó en Syracuse, Nueva York. Sus últimas palabras escritas fueron: "¡Viva el mundo! Quien sólo halla miseria y dolor está condenado a morir. No me acusen antes de haberse puesto en mi situación."

Sólo tres pequeños números del *Haemet* aparecieron. El material que contienen es insuficiente para extraer la *weltanschauung* de ese período en general y de Aarón Lieberman en particular. Ni siquiera tenemos idea clara de cuáles artículos fueron escritos por Lieberman y cuáles por sus colegas, pues Lieberman se negaba a publicar el nombre del autor con los artículos. Indudablemente tanto el manifiesto inicial como los principales artículos y notas son obra del propio Lieberman.

Aparentemente Lieberman estaba lejos del socialismo científico y de Marx y Engels. Hace cuarenta años la literatura marxista era poco conocida y aun menos reconocida. El socialismo de *Haemet* era de carácter idealista y académico. La declaración inicial de Lieberman en *Haemet* decía:

> La oscuridad que hasta hoy domina las mentes de la mayoría es la madre de todos los males. Ha penetrado en la base de la sociedad y conmovido sus cimientos. La oscuridad ha preparado el camino para el engaño. Con su ayuda gobernantes brutales han esclavizado al pueblo. [...] El dolor del pueblo es infinito [...] y está degenerando por la ignorancia. El pueblo no puede elegir entre el bien y el mal. Sólo la verdad puede iluminar la mente humana y distinguir el bien del mal.
>
> Entre todos los pueblos se encuentran defensores de la justicia. Sólo nuestra literatura judía ha carecido de *emet* [verdad]; pues desde que cesó la profecía entre el pueblo judío, nuestros escritores han dejado de tener interés en la mísera vida y las necesidades del pueblo.

Era típico de Lieberman dar por seguro que los judíos entendían el hebreo.

El principal aporte teórico de *Haemet* fue "La lucha por la existencia y su relación con la vida en sociedad", de Lieberman (editorial del segundo número). Concluía que la lucha por la existencia estaba obligando a la humanidad a unirse en una sociedad y que "la solidaridad es la mejor arma en la lucha por la vida".

Los poemas y piezas breves de *Haemet* están repletos de pensamientos y sentimientos socialistas. Algunos artículos, como el

editorial del primer número, se ocupaban de los judíos, incluyendo a los de Hungría y Londres.

Inmediatamente después de la muerte de Lieberman J. A. Trivaush, en su novela *Dor Tahapuchot* [La generación confusa], retrató a su héroe Aarón Lieberman en el papel de Frank. Lo conocía íntimamente y lo retrató como un hombre de contradicciones internas. Por un lado era un nihilista, que denostaba el pasado y negaba el derecho a la existencia de todas las naciones, incluyendo la judía. Por el otro, era un fanático hebraísta y amante del pueblo judío. Moris Vinchevski, su amigo personal, en sus excelentes memorias, presenta a Lieberman como tempestuoso, paradójico y artista.

Los documentos del fundador del socialismo judío revelan en él un profundo conflicto. Negaba la existencia de un pueblo judío, mientras en otro momento expresaba pensamientos casi sionistas. S. L. Zitron (en *Hed Hazman*) y M. K. (en *Hashilach*) relatan que en sus lagras discusiones con Peretz Smolenskin Lieberman "negaba el pasado histórico y dejaba de lado el problema nacional". El editorial de Lieberman en el primer número de *Haemet*, dedicado al problema judío, negaba categóricamente la existencia de un pueblo judío, como puede verse por lo siguiente: "Nosotros los judíos no poseemos una cultura propia que nos diferencie y aísle de las naciones entre las cuales vivimos. [...] Cualquier vínculo que haya podido existir entre nosotros ha sido desgarrado hace mucho tiempo."

Así escribía un autor *que hablaba a los judíos en nombre de los judíos en la antigua lengua hebrea* que por siglos ha sido el vínculo cultural de nuestro desperdigado pueblo.

Los documentos, ya mencionados, de la sociedad de Londres iluminan otra característica de Lieberman. Las actas de la décima reunión, celebrada el 2 de abril de 1876, incluyen una moción de Lieberman de que se postergara la reunión siguiente, que debía celebrarse el 9 de abril.

La medida fue rechazada por George Saper, quien dijo: "Nosotros los socialistas no estamos interesados en *Tisha B'Ab*. Hemos renunciado a la antigua tradición. [...] Estamos interesados en la igualdad de la humanidad." A lo que Lieberman respondió:

> En el momento actual *Tisha B'Ab* tiene el mismo significado para nosotros, los judíos socialistas, que para todos los judíos; pues mientras la revolución socialista no haya ocurrido, la libertad política es de importancia fundamental para todos los pueblos. Para el pueblo judío es de la máxima importancia. Ese día perdimos la independencia que nuestro pueblo ha llorado por los últimos 1 800 años.

La sociedad aceptó la propuesta de Lieberman y postergó la reunión.

El cosmopolitismo de Lieberman procedía de la creencia dominante entre los socialistas de todas las naciones de que se hallaban al borde de la revolución social. Lieberman se negó a publicar anuncios en su *Haemet*. Esperando la revolución social en cualquier momento, Lieberman evitaba todo lo que pudiera identificar al socialismo con el orden actual. Consideraba que tanto el nacionalismo como la propaganda eran fenómenos capitalistas, que podían llevar cierto espíritu burgués al movimiento obrero.

El padre del socialismo judío no logró establecer la armonía entre su profundo instinto nacional judío y su filosofía socialista, cuidadosamente construida.

El retrato de Lieberman de los mártires rusos publicado por M. Vinchevski en *Zukunft* (1909, p. 88), fue un triunfo artístico. También se observaban tendencias artísticas en la escritura de Lieberman, conservada en el archivo del Bund en Ginebra y en la Biblioteca Pública de Nueva York. Sus escritos revelan un alma llena de arte y belleza.

Hurwich, amigo de Lieberman, relata un incidente sumamente extraordinario en *Biloe*. Cuenta que Lieberman ofreció un sorprendente regalo a su deificado maestro, Lavrov. El regalo era su propio sombrero con la siguiente nota: "Como me es imposible enviarle mi cabeza, le mando mi sombrero."

Los trágicos conflictos interiores de Lieberman lo llevaron al suicidio. El padre del socialismo judío murió antes del comienzo de los pogromes rusos —éstos pudieron haber clarificado su visión del problema judío.